

De Berna González
Harbour El sueño
de la razón



Lectulandia

La comisaria Ruiz vuelve a Madrid para preparar su defensa. El viejo Jefe Superior de la policía ha logrado su suspensión en venganza por una antigua investigación y María está temporalmente fuera del cuerpo.

Pero eso no la va a frenar. Es el mes de mayo, tiempo de fiestas en torno al río Manzanares, y la aparición de unos animales muertos es el primer indicio de una anomalía que pronto dejará más huellas letales: la ejecución de una joven becaria de Historia del Arte en uno de los puentes del río. Y no será la única.

La policía investiga magia negra, acoso sexual o sadismo, pero los distintos sucesos empiezan a conformar una serie de escenificaciones que llevarán a la comisaria Ruiz hasta el legado de Goya.

Sin equipo, sin uniforme y sin pistola, María se enfrenta esta vez a un ser de extrema inteligencia, marcado por una obsesión y con gran capacidad de manipulación. En su lucha contra el tiempo recorrerá casas okupas, túneles subterráneos y un Madrid oculto y ajeno al Estado.

Berna González Harbour

El sueño de la razón

Comisaria María Ruiz - 4

ePub r1.0

Titivillus 04.10.2019

Título original: *El sueño de la razón*
Berna González Harbour, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A ti que, si te vuelves,
solo verás la puerta abierta*

No hay reglas y la opresión u obligación servil de hacer seguir a todos por un mismo camino es un grande impedimento.

FRANCISCO DE GOYA Y LUCIENTES
(Madrid, 1792).

Está muy arrogantillo y pinta que se las pela, sin querer corregir jamás.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN
(Burdeos, 1825).

I. La Dragona

Álbum Y

Número 1

Ocurrió a esa hora de la madrugada en la que el frío empieza a doblegar a los borrachos y los ricos no notan que se han mezclado con los pobres. Todos nos amontonábamos en la oscuridad, tiritando sin conocimiento y alzando el tono para cantar más alto, más juntos, más convencidos. Lucíamos capas sucias y apelmazadas, barbas incipientes tras varios días de fiesta y abríamos los ojos para espabilarnos antes de que nos pillara el sueño. Varios nos dejábamos llevar por el ritmo y nos bamboleábamos juntos, coreando con vozarrones el compás que el de la guitarra intentaba mantener bajo control. Pero era ya muy tarde, o era muy pronto, y las letras se dispersaban en el aire sin que nadie llevara la batuta en realidad.

Eran los últimos estertores de la procesión, por llamar de alguna manera a esa concentración desmadejada que nadie recordaba ni cómo ni cuándo ni por qué habíamos formado, y desde el prado aún subían algunos despistados en busca del grupo, atraídos por la música o el calor apetecible de otros cuerpos.

Hacía mucho frío en esa madrugada de Madrid, la noche estaba negra. Algunos se acercaron y no nos inmutamos, la canción seguía a la deriva y la compañía era bienvenida para mantener al menos la ilusión de calentarnos. Nadie pensaba en el olor a mugre, a sudor, a vino viejo, porque todos lo emanábamos a la vez.

Entonces le vi. Solo yo me di cuenta de que algo estaba pasando, de que en la oscuridad, delante de todos, un hombre nos observaba fijamente sin participar. Yo también había bebido, y mucho, pero me puse alerta, muy consciente de que ese extraño visitante —limpio, despierto, sobrio— no encajaba en la fiesta, y de que si no encajaba en la fiesta qué coño había venido a hacer aquí. Mirando desde las sombras, parapetado en las tinieblas,

el rostro opaco, examinándonos sin disimular. Corpulento, elegante, con patillas. Era él.

La pradera estaba de paso entre la nada y ningún sitio. No era lugar para pasear ni despistarse, así que solo podía haber venido a escrutarnos, ni siquiera a robarnos porque a esas horas y en nuestro estado no podía quedarnos gran cosa en los bolsillos. Decidí mantenerme vigilante. Por lo que pudiera pasar. Sin decir nada a nadie.

Me tentó avisar al de la guitarra, que al fin y al cabo era el más lúcido del grupo, pero estaba ciego o probablemente lo era de verdad, así que callé.

No hacíamos nada ilegal, pero si ese intruso quería representar algún tipo de autoridad no iba a ser bienvenido. No lo iba a ser. No en ese Madrid de madrugada que nos pertenecía por derecho propio.

Y si lo que pretendía era escogernos como se escoge al ganado para después despiezarlo, tampoco. No esta vez.

Si algo nos habíamos ganado en esta vida era al menos esta mierda. Una borrachera juntos, sucios, hasta el amanecer, sin vigilancia ninguna. Antes de que la luz del día nos recordara que debíamos ir a trajinar, barrer, cargar y obedecer para buscarnos la vida. Nadie nos lo iba a quitar.

Y yo no lo iba a permitir.

Yo sabía quién era él. Sus aires de suficiencia eran imposibles de olvidar.

Era el 15 de mayo de 1823.

Y aunque parezca que ha pasado mucho tiempo, en realidad está pasando hoy.

1

María subió los escalones de dos en dos. Andaba ligera, en camiseta y vaqueros, zapato cómodo, y al alcanzar la plaza se paró para situarse. El bloque que buscaba estaba ante ella y, tal y como se temía, se alzaba en lo más alto de la cuesta. Había llegado. Fachada amarilla, portal avejentado, buenas vistas, un kebab a un lado y un chino al otro. Recuperó el aliento. Estaba en forma, pero la subida desde el Manzanares tenía su mérito.

Con tranquilidad metió las manos en los bolsillos. Observó la acera, el parque, el portal. La basura desbordaba una papelera y un hombre hurgaba en ella en busca de algo que pudiera aprovechar. No parecía pobre, pero hacía tiempo que en Madrid las basuras no eran ya patrimonio de mendigos ni del reciclado, sino de abuelos y buscones en general que rescataban alguna ropa, periódicos o comida en buen estado para rematar la pensión o el trapicheo. María miró alrededor. Era domingo y no había apenas tráfico, la calle estaba en silencio. Dos africanos descansaban en la hierba junto a los hatillos de bolsos que seguramente iban a vender en la Gran Vía.

Martín la había citado a esta hora, en esta plaza y frente a este portal y lo que se le había perdido en este barrio aún estaba por descubrir. El agente más maqueado de comisaría, bien trabajado en las cintas y pesas del gimnasio, corte de buena peluquería y barba hípster, había venido a vivir a Carabanchel, el barrio más provinciano de la capital. Con olor a asfalto caliente y un cierto aire cosmopolita, por ser bien pensados, pero al fin y al cabo uno de esos sitios donde las señoras aún bajan a buscar el pan en bata y zapatillas, y los hombres, en camiseta interior deslucida y bien holgada.

—Menuda *kasbah*.

Esa voz había llegado alta y clara desde atrás y se había dirigido a ella. María se dio la vuelta con rapidez eléctrica y sí, era él.

—¡Luna! —El viejo periodista había descendido de un taxi y se alisaba los pliegues de la camisa blanca. Con él llegaba Esteban, que había sido el

segundo de María en la comisaría durante tantos años y gran amigo de Luna. Al parecer Martín había decidido reunirlos por sorpresa—. ¡Cuánto bueno!

—Comisaria. —Se cuadró Esteban.

—Déjate de comisaria. —María había sacado las manos de los bolsillos, pero no para hacer el saludo oficial, sino para fundirse con ellos en sendos abrazos que esta vez ninguno reprimió. Si la última vez que había visto a estas dos viejas glorias del periodismo y la policía había sido en calzoncillos, compartiendo la cama que pudieron pillar tras una complicada operación, no era ahora cuestión de volver tan rápidamente al protocolo. Y menos en su situación, apartada por un expediente aún pendiente de aclarar.

—Quita, quita, que no soy de piedra. —Se zafó Luna del abrazo.

—Me alegro de verte, comisaria. —Esteban también se recompuso.

María volvió a meter las manos en los bolsillos y los observó, animada. No estaba segura de que ninguno de los tres estuviera en forma, pero al menos seguían en pie, aunque ella estuviera apartada, Luna, prejubilado, y a Esteban le rondaran para sacarle de Homicidios una vez roto el equipo. Los tres estaban vivos, y eso hoy por hoy era bastante. Más que suficiente, incluso.

—Te veo bien —dijo Luna—. Te sienta bien estar fuera.

—Hago lo que puedo —replicó María.

—Bueno, ¿dónde es el Ramadán? —bromeó Luna. El kebab estaba abriendo ruidosamente la persiana y los dos africanos se habían levantado de la hierba y enfilaban ya hacia el Manzanares con sus amasijos de bolsos envueltos en la manta. El top manta.

—Te van a oír —le riñó María.

—A quién le importa —siguió Luna.

—A mí me importa. Ahora es mi barrio.

Martín acababa de incorporarse al grupo y no le habían visto llegar. Él también había colgado el uniforme ese domingo y vestía vaqueros y una camiseta ajustada que le marcaba los pectorales compactos y los bíceps curvilíneos, trabajados.

—Joder, pareces un marica —le espetó Luna—. ¿Cuántas horas te pasas en el gimnasio?

—Vete a la mierda.

Esteban rio para sus adentros. Al ser Martín su inferior en la escala policial y tras haber recibido instrucciones de tolerancia extrema hacia las minorías, se cortaba mucho de decir lo que pensaba, pero lo que pensaba era exactamente lo mismo que Luna: que este chaval tan guaperas, pese a ser un probado heterosexual al que se le conocían repetidas novias, estaba

empezando a pasarse con los abdominales, los batidos de proteínas y el cuidado delicado de su barba, si es que podía llamarse barba a esa mata arrubiada que se debía retocar cada mañana y adobar de cremas variadas para mantener en su diseño y tersura al dente.

María también se sonrió. Hacía tiempo que no se reunían y de boquilla, al menos: sí, estaban en forma.

—Bueno, ¿nos vas a enseñar tu casa?

—Mi casa tendrá que esperar. —Martín frunció el ceño y con él su cutis hidratado. La excusa para citarles había sido enseñarles el piso que había heredado pero, por alguna razón que no comentó, lo posponía—. A cambio, os invito a una caña en el barrio.

—Pero ¿hay algo cristiano por aquí? —preguntó Luna, mirando alternativamente el kebab y el chino—. ¿O nos fumamos un narguile?

—Para ti tengo algo especial —rio Martín—. ¿La tasca Doña Urraca te irá bien?

Y no era broma. Detrás de la calle Doña Berenguela estaba la de Doña Urraca e iba a ser mejor seguir sin rechistar a Martín antes de agotar la lista de reinas de Castilla o de León potencialmente dispuestas a librar con Luna la guerra contra los moros. En el callejero de la zona había más.

—Será perfecto —intentó templar Esteban, inusualmente risueño.

—Me gusta, Doña Urraca. —Luna a lo suyo, incombustible—. Doña Urraca en pleno Marraquech.

—Qué exagerado eres, Luna. Se llama fusión. —Martín empezaba a impacientarse—. ¿No has oído hablar del Madrid del mestizaje? ¿Distintas razas y religiones conviviendo en los barrios cosmopolitas de la capital?

—¿Mestizaje? A mí me huele a pis —bufó—. Y por si acaso y antes de que me confundan, a mí particularmente me pides un carajillo.

Los cuatro alcanzaron la tasca disimulando las risas. Era la primera vez que se reunían tras la muerte repentina del comisario Carlos, maestro de casi todos, y en la alegría de verse se escondía una nostalgia profunda a la que ninguno iba a renunciar, pero había que seguir adelante. Habían pasado pocos meses, Martín se había mudado, María volvía de Soria para organizar su defensa y todos, sencillamente, se echaban de menos. Se echaban mucho de menos. Iban a ponerse al día. Sin más.

La camarera les sirvió en la mesa. Aunque hacía calor, un velo negro le cubría el cabello, el cuello y los hombros, y apenas dejaba al descubierto un rostro joven y bonito sin rastro de maquillaje. Dejó tres cañas y el carajillo sobre la superficie de madera oscura.

—Esto del mestizaje no te lo crees ni tú —bufó el periodista mientras alzó su taza para brindar en cuanto la camarera se dio la vuelta.

—Qué antiguo eres, Luna —dijo María—, con tu carajillo a la una y tu toque de españolidad.

—¿Y los corderos degollados? ¿Qué me dices de eso? ¿No ha sido en este barrio donde ayer degollaron unos corderos en la calle? ¿Lo apuntamos también al mestizaje?

Ruiz le miró esta vez con aire marcial. Luna no solo era un antiguo, también podía ponerse muy pesado, la nostalgia no iba a cegarla por completo. Y ella quería escuchar a Martín, saber por qué los había citado, por qué había salido de su nuevo portal sin querer invitarles a subir. Pero Esteban no iba a ayudar.

—Siempre ocurre al final del Ramadán. —El viejo policía también estaba enterado—. Degüellan corderos y dejan los restos en la calle.

—¿Podemos cambiar de tema? —Martín empezaba a mostrarse incómodo.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —ayudó María—. ¿Por qué no dejamos hablar a Martín?

—Corderos muertos por el Ramadán —siguió Luna—. En este barrio. Salió ayer en las noticias. ¿Verdad que no me equivoco, Martín?

—No eran corderos, pesados, lo contaron mal los de tu gremio, los periodistas. Eran gallos. Y no quiero hablar más del tema.

—¿Gallos? —Luna fue ahora el que se puso serio. La magia negra era un tema que nunca le gustó cubrir, pero en cierta época tuvo que ocuparse de varios casos encadenados y aún sentía un calambre frío entre los hombros cuando le llegaban informaciones de plumas, picos y sangre en rituales al respecto—. ¿Gallos con un cuenco al lado?

Martín asintió con gesto leve y nada divertido. María le observó. Su semblante tenía sombras nada habituales en él. Se le veía incómodo a pesar de haber organizado él el encuentro, algo le había hecho cambiar de planes a última hora y además no parecía gustarle el tema de conversación. Ella tenía la lección muy aprendida. Una cosa es compartir los casos y la lealtad instantánea que se puede generar entre colegas y otra intentar trasladar esa sintonía a tu realidad, tu barrio, tu casa. Solía fallar.

—¿Podemos cambiar de tema? —insistió Martín.

Y cambiaron de tema. Martín había heredado el piso de su abuela a medias con su hermanastro y al fin había dejado su amada Orcasitas para vivir en el centro. Debía tirarlo todo y montar cocina y baños, pero tenía ilusión. Luna estaba, como solía, terminando un nuevo libro. Esteban seguía soportando a Jota Ese, el nuevo jefe superior, con ese estoicismo suyo más viejo aún que su bigote y, aunque discreto como siempre, dejó ver cierta amargura ante lo que se vislumbraba como su consolidación en los despachos de Madrid. ¿Y María? Todos querían detalles sobre cómo le afectaba el expediente y cómo iba la instrucción. ¿Qué iba a hacer? ¿Tenía un buen defensor? ¿Estaba animada? Ella les resumió sus planes, iba a por todas, nadie la iba a apartar de la carrera policial. ¿Y Tomás?

¿Cómo estaba Tomás?

Habían terminado la tercera ronda, Luna se había pasado ya directamente del carajillo al vermú y la camarera les había servido el cuarto plato de patatas rancias cuando se hizo el silencio. A la comisaria le tocaba responder.

Pero esta vez fue ella quien regresó al tema vetado.

—¿Y qué más sabemos de esos gallos?

2

Tocada, pero no hundida. Se lo repetía cada mañana con más voluntad que convicción desde que le impusieron tres meses y un día de suspensión a la espera del procedimiento. María se sentó una vez más ante el montón de folios de la acusación, un largo pliego de cargos que, bajo los largos considerandos de la Ley Orgánica 4/2010, publicada en el BOE del 21 de mayo del citado año y bla bla bla, intentaba adjudicarle una falta muy grave por insubordinación a un superior. Unida a otra grave por posible filtración de documentos.

Los optimistas creían que iba a ser fácil dejarlo en falta grave si en lugar de «insubordinación» se apreciaba «desobediencia».

Los pesimistas le aconsejaban que se olvidara del tema y que esperara un momento mejor. Que el viento siempre acaba cambiando cuando menos te lo esperas y que a Jota Ese, el nuevo jefe superior, también le iba a llegar su sambenito. Que era solo cuestión de sobrevivir.

De sobrevivir-le, para ser precisos.

Sobrevivir-le, sí. Sobrevivir-le. Era importante el matiz y debía recordarlo.

Pero ella quería salir limpia.

Debía salir limpia.

Porque estaba limpia, en realidad.

Y cualquier otro planteamiento iba a suponer rendirse a la mentira o a la desesperación.

Porque Ruiz, comisaria del Cuerpo Nacional de Policía, solo había sabido afrontar los casos que se le habían puesto por delante, uno tras otro, sin concesión alguna a las curvas que la desviarán de la meta. Y si había tenido algún defecto había sido ese: mirar siempre en línea recta sin reparar en el paisaje, los cruces, ni los recovecos. Y si hoy estaba castigada era porque en uno de esos recovecos no había habido exactamente un bache, sino una

bomba encarnada en ese nuevo jefe superior de la policía de Madrid que primero había logrado apartarla y luego expedientarla por salirse de su territorio.

«Insubordinación».

María miró de nuevo la palabra e intentó ponerse en el lugar de su abogado, a quien al fin estaba a punto de conocer.

Insubordinación era una palabra mayor, implicaba un acto deliberado de desobedecer la jerarquía legal y lo cierto es que ella la había *desoído* deliberadamente, incluso *aborrecido* deliberadamente y deliberadamente la habría *pulverizado* también si hubiera dispuesto de un poder mental similar al del maestro Xavier en *X-Men*. Pero si hoy le quedaba alguna brizna de control mental debía ser más bien para contener las tentaciones furibundas que la rondaban en cualquier instante y para trabajar en los matices que separaban la palabra *desoír* de la palabra *desobedecer*. Con exactitud.

María iba a conocer al abogado a media mañana en su despacho. Ella no había querido ni un café ni una comida, como él le había propuesto, sino una cita en su oficina. Sin rodeos. Tenían quince días para redactar las alegaciones y no iba a perder el tiempo.

Recogió el móvil, los folios, lo metió todo en su bolso grande y por enésima vez se acercó al cajón donde siempre guardaba la pistola. En las primeras semanas aún lo abría e introducía la mano sin fijarse, como un acto reflejo, hasta palpar el fondo y solo entonces darse cuenta de que estaba tan vacío como el otro lado de su cama. Ni la placa ni la pistola la acompañaban ya. Tampoco Tomás.

En ocasiones volvía a olvidarse y, tras abrir el cajón y darse cuenta del vacío, lo cerraba con tanta fuerza, soliviantada, que rebotaba en los topes y ella se exasperaba devolviéndolo a su posición con suavidad. Hoy también se acercó al cajón, tendió la mano, pero se acordó a tiempo de retirarla y quedó unos segundos agarrando la derecha con la izquierda, los nudillos prietos, intentando sofocar el brote de abstinencia, hasta que se decidió a salir.

Vicente Velázquez, abogado de la policía, la esperaba ya y debía reunir todas las fuerzas y tranquilidad de las que fuera capaz para afrontar la causa.

Solo había algo que debía hacer antes de entrar en ese despacho, y lo iba a hacer por el camino.

Martín estaba rellenando papeles en comisaría cuando María le llamó. Su timbrazo siempre le alegraba, pero también le inquietaba, le avisaba de que si

creía que la vida iba a seguir como hasta ahora tal vez se equivocaba, porque también podía estar a punto de transformarse otra vez. Así era Ruiz. Un calambrazo que podía sacudirlo todo o dejarlo estar. Y su cese temporal no la había dejado exactamente apagada.

—Hola Martín.

—Hola —dijo él, escueto, esperando el derrotero que iba a tomar esa corriente eléctrica.

Esta vez no había dicho «jefa», ni siquiera «Ruiz», y tanto laconismo sorprendió a María, que tras un instante de silencio siguió.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió, seguía prudente—, ¿por qué?

—Ayer te vi preocupado, no sé, sentí que te pasaba algo.

Martín esta vez se levantó para alejarse de su mesa. ¿María, en versión humana? En unos pasos se plantó en el hueco de la escalera, donde una compañera estaba recogiendo un café de la máquina para volver a su mesa. El agente siguió.

—A ver, *jefa*. —Sintió la sonrisa de María al oír la palabra que decía desechar al otro lado del teléfono—. ¿Tú no tenías que estar ahora mismo con el abogado?

—Estoy a punto de entrar a su despacho. Pero antes quería llamarte.

—Atiende tus cosas, Ruiz, ya charlaremos.

—Espera, Martín..., espera. ¿Es el tema de los gallos muertos lo que te preocupa?

—María... aquí no puedo hablar.

—¿Qué ocurre?

Martín guardó silencio. ¿Era María en versión humana o María en versión policial? Otra compañera había entrado a hacerse un café y él salió del área de la máquina hacia la escalera. Tampoco había ningún sitio donde pudiera hablar con calma, los jefes andaban cerca y tenía un montón de papeleo acumulado, no se podía extender.

—¿De verdad te interesa, Ruiz? ¿Unos gallos muertos?

—Me interesas tú, Martín. A mí no me engañas. Tú estabas radiante cuando me invitaste a ver el piso y ayer cambiaste de planes de repente. Algo ha pasado y si es el tema de los gallos muertos en tu barrio, pues sí, me interesa.

—Es un tema feo, Ruiz.

—No sé por qué me encantan los temas feos. Últimamente es mi especialidad.

Martín se rindió. María humana, o policial, qué más daba. Era Ruiz. Se verían por la noche, en su barrio, y ambos podrían contarse novedades. Apenas había dormido, estaba cansado y no tenía muchas ganas de estirar el día, pero sabía que hoy tampoco iba a poder dormir bien.

La reunión con el abogado fue de trámite y de ella salió con más ganas de huir corriendo que de ponerse a buscar los papeles que este le pidió así que, al llegar a casa, María soltó en el suelo el bolso, la documentación, les sumó rápidamente el traje y los tacones hasta formar un montículo en difícil equilibrio y se caló deprisa vaquero, camiseta, deportivas. Bajó volando al garaje y quitó el candado a la bici con la que últimamente pasaba el tiempo en los nuevos carriles de Madrid. Comprobó lo que necesitaba: cartera y móvil en bolsillo. Y adiós.

Apenas estaba descubriendo que la vida sin trabajo no solo le estaba evitando horas y horas de trajín, sino también una parafernalia que solía acompañarla como a un vikingo le acompaña el casco, escudo, espada, ariete y todo lo que conforma la liturgia de una vida en armas. Porque qué necesitaba al fin y al cabo ella, que siempre había cargado con pistola, placa, dossieres, informes, libros relacionados con temas que investigaba o, en los últimos tiempos, algún manual médico sobre lesiones de columna vertebral. Qué necesitaba salvo dos ruedas unidas por una cadena engrasada, dos piernas con ansias de hacerlas rodar poniendo al límite los músculos y los piñones, un móvil y 20 euros por si acaso.

Estaba cesada, expedientada, suspendida, y a ratos parecía que esa suspensión iba extendiéndose a todas y cada una de las neuronas que siempre dedicaba a todos y cada uno de los asuntos que le preocupaban. Al principio todas y cada una de ellas habían protestado, sí, reivindicando su rutina permanentemente en guardia y su ansia de responder a los estímulos que las ponían a funcionar, pero ahora estaba más ligera, en suma. Tras la muerte de Carlos y la resolución del último caso había pasado un tiempo en Soria, donde oficialmente seguía destinada, hasta que quedó claro que *cese* significa *cese* y que no debía ir por comisaría. Solo entonces regresó a Madrid, donde pedaleaba y pedaleaba cada día en el anillo ciclista mientras vaciaba la cabeza de asuntos —los que se dejaban— y empezaba a adquirir cierta familiaridad con la soledad. Creía o quería creer que sus amigos la esperaban, que su equipo siempre iba a ser de alguna forma su equipo y que podía visitar de cuando en cuando a su madre y sus hermanos, que se alegraban de que

hubiera parado quieta, aunque fuera por obligación. El capítulo de Tomás también le llenaba la cabeza, y muchas de esas horas sudando sobre los pedales estaban brindadas a él, pero en ese asunto no podía hacer gran cosa, aunque siguiera intentándolo. Así que ahora, a su manera y sin que nadie la entendiera demasiado, entretenía sus neuronas rabiosas avanzando y avanzando, dejando atrás las calles, los coches, los estilizados *runners* con las maquinitas adosadas al brazo para contar cada centímetro recorrido y cada caloría quemada en las pulsaciones y coordenadas geográficas adecuadas. A su paso, los parques llenos de chachas rumanas y los abuelos que jugaban a la petanca eran solo instantáneas fugaces antes de adentrarse, Manzanares abajo, en territorio de pintadas, cascotes rotos, papeleras desbordadas y olor a porro y a pis. El anillo la llevaba día tras día desde la zona más residencial del norte —árboles, chalés, niñeras en uniforme y cierto aire a *El show de Truman*— al sur abarrotado donde siempre hacía más calor y donde picaban los mosquitos, pero también había más vida, más ruido, más mundo. Le gustaba culebrear por ahí.

María alcanzó el puente de Segovia y se bajó de la bici. Había llegado con tiempo para merodear por la zona, quería subir de nuevo al parque de Caramuel y husmear tranquilamente el territorio antes de ver a Martín. Candó la bici a unas barandillas, bebió un largo trago de agua de una fuente, se secó la cara con ambas mangas y se dispuso a buscar la escalera que la iba a llevar de nuevo al lugar exacto en el que alguien había sacrificado unas aves de forma tan meticulosa y cruel que era impensable que se tratara de *gourmet* a la carrera con los inminentes tropezones de la sopa. No había logrado averiguar cuántos ni de qué animales exactos se trataba, porque las noticias en la red eran confusas, pero sí sabía que fueron abandonados con los rasgos propios de un ritual. Había ocurrido de noche, mientras la ciudad se divertía en las fiestas de San Isidro. Por la mañana, unos críos habían gritado y corrido al descubrirlo para avisar a sus mayores, que alertaron a la policía. Para cuando todos los vecinos se quisieron enterar, los servicios municipales habían retirado los cadáveres de las aves y aquí no ha pasado nada.

Ruiz había llegado al parque y sí, la terraza que recordaba haber visto cerrada el domingo estaba abierta. Iba a comer algo antes de echar un vistazo.

—¿Qué va a ser?

El camarero tenía acento extranjero, tal vez alemán, y rastas hasta la cintura. Algún día y tras alguna ducha en condiciones había sido rubio. María

se fijó en una pequeña chapa en su camiseta que reivindicaba «soy okupa», después miró el cartelón de raciones escrito a mano y decidió.

—Coca-Cola y bocadillo. De queso.

—No es hora de bocadillo —espetó el alemán—. Es hora de café.

Ruiz lo observó. Tan claramente extranjero y se comportaba ya como un curtido camarero español, o madrileño más bien. Brusco y entrometido.

—¿Y eso dónde lo pone?

—Aquí. —Se señaló la cabeza. Contenía las rastas en una diadema de tela que a María le dieron ganas de meter directamente a la lavadora. A cualquier lavadora cercana—. Pero por ser tú, si quieres bocadillo, te doy bocadillo.

María calló esta vez. Sabía que en el código de los camareros de barrio debía darle las gracias, alabar el detalle de atenderla y de servirle exactamente lo que ella había pedido y no lo que su majestad considerara oportuno, pero estaba demasiado agotada de la bici y de la comedia urbana habitual como para aplaudir. Él tardó poco en llegar con un pan seco mal cortado en dos mitades desiguales y separadas por una loncha de queso a la que nadie se había molestado en quitar la piel. Más fina que un folio. La Coca-Cola desbordaba a borbotones el vaso con hielo y salpicaba la mesa en una eclosión de gotas oscuras. Habría sido fácil llenarlo solo por la mitad.

—¿Quieres saber una cosa? —siguió el alemán, decidido a ignorar los verdaderos deseos de la clienta.

No, pero me la vas a decir, pensó María. De nuevo se lo tragó.

—¿Qué cosa?

—Tu cara me suena.

También eso era habitual. Después de tratarte mal, los camareros madrileños solían convertirse en tus mejores amigos, dejarte a salvo de su indiferencia y transformarte en la diana favorita de su formidable interés.

—Nunca he venido por aquí. —María le siguió el rollo. Al fin y al cabo también quería algo de él.

—Pues tu cara me suena. No me olvidaría de una cara así. Eres guapa, interesante, ¿lo sabes?

Yo tampoco habría olvidado a alguien tan idiota y de tan pocos recursos, pensó María, pero en cambio dio un mordisco al bocadillo, un sorbo a la Coca-Cola y dijo:

—¿Te puedo preguntar algo? Tal vez me puedes ayudar.

El alemán cruzó los brazos, su momento estelar parecía haber llegado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es verdad que mataron aquí unos animales este fin de semana?

—Cierto.

—¿En este parque?

—Cierto.

El alemán se había puesto lacónico y se hacía el interesante como si no tuviera nada que añadir, pero al mismo tiempo no hacía ademán de separarse de la mesa de María. Esperaba más preguntas. María siguió recuperando fuerzas con el bocadillo seco hasta que él preguntó:

—¿Y qué quieres saber?

—¿Eran corderos o gallos? He oído ambas cosas.

—No eran corderos, ni gallos.

—¿Y entonces?

—¿Puedo saber por qué te interesa?

María lo observó de nuevo. El hombre se había puesto serio y con el gesto alerta. Notó cómo fruncía el ceño. El alemán sacó un trapo del bolsillo, un trapo que bien podría haber acompañado a la diadema a la lavadora imaginaria de María, y empezó a limpiar la mesa. Podía adivinar que el sacrificio de animales le causaba tanto repudio como a ella.

—Por los animales. —No mintió, pero no tenía por qué dar más detalles —. Por curiosidad también.

—Si es por ellos, ya han venido unas animalistas. Y parece que ha habido más casos en Madrid.

El hombre al fin se explayó. No eran corderos, como habían dicho las malas lenguas del barrio para culpar a los moros en el Ramadán, dijo, ni gallos, como gritaron los niños que salieron corriendo y que el único que habían visto en su vida era el de las cajas de Kellogg's. Sino pavos. Tres pavos muertos con la carúncula roja aún vivaz, los ojos semicerrados, el pico alzado y las alas puntiagudas, estiradas en diagonal hacia arriba, como si quisieran escapar. Sus cuerpos aún estaban blandos y tan calientes que hubo quien murmuró: «Están para desplumar y al horno. O al congelador. De aquí nos sale un buen asado para Navidad».

—¿Los tocasteis?

—Mi jefe los tocó. Yo solo hice fotos.

María dejó a un lado el resto del bocadillo, básicamente el pan con pan que quedaba tras agotar la seudoloncha de queso. El alemán ya había sacado el móvil, buscó la galería de fotos y se las enseñó.

Tres pavos de plumas negras yacían en el suelo en una posición forzada, con las patas y las garras tan estiradas hacia un lateral inferior como las alas hacia el superior. Los picos, en sentido opuesto, se alzaban curvos y

herméticos con la imposible intención de salirse del marco. Y los ojos estaban cerrados con tanta languidez que no podían despertar sino compasión. Parecía un trabajado bodegón, más que un escenario de una salvajada. Los tres repetían una posición que sin duda era deliberada, no podía responder a una caída casual.

—¿Por qué hiciste fotos?

—No lo sé. Los españoles sois muy salvajes, lo único que no me gusta de España es el maltrato animal. A veces voy a manifestaciones.

María prefirió reprimir en su cabeza cualquier tentación de generalización sobre los alemanes porque, al fin y al cabo, el hombre tenía razón, pero esto era diferente. Tres pavos muertos en una plaza pública y colocados en una posición tan determinada era otra cosa, era un ritual o un mensaje del que el animal solo era la víctima. Volvió a repasar las fotos.

—¿No había unos cuencos? ¿Con la sangre?

—Esto era todo. —El alemán se extrañó—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No es posible que cuando lo viste ya hubieran retirado los cuencos? Oí que los habían sacrificado aquí y recogido la sangre. Eso cuadraría con la magia negra.

—¿Magia negra? Me parece que no tienes ni idea, guapa.

María alzó las cejas. Volvía el camarero ibérico encarnado en el alemán de rastas. Solo era cuestión de esperar a que él la iluminara con su sabiduría sobrante. Y se puso a ello.

—Es un asesino en serie de animales. España está llena. Los toreros también lo son. Y quien puede matar animales, puede matar personas.

María le agradeció la información, decidió pagar y largarse. Antes le dio su teléfono para que le enviara las fotos, comprobó que le llegaban por WhatsApp y se despidió.

—¿Cuento contigo para alguna manifestación? —dijo él—. Creo que tenemos muchas cosas en común. Si quieres, te aviso.

Ella se concentró en su propio aspecto. Lo único malo de la bicicleta era la pinta de perroflauta que le dejaba. Después de una buena sesión de pedaleo habría podido intimar con todos los que le salieran al encuentro. Pero se sonrió. Una buena ducha en casa de Martín podría mejorar las cosas. Si es que Martín la dejaba hoy subir a su casa. Ahora simplemente pagó y se despidió.

—Nos vemos.

3

Quedar con Martín solía ser reparador. Sintonizaban siempre bien y a la primera, pero también comportaba un riesgo que María quería rehuir a toda costa. De alguna manera, con él no podía librarse como solía del tema que más les nublaba el pensamiento a los dos: Tomás. Y hoy lo deseaba evitar como el café a la sal.

Tomás había salido del coma, pero los médicos solo arqueaban las cejas cuando se les preguntaba si iba a poder recuperar algo más que la conciencia de vivir en un cuerpo desmadejado, de cabeza lenta y miembros dolientes e indómitos. «Nunca se sabe —decían—. Al menos está vivo y eso es lo importante».

De volver a la Brigada Tecnológica de la policía, ni hablaban. De reanudar relaciones, se sentía indecente solo de pensarlo.

Pero lo pensaba.

Los dos lo pensaban.

Y después de salir del coma habían estado juntos, incluso viajado juntos y recuperado miradas ilusionadas, caricias suaves y un deseo que acababan siempre sepultando entre risas nerviosas. Pero las cosas estaban tomando un derrotero del que no quería hablar. Y que Martín y ella lo abordaran no iba a ayudar en nada. Pensó.

—¡Comisaria!

—¡Martín!

Los dos se abrazaron, cariñosos, y esa era una ventaja de estar fuera, ya no era jefa, María se había vuelto sin duda más humana. Martín, sin embargo, estaba tenso. Con prisa.

—¿De dónde has salido? —preguntó él mientras miraba su aspecto, despeinada, remojada, sudada.

—He venido en bici. ¿Puedo ducharme en tu casa?

—No hay tiempo, Ruiz —farfulló Martín, que sin dar espacio a réplica, miró su móvil, leyó en silencio un mensaje y, pálido, prosiguió—. Ven conmigo.

María no dijo nada. No es que hoy Martín no quisiera visitas en su casa, es que su mirada estaba desencajada. Estaba apresurado, nervioso, el brillo que solía marcar su gesto había desaparecido. Comenzó a alejarse a paso rápido y María le siguió.

—¿Qué ha ocurrido?

Pero Martín callaba. Solo miraba el móvil y apretaba el paso. Al llegar a la plaza empezó a descender de dos en dos y de tres en tres los escalones que separaban su parque del río Manzanares y una vez allí giró hacia la derecha.

—¿Me quieres decir qué ha ocurrido?

—Por favor, sígueme. Luego te explico.

Los dos continuaron calle arriba. María no sabía si estaban persiguiendo a un criminal o huyendo ellos mismos del barrio, pero siguió sin rechistar los pasos de Martín. Cada vez que miraba el móvil, Martín aceleraba. El último tramo lo hicieron corriendo.

—Es por aquí. —Al fin se paró. Martín se dobló hacia el suelo, dejando caer el torso y los brazos hacia las piernas para reponerse y tomar aliento. Hacía calor y el sudor le cubría igual que a María, que además del esfuerzo acumulado sumaba el desconcierto—. Tenemos que buscar.

—¿Qué estamos buscando, Martín?

—Obras. Busca unas obras.

María miró alrededor. Estaban entre la ermita de San Isidro y la pradera. Varios gorrillas aguardaban a ambos lados de la calle entre un sinfín de plazas de aparcamiento desiertas, dispuestos a disputarse cada coche aunque no hubiera problema alguno para aparcar. La calle estaba en cuesta y María vio una hormigonera en una acera.

—Obras. —Señaló.

—No. Ven. —Martín seguía mirando el móvil. Retomó la cuesta, corrigió tomando la curva hacia la derecha que rodeaba la ermita y allí, en la caída que formaba la campa al acercarse al muro del cementerio, encontró lo que buscaba—. Aquí está, joder.

Ante ellos se abría un lodazal. Y en medio, un perrillo hundido hasta el cuello. Aquel era un lugar insólito, porque toda la sequedad que cuarteaba los parques de Madrid a estas alturas de mayo se desvanecía en una hondonada donde ellos mismos empezaban a chapotear. Las mangueras de las que manaba el riego estaban rotas, y el agua fluía campa abajo, a chorros, hasta

convertir la tierra en un inmenso barrizal. El muro del cementerio se curvaba en ese preciso lugar de tal manera que esa mezcla de arena, tierra y agua había quedado atrapada en una presa improvisada que podía ser mortal. Y el perro, una especie de fox terrier negro, joven y pequeño, se había hundido al intentar subir la cuesta junto a la pared del cementerio sin encontrar un suelo. Hasta sus largas orejas se iban manchando de barro mientras intentaba mantener su hocico a flote, gimiendo en aullidos cortos y tenues, pero desesperados, y sin apartar la mirada de algún punto en lo alto de la cuesta que no lograron atisbar. Estaba vivo pero, si no lograban hacer algo a tiempo, iba a hundirse rápidamente en la ciénaga.

—Pobrecillo, cómo se ha metido ahí —clamó María.

—O cómo lo han metido ahí, más bien —replicó Martín—. Esto no es casual.

Intentaron adentrarse en la zanja, pero también se hundían en el barro y no podían avanzar. Martín trató de hacerlo pegado a la pared, pero la tapia era lisa, estaba encalada y sucia y no tenía ninguna grieta ni vegetación que sirviera de agarre. De pronto, el perro se quedó quieto, con la cabeza aún a salvo, paralizado en el lodo. Podían imaginar sus patas intentando alzarse sin conseguir un punto fijo desde el que levantar el torso, muy pesado ya por el barro acumulado en la piel. El cachorro seguía mirando fijamente hacia arriba y ni la presencia de los dos amigos le distrajo de su terca concentración. Era como si aún quisiera seguir adelante, mientras tuviera fuerzas, hacia arriba, en lugar de retroceder a un punto más seguro. Ahora su hocico también estaba impregnado y aspiraba las últimas bocanadas de aire antes de verse sumergido, atrapado ya irremediablemente en el lodazal y aún atraído por lo que desde arriba lo mantenía atento.

Martín aún iba a intentar algo. Miró alrededor, vio una bolsa de plástico abandonada, la rompió para aprovechar toda su superficie y la extendió torpemente en el barro. Después intentó pisarla. Si aquello aguantaba podrían hacer algo. María siguió buscando. Si encontraba otra bolsa, una tabla, cualquier cosa, ambos podrían alcanzar al perro. También pensó en sacarse el cinturón, agarrar de alguna forma al animal, pero eso era más que imposible. Solo en los cómics los perros saben salir de los pasadizos y los pozos con la ayuda de una cuerda como si fueran humanos. Martín estaba hundiéndose con la bolsa de plástico bajo sus pies cuando ambos se dieron cuenta de que el fox terrier ya estaba muerto, paralizado, estresado y con la cabecita apenas posada en el barro. Al menos murió respirando. Poco después desapareció, engullido. Su pequeño volumen ni siquiera dejó un cerco en el barro. Era un cachorro.

Ambos salvaron la distancia que los separaba del secarral que habían dejado atrás y se dejaron caer en el suelo.

—¿Me vas a explicar qué está pasando?

Martín aún estaba recuperando la respiración. Se incorporó, pero solo para tirar con furia el móvil a la tierra seca. María nunca le había visto tan fuera de sí.

—¿Qué está pasando, Martín? ¿Tiene esto algo que ver con los pavos?

—¿Qué pavos?

—Los corderos que eran gallos, y que en realidad son pavos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿No me conoces, joder?

Martín la miró, sorprendido. En el trance que estaba pasando no le cuadraba tanta información. María recogió el móvil del suelo y, sin mirarlo, se lo tendió. Ambos estaban embarrados de la cabeza a los pies y en ese momento se dio cuenta de que Martín lloraba. Solo entonces lo captó.

—Joder. Era tu perro.

—Tenía cuatro meses —Martín lo confirmó, deshecho en lágrimas como un chiquillo—, ¿quién puede querer algo así?

María le abrazó un largo rato. Después le agarró de la mano y tiró de él hacia la calle.

—Creo que ahora sí me debes una ducha. Y algo de ropa. Después me lo cuentas todo.

El perro hundido era solo el último episodio de una lista de absurdos que le estaban ocurriendo desde que se mudó. La exhibición de pavos muertos prácticamente en su portal era el más impactante. La muerte del perro, el más cruel. Los mensajes que le guiaban en su móvil, lo más inexplicable. Ni Ruiz ni Martín podían creer en conspiraciones peliculeras, pero tampoco en casualidades tan letales. Tan seguidas.

Ambos habían visto morir al perro que él había dejado por la mañana en su piso sin posibilidad de escapar y que había fallecido hundido, sin asideros, sin suelo, en una hondonada de arena y fango inundada por la intervención de algún perverso. Aquello no era un accidente. Aquello no era una amenaza. Aquello no era una bravuconada. Como no lo era tampoco el sacrificio de tres aves en el parque.

—Nos hemos vuelto locos —musitó María, más bien para sí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Martín.

Estaba pensando en el alemán de rastas y en el asesino en serie de animales del que había hablado, pero aquello solo podía ser una gilipollez. Me quedo en Soria antes de volver a este Madrid de locos. Pensó también. En lugar de eso, preguntó:

—¿Y por qué no nos querías enseñar el piso? ¿Estás asustado?

—No tiene nada que ver. Este piso lo heredé de mi abuela, pero a medias con mi hermanastro. Y este se presentó por sorpresa el fin de semana. Quiere su parte en dinero, lo quiere ya, y discutimos. A cambio, se ha metido en casa y yo no quiero más problemas. —Hablaban en voz baja, inquieto, apresurado, no escondía su incomodidad—. Por eso también quiero que nos vayamos cuanto antes.

Los dos habían entrado en silencio en el piso y, sin más protocolos, Martín había conducido a María directamente al baño. Tras cambiarse en su habitación, regresó rápido a la puerta del baño con la ropa necesaria para prestarle y la esperó ahí, de pie. Tenía prisa.

—¿Tampoco hoy me vas a enseñar el piso? —preguntó María al asomarse al pasillo y encontrarlo ahí, alerta.

—Otro día, María, te lo prometo. Ahora vayámonos cuanto antes. Toma esta ropa.

María se vistió el pantalón y la camiseta de Martín, él la observaba desde el pasillo y fue tal la risotada que les dio al ver el cuerpo delgado de María en una prenda que había adoptado la forma musculosa de su dueño que él no tuvo más remedio que pensar un plan B. Espera. No te muevas.

Se fue y volvió al poco rato con una falda corta y una camiseta de tirantes. María alzó una ceja, recelosa, pero se lo puso. Talla perfecta.

—¿Y este modelito?

Martín se sonrojó. Él siempre estaba hecho un lío con las mujeres que le gustaban y nunca se comprometía con ninguna, pero tener la ropa de una de ellas en casa era un indicio de algo que María desconocía.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Ruiz. Martín calló—. No sé si estás escondiendo a tu hermanastro o en realidad tienes atada a una novia secreta en tu castillo. Algo no me quieres enseñar.

—Anda, vamos —zanjó él, apresurado, mientras recogía las llaves—. Salgamos a comer algo.

Caminaron esta vez hacia el paseo de Extremadura, pero no llegaron muy lejos. Apenas habían empezado a avanzar cuando, en dirección opuesta, vieron bajar varios coches policiales y ambulancias con la sirena encendida. Ni siquiera tuvieron que mirarse. Se dieron la vuelta y comenzaron a correr

paseo abajo, rumbo al epicentro de un movimiento que, en lugar de emitir ondas sísmicas hacia el exterior, atraía hacia sí esa coral de sonidos de emergencia que tan bien conocían y que aullaba señalando el lugar donde, si no se equivocaban, posiblemente habían asesinado a una persona.

Todo, absolutamente todo, volvía a comenzar.

4

Las lecheras de la policía estaban cruzadas en la orilla del Manzanares con las luces batientes y las sirenas apagadas, tapando la vista de lo que había ocurrido. Había anochecido ya, y los paseantes y ciclistas que quedaban por la zona se acercaron en silencio al cordón de seguridad.

«Hay una mujer muerta», decía uno. «No es seguro que esté muerta», decía otro. «Es una niña». Estaban sobrecogidos y, como siempre ocurría en esas situaciones, manejaban rumores como si fueran verdades.

Martín y María avanzaron sin dudarlo.

—Soy agente de Homicidios —dijo Martín. María no dijo nada—. Vivo por aquí, tal vez puedo ayudar.

Los policías no prestaron demasiada atención y le dejaron pasar.

María se coló tras él. Su abogado no habría estado de acuerdo. Su primer consejo había sido permanecer tranquila, lejos de toda actividad policial, y disfrutar del parón como si estuviera de vacaciones. Vacaciones, qué gran palabra, había pensado ella.

Llegaron a la zona cero. Era una de las presas del Manzanares. Una mujer yacía aparentemente muerta, pero en pie, atada a las barandillas, con el cuello anillado a una cadena que la retenía en esa posición forzada, las manos esposadas en la espalda y la cabeza ladeada hasta donde permitía el aro grueso que se cerraba en su nuca. Era muy joven. Su rostro estaba lívido, los ojos en blanco y la boca abierta sin expresión alguna. El cabello negro, rizado y abundante, escapaba de un coletero que en algún momento lo había sostenido atrás. Los pies asomaban desnudos bajo una falda larga. También estaban apresados. Y su figura era atrayente, luminosa, aunque yaciera sin vida en la oscuridad.

El cadáver se hallaba sobre el muro que separaba sendas esclusas en el centro del cauce, en la zona acotada de la presa, al abrigo del paso de los peatones. Las barandillas parecían abrirse en forma de cruz.

Cómo había conseguido alguien desplegar tanta parafernalia para torturar a esta mujer en un lugar público y a la vez inaccesible en el centro de Madrid era una incógnita que ahora mismo no podían responder. Pero más incomprensible aún era imaginar cómo alguien podía haber sido tan cruel como para infligir semejante daño a un ser humano. El autor o los autores del crimen habían recreado una especie de cadalso mortuorio en la ribera del Manzanares y, en el lugar donde los madrileños de bien candaban sus bicis o arrojaban trozos de pan a los patos ante niños ilusionados, habían sembrado una escena de terror antiguo, casi cinematográfico, de aspecto medieval.

María dio un paso atrás. Tras acceder al cadáver, los hombres de la Científica habían empezado a tomar huellas y los de la brigada de Homicidios, a la que ella había pertenecido antes de su destierro en Soria, husmeaban, fotografiaban, andaban y desandaban la estrecha zona sin reparar afortunadamente en ella. Martín se prestó voluntario, pero le dijeron que ahora mismo no hacía falta más que certificar la muerte y esperar al juez por lo que, gracias, tranquilo, chaval. En comisaría podrás ayudar más.

María empezó a alejarse de la presa por la orilla. Midió mentalmente el territorio y calculó que el asesino, o asesinos, solo podían haber huido por el agua. Tal vez incluso habían llegado desde ahí. Aquí y ahora no podía asomarse al río, había demasiado despliegue policial, pero recordaba que en muchos tramos de la orilla unas escalerillas roñosas y precarias unían el cauce a la superficie. Decir cauce y decir agua era ya mucho decir hablando del Manzanares, sobre todo en verano, cuando apenas un hilo de líquido sucio y maloliente atraía a los mosquitos de la zona, pero sabía que la alcaldesa había abierto las presas para recuperar el flujo natural del río, aunque fuera escaso, y no debería ser difícil averiguar cuál había sido el volumen aproximado de ese lunes por la tarde. Si todo había ocurrido como se podía sospechar, el hombre tal vez había llegado en bote o lancha por el río con toda la parafernalia, había obligado a la mujer aún viva a subir a la superficie en la oscuridad y le había cerrado esposas, aro y barra antes de desaparecer por donde había llegado. Era una posibilidad. Pero ¿en qué momento la había matado, entonces? ¿O en qué momento había muerto? ¿Y acaso nadie lo había visto?

Otra posibilidad era que hubiera llegado de otra forma, pero la resistencia de la chica, si es que había habido resistencia, habría sido más visible en tierra. Y la incógnita del cómo y el cuándo la asesinó quedaba igual de abierta. Había que esperar a los testigos. Y había que esperar a la autopsia. Todo ello podría dar datos y horarios, señales de violencia o el estado

objetivo de la chica en la analítica sanguínea, pero no se le iba de la cabeza la premonición del alemán de rastas. «Quien puede matar animales, puede matar personas». «Olvídalo, Ruiz. No tiene nada que ver», se dijo.

Se había alejado lo suficiente como para perder de vista el cordón policial y llegar adonde quería llegar.

—¿A dónde vas? —Martín la alcanzó.

—Ven conmigo.

Ambos habían dejado atrás la presa y seguían caminando por la ribera en dirección opuesta al crimen. Al fin, María encontró lo que buscaba, se arremangó la falda corta para dejar las piernas libres y saltó hacia la escalerilla que la iba a llevar al cauce.

—¿Estás loca?

—Claro, ya lo sabes.

Ella bajó por la escalerilla y él la siguió. El último tramo tuvieron que saltarlo, ya que estaba pensada para alcanzar los barcos y ni siquiera había agua suficiente para llegar al escalón inferior. Entonces empezaron a correr río abajo. El cauce, como había calculado María, estaba seco en la orilla. Al acercarse al lugar del crimen ella se paró, y él con ella.

—¿Qué estás buscando?

—Solo pueden haber huido por el río.

—Pero escucha, no hay apenas cauce. No estamos de servicio, no estamos armados, si los encontramos no podremos hacer nada. Y si te pillan lo tendrás peor.

María no dijo nada. Solo siguió avanzando despacio sobre la orilla sin perder de vista las luces azuladas que giraban ahí arriba. Ningún agente había saltado a la escalerilla que, efectivamente, estaba bajo el lugar del crimen, pero alguno se asomaba de tanto en tanto hacia el río. A ellos los protegía la oscuridad.

Llegó al fin al lugar exacto. Las deportivas que malamente había logrado limpiar de fango volvían a estar embarradas.

—Mira —dijo a Martín.

—¿Qué hay?

María sacó su móvil e iluminó la pared. Una nube de mosquitos se agitó bajo el foco de luz y, tras ella, una pintada negra de aspecto reciente brillaba aún fresca entre dos peldaños de la escalerilla. Decía:

PR LIBERAL

La comisaria sacó varias fotos de la pintada y del suelo de barro y piedra. Aparentemente no había huellas sobre los pedruscos de la orilla y, si acaso las había habido, habían desaparecido entre los juncos removidos por la corriente. Entonces alguien gritó desde arriba.

—¿Quién anda ahí?

Apagó el móvil y echó a correr. Martín la siguió otra vez, con el corazón en un puño. Lealtad era lealtad, pero él no podía dejarse atrapar también en la maraña de la guerra sucia que perseguía a Ruiz. De repente tenía ya demasiados problemas sobre la mesa.

Luna llevaba varios días intentando retrasar la cita que hoy le había traído al café Comercial, pero ya no le quedaba escapatoria. Llegó con su camisa blanca impecable, pantalones con la raya marcada, barba recortada, cabello repeinado hacia atrás, mocasines relucientes, y sonrió al recordar algo que, en otros tiempos, le decían los viejos colegas de *El Diario*: «Cuando Luna lleva los zapatos relucientes es que todo va bien. Está en racha».

Y algo de cierto había en el recochineo general.

En tanta vida había habido de todo, y las etapas aciagas habían estado empapadas en bastante alcohol, cierta dejadez y un abandono general de lo que le afectara a él y su intimidad. Los demás no contaban en esas épocas. Y el trabajo siempre —y siempre es siempre— salía adelante, gracias a un sexto sentido que le permitía seguir a flote ante las fuentes y el teclado. Amén.

En las épocas buenas también bebía, para qué negarlo, pero al menos sacaba lustre a los zapatos.

Se sonrió en la barra del Comercial mientras esperaba a ese viejo amigo que estaba empeñado en ficharle. Por razones incomprensibles, Jacinto Fernández creía que él, un periodista con más de cuarenta años de oficio a pie de calle, podía aportar algo sensato al Departamento de Comunicación del BBVA.

Pidió su carajillo habitual. De entrada le había parecido una locura, una ocurrencia o un acto de compasión de su amigo, que estaba a punto de prejubilarse en condiciones idóneas en el banco. Nada estaba más lejos de su vocación que pasarse al lado oscuro y trabajar para el enemigo, uno de esos poderes cuyo afán no era precisamente comunicar sino todo lo contrario: controlar la información, dispensarla con cuentagotas, en dosis calculadas y siempre en aras de un objetivo estudiado.

Los periodistas de raza sabían bien que los departamentos de comunicación eran a la comunicación lo mismo que los ministerios del Amor y la Abundancia orwellianos al amor y la abundancia: una entelequia, para ser finos. Una forma de reírse de los demás, para ser honestos. Fijar un objetivo en la opinión pública y alcanzarlo. Ocultar. Influir.

Así que su instinto le había dicho que no.

Pero su bolsillo...

Su bolsillo hablaba con voz propia. Y estaba clamando por algún ingreso. El acuerdo al que había llegado con *El Diario* cuando le pusieron en la calle le habría permitido sobrevivir de forma suficiente, pero no se había cumplido ni cinco minutos. Su jefe le seguía pidiendo artículos e investigaciones de peso, pero la valoración era ridícula y además seguía mermando de año en año mientras los chavales recién salidos de la facultad se ofrecían para hacerlo gratis. Había hecho reportajes de éxito en la web, como su famosa serie sobre «emprendedoras» que había encantado a todos pues las eligió a conciencia, muy guapas y bien dotadas. Y fue tal el éxito de audiencia que el departamento de Administración (mejor no pensar en el equivalente orwelliano) se lo valoró mejor y con mención especial por ser lo más leído del mes y tener no sé cuántos miles de «pincha-pincha». Pero la idea de seguir reptando por los bajos instintos de los lectores, a los que seguramente solo les interesaba la foto sugerente de esas mujeres pechugonas y no leer el artículo —que por lo demás era correcto y profesional—, para conseguir ingresos y jadear como un perrillo ante los nuevos directivos satisfechos de la audiencia, y no del periodismo, le daba unas ganas apremiantes de vomitar. Para bajos instintos, ya tenía suficiente con gestionar los suyos.

Había publicado algunos libros, pero, para qué engañarse, los adelantos se le habían ido en tapar algunos agujeros amén de frecuentar algunas barras que era mejor olvidar.

Así que la perspectiva de volver a tener un sueldo con el que navegar hasta la vejez —o hasta una etapa superior de la vejez que, en realidad, ya estaba encima— tenía su aquel.

Jacinto al fin llegó y ambos se instalaron en una mesa del fondo. El viejo café Comercial había vuelto a abrir y estaba inusitadamente limpio, la cara lavada. Como jamás lo había estado. Mesas y sillas nuevas de estilo hípster y un suelo lustroso donde ya no podían encajar las servilletas y palillos sucios de la clientela habitual. Los camareros eran los mismos. Sin hípster alguno a la vista.

—¿Te lo has pensado? ¿Puedo contar contigo?

—¿Qué plazo me das? ¿Cuál es el límite?

—Joder, cabrón, te dije que urge. El director me está metiendo prisa. Si lo dejas correr, ¿cuántos minutos crees que tardarán en tener otro candidato más dispuesto? ¿Y más barato?

Luna ni siquiera se lo había dicho a nadie. Había pensado en negociar con su jefe, utilizar la oferta para mejorar su situación en *El Diario*, pero aún no lo había hecho y algo le decía que en ningún departamento de Administración ni de Abundancia ni de Amor de su empresa le iban, no ya a igualar, sino a acercarse de lejos a los 5000 euros mensuales que le estaban ofreciendo aquí.

—Dime una cosa. ¿No podré escribir, supongo?

—No me jodas. Firmarás un contrato de confidencialidad. Es obvio.

—¿Y reportajes de otros temas? ¿Algún crimen, algún suceso?

—Estás mal de la cabeza, Luna. ¿Cuántos crímenes has firmado últimamente? Tú mismo me lo has llorado mil veces, en muchas barras. «Ya solo me quieren para reportajes de tetudas. Digo de emprendedoras».

—¿Y libros? ¿Tampoco libros?

—Vete a la mierda.

Jacinto tenía razón y Luna lo sabía. No había noche de copas en la que no llorara por el fin del periodismo de verdad, y si ahora se pasaba al lado oscuro no iba a renunciar a él, porque ya había desaparecido. Ya no existía. Se acabó. *It's over*. Gilipollas.

Entonces sintió una vibración en su móvil. Y lo miró. Un nuevo mensaje. En realidad eran tres. Los tres simultáneos.

Uno era de un contacto de la policía:

«Finada en el Manzanares. Rollo gótico o similar. Te interesa».

Otro era de su jefe:

«Una chica asesinada en puente de Segovia. Torturada. Muy fuerte. ¿Contamos contigo? La red echa humo. Necesitamos crónica ya!!».

Otro era de María Ruiz y era más escueto:

«¿Estás?».

Luna miró a Jacinto y se levantó, amagó con sacar la cartera, pero el amigo le disuadió con un gesto de hartazgo, aunque también de comprensión. Amistad es amistad.

—Perdóname. Hay un crimen. Hay una chica muerta.

—Luna...

Pero Luna no le dio tiempo a terminar la frase. Si debía pasarse al lado oscuro, que le dejaran al menos cumplir su última voluntad. Al fin y al cabo

hasta los reos de muerte pueden elegir su última comida antes de exhalar ante el verdugo su última respiración. Para él, su menú era esa jovencita muerta.

Rollo gótico o similar. Mmmm.

Un taxi dejó a Luna junto al cordón policial. Algunos paseantes seguían merodeando con más espanto que curiosidad, pues a esa hora ya se habían extendido algunos detalles del macabro hallazgo. Luna había llamado a su fuente, sabía ya que la chica había fallecido encadenada a las barandillas del río por el cuello, las manos y los pies e intuía que el juez estaba a punto de llegar. Era el mejor momento para colarse en el escenario, con los policías expectantes, nerviosos y aún permeables a los amigos de siempre.

Buscó alguna cara conocida y la encontró. Estaba dentro.

Eran las fiestas de San Isidro y todo el cuerpo policial de Madrid estaba movilizado, pero más bien por alerta antiterrorista. Los ataques con camiones o cuchillos en fiestas y conciertos de Niza, París o Mánchester tenían históricos a políticos y altos cargos, así que no iba a faltar el desfile de uniformes ante un crimen que aparentemente nada tenía que ver con el terrorismo, pero que al fin y al cabo había exhibido una incomprensible libertad de acción del asesino o asesinos ante los ojos de los madrileños y del mundo entero en plenas fiestas. Le pareció ver al jefe superior. Llamó a Esteban.

—¿Qué sabéis?

—¿La verdad y solo para ti? Nada —respondió sincero, Esteban.

—¿Es un rollo gótico? ¿De qué va esto?

—Estamos como tú, Luna, para qué te voy a engañar. Una chica encadenada y muerta en pleno centro de Madrid.

—¿Y de qué ha muerto?

—Aún no lo sabemos. Es impensable que la arrastraran muerta hasta ahí.

—Y es impensable que la arrastraran viva a la fuerza. ¿Podemos pensar que contaron con su voluntad? ¿Un sacrificio?

—No sé, joder, es muy pronto. En un rato sabremos más.

—¿Dónde estás?

—En comisaría. Allí sobran uniformes.

—¿Y Ruiz? —preguntó Luna.

—Ni idea. ¿Por qué lo dices? —replicó Esteban.

—Por nada.

—Venga ya.

—Te lo juro. Solo me ha escrito.

—Espero que no se la juegue. En este momento, no.

—No te preocupes. Ella lo sabe.

Los dos colgaron sabiendo que habían mentido. O que se habían engañado. Ambos la conocían y sabían que ella no iba a estar lejos. Y que si había que procurar mantener a alguien alejado, era a su enemigo, el jefe superior.

Los dos llegaron al fin, y una vez más, al portal de Martín. Estaban sudorosos, agotados. María sentía que no había dejado de correr desde que salió de su casa, primero en bici a la otra punta de Madrid, después en busca del perro de Martín y ahora luchando por poner kilómetros entre el lugar de un crimen y su culo, los mismos que antes habían recorrido para acercarse allí a toda velocidad. Ella estaba temblorosa, él también.

—Dios, Dios, su puta madre. —Martín se atusaba el pelo desde las sienes hacia atrás con un gesto de dolor.

A María no se le iban de la cabeza las palabras del alemán de rastas, pero se negaba a creer en algo semejante.

«Quien puede matar animales, puede matar personas».

Las conspiranoias no existen, se decía.

Pero los hechos sí, se decía también.

Y lo cierto es que los hechos hablaban de una joven muerta, de unos animales muertos y de unos mensajes que indicaban a Martín el camino de su fox terrier hacia la ciénaga letal.

—Joder, Martín, enséñame el móvil.

—Déjalo ya, María, por hoy hemos tenido suficiente.

—¿Quién te enviaba los mensajes?

—Ni puta idea.

—¿Y tu hermanastro cómo es?

Martín se extrañó de la pregunta, era visible que quería despedirse y no prolongar más la conversación. Apenas le conocía, dijo, habían coincidido alguna Navidad y poco más y el hombre tenía razón en demandar su parte. Había sido culpa suya no aclarar los términos cuando heredaron, pero eso no tenía nada que ver.

—¿Por qué lo preguntas?

—El sábado apareció tu hermanastro a fastidiarte la mudanza. Y empezaron a ocurrir cosas extrañas.

—¿Mi hermanastro? Es un gilipollas, pero no un asesino. Ni siquiera sabemos si la muerte del río tiene algo que ver con lo demás, jefa. Creo que debemos esperar.

En ese momento se acercaron voces al portal. Era un chico moreno y guapo, aún más trabajado que Martín. Llegaba con una chica y ambos parecían colocados.

—¡Hola, hermanito, si estás en casa! Mira, te presento a Mariló. ¿Y tu amiga quién es? ¿Puedo conocer a tu amiguita? —preguntó el recién llegado.

—María, Pedro. Pedro, María —presentó Martín, de mala gana. Ruiz sonrió, divertida, al fin y al cabo no dejaba de tener gracia la situación. Su sospechoso número uno hasta hacía un minuto, si es que había llegado a tener un sospechoso número uno, era un chaval con menos luces que un faro apagado.

—Tenemos costo, si queréis. ¿No subís? —El tal Pedro sacó una china grande.

Su amiga Mariló reía, «vamos arriba, vamos a tu habitación», decía mientras tiraba de él. Martín no ocultó un gesto de rechazo. Ya estaban tardando en desaparecer.

Eso sí. ¿Desaparecer en *su* habitación? ¿Suya? Había pasado semanas pintando y revocando el piso durante el último mes, aplicado cada noche al volver de trabajar, para que ahora el hermanastro tomara posesión de una de las habitaciones como si tal cosa. Pero estaba demasiado confuso y furioso como para abundar en el tema.

—Me voy a dormir, María. Mañana hablamos. —Y se metió en el portal apresurado, tras los pasos de su hermano.

María se quedó en la acera. Habría querido seguir hablando, no se quedaba convencida. Pero se despidió, si es que decir adiós a quien ya se había ido era despedirse, y se alejó. No tenía más remedio que esperar.

María durmió a duras penas. Tras dejar a Martín había recuperado su bici evitando la zona exacta del crimen, se había metido en el metro y había llegado a casa en tal estado de agotamiento que en vano cerró los ojos en la cama. Luna no le había contestado, y eso era extraño. Esteban tampoco. Algo le decía que esta vez no la iban a ayudar, absurdamente compinchados para protegerla. No importaba. Sabría puentearlos a ellos también.

Las vueltas en la cama eran estériles, así que volvió a levantarse para husmear en las noticias e indagar en algunas webs de confianza sobre magia negra, sacrificios humanos y animales. A falta de confirmación, la víctima parecía tratarse de una becaria de la universidad que acababa de terminar la carrera. Se hablaba de la Facultad de Medicina y de la de Historia, así que había que esperar. Tenía veintidós años en varias informaciones, veinticinco en otras y parecía ser de Zaragoza, de Cuenca... o de Madrid. Había que esperar. En la crónica de Luna en *El Diario* se mencionaba un ritual gótico entre jóvenes como primera hipótesis policial. Que fuera la primera hipótesis policial era posible y en eso Luna no mentía, pero que fuera un ritual gótico era anticipar demasiado. Alguien estaba poniéndose ya una medalla que aún no se había ganado, pensó.

En otro rato de insomnio volvió a escribir a Luna, pero no hubo respuesta. Un wasap la sorprendió, sin embargo, un instante después, cuando tras comprobar que el que había enviado al periodista reaccionaba con dos rayitas azules le llegó uno desde otro contacto: «¿Estás? ¿Puedes hablar?».

Era Nora. La estudiante de periodismo amiga de Luna, que se manejaba ya como veterana en su joven periódico digital y que la había ayudado en un caso anterior. Decir «ayudado» era en realidad quedarse corto. Nora se había implicado con riesgo de su propia vida para cazar a un mafioso en un prostíbulo en una misión que Ruiz podría no haberse perdonado jamás. Pero todo había salido bien, era una chica lista, especial, y —María se sonrió—

donde no llegaba el viejo Luna llegaba la estudiante con una pericia nueva que era marca de buena generación.

«Sí —respondió María—. ¿Te llamo?».

«Espera, mejor por WhatsApp».

Debían ser las tres de la mañana y una conversación podía ser inconveniente si alguna de las dos estaba acompañada. Ella hacía tiempo que nunca lo estaba pero ¿Nora? ¿Acaso estaba con Luna? María se sonrió de nuevo, Luna no se prodigaba nunca en detalles sobre su vida privada pero era notorio que entre él y Nora había chispas que seguramente desbordaban la sintonía profesional. Al menos, por parte de Luna. Como era notorio que ella había aparecido después de que María escribiera a Luna, por lo que cabía imaginar que estaba cerca. De él y de su móvil descuidado.

«¿Sabes algo de esa becaria?», tecleó María, pero antes de enviarlo, lo borró. Siempre tan directa, al grano, empezaba a darse cuenta de que no era cuestión. Había que empezar mejor.

«¿Cómo estás?».

«Destrozada».

María se sobresaltó.

«¿La conocías?».

«Amiga de amigos. Putos tarados. ¿Vamos a cortarles los huevos?».

Ese era el tipo de mensaje que no debía contestar. Si en algún momento su caso pasaba a un juez —y si la condenaban tenía claro que iba a recurrir a una instancia judicial ajena a la policial—, su teléfono podía ser analizado, debía cuidarse. Dudó. Sí, no, sí, no.

«Claro que sí —sin embargo, respondió. Era una forma de hablar, se dijo, quién va a pensar que es literal—. ¿Qué sabes de ella?».

«Becaria en Arte, su primer contrato. Un profesor estaba obsesionado con ella, es lo único que sé, la había acosado y tal. Por lo demás, ni puta idea».

«¿Sabes su nombre?».

«Sara. Sara no sé qué».

«¿Y el profesor?».

«Aún no lo sé. En cuanto sepa te digo».

«¿De dónde era? ¿Dónde vivía?».

«Creo que vivía en una okupa, pero no sé cuál. Me suena el Patio, la Quimera, no sé. Me entero rápido».

«Ok, cuídate».

«Oye...».

«Dime».

«¿Tú no estabas expedientada? Me dijo Luna que te han machacado bien».

«Se va a resolver. Solo necesito que no lo cuentes en tu web».

«Tranquila, nunca ataco a mujeres atacadas».

María se sonrió esta vez. Nora era una *destroyer* capaz de desvelar documentos en su web como el informe contra el jefe superior que alguien le había filtrado y que el propio Luna o los periódicos convencionales temían desvelar. No parecía tener límites para informar, pero ahora estaba descubriendo uno: no atacar a mujeres atacadas. Era una romántica, al fin y al cabo, una periodista con causa y, de alguna forma, eso le gustaba. Cuánta libertad aún, la de quien no se debía más que a sus principios. Cuánto desparpajo.

Las dos se despidieron hasta que supieran algo nuevo. Debían intentar dormir. Aunque, antes, María aún tenía que hacer una última búsqueda por internet.

La Facultad de Arte estaba en el área de la Complutense y a María no le costó mucho encontrarla. Hacía siglos que no iba a la zona universitaria, salvo las incursiones esporádicas al Anatómico Forense que en estos tiempos, sí, echaba terriblemente de menos. Las deducciones, las pistas claras, las huellas probadas, las trayectorias de las balas o los secretos que escondían las muelas, tatuajes o *piercings* de los fiambres. Los indicios de estrangulamiento, la coagulación de las heridas, la gama de grisuras de la piel o de granates de la sangre, todo eso se había convertido en una disciplina que no solía escaparse al raciocinio, a la verdad comprobada y la ciencia. Tenía nostalgia.

Sus mejores recuerdos, sin embargo, se remontaban aún más atrás, cuando ella misma era una estudiante de psicología no muy lejos de aquí. Los días fueron buenos cuando todo se trataba de aprobar exámenes y de soñar con un futuro limpio, sin muertes, ni desengaños, y la soledad era una condición deseada después de sesiones maratónicas de estudio en grupo, de convivencia interminable y de amistades irrompibles que acabaron, sin embargo, rompiéndose antes o después.

Aparcó y avanzó hacia las escalinatas de la entrada. En el interior, varios jóvenes velaban en silencio en un rincón con cirios encendidos en torno a una foto de la chica muerta. Algunos lloraban. María se aproximó. Le pareció que no había ningún profesor.

La joven Sara sonreía en la foto a un punto ajeno a la imagen, iluminada desde la derecha por un único foco de luz, posiblemente un ventanal abierto. El resto eran sombras. Tenía el cabello negro muy rizado, con media melena voluminosa y encrespada, uno de esos peinados sin capas, ni tintes, gracioso por natural e imposible de domesticar. Como si la chica se lo cortara ella misma y le quedara simplemente bien. Tenía la tez pálida, los ojos oscuros y la nariz afilada, sin ser grande. Toda ella era atractiva y graciosa, se le intuía personalidad. Veintidós años, decía un cartel.

«Tus amigos no te olvidaremos».

María observó las caras que rodeaban el velatorio improvisado. Consternadas, furiosas, también silenciosas. Varias chicas se deshacían en lágrimas y unas y otras se consolaban con caricias en la cabeza y en la espalda, o se agarraban las manos prietas para sostenerse mutuamente. Posiblemente aquí no había respuestas, sino solo preguntas. La comisaria se alejó con prudencia. Más allá de ese rincón, la vida seguía su curso y el silencio se iba difuminando en el bullicio habitual, estudiantes y profesores andaban al fin y al cabo de acá para allá rumbo a sus clases, y desde la cafetería llegaba el rumor del griterío ajeno a ese dolor. Dirigió sus pasos hacia allí.

Pidió un café. En el tablón del menú también había pinchada una foto de la chica y varias pintadas. «Hijos de puta», «Tarados de mierda», «Queremos la verdad».

Los cocineros ni siquiera se habían atrevido a escribir ahí el menú y, por lo que oyó comentar, hoy solo iba a ser verbal. Alubias o ensalada, lomo o chicharro. La tristeza se mascaba en el local. Observó a un par de profesores y también las miradas de condena que les destinaron unos estudiantes cercanos hasta que se fueron. Ella al fin se atrevió.

—¿La conocíais? —les preguntó.

—Claro que sí.

—¿Y sabéis qué pudo ocurrir?

—¿Y tú quién eres?

Los chicos la miraban hostiles, cerrados como lapas en su condición de jóvenes que aún se creían limpios de las miserias de adultos.

—Soy policía... —María dudó, pero recordó a Nora y siguió—: Pero sobre todo amiga de amigas.

—Ya ha estado la policía por aquí —dijo uno de ellos—. Y no tenemos ganas de más policía.

Los chicos siguieron recelosos. Cierto que ella parecía una civil, con sus vaqueros y una de las camisetas que se habían convertido en su uniforme de la temporada, un aire despeinado y el rostro limpio. María además sabía aparentar tranquilidad, y eso, posiblemente, ayudaba.

—Si quieres no me tomes por policía. Soy simplemente amiga de amiga. De una amiga de Sara.

—¿Qué amiga? —preguntó uno, receloso.

—Una periodista.

Aquello sí fue un error. Otro error. Si de alguien recelaban los testigos jóvenes o gente cercana a un crimen más que de los policías era de los periodistas. Ahora iba a ser difícil salir del charco.

—Tampoco queremos periodistas. Menuda mierda que están contando, rituales góticos, no tenéis ni puta idea —dijo uno de ellos—. ¿Es que no tenéis nada mejor con que entreteneros? Olvidanos.

—Hay que tener valor. Rituales góticos —dijo otro—. Sara era la persona más buena que te puedes encontrar. Tanto que el hijo de puta que la contrató la acosaba también. Se estaba aprovechando de ella.

—Hoy ni siquiera ha tenido el valor de venir —añadió otra.

—Tal vez ya le han detenido —dijo otro.

—¿Y cómo se llama el profesor? —María vaciló, pero se atrevió a preguntar. Podían echarla con cajas destempladas, o podían decírselo.

—Mira. Déjanos en paz.

El círculo de amigos se cerró para ella, no había tenido suerte. Era difícil actuar sin placa y sin definición, las puertas no se abrían igual.

Salió de la cafetería y deambuló por los pasillos. Por los mensajes sabía que Nora aún no tenía nada nuevo y decidió llamar a Martín.

—¿Sabemos algo?

—¿Dónde estás? —Martín respondió bajando la voz.

—Eso no importa. ¿Sabes cómo se llama su profesor?

—María, no te debes implicar. Ahora no. —A Martín le temblaba la voz, al fin y al cabo ella había sido casi siempre su superior. Su tono era distante. Seguramente Esteban le había aleccionado en serio.

—Es mi problema, Martín. Recuérdalo.

—También es nuestro, jefa. ¿Acaso no te lo has planteado?

María se calló. Por alguna razón recordó en ese momento a Carlos, su maestro y amigo fallecido de un infarto, e intentó imaginar cómo habría reaccionado él. Compañero de lealtad infinita, era dudoso que le hubiera denegado información. ¿O tal vez le habría dicho que precisamente por

lealtad, la misma que expresaba Martín, se la iba a negar? La comisaria sintió rabia, también hacia Carlos que, aunque estuviera muerto, aún parecía aliarse con los demás, eso se olía. Si alguien creía que ella se iba a frenar iba muy desencaminado, aunque estuviera enterrado, pensó, cabreada.

Pero hoy no tenía más remedio que rendirse y volver a casa. Además debía preparar las alegaciones para enviar al abogado, algo que ahora mismo solo le provocaba enormes deseos de bostezar. Antes decidió echar un vistazo a la biblioteca, un espacio que siempre daba mucho de sí.

Hacía tiempo que Luna no tocaba a una fuente que le había aclarado algunas cosas en el pasado. Hubo un caso, hacía ya demasiados siglos como para identificarlo exactamente, en que apareció una cabra desangrada en el cementerio de La Almudena de Madrid. El asunto se habría quedado en anécdota con aroma a Puerto Hurraco si no hubiera sido porque, al cabo de una semana, una joven escapó del mismo lugar y denunció que había estado a punto de morir. Ocurrió a manos de unos locos, dijo, que intentaron ponerle alas de mariposa antes de clavarle un estilete que le había herido en el cuello. Nadie la creyó, pero Luna completó su reportaje con la ayuda de una señora especialista en magia negra que nunca le confesó si ella misma la practicaba en sus ratos libres. La dama en cuestión era una especie de médium con ascendentes cubanos o haitianos, ahora no lo recordaba bien, y una mirada siempre revirada, como de reojo, y exaltada como niña entusiasmada ante cada nueva proclamación. Annabella —sí, así se llamaba, Annabella Dellamare, podría apostarse un carajillo— estaba en aquel entonces al tanto de todas las bandas o grupos que simpatizaran con la magia negra, que en aquel tiempo se limitaban a algunos gitanos, africanos o —como decía a menudo— pijos madrileños que no tenían nada mejor que hacer. Los que habían actuado en La Almudena entonces pertenecían a este grupo y en realidad no tenían ni idea, decía ella. Luna simplemente lo incluyó como testimonio acreditado.

Releyó aquella noticia y se sonrió. Cuántos recursos despliega un periodista para ocultar sus verdaderas fuentes, y la fórmula de «acreditado» encajaba bien, aunque tal vez le venía grande a esa señora de porte excéntrico, uñas larguísimas pintadas de negro, cejas tatuadas y maquillaje en varias capas. También le ayudó en algunos asuntos más.

Ella iba a ser la mejor opción, así que Luna consultó sus agendas del pasado, que guardaba celosamente y en orden en medio del caos de papeles

habitual, y se preparó para ir a verla. Si Annabella estaba donde la había dejado, bastaría una vuelta por la zona de la plaza Mayor para encontrarla. Recordaba el callejón exacto donde echaba las cartas por dinero, aunque a él se las echó algunas veces, dijo, «por amistad».

El cartel en el portal no le defraudó: «Masaje adelgazante, pedicura, esteticienne, depresión. También echamos las cartas». Qué grande era Annabella. Alguna vez había pasado a saludarla después de aquella consulta, había sido una buena fuente, pero hacía mucho que ni se le había ocurrido. Mientras apretó el timbre recordó a Jacinto y la oferta en firme del BBVA, qué pensaría esa gente si le vieran aquí. Pero esta visita, pensó, también podía catalogarse como otra prolongación de sus últimas voluntades como reo. El aperitivo del último almuerzo a la carta que elegía el condenado y que iba a estirar hasta atracarse. Debía sacarle jugo.

Una chica abrió en zapatillas y bata rosa de guatíné.

—Perdona, ¿Annabella? —preguntó tímidamente Luna.

—¡Mamá! —gritó la chica con un vozarrón.

—¿Qué pasa? —respondieron desde dentro.

—Te llaman.

—¿Y quién es?

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Luna, un viejo amigo.

Annabella apareció en pijama. Un conjunto rosa con puntillas y zapatillas de pompones y tacón y un moño imponente recogido en lo alto de la cabeza con un coletero igualmente rosa, y un rostro que ni siquiera parecía haber envejecido, porque estaba cubierto de toda la gama de colores de una paleta L'Oreal o similar. Luna se disculpó.

—Perdona el asalto, ¿te acuerdas de mí? El periodista. ¿Es mal momento?

—¡Pasa, cariño! ¡Cuántos años! —La médium rápidamente le acogió—. Dios, espero no haber envejecido tanto como tú. Se ve que nadie te cuida, ¿me equivoco? ¿Quieres que te eche las cartas? Te veo mal, corazón.

—Mamá, por favor, pobrecillo —protestó la hija.

—Tú cállate.

Luna no sabía si sonreír o sucumbir al desaliento. Cierto que no hacía deporte, que bebía más de lo que estaba dispuesto a reconocer y que no evitaba las grasas saturadas o insaturadas, ni siquiera sabía distinguirlas bien. Vale, no guardaba una madurez ejemplar, pero si algo tenía en forma era la fibra sensible y esa se la acababan de tocar.

Annabella le hizo pasar a la salita donde trabajaba y Luna no detectó grandes cambios. La mesa redonda donde antaño echaba las cartas seguía cubierta por un largo mantel que depositaba sus flecos en el suelo, y a un lado estaba la camilla en la que tumbaba a las clientas. Con una toalla encima, mejor pensar que estaba limpia. Los dos se sentaron en sendos sillones con vistas al mueble abigarrado de fotos, figuras y alguna enciclopedia de vendedor a domicilio. Algunos habían hecho su agosto en casas así.

—¿Vienes por la chica muerta?

Lo cierto es que Luna había pensado en interesarse por ella y dar algunos rodeos de rigor, pero Annabella había ido directa.

—¿Cómo lo has sabido?

—Vamos, Luna, recuerda que soy algo bruja. —Annabella rio—. ¿Cómo estás, cariño?

—Voy tirando, ¿y tú?

—También. Mi hija me ayuda y el negocio no va mal. Con la crisis debemos ser los únicos que hemos crecido. Nosotros y las peluqueras. — Señaló la mesa camilla. Por hacer el tonto él también se había sentado ahí alguna vez, y las cartas siempre le habían prometido algún ingreso, algún amor, alguna sorpresa y agujeros recurrentes en su vida sentimental. Esos los conocía bien.

—¿Has oído lo de este crimen, entonces?

—Lo que habéis contado. Pero si quieres saber si es brujería, lo dudo.

—¿Un sacrificio?

—Todo crimen es un sacrificio. Necesitaría saber más.

Luna le puso al día: primero habían aparecido tres pavos muertos, esos sí, sacrificados, en el parque Caramuel. Y al día siguiente esa chica muerta con señales de tortura en la presa del Manzanares.

—¿Con señales de tortura o de un montaje de tortura?

—¿Qué quieres decir?

—Que no me lo trago. No por bruja. Por lógica. La tortura requiere algo más que muchas horas: muchos días. Uno no aparece en el corazón de Madrid como por arte de magia y desfallece repentinamente por tortura. Está claro que es un montaje, amigo, una composición. Es extraño.

—¿Y los pavos?

—Puede ser parte del montaje. Alguien quiere llevaros por ahí.

Seguía siendo muy lista, Annabella. Debería haber sido policía.

—Pongamos que es un montaje. ¿Quién puede jugar con esa estética de sacrificios y tormentos?

—Ni idea, corazón. Lo de esa chica solo me recuerda a la Inquisición.

—¿Estabas viva? —Luna bromeó.

—No, pero seguro que tú sí —respondió, rápida.

Los dos rieron. Luna recordó que siempre habían sintonizado bien y ahora no entendía por qué la había dejado de visitar. Seguía teniendo su aquel.

—Dime otra cosa: ¿hay nuevos grupos góticos en Madrid?, ¿gente que adore a los muertos, que haga brujería? No sé, ¿gente nueva en tu gremio?

—YouTube está lleno, cariño. Montón de gente con una pedrada en la mollera. Con la crisis esto se ha llenado de pirados.

—¿A ti no te la han dado, verdad, la pedrada?

—Lo mío es auténtico, tú lo sabes. —Alzó el rostro en señal de orgullo y el moño quedó inmóvil desafiando la gravedad—. Bueno, no te apures. Miraré por ahí. Y ahora qué. ¿Te leo las cartas?

Era una tentación. Pero no quería oír lo que iba a oír. Algo te preocupa. Veo que te enfrentas a una decisión difícil. Te causa conflicto.

Porque al fin y al cabo ¿quién no sabe lo que debe hacer sin que se lo diga la disposición de los astros?

Solo Luna. Pero era mucho Luna.

6

Aún era muy pronto para tener datos exhaustivos de la autopsia, pero veinticuatro horas debían ser más que suficientes para hacerse una idea clara sobre la causa del fallecimiento. Así que María pulsó a sus amigos forenses. Sara Muñoz, natural de Zaragoza, había muerto deprisa, atada y de pie, sin ningún margen de maniobra, asfixiada por el aro que se cerraba en su nuca. Aparentemente nadie la había visto llegar, ni a ella ni a su asesino, pero con toda esa parafernalia era difícil imaginar que fuera uno solo. Y que no hubiera testigos.

Lo que sí era fácil de imaginar era de dónde podía haber salido un aro semejante al que la había encadenado a la barandilla y, salvo que procediese de un museo medieval, sección torturas, María calculó que era un artículo de atrezo de un *sex-shop*. Más que un juguete. Sería fácil comprobarlo.

Y lo que también resultaba fácil de deducir era que el objetivo del crimen no había sido el sadismo compartido ni el placer, sino una exhibición de poder, de crueldad y tal vez ejemplaridad en el centro de Madrid. Violencia de género, sí, claro, pero tan sofisticada que desbordaba los cánones que podían manejar.

Que hubiera tenido lugar en plenas fiestas de San Isidro podía ser importante. Y el mensaje elegido en la pintada cercana, «PR LIBERAL», si es que estaba vinculado al crimen, podía sugerir una especie de noticia o código. María sabía que existía un periódico llamado *PR Noticias* y sería fácil comprobar si existía algo llamado PR Liberal. En las crónicas que seguían poblando las redes, además, no se había publicado este detalle, por lo que podía suponer que la policía aún no se había percatado. O que tal vez no tenía relación. O que no querían dar pistas al culpable. Todo era posible y nada era descartable.

María abrió su móvil y revisó las fotos. Las dos partículas o palabras —«PR LIBERAL»— eran de formato pequeño, estaban pintadas entre dos

peldaños de la escalinata y ni siquiera podía estar segura de que fueran nuevos, pero si la policía aún no lo conocía se lo debía decir.

Ella había indagado por su cuenta y había encontrado algunas alusiones curiosas. La chica fallecida era becaria en la Facultad de Historia del Arte y el mensaje, «PR LIBERAL», era una de las leyendas que Goya había utilizado en sus dibujos cuando reprodujo torturas y castigos a quienes pecaran más allá de lo tolerado por la Santa Madre Iglesia. El pintor había dejado testimonio de maltratos, violaciones, juicios y hasta canibalismo en sus álbumes, pero pensar ahora en una banda goyesca actuando en Madrid bajo sus lemas o, mejor dicho, repitiendo o representando las aberraciones que el genio denunciaba en dibujos realizados en general para sí, era mucho más que surrealista. Era irreal. Había que investigar al profesor que la había contratado y que la acosaba y del que, gracias a Nora, ya conocía su nombre: Salas. Había que poner del revés sus cuentas, sus redes, sus costumbres. Sus últimos pasos.

Y sabía que solo había una persona capaz de revolver como nadie en busca de trapos sucios. Capaz de recorrer espacios que parecían cerrados, de derribar claves y contraseñas, de escalar muros invisibles a otros ojos. De trazar conexiones entre webs del internet profundo que nadie más era capaz de vislumbrar. Y ese era Tomás.

Tomás Gutiérrez, agente de la Tecnológica con varias medallas al mérito por sus últimas acciones, pero al fin y al cabo al borde de la invalidez permanente por sus lesiones en acto de servicio, había desarrollado tales dotes para investigar en la red que estaba más cerca de ser *hacker* que un simple informático. Gravemente herido al capturar a un criminal, se había salvado de milagro, pero estaba de baja. Prácticamente irreversible.

María recordó su último viaje juntos, después de que saliera del coma. Habían encontrado un espacio de cabañas con facilidades para discapacitados y habían recorrido juntos —Tomás, sus dos perros, ella y la silla de ruedas inteligente— todas las calas habilitadas para bañarse, habían cerrado al caer la noche todas las terrazas disponibles, habían recorrido una y otra vez el *spa* con masaje y rehabilitación, pero sobre todo habían contemplado el atardecer en el Atlántico, noche tras noche, con el sol poderoso reflejado en la superficie del agua y multiplicando sus rayos en las olas que bañaban la pequeña isla de Oleron. Un rincón desconocido en Francia, un lugar sin *wifi*, ni cobertura, ni apenas carreteras y tan orgulloso de estar parado en el tiempo que se jactaba de ser un espacio «libre de MacDonald's». Cuando ambos se movían de un lado al otro en la furgoneta de Tomás, se metían en atascos,

aunque fueran cuatro los motorizados, porque los isleños habían decidido no crecer, no cambiar y fluir juntos despacito en los caminos bacheados que separaban, más que unían, las aldeas y los puertos. Y había que agradecerse. Se reían juntos de cada tontería, se miraban sin creer que estaban de nuevo de la mano, unidos. María apenas podía recordar un tiempo más feliz, y en esos momentos su propio expediente y la sombra de Jota Ese, el jefe superior, estaban suficientemente lejos.

Hoy le abrasaban las ganas de verle, de asomarse de nuevo a su rostro acogedor y sus ojos limpios, pero tras regresar de Oleron él había pedido tiempo, distancia porque —decía, con su voz aún lenta y dificultosa— él nunca se iba a recuperar.

«Seremos amigos en el futuro», fue lo último que dijo. O que intentó decir.

María sentía furia cada vez que lo recordaba, pero también compasión. Tristeza. Por ella y por él. Tomás se había encerrado a cal y canto, se había dejado nublar la mirada y ella no había sido capaz de revertir la situación. Sencillamente, él la había excluido de su vida. Puerta cerrada. Y Ruiz, no es la primera vez que te pasa, se decía, humillada.

Y hoy sabía que esa era la situación, por definición inamovible. Pero también sabía que si alguien era capaz de indagar en la vida del profesor Salas era Tomás, o eso era al menos lo que quería creer. Que le quedaban los brazos hábiles y la cabeza lenta, pero despierta, y que, con eso y un ordenador con conexión, Tomás era capaz de todo. Tal vez era solo una mala excusa, una artimaña para volver a llamarle, para volver a escribirle sin que le respondiera el silencio, para tentarle una vez más. O tal vez era una oportunidad.

Antes de dar ningún paso se levantó, caminó por la casa. Observó el pliego de cargos de su expediente y el ordenador abierto por un documento en blanco en el que no había avanzado nada más allá del título provisional: «Alegaciones». Nada era nada. Miró su móvil y solo había un mensaje: «¿Tienes ya material?», preguntaba el abogado.

Definitivamente, no.

Suspiró y se decidió a hacer tres cosas: primero eligió las fotos de la pintada y de los pavos y se las envió a Esteban. Texto: «Tal vez os pueden ayudar». Suponía que los mensajes en el móvil de Martín ya se los habría comunicado él.

Después buscó el contacto de Tomás. La idea de volver a fracasar le mordía los dedos, le refrenaba unos instantes su prisa habitual. Pero actuó: «¿Has visto el crimen del Manzanares? Lo siento. Solo tú me puedes ayudar».

Luego recogió la ropa del tendal. La falda y la camiseta que le había prestado Martín ya estaban limpias y secas y, mal que le pesara a su amigo, se las iba a devolver hoy. Todo lo que se alejara más de veinticuatro horas de un asesinato multiplicaba las posibilidades de no resolverlo jamás. Había que correr.

El profesor Salas no había vuelto a clase desde la muerte de Sara. La puerta de su despacho había amanecido pintarrajeada la misma mañana del asesinato, horas después del hallazgo del cadáver. La cerradura estaba bloqueada con un espray y el propio decano le había llamado para que se tomara unos días libres. Hasta que se aclararan las cosas. María se había enterado husmeando en el departamento, un secretario había llegado hasta ahí en su información pero no le dio ningún otro dato. La universidad se había replegado en el silencio espeso. Y ni siquiera Nora había podido averiguar nada más.

Sabía que le habían interrogado, pero también que oficialmente no había nada contra él. La facultad tampoco había recuperado la calma. El altar donde se había improvisado el homenaje a Sara seguía creciendo y atrayendo a estudiantes indignados. Había velas nuevas que añadían un aroma mortuorio al lugar. Había fotos distintas, peluches, frases y dedicatorias e incluso todos los signos de una verdadera acampada, ya que varios compañeros lo habían convertido en vigilia permanente. Una enorme pancarta colgaba ahora de lado a lado en el espacio central: «Queremos la verdad. No al feminicidio. Hombres-Asesinos. #porSaramanifesta@ccion».

María apuntó el *hashtag*. Si habían organizado una manifestación quería estar enterada y se metió en Twitter para averiguarlo. El *hashtag* sumaba ya un largo hilo de comentarios, esperaba que la policía también lo estuviera controlando, y si Tomás tenía el arranque de responder sería un buen lugar por el que empezar. Pero el wasap que le había enviado ni siquiera estaba marcado como leído y ahora mismo no sabía si podía haber cambiado de teléfono, si estaba atenazado por la depresión o si simplemente la había bloqueado. Su ausencia dolía como una raspa entera de pescado atravesada en la tráquea. Pero debía avanzar.

Además sabía lo que tenía que hacer, él se lo había enseñado. Se sentó en una escalera cercana y desde el móvil se creó un perfil nuevo desde el que seguir el *hashtag*. ¿Nombre? No iba a poner el suyo y se le vino uno muy

particular a la cabeza: «Oleroy». Descripción: «Todas somos Sara. Nunca más muertes». Foto del perfil: la de la becaria que corría por la red.

Por qué no. No decía nada que no fuera verdad y desde ahí podría retuitear, poner mensajes directos o añadir comentarios a la protesta espontánea en la red. Y solo había una persona que pudiera identificarla con el nombre de Oleroy, tan cercano al paraíso compartido de Oleron, y, por desgracia, estaba ausente. Era una buena opción. En cuanto retuiteó un par de cosas empezó a tener seguidores. Quién sabe si otros policías asomados a ese patio de vecinos camuflado bajo el nombre de Twitter.

María-Oleroy siguió recorriendo el hilo. El *hashtag* ya se había llenado de comentarios machistas que más tarde tendría que analizar, nunca se sabía por dónde iba a asomarse el culpable, que probablemente también tenía ya un perfil falso para vigilar la investigación. Pero ahora mismo quería encontrar lo importante, y lo había encontrado: la manifestación iba a ser al día siguiente frente al domicilio del profesor. Un escrache en toda regla en la calle Santa Engracia, esquina Cuatro Caminos.

María sintió un calambre en la nuca. El profesor ni siquiera había sido detenido y ya estaba condenado por los estudiantes. Podían ser buenos chicos, activistas bienintencionados cargados de principios e incluso de razón, pero no vislumbraban siquiera la posibilidad de que el caso tomara por la vía oficial cierto rumbo hacia su solución. No creían en la actuación policial. Solo en su propia justicia.

«¿No esperamos a la investigación?», se atrevió a preguntar.

Llovieron rayos y truenos. Literalmente en forma de emoticonos rabiosos y también de sentencias instantáneas contra esa intrusa que desafiaba la voluntad general. «¿Quieres a la policía-machista?», «¿quieres a la policíaasesina?», «¿quieres más crímenes?».

Fue lo más fino que le respondieron. María sabía que no era cuestión de asumir más protagonismo que el que cabía esperar de Oleroy-Todos-somos-Sara así que se calló. Pero en su fuero interno asumió la distancia ciudadana como un mordisco inesperado. Solía sentirse del mismo lado que la gente y dolía comprobar que esto no era recíproco. Pasma seguía siendo pasma.

Como Oleroy, por tanto, calló. Si podía hacer algo ahora era como María Ruiz y al menos ya tenía el nombre y la dirección del profesor. Hoy mismo le iba a buscar.

Llegó en poco tiempo a la calle Santa Engracia. Había cuatro portales con posibilidades por su cercanía a Cuatro Caminos y encontró su nombre en los buzones del segundo de ellos. También le ayudó una pintada cercana: *hijo de puta*. El profesor Salas vivía en un edificio señorial, entrada elegante, plantas de interior bien regadas y un portero a la vieja usanza. Y esto era de agradecer.

No había nada más fácil en Madrid que entrar en un piso con uno de esos porteros: los portales solían estar abiertos dado que ellos vigilaban, pero era muy sencillo esperar el momento en que se entretuvieran con los contenedores de basura, con algún vecino anciano necesitado de ayuda o con algún visitante despistado. Además, siempre eran fuente bastante segura de información.

Pero hoy María prefería eludir esa información, así que esperó discretamente a que el portero empezara a charlar con un comercial que buscaba una academia. Entonces entró rápida, «buenos días», y caminó con seguridad escalera arriba, rumbo al 2.º C buscado, como si lo hubiera hecho toda la vida. Los escalones, de dos en dos. No iba a dar oportunidades al portero esperando el ascensor.

Llegó a la puerta y se repuso. Tenía que restablecer la respiración alterada por los nervios y además pensar qué le iba a decir o cómo se iba a presentar. No se le ocurrió nada. Y llamó.

El profesor Salas abrió la puerta a la primera, sin ni siquiera observar previamente por la mirilla. Estaba sin afeitarse, los ojos hundidos entre ojeras oscuras y el pelo liso y corto revuelto. Había abierto tan rápidamente, como si esperara a alguien, que María le observó sin reaccionar durante unos segundos. Solo entonces él pareció darse cuenta de que no era quien él esperaba, fuese quien fuese, sino una extraña. Y amagó con cerrar.

—Espera —reaccionó María—. ¿Puedes hablar?

—¿Quién eres tú? —preguntó, la puerta entornada.

—Es difícil de explicar. Me llamo María Ruiz.

—¿Policía?

Ruiz se la jugaba con la respuesta y lo sabía, pero no quería mentir.

—Solo soy una policía que no puede volver a comisaría, como tú tampoco puedes volver a la facultad. —Él dudó aún. La puerta seguía entornada, pero no cerrada—. Solo intento buscar la verdad.

—Yo no la he matado. —El hombre tenía los ojos acuosos y una gran tensión en las facciones. Miró hacia atrás, pero parecía estar solo en su piso—. Alguien me la está jugando.

—¿Puedo pasar? —María alzó las manos en son de paz, poniendo en evidencia que estaba inermes—. Te aseguro que soy inofensiva. Solo quiero la verdad. Solo quiero hablar.

Él se retiró y María, lentamente, entró. Era un riesgo meterse en su casa sin armas ni un aviso previo a ningún amigo, pero las cosas se iban a poner cada vez más difíciles y quería asumirlo. Iba a asumirlo. Salas era alto, con una estatura que parecía resultarle incómoda al serlo para los demás, por lo que se encorvaba un tanto. Su camiseta estaba arrugada, a tono con un aspecto desmadejado que se trasladaba a la casa. Pasaron al salón.

—Ya he estado con la policía. Doce horas en comisaría. Y salí sin cargos.

—Sin embargo eres el principal sospechoso.

—Yo no he hecho nada. Yo solo la quería, Dios mío, mi Sara. —El hombre, abatido, sollozó volcando el rostro sobre sus manos grandes. Era flaco y huesudo e impresionaba contemplar todo ese enorme cuerpo en tensión.

María le observó, callada, a fondo. Mal empezaba el profesor si la consideraba suya, «su Sara», y si solo subrayaba lo que la quería. Todos los asesinos de género suelen sentirse legitimados para apagar la vida de su novia o mujer precisamente por sentirse sus dueños, sus amos. Pensó.

—¿Cuál era vuestra relación?

—Estábamos juntos, sí, si eso es lo que me preguntas. Yo la quería y ella me quería a mí. —Volvió a sollozar. Él no tenía ninguna razón para confiar en ella, pero se veía tan desesperado que parecía agradecer que alguien le quisiera escuchar—. No quiere decir que fuéramos pareja porque... bueno, tal vez lo habríamos llegado a ser, pero era muy joven, ella tenía a otros y yo estoy... casado. Dios, me han destrozado la vida.

—Más bien parece que se la han destrozado a Sara —en cuanto lo dijo se arrepintió, frena María, no es un interrogatorio, solo es una conversación, ve con cuidado.

—Mi mujer se ha ido de casa. Cuando has llamado, iluso de mí, pensé que era ella, pero no. En la facultad me van a suspender. —Salas seguía llorando, mano prieta contra mano prieta, labios mordidos, atento solo a su drama—. Me han destrozado la vida.

—¿Quiénes? ¿Quiénes te la han destrozado?

—Los que me odian, puto país de envidiosos. La universidad es el lugar más envenenado que puedas imaginar.

—¿Más que la policía? —María no lo pudo evitar, pero él ni siquiera la escuchó. Siguió hablando.

—Cuando consigues una plaza te empiezan a odiar. Cuando publicas te siguen odiando. Cuando logras un contrato te hacen la vida imposible. Y ahora esto.

El hombre estaba inmerso en su universo de miserias de universidad, tratando de construir una teoría a partir de los rencores de la facultad y embarullando rencillas con una muerte que desbordaba con mucho el contexto del que estaba hablando, pero había que dejarle hablar. María sabía que los criminales suelen urdir explicaciones enrevesadas para responsabilizar a otros y ahora mismo le habría querido preguntar dónde había comprado la argolla mortal, las esposas, por qué había elegido el Manzanares y cuánto tiempo había sufrido Sara, pero recordó de nuevo que no podía interrogarle. Que era un supuesto asesino y que, además, estaba sola.

—¿Quién te odia? —preguntó ella. Salas negó con la cabeza—. ¿Y quién más tenía relación con Sara?

—No lo sé, son muchos y no es nadie.

—Has dicho que ella tenía otros hombres. ¿Quiénes eran?

—Te juro que no lo sé, también se lo he dicho a los otros policías. Entenderéis que no quieres saber quién se tira a tu chica de veintidós años cuando tú estás casado y no sois pareja. Yo no lo quería saber. Sabía que ocurría y punto.

María se quedó un instante en silencio. Tenía una bala y era arriesgado utilizarla. Decidió hacerlo.

—«PR Liberal». ¿Sabes lo que significa?

—¿Qué quieres decir? —El profesor fijó la vista en ella intentando salir de su ensimismamiento. Ella repitió, con más claridad:

—«Pe, Erre, liberal». ¿Te dice algo?

—¿Si me dice algo? Claro. «Por liberal». Compone una de las leyendas de Goya en su *Álbum de la Inquisición*, el *Álbum C*. —Salas tenía un ligero temblor en los labios, se mesó los cabellos—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Estaba cerca del cadáver. ¿Tú lo pintaste?

—¿Cerca del cadáver? ¿Cómo lo voy a pintar yo? Si ni siquiera me han dejado ver imágenes de Sara. ¡Yo lo he estudiado! ¡Es el objeto de mi tesis! Y es el título de un artículo reciente que escribí sobre sus dibujos. «Por liberal». Goya retrató a una chica apresada y torturada seguramente por adúltera.

España estaba en guerra, la Inquisición amenazaba de nuevo y el sueño liberal se esfumaba. Pertenece a un álbum de enorme importancia, cuando él decidió dibujar con libertad lo que veía y vivía sin someterse necesariamente a los encargos. Retrató todos los atrasos, los odios y supersticiones que impedían avanzar a España. Las injusticias, los abusos de poder. Pero dime qué tiene que ver.

María no sabía si podía fiarse, pero no tenía más cartas sobre la mesa. Él estaba nervioso. Tal vez estaba apuntalando su teoría conspiratoria o descubriéndole una vía verdadera de investigación. Así que sacó su móvil y le enseñó la foto con la pintada.

—Dios mío, esto confirma lo que te he dicho. Es un acto de envidia, de odio.

—¿Estás diciéndome que es un crimen contra ti, no contra Sara?

—Contra los dos. Dañándola a ella sabían que me dañaban a mí. Nuestro trabajo. Ella me ha ayudado con mi tesis e investigaba también esa etapa de la pintura española. —El hombre ya no se veía abatido, sino de pronto excitado por creer sumar un detalle que encajaba bien con su teoría de conspiración. Y preguntó—: ¿Tú viste el cadáver? ¿Viste cómo quedó el cuerpo de Sara?

Ella dudó. Si quería simular que él no lo había visto no iba a comprárselo tan rápidamente. Si quería sonsacarle información, tampoco. Pero dijo la verdad.

—Sí, yo lo vi.

—«Yo lo vi...», perdona, «yo lo vi» es otra de las leyendas de Goya —hablaba con los ojos iluminados—. Pero *yo no lo vi*, solo sé lo que ha dicho la prensa. Y lo que me ha dicho la policía. Déjame preguntarte solo una cosa, ¿era parecido a esto? —Salas se acercó apresurado y tomó un libro de una estantería cercana, pasó rápidamente las páginas manoseadas, con aire seguro, hasta llegar donde quería llegar y señaló una de las imágenes—. Dime solamente: ¿era así?



¿Por liberal? (1810-1811).

Ruiz clavó los ojos en el dibujo y después en él. Salas buscaba ostensiblemente su reacción y ella no se la quería facilitar, o no tan rápido. No solo era la imagen exacta de una joven como Sara Muñoz, sino que además reproducía exactamente, en blanco y negro, la estampa que ella misma había presenciado en la presa del Manzanares: la chica estaba encadenada a una especie de cadalso, de pie, la boca entreabierta y la mirada perdida, a duras penas sostenida por las ataduras. Abandonada a su suerte. Pero aquella estaba realizada entre 1810 y 1811, y el crimen, antes de ayer. Si el asesino había querido reproducir el dibujo de Goya lo había logrado con una exactitud estremecedora y si ese asesino estaba ahora delante de ella o en otro lugar no se atrevía a calcular si se encontraba ante un loco, un perturbado, un psicópata o una pesadilla imposible de discernir con tan escasas herramientas. No solo jamás se había enfrentado a un tipo de crimen tan elaborado en el que la

escenificación fuera parte clave para interpretarlo sino que, sencillamente, no creía en ese tipo de crímenes. Quedaban bien en las películas de Malkovich y Tarantino, pero no cuadraban en absoluto en el Madrid de la caspa y la modernidad simultáneas, donde podían convivir las peladuras de gambas en el suelo con el Orgullo Gay más evolucionado de Europa, pero donde todo era al final tan simplón como ver bailar a Errejón con las chulapas en San Isidro. Tan elemental como para pelear por las obras de Gran Vía o tan complicado como para derribar a una presidenta por robar dos cremas en el hipermercado. Madrid solía ser sota, caballo y rey. Y un comodín siempre a mano por si se daba el caso.

Y sin embargo ahí estaba, con dos siglos de antelación, el dibujo de Goya idéntico al momento y la escena que habían acompañado a Sara en el final de su vida.

Y sobre él, en la esquina inferior izquierda, esa leyenda: Pr liberal.

María tomó aire.

¿Era un retrato previo de un crimen futuro, o un crimen a imagen y semejanza de su retrato? O alguien estaba asumiendo un grado de perturbación que a ella se le escapaba, o alguien estaba jugando con ellos. Con todos. Llevando a la realidad la imaginación de Goya inspirada en su propia realidad. O ambas cosas a la vez. Crímenes yuxtapuestos en tiempos distintos. Tormentos repetidos. Tormentos imitados.

Decidió irse sin añadir nada más.

—¿Qué te parece? ¿Fue así el crimen o no? Dímelos por favor, no me dejes con la duda —insistió el profesor.

Pero María se había levantado y estaba ya junto a la puerta. Entonces dudó, pero se volvió.

—Solo te diré una cosa, aunque no debería. Mañana te recomiendo que te ausentes de casa. Habrá un escrache contra ti.

El profesor pareció sumirse en el silencio y quedarse paralizado pero, cuando Ruiz ya salía, se acercó a ella con el libro en la mano.

—Llévatelo, hazme el favor. Si ese crimen es como esa imagen, seguramente te será de utilidad.

Ruiz no dijo nada más, lo tomó y salió. Estaba segura de que iba a volver.

La bicicleta la iba a llevar de nuevo rumbo al sur. María superó los semáforos que la separaban del anillo sin esperar el color verde, avanzó sin apenas frenar en los badenes, con las piernas estiradas y al tiempo flexibles para amortiguar el rebote, el culo alzado, los brazos en tensión, y alcanzó la recta timbrando a los peatones despistados que inundaban el carril. Lo había hecho tantas veces en las últimas semanas que podría recorrerlo con los ojos cerrados si no fuera por los abuelos que aún preferían la amplitud del espacio dedicado a las bicicletas que su acera, tercos e indiferentes a la señalización que dividía los carriles. Ellos no temían el choque.

Pronto, alcanzó el anillo. El camino se iniciaba en descenso sostenido durante los primeros kilómetros, cuando se dejaba deslizar cuesta abajo y los pedales estaban de sobra. Solía olvidarse entonces de pensar en el regreso.

La situación era compleja. Al fin había entregado al abogado los datos para las alegaciones y el contacto con quien fue su superior en Soria, un subdelegado del Gobierno que sabía que ella había hecho lo que le daba la gana, claro, pero siempre por la mejor causa. Podría ayudar. El crimen del Manzanares seguía complicándose al pasar los días pues la policía no tenía nada y ella —si es que podía considerarse ajena a la policía, cosa que aún le sembraba de calambres el estómago— tampoco. La absurda teoría de una imitación de una obra de Goya no parecía tener ni pies ni cabeza, la sospecha no era suficiente. Esteban y Martín seguían cerrados a cal y canto y de Tomás, con gran dolor, no había noticia.

El día anterior le había llevado la falda y la camiseta a Martín. Pero este le dio plantón y acabó entregando las prendas a su feliz hermanastro, que la habría invitado a un porro compartido con su novia si ella no hubiera alegado prisa. Después había deambulado por la terraza del parque Caramuel, pero no vio al alemán de rastas ni quiso preguntar por él.

Así que hoy iba a probar de nuevo. Tenía otro plan e iba a salir mejor si le encontraba.

Atravesó la Casa de Campo dejando atrás a todos los que no tenían prisa, cendió la bici en la ribera y subió de dos en dos los escalones hacia Caramuel, como ya acostumbraba estos días, hasta llegar a la terraza. Hoy el alemán sí estaba.

—Sabía que volverías —dijo, ufano—. Yo también te iba a llamar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó María.

—No ha pasado nada. Solo que tenía ganas de volver a verte. Y veo que tú también.

—¿Me pones un café?

Ruiz se instaló en una de las mesas pasando por alto los cumplidos y esperó el café con leche que el alemán colocó ante ella desbordante, el plato salpicado, el azucarillo y la cucharilla mojados. O no había aprendido nada el camarero en Madrid o lo había aprendido todo demasiado bien, según el punto de vista. Pero estaba tan seguro de sí mismo que no dejaba de tener encanto.

—¿Supiste algo más de los pavos? —preguntó María.

—Nada. Nadie ha vuelto a hablar de ello —respondió el alemán—. Ocurrió el crimen del Manzanares y aquello se olvidó. Supongo que lo has oído.

—Claro, pobre mujer —siguió María—. ¿Se sabe algo?

—Dicen que fue su profesor, pero ni idea.

Mejor así. Ruiz le dejó explayarse. El alemán detalló cómo la encontraron, cómo estaba encadenada y cómo él no se creía la teoría del profesor criminal, porque en su fuero interno estaba seguro de que era parte del asesinato en serie de animales del que ya le había hablado. Y que había comenzado con las aves. Suerte que no conocía la muerte del perro de Martín.

—¿No es un poco insultante para la chica que la llames animal? —María quiso ser suave.

—Los humanos solo somos otra especie dentro del mundo animal. Por eso te dije que quien puede matar animales, puede matar personas.

Un animalista a ultranza, entonces. María recordó que no muy lejos de allí, en Lavapiés, un cómico oficiaba bodas «patólicas» entre personas y mascotas bajo el lema «A diferencia de Dios, mi pato existe». Era lo bueno de regresar a Madrid, el ámbito de posibilidades crecía hasta incluir lo más disparatado como lo más normal del mundo. Ahora no iba a contradecir al

alemán porque lo más importante, a juicio de María, es que llevaba la misma chapa que le había visto el día anterior.

—¿Eres okupa? —Ruiz señaló su pechera.

—Apoyo el movimiento. En un tiempo nuevo en el que la propiedad privada sea abolida, todos seremos okupas. Por derecho propio.

—Interesante —dijo Ruiz.

—Sí, ya veo que te interesa mi mundo. Y me alegro. En Barcelona viví en Ca La Trava, la okupa de Travessera de Gràcia, fueron buenos tiempos. Aquí vivo con otros colegas pero, antes o después, he estado en todas. ¿Te apetece conocerlas?

—Me encantaría. —Ruiz no podía escuchar nada que le encajara mejor.

—Te puedo llevar a la Quimera, la Enredadera... tengo amigos en todas. Podemos ir esta tarde.

—¿Y la Dragona?, ¿la conoces?

—También, ¿por qué?

—Creo que últimamente los intentaron desalojar.

—Oye, ¿no serás policía?

Ruiz no había pasado por la Secreta en su carrera policial ni recordaba haberse infiltrado nunca en ámbitos tan complejos con tapaderas demasiado comprometedoras, pero su situación no le permitía hoy demasiado margen. Investigar es investigar.

—¿Me ves con pinta de policía? —Alzó los brazos. Lucía una camiseta sudada, pantalón corto, deportivas comunes y se fijó en que tenía las piernas arañadas seguramente por las zarzas de senderos de la Casa de Campo que había atravesado demasiado rápido como para vadear con detalle.

—Joder, nunca se sabe. La verdad es que tienes pinta de periodista, o profesora, no sé. Diría que eres simplemente una tipa curiosa. Eres interesante, sí. —El alemán era feliz especulando—. ¿Tal vez guionista, escritora? Sí. Te imagino de guionista.

—Soy psicóloga. —María no mentía. Hay profesiones que no caducan aunque uno las abandone para siempre. Seguía siendo psicóloga como un médico o un periodista lo iban a ser hasta su muerte aunque ya no ejercieran e incluso hubieran chocado con su vocación.

—Ya decía yo que eras interesante. —El alemán estaba henchido, los hombros y el pecho crecían al ritmo de su satisfacción.

Ruiz sonrió. Además no tenía nada contra los okupas, solo contra los asesinos. Terminó su café y lo pagó. Por la tarde irían juntos a la Dragona, donde Nora le había dicho que vivía Sara Muñoz.

La Dragona era una de las okupas más singulares de la capital, alejada de los circuitos urbanos y esquinada en una de las entradas monumentales del cementerio de La Almudena de Madrid. Era una casona alta y aislada, tan antigua como el cementerio, pero abandonada tantos años por la empresa funeraria municipal que había envejecido más rápido aún que las estatuas, columnas y todo el conjunto escultórico que imponía su estilo decimonónico a la zona. Nacido hacía un siglo en el extrarradio de Madrid, el cementerio estaba hoy envuelto en barrios nuevos y rodeado por millares de edificios que se habían ido superponiendo década a década, sin demasiado concierto, para acoger a trabajadores y emigrantes de la España rural atraídos por la capital.

María Ruiz y el alemán tuvieron que caminar largo rato tras abandonar la estación de metro. A la vista todo parecía próximo pero, conforme andaban, la Dragona y el cementerio parecían alejarse como si tuvieran vida propia, y es que la avenida arbolada que recorrían iba trastocando la perspectiva a medida que crecía el tamaño de los chopos y plátanos que sombreaban el camino. Tardaron más de treinta minutos en llegar.

Las sábanas blancas con lemas en tinta negra colgaban de las ventanas, y otras pintadas en la fachada recordaban que sus habitantes iban a resistir aunque la policía volviera a la carga. Las fuerzas de seguridad habían desalojado el lugar hacía pocos meses, se habían llevado a algunos detenidos, pero los que pudieron habían vuelto. Ya sabían que al cambiar la cerradura y la puerta el procedimiento volvía a comenzar. El alemán le había contado que era un centro social con sala de conciertos y huerto ecológico al que solo había venido en alguna ocasión. A participar en algún taller antitaurino, creía recordar.

Observaron un rato el lugar antes de acercarse a la puerta. Un chaval con sudadera salía con la capucha puesta, la cremallera subida y los labios apretados por el frío. Lo entendieron pronto, en cuanto atravesaron la puerta reforzada por tablones de madera y goznes que parecían nuevos. Afuera hacía el calor propio de mayo pero, dentro, los atenazó una temperatura muy baja, fruto de una primavera de ventanas y puertas cerradas por miedo a la actuación policial. El aire invernal seguía dentro.

En la entrada, dos chicas clavaban un pasquín en un tablero y retiraban tantos anuncios de actividades ya pasadas que el nuevo quedó solo en medio del corcho. Vestían pantalones amplios y jerséis desgastados. Herencia de décadas, tal vez.

—¿Qué querías ver exactamente? ¿Quieres apuntarte a alguna actividad?
—le preguntó el alemán en voz baja.

María se encogió de hombros. Como psicóloga podía encajar en muchos talleres y esa era una opción, pero en realidad quería simplemente husmear.

—¿Miramos el tablón?

Se acercaron a la pizarra. El pasquín anunciaba un concierto de rabe para conseguir fondos contra los feminicidios. No había nada más.

—¿Os podemos ayudar? —Las chicas se dirigieron a ellos.

—Mi amiga quería conoceros. Yo ya he andado por aquí pero ella nunca —dijo el alemán.

—Pues esto es lo que hay. —Señalaron el tablón. Parecía una pizarra abandonada tras el fin de curso—. Andamos flojos. Aún tenemos compañeras procesadas tras el desalojo y toda la actividad ha decaído. Pero hay gente.

María miró hacia el interior, a una estancia donde tres o cuatro chavales limpiaban unos pucheros grandes con cepillos de púas gruesas. Olía a verduras cocidas y de allí venían otras voces.

—¿Hay asamblea? —preguntó Ruiz.

—Ahí está, sí, preparan la vigilia. —Ruiz y el alemán escuchaban expectantes y ellas siguieron—. La vigilia por Sara. Pasad, si queréis.

Bingo. María se encaminó hacia ese espacio y se paró ligeramente en la puerta mientras el alemán preguntaba a las dos chicas.

—¿Sara Muñoz?

—Claro. La nueva chica asesinada, ya son veintisiete. ¿No venís por ella?

Él las miró extrañado y siguió a María, a la que preguntó en voz baja: «¿Qué casualidad! ¿Tú lo sabías?». Ruiz no respondió. En realidad ni siquiera le oyó, porque había penetrado en la estancia anexa a la entrada, donde los okupas habían instalado la cocina. Los techos eran altos y hacía mucho frío, entraba escasa luz del exterior y María se preguntó si no estaban en algún tipo de almacén forense de la antigua funeraria municipal porque, si aquello no era una cámara mortuoria, se le parecía demasiado. En unas piletas grandes donde tal vez en otro tiempo se habían lavado cuerpos, dos chavales más mayores fregaban sus pucheros de campamento con cepillos gruesos y agua sucia. Y en una olla ferroviaria alimentada con leña y carbón, otro revolvía lo que debía ser el menú vegano para la vigilia. Olía a patatas y zanahorias con sal. A nadie se le iba a hacer la boca agua.

El cocinero era un crío. María se fijó en su rostro aún imberbe, cuatro pelos afeitados, acné en la frente, manos de uñas sucias, pies descalzos y, sobre todo, la desenvoltura con la que añadía un trozo de carbón al fuego y

atizaba los leños para incrementar la temperatura. El guiso humeaba, pero no hervía. En medio del frío y la falta de luz aquello tenía un aire de cueva donde ese era el rincón más acogedor.

—Es por allí. Si venís a la asamblea es por allí —dijo uno de los chavales señalando un pasillo oscuro.

María lamentó alejarse del fuego. Porque había empezado a tiritar en su ropa corta y de tirantes. Y porque le habría gustado hablar con ese crío sucio y serio que revolvía la sopa que iba a ser de todos. No aparentaba más de quince años.

Pasaron hasta la sala donde se celebraba la asamblea. Apenas siete u ocho personas estaban sentadas en círculo en sillas viejas y desparejadas, seguramente rescatadas de basuras dispares. Todos portaban la misma chapa: *Stop* feminicidios. Hablaban de acciones, escraches, huelga de hambre, heteropatriarcado y acampadas en Puerta del Sol. Los chicos que habían estado fregando se incorporaron al círculo en silencio. El alemán pidió la palabra y empezó a explicar su teoría del asesinato en serie de animales, y los demás le escucharon con respeto. Pidieron otras palabras para replicar.

María miró hacia el pasillo. El crío debía seguir revolviendo la sopa y era tentador. Aprovechó que el de las rastas estaba inmerso en cuerpo y alma en la contrarréplica y se deslizó silenciosamente hacia la cocina.

—Tiene muy buena pinta —le dijo.

—¿Eres poli? —El chaval preguntó sin siquiera apartar la mirada de la olla.

Era la segunda vez que se lo preguntaban el mismo día, pero esta había sido más rápida que la anterior. María intentó mantener el gesto incólume, pero le había sorprendido su instinto. Por alguna razón no le quería mentir.

—Busco al asesino, no te voy a engañar. Es lo único que me interesa.

—Pero ¿eres poli?

—Soy amiga de una amiga de Sara Muñoz. Dejémoslo ahí.

El chaval entonces la miró. Ojos oscuros, mirada madura, demasiado sorprendente en un cuerpo flaco que aún no había acabado de crecer. Tenía una cicatriz mal cosida en la sien.

—Ella vivía aquí. ¿La conocías? —preguntó María.

—Aquí no vive nadie. En teoría es solo un centro social pero en realidad sí, ella paraba por aquí. Era mazo buena gente, Saramú. —El chaval apretó el gesto, curvando los labios hacia abajo y revolvió con algo más de intensidad.

A María le habría gustado preguntarle dónde vivía él, de dónde había salido o por qué no estaba en su casa o en la escuela, pero debía andarse con

cuidado, era un crío listo o al menos demasiado curtido como para ponerle tan pronto a la defensiva.

—¿Por qué haces tú la comida?

—Me gusta. En teoría nos turnamos pero a mí me gusta más y acabo haciéndola yo. —Esta vez sonrió.

—¿Y la asamblea?

—Ya me lo contarán. Al final se pierde mucho tiempo en las asambleas.

María se quedó un rato contemplando el caldo que a duras penas arrancaba a hervir. El chaval echaba sal, unas hojas de laurel que dijo que conseguía en árboles del Retiro y que revolvía con el palo de madera. Había recuperado la tranquilidad.

—¿Te ayudo? —se le ocurrió a María.

—Vale. —Le tendió una jarra—. ¿Me la llenas?, con esa manguera.

Ruiz se acercó a un fregadero que él le señaló, donde una manguera vieja colada por la ventana vertía un hilo constante de agua helada.

—¿Tenéis una buena toma?

—Es del Canal. Los corruptos se forraron, pero no consta que la envenenaran.

María reprimió una sonrisa y llenó la jarra con lentitud. Por el resquicio de la ventana entraba un aire tibio que se agradecía en esa atmósfera helada. Se la tendió.

—Si quieres ayudar revuélvelo, ve añadiendo más agua poco a poco. Ahora vuelvo.

El crío desapareció. María se vio de pronto en el papel de asistente de cocina en una okupa y se sonrió. Si la policía entraba a desalojar precipitadamente la Dragón iba a ser difícil explicarlo. Pero, encajada en el papel, añadió toda el agua de la jarra envejecida, más sal y revolvió aprovechando que el fuego había prendido y que no iba a ser fácil lograr de nuevo la ebullición. El chico tardaba, la había dejado colgada y lo peor que podía ocurrir era que, cuando acabara la asamblea y el alemán la buscara, añadiera a la película que se había hecho sobre ella una prueba palpable de su afán de integración.

Pasados pocos minutos, sin embargo, el chico volvió.

—Perdona —dijo, serio—. Me ha costado encontrarlo.

En sus manos portaba un cuaderno atrapado por una goma negra. En la superficie estaba escrito: Saramú. María lo tomó intentando aparentar la misma tranquilidad que el chico, aunque por dentro bullía más que el caldo.

—¿Su diario? —preguntó.

—Su agenda. Ella también me ayudaba a cocinar y no sé, me fío de ti. Eres la primera que llega por aquí con ganas de atrapar al asesino.

María prefirió no preguntar por qué. Ni qué más cosas podía haber dejado ahí Sara Muñoz o si podía visitar su cuarto, su hueco, su espacio.

—¿Cómo te llamas?

—Eloy. ¿Y tú?

—María. María Ruiz. ¿Y tú, Eloy...?

—Eloy, nada más, a secas. Espero que te lo cures bien, ahí debe estar todo. —Señaló la agenda—. Pero yo no te he dicho nada.

El alemán volvió y, con él, varios de los asistentes a la asamblea. María se calzó rápidamente la agenda en la parte trasera del pantalón, atrapada entre la espalda y la cintura, y retomó el cucharón de palo para seguir revolviendo.

—¿Qué haces? —preguntó el alemán.

—Ya lo ves. Ayudo a cocinar. —Su gesto no delató su entusiasmo.

Después, los dos se despidieron del grupo. Prometieron asistir a la vigilia en Puerta del Sol. O al menos intentarlo.

—¿Te veré allí? —preguntó Ruiz a Eloy-sin-apellidos.

—Supongo. —Alzó los hombros—. Nos vemos.

Ambos salieron. El alemán contaba exultante su triunfo en la discusión en torno al asesinato en serie de animales y Ruiz simulaba escucharle con la misma exultación, aunque lo que de verdad le había encendido el ánimo era sentir el contacto del cuaderno frío oculto en el sitio que en otro tiempo albergaba la pistola. Arma por arma. Sentía además que ahí portaba no solo el cuaderno, sino el calor de una fuente, de un contacto, de un chico al que había subido a su tren. Estaba en forma. Nadie lo habría adivinado nunca al verla en ese instante, desarrapada y más cerca de necesitar una ducha que una defensa potente en el juicio. Ni su abogado, ni sus compañeros, ni su jefe superior, ni el alemán de rastas. Pero la esencia de la vida estaba ahora palpitando en ese hueco invisible entre su espalda y su pantalón. La sensación era jodida y gratamente feliz.

II. Eloy

Álbum Y

Número 2

Después recordé otras veces, hacía ya muchos años. Aquel hombre, aquel intruso de la procesión, había estado siempre acechando. Vigilando. Comparando. Escrutándonos. Analizando a la gente común como quien elige la mejor verdura en el mercado. Buscando entre todas las piezas del campo para disparar a la mejor.

Y recordé exactamente la primera vez: fue en otra fiesta en la misma pradera, las mismas fechas, hacía ya tantas noches y tantas borracheras que había olvidado con quién bebí todo lo que bebí. Solo sabía que fue en la prehistoria, antes incluso de la guerra, y que el humor de todos estaba virgen pues no había entonces mejor medicina que la vida sin los nubarrones que nos acechaban. Después todo cambió y no hubo ya medicina posible, como no hubo marcha atrás a todo lo que sufrimos.

También recordé el deseo, las hormonas saltando por la pradera con tanta personalidad como si estuvieran vestidas, los hombres sirviéndoles vino a las mujeres y las mujeres a nosotros sin prisa alguna, asimilando el sol en la piel como un elixir tan poderoso como la música o la expectativa de bailar hasta la madrugada, cuando todos nos desperdigáramos en la campa sin más ambiciones que perseguir el placer, por una vez. Madrid se recortaba al otro lado del río con toda su promesa de belleza siempre a medias.

Y si me vino a la memoria era porque, aquella vez, pasó lo mismo. En un momento me di cuenta de que un hombre nos observaba durante largo rato, de que nos miraba con otras intenciones, sin participar en la fiesta pero aprovechándose de ella para algún objetivo que entonces, como ahora, no supe interpretar. ¿Era un mirón, un espía, un juez de la moral? ¿Era un ser que se creía superior, una especie de vigilante, un cazador? Tal vez debí haber

actuado entonces, pero no lo hice. Le perdí de vista, como esta vez, aunque sabía que estaba entre las sombras.

Yo entonces era muy joven y él también, pero por su gesto de atrevimiento podía estar seguro de que era el mismo. Tampoco entonces me gustó. Hacía falta mucha soberbia para examinarnos a todos como él lo hacía, para juzgarnos desde su atalaya. Pensé en hacerle frente y al mismo tiempo quería abandonarme como todos los demás. En aquel entonces me abandoné, yo también era muy joven y la ciudad parecía protegernos a todos desde cerca.

Después vinieron otras veces.

Debí haber actuado aquella primera vez.

Fue el 15 de mayo de 1788 y, como en 1823, podía estar pasando hoy.

Habían pasado treinta y cinco años y podían pasar otros doscientos más, pero él era el mismo.

Y yo, también.

Saramú, como llamaban los más íntimos a Sara Muñoz, tenía la agenda repleta de apuntes, notas abreviadas y citas abigarradas. Desordenada y en muchas partes garabateada, iba a ser difícil poner sentido a todo aquello y Ruiz sabía que no tendría mucho tiempo antes de entregarlo al cauce oficial, aunque intentaría que fuera el suficiente. El chico había confiado en ella en un acto de amistad sin preámbulos y debía preservar esa confianza todo lo que pudiera.

María había llegado a la ribera donde tenía la bicicleta, se había despedido del alemán y había emprendido la vuelta a casa en metro para sentarse cuanto antes frente al cuaderno de Saramú. En la cena, ni pensar.

No había apenas menciones a Salas, con quien posiblemente convivía ya de forma tan próxima en la universidad que no necesitaba apuntar citas, pero sí con otro hombre que asomaba de cuando en cuando entre reuniones y asambleas, en general en quedadas en cafeterías distintas de Madrid. De nombre: Yago.

Con Salas no había citas, pero sí resúmenes o apuntes de lo que parecían reuniones para avanzar en alguna investigación. Ambos trabajaban juntos en la catalogación de dibujos de Goya vinculados a sus dibujos o grabados, por ser preparatorios de sus obras o porque apuntaban temáticamente el universo que él quería reflejar. Salas le había explicado que, a diferencia de los encargos, en los que Goya estaba obligado a mostrar en general los bocetos a sus clientes y trabajar sobre esquemas más consensuados que iban a desembocar en la decoración de palacios y mansiones de la aristocracia de Madrid, y nunca para visión del gran público, los dibujos de sus álbumes eran libres y reflejaban por tanto su auténtica identidad como pintor, su pensamiento, su mirada individual, muchas veces crítica, a veces divertida, exagerada en ocasiones, simplificadora en otras. Su espanto ante la brutalidad cotidiana y la intolerancia. Su ridiculización del clero. Su obsesión con la

brujería extendida entre la población. Su pesar por el abuso de poder. Ahí estaba el verdadero Goya, el incipiente, el instintivo, el original, había contado Salas con los ojos luminosos en medio de su situación tortuosa, y María pensaba en todo aquello mientras ojeaba los apuntes sin comprenderlos aún.

Volvió a mirar el dibujo de la mujer torturada y recordó otra cosa que le había dicho Salas.

—Sara solo quería que ese dibujo, todos los dibujos en realidad, estuvieran expuestos. Era el mundo interior de Goya y todos tenemos derecho a conocerlo, solía decir.

—¿Y por qué no lo están? —había preguntado ella—. ¿Dónde están esos dibujos?

—Goya dejó cerca de mil dibujos privados y el Museo del Prado tiene la mitad, unos quinientos. Los demás están dispersos por el mundo. Pero están deteriorados y exponerlos amenazaría su existencia. Eso no lo entendía mi Sara.

María tampoco entendía aquella causa y ahora mismo, mientras repasaba la agenda, solo podía entender las citas con el tal Yago. Al principio, una vez a la semana, después más a menudo. En lugares tan dispares como Serrano, Neptuno y Sol.

Serrano, Neptuno y Sol.

Serrano, Neptuno, Sol.

¿Qué significaba eso? ¿Acaso significaba algo?

Carlos, Carlos, Carlos.

Se repitió el nombre de su amigo. Si él estuviera. Pero su maestro había fallecido sin dejar dosis encapsuladas de su instinto, de su retranca, ni manual alguno de instrucciones. ¿Qué harías tú con esta agenda, comisario? ¿Cómo buscar a ese Yago? ¿Cómo interpretar la lista de dibujos, *Caprichos* y *Disparates* que anotaba Saramú si uno de ellos podía ser la mismísima escenificación de su propia muerte posterior?

Buscó su móvil. Tomás ni siquiera había visto sus wasaps. Definitivamente estaba desconectado, había cambiado de teléfono o la había bloqueado. Sus amigos también habían desaparecido, desde el crimen nadie la había llamado y todos la habían evitado. Abrió Twitter. Entró desde su cuenta de Oleroy y contempló otra sarta de consignas machistas en torno al crimen que no aportaban ningún dato. Buscó Yago. Buscó Saramú. Buscó Sara Muñoz. Nada de nada de nada.

¿Acaso era posible que Sara, milenial de pura cepa, no tuviera cuenta en Twitter?

Todos los caminos parecían imposibles. Todas las vías, cerradas.

Y, sin embargo, ella tenía la agenda. Tenía un buen contacto, el chico. Tenía acceso al profesor. Tenía una extraña serie de sucesos encadenados, por más que pareciera inverosímil: el sacrificio de las aves, la fuga y muerte del perro de Martín y el crimen de Sara Muñoz escenificando dos siglos después un dibujo de Goya contra la Inquisición.

Sigue leyendo. Sigue leyendo. Sigue leyendo. Le habría dicho Carlos.

Se hizo una cafetera en lugar de la cena.

Tenía mucho que leer, no solo la agenda. En las páginas, Sara aludía en ocasiones a un blog. Ante ella se presentaba una gran noche por delante.

Y si no lo podía compartir con su antiguo equipo, podría al menos confiar en Nora.

Luna amaneció abotargado y bastante después que el propio día. Hubo un tiempo en que, entre colegas, se decían que este, el día, solo empezaba cuando despertaban ellos, los periodistas. Pero lo cierto es que hoy por hoy el día, sus crímenes, sus malos y sus buenos y todo en general cobraba su propia vida sin esperar a un viejo como él. No obstante, alguien estaba empeñado esta mañana —¿o era ya casi la tarde?— en que él se incorporara al ritmo de los acontecimientos y ese era su jefe, si es que podía llamarse jefe a quien ya apenas le publicaba nada, que estaba martilleándole la cabeza con la enésima llamada hasta que contestó.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Dónde te has metido?

—No duermo bien, ya sabes.

—Eso será de noche. De día se te da bien. Son las once, joder.

Luna se incorporó en la cama. Ay, Nora había venido anoche a casa, se había presentado por sorpresa, y ahora ni siquiera recordaba cuándo se fue ni por qué pero ya no había rastro de ella, salvo una caja de *pizza* y un montón de latas vacías que atisbaba en la mesa del comedor y que vagamente le retrotraían a una larga sobremesa.

—¿Conoces comando.net?

—¿Cómo?

—Comando.net, una web anónima de noticias. Internet. Siglo XXI. ¿Te sitúas?

Luna se sentó en la cama, se ordenó el pelo revuelto con la mano libre mientras se esforzaba en recuperar toda la conciencia, tomó un cigarro de la mesita y lo encendió. ¿No era esa la web de Nora? ¿Qué había ocurrido?

—Vete a la mierda. Qué ha pasado.

—Publican un historión sobre Sara Muñoz. —Los jefes de hoy decían siempre «historión», no exclusiva, ni reportaje, artículo, crónica o cualquiera de los géneros en que se manifestaba el periodismo. El vocabulario también se había empobrecido, todo se reducía a un historión o una mierda—. Necesito que te pongas las pilas, joder, y no que estés dormido.

A estas alturas Luna ya estaba despierto y eso no incluía soportar de buen grado la bronca de quien le había esquinado tantas veces, aunque fuera en contra de su voluntad. La oferta del BBVA, había que reconocerlo, también contaba. Su ego estaba algo más acariciado. Pero no lo suficiente.

—Si sigues por ahí te cuelgo, cabrón. ¿Quién publicó toda la exclusiva del asesinato? ¿Mucho antes que los demás?

—Después de que te avisara yo.

—¿Y de la pista gótica?

—Ríete de la pista gótica. No estás en forma, Luna. Al parecer Sara Muñoz había empezado un blog donde pueden estar las claves del caso. El domingo publicó la primera entrada. Después murió. Pero ayer publicó la segunda.

—No te sigo. Tú lo has dicho. No estoy en forma —replicó Luna, furioso.

—Joder, Luna. Los blogs se programan, parece que Sara ha dejado escritas las entradas, la primera se publicó cuando aún estaba viva y las demás seguirán saliendo. Lo cuenta el puto comando.net. ¿Lo pillas?

—No.

—Y el blog se llama blogdeyago.com. ¿Te lo deletreo?

Luna necesitaba un café. O un litro entero de café. Además de prozac, álmax, alka-seltzer, paracetamol, omeprazol, las pastillas para la tensión, el colesterol y un cursillo acelerado sobre el mundo de los blogs. Otro sobre nuevos jefecillos que no respetan los galones. Y otro sobre las mujeres de nueva generación para entender cómo era posible que Nora, con la que ciertamente no recordaba todo lo que había ocurrido anoche pero, sí, sin duda, que habían charlado abundantemente sobre el caso en el sofá de su casa, publicara semejante exclusiva sin avisarle. Mientras él dormía a pierna suelta. Si el cursillo incluía algún tipo de masaje para el orgullo pisoteado y restregado por los suelos, mejor.

Colgó al jefe. Definitivamente iba a mandarle a la mierda aunque ya viviera en ella, le iba a decir. Se levantó de la cama y caminó hasta la cocina sin convicción. Observó la cafetera desganado, iba a ser mejor bajar al bar. Antes se acercó a su ordenador renqueante y lo encendió. Solía darle tiempo a vestirse mientras el cursor —más lento aún que su cabeza en las mañanas espesas— se mareaba en círculos de inutilidad, pero hoy esa circunstancia le exasperaba aún más de lo que ya estaba. Cuando al fin Google tuvo el detalle de manifestarse, buscó el comando.net, una web que le provocó sonrisas condescendientes cuando conoció a Nora y que había terminado leyendo mucho más de lo que le habría gustado reconocer. Puta becaria.

Y ahí se contaba. La herencia de Sara. El relato de una historia ahora mismo incomprensible que podía arrojar claves del caso.

La primera entrada del blogdeyago.com hablaba de una procesión nocturna y de un hombre que escrutaba a los borrachos. El 15 de mayo de 1823. Día de San Isidro.

La segunda recordaba que el mismo hombre había hecho lo mismo en una romería anterior. En 1788.

Y en ambas el protagonista se daba cuenta y sentía la presencia del hombre como una intromisión intolerable. También ahora acababa de celebrarse San Isidro, un dato que había que tener en cuenta.

Los dos textos eran confusos y ambos tenían otras dos cosas en común: remitían a un pasado que hoy seguía ocurriendo y reflejaban que el protagonista o la propia chica asesinada tenían una enorme empanada mental.

Habían pasado treinta y cinco años entre las dos escenas narradas y podían pasar otros treinta y cinco hasta que le encontrara algún sentido. Pensó Luna.

Su instinto le sugería llamar a Nora. Pero su orgullo se lo impedía. ¿Acaso había venido anoche para entretenerle? Si aquella sospecha era cierta lo peor es que lo había conseguido y eso era ya bastante humillante lo que, sumado a alguna ocasión en que las copas le habían jugado malas pasadas en la cama, configuraba un panorama harto incómodo para él, por ser finos. Ay, Nora era mucho —muchísimo— para él, eso lo sabía, pero estaba tan tan buena. Pensó. Y era tan tan recursiva. Pero sobre todo estaba tan buena. Tan abundante. En fin. *Olvidalo*.

Arrugó el entrecejo y con él los pliegues de la cara. En cuanto se despejara iba a llamar a Jacinto para aceptar la oferta del banco. Carraspeó, aún debía tener el vozarrón dormido, había que esperar a que despertara su lado más civilizado para que le acompañara en el trance. Pero estaba decidido

a abandonarlo todo. No iba a escribir más, no iba a investigar más, en ese puto periódico no se merecían su trabajo. Miró su teléfono, estaba dispuesto a contenerse. Ni las Noras, ni las Saras, ni los blogs merecían que él desenfundara y siguiera escarbando entre sus fuentes en busca de información si a cambio iba a recibir solo humillación. Pero observó los últimos mensajes, en fin, una cosa era no investigar y otra no responder a los amigos así que, aferrándose a las supuestas razones de buena educación y aunque no se las creyera ni él, llamó a la comisaria Ruiz.

—Qué raro. —María con la escopeta cargada.

—Perdona el retraso, acabo de ver que me escribiste. —Luna intentó su mejor vocecita de cordero.

—No te lo crees ni tú. ¿Tú también quieres mantenerme fuera?

—Yo mismo estoy fuera, Ruiz.

—¿Desde cuándo? Te he leído varias cosas sobre el caso.

—Bueno. Desde hoy.

—Desde que has leído lo de Nora. Estás celoso. —Ahora María rio—. Y cabreado. Por eso me llamas.

Luna cabeceó, contuvo unos segundos la primera respuesta que se le venía a la cabeza, algo cercano a «vete a la mierda», también la segunda, «voy a pasar de todo», fundamentalmente porque intuía que no iba a ser verdad aunque quisiera convencerse de ello, y dio paso a la tercera:

—¿Te cuento y me cuentas?

La vieja fórmula que tanto los había unido en el pasado, que despertaba en ambos el mismo hormigueo apresurado por conocer novedades, por recibir las del otro para encajarlas en el puzle que cada uno había ido construyendo, funcionaba como un botón de satisfacción instantánea al ser preludio de la ayuda mutua para ir completando sendos álbumes tras intercambiarse los cromos. El de María consistía en saber la verdad sin contarla antes de tiempo. Y el de Luna, en conocerla y contarla cuanto antes pero, más allá del duelo y desajuste habitual, habían aprendido a manejar el rifirrafe y se habían acostumbrado a que, en caso de duda, prevalecía siempre el prurito profesional. Hay fronteras que no tumba ni una mala borrachera. Ambos conocían las reglas del juego y, en ese sentido, el juego era limpio. Por tanto, volver a manejar la vieja pregunta era mucho más que reparador, era como atisbar señales de un campamento *hippy* para un adicto a la hierba. Sobre todo, cuando le seguía esta respuesta:

—Te cuento y me cuentas. —María ya suavizada.

Quedaron en la ribera del río, esquina puente de Segovia. Ambos llegaron allí treinta minutos después en sendos taxis. Ni bici, ni metro, esta vez.

—¿Y este castigo? —empezó Luna, más amigo de las barras de bar que de las barandillas en el río—. ¿Me quieres a palo seco?

María rio. Había evitado voluntariamente el bar del alemán de rastas, a quien no quería ver hoy en este estadio de la investigación, y no se le había ocurrido ningún otro de la zona.

—Elige tú. —Cualquiera menos el de la plaza Caramuel, pensó.

Entraron en el primer tugurio que encontraron. Luna no había desayunado y pidió un par de cafés con leche en vaso y, a la vez, vasos de agua y porras. Todo en plural. María, un cortado. Una máquina tragaperras apenas los dejaba escuchar.

—Veo que has tenido nohecita. —A Luna se le notaba también en las ojeras, no solo en el pedido de dimensión industrial, pero María lo dijo con un chispazo de burla en la mirada que molestó al periodista.

—Y yo veo que tú sabes algo de mi nohecita. ¿Me vas a decir qué tramáis?

—¿Tramáis? ¿Quiénes «tramáis»?

Era una mala pregunta y lo sabía. María nunca tramaba nada, solo actuaba en línea recta y si pecaba de algo solía ser de no tramar nada, de no idear demasiado y de no entretenerse en los rodeos. María era siempre lo que se veía, sin sombras. Así que estaba en terreno minado, pero continuó.

—Vosotras dos. Nora y tú.

—¿Nora y yo?

—Sí, Nora y tú.

—Echa el freno, Luna, que tenemos una edad. Tú investigas, yo investigo.

—Estoy seguro de que tú le has contado lo del blog, sé todo lo que tiene la policía y eso solo puede venir de ti, la policía está perdida.

—Yo también soy policía, ¿lo recuerdas? —Ruiz endureció el gesto—. Y no estoy perdida.

Luna calló. No solo estaba seguro de que Ruiz había filtrado a Nora esa información, sino de que esta había venido a su casa para distraerle, para neutralizarle, para sonsacarle. Pero reprocharle eso a María cuando solo se lo podía reprochar a sí mismo era un empeño equivocado. Ruiz era comisaria, joder, y además él sí la había esquinado. ¿Acaso se estaba olvidando?

—Estoy seguro de que no. —Luna bajó el gesto.

Apartó las porras sin comerlas. Apuró el segundo café, se tragó dos aspirinas y sendos vasos de agua, tenía sed. La máquina tragaperras arrojó en

ese momento un largo caudal de monedas a coro con los acordes más estridentes de los que la máquina era capaz y que el afortunado, un chino bajito, recogió sin mostrar ninguna emoción.

—¿Nos vamos? ¿Nos ponemos a trabajar? —dijo Luna.

—Espera. —María agarró las dos porras con una servilleta, ahora recordaba que ni siquiera había cenado, y ambos salieron. Se sentaron en un banco del pasillo verde.

Luna le contó lo que había averiguado. Ocasionalmente se descubrían rastros de magia negra en cementerios o parques de Madrid, gente que mataba algún gallo o alguna cabra y que mezclaba su sangre con huesos de conejo o similar. Para recuperar amores perdidos, concentrar energías negativas en un enemigo o cambiar de racha. Cierta vez, un grupo intentó matar a una chica en el cementerio de La Almudena, hacía ya varios años, pero la chica logró escapar y la policía nunca la creyó del todo, la tomó por loca, por friki, y también a los supuestos asesinos. Estaban sonados.

María abrió los ojos, alerta, no se le había escapado la alusión a La Almudena y se preguntó si habría relación con Saramú y la casa okupa, pero no iba a contarle todo lo que había averiguado a Luna, o no de momento. Los cromos siempre se cambian por cromos de igual valor. O por inversiones de futuro. Siguió escuchando.

El sacrificio de aves en el parque Caramuel podía pertenecer a uno de esos rituales y Luna o sus fuentes creían que en sí mismo no tenía más recorrido, pero la extraña muerte de la chica mantenía vivas todas las hipótesis. Algunos en el Cuerpo —contó— hablaban de una banda gótica que frecuentaba la zona, uno de esos grupos que sienten fascinación por la muerte y sus manifestaciones, por el diablo, las cabras... Luna arrugó el gesto mientras lo contaba y sacudió ambas manos hacia fuera, como queriendo apartar no solo la idea sino también los pensamientos que le despertaba esa posibilidad. Para Luna era fácil no creer en Dios, pero el diablo era otra cosa, le merecía un respeto, sí señor. Cuanto más lejos mejor, por si acaso. En todo caso, dijo, una cosa es lo que sostenía la policía y otra lo que le decían sus fuentes. Otras fuentes. Estas le aseguraban que esa panda se las gastaba de mortuoria y demoniaca, con tatuajes de tres seises y ropajes negros, con las uñas y el maquillaje oscuro y hasta el blanco de los ojos ennegrecido por una técnica agresiva de tatuado que los marcaba para siempre. ¿Nunca los había visto? El tatuaje en cuestión, especificó Luna, consistía en inyectar un pigmento negro en el globo ocular hasta eliminar el blanco y conseguir un efecto de vacío

similar al de una calavera. Eso y las lenguas bífidas, los colmillos afilados, las prótesis de cuernos y las orejas puntiagudas se habían visto por el barrio.

—Dios. Echo de menos Soria —dijo María, espantada—. ¿Tú los has visto?

—Ni de coña. —Luna mostró su gesto de asco—. Solo en fotos. El trato con ellos te lo dejo a ti.

—Preguntaré por ahí. —María pensó en el alemán. No se le habría escapado una banda similar, no tanto por los fondos oculares negros sino por su disposición a los sacrificios animales.

—En todo caso —siguió Luna—, mis fuentes privadas creen que esos descerebrados harían cualquier cosa para parecer cadáveres, pero nunca para producirlos. Se divierten así, pero son incapaces de nada más. Es pura estética. Demonios inofensivos.

—¿Tu fuente es tu bruja?

Esta vez Luna no solo se sonrió, también se sonrojó.

—¿Y tú qué sabes?

—Ya son unos años, Luna, creo que ya sé un poco de ti. Diría que bastante, incluso.

—Pues no lo parece, Ruiz.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora te toca.

—¿Cómo?

—Ahora te toca. ¿Qué historia es esa del blog? Cuéntame y te explico lo que no sabes de mí.

María se levantó del banco, intrigada, pero no tenía más remedio que respetar sus ritmos. Eran las reglas del juego. Se situó ante él apoyando la espalda contra la barandilla y, algo excitada por el hallazgo que aún no había logrado interpretar, fue directa al grano: Sara parecía haber iniciado un blog. Ruiz había conseguido la agenda de Sara Muñoz y en ella estaban anotadas sus citas y el nombre del sitio: blogdeyago.com. Por lo que describía, un hombre había detectado la presencia de alguien de aspecto sospechoso en la pradera, alguien que los observaba, que los acosaba, y narraba en primera persona lo ocurrido. Por entregas. En un tono novelado, algo onírico, historiado. María aún no sabía quién era el tal Yago que daba nombre al blog y había llegado a pensar que podía ser un *alter ego* de Sara Muñoz para dejar constancia de su temor, para contar una historia de la que no sabían el final, pero en la agenda también constaban varios encuentros con ese mismo Yago. Aún no sabía si tenía relación con su asesinato, pero lo cierto es que en la

pradera de San Isidro o alrededores estaban sucediendo en pocos días extraños episodios, al menos tres.

—¿Tres? —se sorprendió Luna.

—Claro.

—¿Los gallos...?

—Los pavos... —corrigió María.

—Vale. Los pavos es el primero; Sara Muñoz el segundo; ¿y cuál más?

—¿No te lo ha contado Martín?

Luna negó con la cabeza y María calló. Si de alguien era compañera era de Martín, no de Luna, no lo iba a olvidar, y tal vez hasta la misma pregunta había sido indiscreta. Pero en todo caso confirmaba lo que temía, y es que Martín estaba ocultando algo al mismísimo Cuerpo policial. Porque si Esteban lo hubiera sabido, Luna habría estado al tanto.

—Bueno, —Ruiz prefirió cambiar de tema—. En todo caso, Luna, lo importante es que ella nos ha dejado pistas. Hay que encontrar a ese Yago. ¿Te das cuenta? Y saber por qué escribía ese blog. A dónde nos quería llevar.

Luna no respondió, ni asintió, ni negó. Su orgullo estaba herido y al mismo tiempo intentaba encajar las piezas, sentía que de alguna forma los cromos llegaban trucados.

—No sé por qué me menospreciáis —dijo, casi para sí. María calló, seria, y Luna esta vez se volvió a ella—. Ni tú ni Nora os habéis dado cuenta de lo más importante.

—¿Qué quieres decir?

—Esa gilipollez del blog... joder, ¿no te das cuenta? —Esta vez empezó a sonreír de medio lado, orgulloso.

—¿De qué?

—La chica era especialista en Goya, ¿verdad?

—Verdad.

—Hay al menos dos cuadros de Goya que pintan la pradera de San Isidro. —Se levantó orgulloso y señaló la zona que daba la espalda al río—. ¿Ves todo esto? Más allá de estos pisos amontonados aún sobrevive la pradera. Goya la inmortalizó. En 1788 y en 1823. Hay que pisar el Museo del Prado de vez en cuando, niña.

—¿Y bien? —Ruiz obvió lo de niña. Como hizo siempre Carlos, Luna se ponía protector. Y ella lo odiaba.

—Esas dos entradas del blog describen milimétricamente esos dos cuadros. Ya verás. Búscalos en ese cacharrito tuyo. —Señaló el móvil—. La primera corresponde a una de las Pinturas negras que dejó Goya en la Quinta

del Sordo, cuando estaba viejo, enloquecido por la sordera y la frustración política, en sus últimos años. Y la segunda remite al mismo escenario, pero treinta y cinco años antes, cuando reflejaba todo el colorido, la alegría de Madrid.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes? —preguntó María, escéptica.

—Yo no soy un gilipollas. Te digo que conviene pisar el Prado alguna vez.

—¿Me estás llamando gilipollas?

—Estoy diciéndote, comisaria, que no te confundas de periodista. Que aquí hay galones. —Se llevó los dedos índice y corazón de la mano derecha al hombro izquierdo—. ¿Ves cómo no sabes mucho de mí? Incluso escribí sobre cultura en mis primeros tiempos.

—¿En la prehistoria?

—Vete a la mierda. —Ahora sí, se lo iba a permitir. María se rio y siguió.

—¿Y Yago?

—Será una paja mental. —Luna estaba crecido—. Que habrá que analizar. Pero ahí solo está la descripción de dos cuadros magistrales, ninguna escena de un crimen.

María buscó los cuadros en el móvil. Luna tenía razón. A primera vista, los textos del blog parecían describir exactamente ambas escenas. Visiones opuestas de una misma fiesta de Madrid, el blanco y el negro, el día y la noche, Dios y Mefistófeles visitando a los zarandeados habitantes de la capital. En medio, la guerra, la vuelta al pasado, el fin de la esperanza. María sacudió la cabeza, confusa, necesitaba pensar. Por qué Saramú había escrito eso y quién era ese hombre, Yago, que daba nombre al blog y con el que ella se había citado a menudo. No era una paja mental.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luna—. ¿Me vas a decir por qué no me avisaste a mí?

—¿Y tú me vas a decir por qué no me has respondido desde el domingo?

—Instrucciones de Esteban, Ruiz, están seguros de que si vas por tu cuenta empeorarás tu situación. Y yo estoy de acuerdo. Pinta muy mal.

—¿Y desde cuándo tú sigues sus instrucciones?

—Desde que te pones en peligro.

Los dos callaron, se asomaron al río. El lugar donde días atrás se habían amontonado decenas de policías y sirenas, sus focos, los cordones de seguridad y los diminutos guantes de látex brillando en la oscuridad en una zona cero electrizante que se había desplegado tras la aparición de la chica muerta, era hoy uno de los rincones de bullicio pueblerino de los que está

lleno Madrid. Vida de aldea entre millones de vecinos. El milagro se conseguía en muchas calles, barrios, parques, pero la ribera del Manzanares tenía sin duda el aire de ciudad antigua que ha pretendido ser grande y nunca lo ha logrado del todo. Un quiero y no puedo, Madrid no era París, ni el Manzanares el Sena. Los puentes y esculturas eran elegantes, incluso imponentes a veces, pero al fin y al cabo los mosquitos de un río que era en realidad un regato colocaban a todos ante la verdad, para qué se iban a engañar. Y eso también tenía su gracia.

María lo pensaba mientras caminaron, ya en silencio, por el paseo. Cada uno tenía mucho que procesar para reorientar sus propias convicciones después de escucharse. Para rehacer su puzzle. Así que se despidieron, amigos.

—No me vuelvas a ignorar, Ruiz. Yo estoy contigo.

—Reconócelo, Luna, tú no estás conmigo sino con tu público. ¿Vas a contar lo de los cuadros de Goya?

—Tendré que pensarlo. Pero reconocerás que, periodísticamente, es irresistible.

—Si de verdad hay un sospechoso, se va a replegar.

—Entonces ¿por qué se lo contaste a Nora? ¿Acaso si lo contaba ella el asesino no se iba a replegar?

María se calló. Pillada. Si lo pensaba bien, si se lo había contado a Nora no había sido para que lo publicara, claro que no, ella no hacía esas cosas sino, honestamente, para enviar una señal. No al criminal, claro que no. Sino a todos los demás. Quería un respeto.

Perdona, Carlos. Se dijo.



Pradera de San Isidro (1788).

Los dos cuadros representaban una romería y ambos retrataban el mismo escenario, misma pradera, mismas fiestas, aunque treinta y cinco años separaban la primera imagen, un festival de sensualidad, deseo y hormonas exultantes entre colores vivos y rostros jóvenes que se amontonaban en la campa brindando sin prisa —todo lo que necesitaban estaba con ellos—, de la segunda, un mural sombrío de pobres errantes, algunos embozados, que cantaban —se diría— para no llorar. O que cantaban llorando a la vez.

En el primero la vida estaba por delante, el futuro era de esas mujeres escotadas y engalanadas, tocadas con gorros o pañoletas impecables y sombreadas por parasoles que las protegían como a mariposas fugaces. Ellos vestían tricornios, bombachos y fajines coloridos, eran hombres arreglados como la más pintona de las mujeres, el metrosexual no nació ayer. Pero entonces se llamaban simplemente afrancesados.

En el segundo, sin embargo, la vida parecía haber quedado atrás, o acaso en ningún sitio. Los hijos de la guerra y la miseria que dominaba Madrid en

1820, cuando se inició el cuadro, se apretaban para darse calor bajo sus capas y sombreros negros y los escasos rostros que se dejaban ver prefiguraban un perfil de borrachos inconscientes, magullados, poblados de huellas de la escasez y la frustración.

Ya no había color, sino solo oscuridad.

Y ya no había calor, sino solo frío.

María había acudido al Museo del Prado y contemplaba ambos cuadros moviéndose entre planta y planta una y otra vez para compararlos, y atendiendo a la audioguía con la que intentaba rellenar apresuradamente sus lagunas. Sus océanos, más bien. La vida de policía no deja margen para todo esto, pensó. O quizá haya sido culpa mía.

En el primer cuadro, un óleo de apenas 44×94 centímetros que aparentemente fue boceto de un tapiz que nunca se llevó a cabo, Goya se había situado en lo alto de la pradera, se había esforzado enormemente en los rostros situados en primer plano y le había dado continuidad con una multitud difuminada que sembraba la pradera hasta llegar al río.

El río. De nuevo el río. ¿Qué se escondía en esa orilla ya entonces amarilleada por la sequedad de Madrid y escogida hoy como escenario del asesinato de Sara Muñoz? Ya entonces lo cruzaba el puente de Segovia, o un antecesor del actual en algún trazado anterior. Y al fondo, Goya recuperaba el detallismo de la primera fila dibujando con esmero el *skyline* de 1788, con el Palacio Real y la cúpula de San Francisco el Grande relucientes en un Madrid casi campesino, sin torres Kio, ni las cuatro del Real Madrid, ni la Picasso, ni plan Chamartín, ni el edificio España ni su compañera, la torre Madrid, ni por supuesto todos los pisos que se habían amontonado desde entonces sobre cualquier barrio como prueba de décadas de vivienda social o de novorriquismo. Todas las burbujas —las inmobiliarias, pero no solo— habían dejado su huella en la capital pero la de aquellos tiempos —finales del siglo XVIII— había explotado sobre aquella tela dejando solo rastros de alegría, de esperanza y de feliz frivolidad. Carlos III aún vivía.

María releyó las dos entradas del blog. Solo ella tenía de momento los apuntes originales de la agenda de Saramú y en ellos había demasiadas cosas que no entendía, pero lo que no tenía equívoco alguno era el título que había dado a esas páginas, *Álbum Y* y el nombre de la web, blogdeyago.com, que encontró rápidamente en un buscador de internet y que había compartido con Nora. Había una alusión al número 1 y al número 2 con palabras muy parecidas a las publicadas y, más adelante, perdido entre notas difusas, a los números 3, 4, 5 y 6. El resto era confusión.

Podía haber, entonces, otras cuatro entregas programadas. Pero María sabía que, más allá de las dos publicadas, el cuaderno estaba lleno de frases, notas y palabras sueltas que ahora mismo no podía entender. Y que, de nuevo, solo Tomás o alguien como Tomás, podría desvelar sin esperar la letanía póstuma y tardía de su autora.

Tomás, Tomás, Tomás. Demasiado silencio para su mente ya activa. Demasiada renuncia para sus dedos vivos, que habían empezado a despertarse antes que las piernas, el torso, la columna vertebral y el resto de un cuerpo demasiado joven para dejar de luchar. Frena, Ruiz.

Podía respetar su ausencia o, ya que él parecía haber bloqueado su teléfono, podía llamar a sus padres y esto es lo que hizo, en un pasillo del Museo del Prado y antes de que una vigilante le llamara la atención.



La romería de San Isidro (1820-1823).

—Soy María, quisiera dejar un mensaje para Tomás. Necesito hablar con él.

Fue todo lo que dijo antes de que el contestador de la madre, que no había descolgado el teléfono, le cortara las intenciones con un pitido brusco y tan entrometido que llegó a oídos de la mencionada vigilante. Ruiz guardó el móvil y siguió con su misión. De nuevo a la planta baja. Sala de las Pinturas negras.

La segunda versión de la romería, pintada entre 1820 y 1823, se asemejaba más a su propio estado de ánimo. Era un óleo gigantesco, de 140×438 centímetros, arrancado de la Quinta del Sordo, la última casa en la que vivió Goya en Madrid antes de exiliarse en Burdeos, que había decorado de forma oscura y cruda con dibujos siniestros para representar la muerte, la guerra y una naturaleza humana sin atisbo de generosidad. Los españoles como seres incapaces de amigarse, comprenderse, entregados a la brujería y la ignorancia. Peleando a garrotazos. Buena parte de esa música seguía sonando actual.

Dios mío, había una cabra dirigiéndose a un público parecido al de la *Romería* en otro cuadro de similar tamaño, Satanás aleccionando a la población atenta y atemorizada a la vez, y María sintió escalofríos ante sus descomunales cuernos sobre su capote negro. Recordó la pista de la magia negra de Luna. También a ella le repelía el asunto demoniaco y se echó atrás. Pero, al darse la vuelta, se encontró a un Saturno devorando a un hijo ensangrentado con unas fauces tan negras como el fondo que le rodeaba.

Goya debía haber estado demente para dibujar todo esto y sobre todo para decorar su última casa con ello, a pelo, sobre la propia pared, sin dejar posibilidad alguna al arrepentimiento y a poder mover los cuadros cuando se cansara como cualquier hijo de vecino, viva IKEA, joder.

Y peor aún, alguien debía estar loco para resucitar hoy el espíritu de aquellos cuadros en una cadena siniestra que incluía la muerte de su estudiosa, Saramú, y la posible implicación de su jefe y especialista, el profesor Salas, si es que este no era el asesino.

María se había sentado en los bancos centrales de la sala, saturada de arte que ahora mismo no podía comprender y, en verdad, de un caso que iba a ser aún más difícil de desentrañar.

Desanimada, dejó su vista vagar por la sala sin fijarla en ningún punto y sin saber por dónde empezar a coser tantos rotos cuando, de pronto, en la pared del fondo, uno de los cuadros adquirió una nitidez inusitada ante sus ojos. Era un lienzo vertical y no muy grande, se distinguía por ser el más claro en esta sala de negritud y tenía una sola imagen en la parte inferior: la cabeza de un perro hundido en barro o arena ante un fondo ocre sin más altibajos que los matices distintos que lo configuraban. Si no hubiera sido ella misma quien presenciara y padeciera la última exhalación del perro de Martín hacía pocos días no habría podido creer lo que ahora veían sus ojos en las paredes del Prado. El perro sostenía la mirada fija en algún punto superior que no figuraba en el cuadro y parecía estar a punto de sumergirse en el lodazal sin hacer pie. La angustia atenazaba sus últimos minutos antes de la rendición. Exactamente igual que el pobrecillo cachorro de su amigo.



Perro semihundido (1820-1823).

Claro que debía haber visto este y los otros cuadros mil veces cuando estudiaba y después, como uno crece sabiendo que existen las majas o las meninas y no por ello se ha fijado nunca en las miradas esquivas o fijas, valientes o temerosas que ahora la rodeaban como habían rodeado a Goya en su lúgubre quinta. Y menos aún se había fijado nunca con interés forense, como ahora, buscando pistas de tres delitos que a la luz de todos los cuadros que llenaban la sala podían multiplicarse con todos los alardes de la premonición.

Si había que ponerse a estudiar a fondo a Goya este era el mejor momento, alejada de su trabajo y con todas las horas del día despejadas. Pero si quería entender las notas de Saramú, y esta era al fin y al cabo la única víctima con nombre y apellidos y DNI, mal que les pesara al alemán y a todos los antiespecistas defensores de la igualdad animal, debía hablar seriamente

con Eloy. Si él le había dado esa agenda en realidad debía de saber algo más. Mucho más.

Volvió a mirar el *Perro semihundido*. Ella tampoco lograba hacer pie en su nueva vida, sin trabajo, sin Carlos y sin Tomás. Y si había una imagen que representaba lo que en ocasiones sentía al no hallar un suelo desde el que volver a levantarse era la de este perro del que se adivinaban las patas desesperadas por encontrar uno escondido bajo el lodazal.

Pero al menos él miraba a un punto fijo, ella aún no sabía dónde debía enfocar.

Llegó a la Dragona sin tiempo para ordenar todo lo que había visto ni para plantearse qué iba buscando en realidad, aunque posiblemente ningún tiempo habría sido suficiente para conseguirlo. Aquí no valían taxis. Dejó el metro atrás y caminó como el día anterior, sumiéndose en esa larga avenida en la que los árboles parecían crecer a su paso, y el cementerio, por el contrario, alejarse. Ahora sabía que La Almudena era uno de los más grandes de Europa, que albergaba 280 000 tumbas y que debía sumar cinco millones de muertos desde el principio de los tiempos. Su suelo era un gigantesco osario en el centro de Madrid que se reía a carcajadas de las cámaras de seguridad que grababan algunos caminos. Por eso los ritos satánicos, el vandalismo y la okupación se habían hecho siempre un hueco en ese territorio silencioso y quieto imposible de mantener bajo control.

La entrada a la Dragona estaba franca. María empujó la puerta, tan alta y pesada como cada uno de los cierres metálicos que sellaban los ventanales, y de inmediato echó de menos un abrigo. También luz. El frío le erizó la piel de los brazos desnudos acostumbrados en la calle al calor de mayo, y la oscuridad le cegó la vista. En ella pronto vislumbró los rostros de quienes habían dirigido la asamblea el día anterior. Un hombre y una mujer. Él tenía una calva incipiente en la coronilla que no restaba ganas a la melena despeluchada que le llegaba hasta los hombros. También entradas en las sienes. Una pañoleta palestina le envolvía el cuello sobre un atuendo descolorido —por viejo— de camiseta y pantalones bombacho. El hombre no era ningún adolescente, por el contrario, estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Ella vestía con el mismo estilo —sus ropas podían haber sido intercambiables—, pero se abrigaba además con una chaqueta larga que colgaba apelmazada hasta las rodillas. Era rubia y más joven, de rasgos delicados de nacimiento, los dientes blancos, recortados como pequeñas

teselas alineadas. Con el uniforme exacto podría haber encajado en cualquier terraza de la Castellana o en una clínica dental. Un cuerpo proporcionado y un aire de convicción que volcaba enteramente en su compañero.

Ambos la reconocieron.

—Hoy no hay asamblea —dijo él.

—¿Está Eloy?

Era un riesgo mencionar al chico y llamar la atención sobre él, al fin y al cabo no sabía qué tipo de relaciones mantenían entre todos y su búsqueda no tenía una explicación fácil, pero —sin pensarlo— ya estaba dicho.

—En la cocina —respondió ella señalando el pasillo, sin darle importancia. Él le dirigió una mirada rápida de reprobación, casi un chispazo que la chica captó al instante. Su rostro se nubló fugazmente, pero Ruiz obvió la incomodidad que intercambiaron, prescindió de más explicaciones y se adentró en la estancia que hacía las veces de cocina.

El chico estaba fregando cazuelas grandes de acero. Introducía sus brazos hasta el fondo con un estropajo metálico y vertía de cuando en cuando el agua negruzca en el fregadero antes de volver a enjuagarlo con un chorro limpio directo de la manguera. Estaba solo. Su camiseta, calada.

—¿Hoy te han dejado el marrón? —Ruiz intentó adoptar un tono de broma mientras señalaba las ollas, pero la familiaridad no le salió bien. Pareció lo que era, un reproche a los demás. El chico siguió fregando sin contestar y solo cuando hubo terminado con la cazuela que tenía entre manos la posó en el escurridor, se secó las manos en los pantalones, se acercó a una silla próxima en la que reposaba un jersey descolorido y se lo tendió a María.

—Estás temblando —le dijo.

María lo tomó. Olía a sudor más viejo aún que la propia prenda, pero no tenía más remedio que usarlo si quería contemporizar. Además, tenía frío. Así que sin pensárselo dos veces, se lo puso. Estaba áspero y rasposo.

—¿Mejor así? —preguntó él, que volvió a la tarea.

—Mucho mejor.

El chico reanudó la limpieza, ella escogió el trapo que le pareció más aprovechable entre los que se amontonaban en las sillas y comenzó a secar los cacharros mientras él fregaba. En realidad, eran recortes de sábanas viejas, telas ya desgastadas que perdían toda capacidad de secar al primer contacto con la humedad, pero que —por ser optimistas— eliminaban o espaciaban el goteo.

También él guardaba pocas huellas de algo parecido a una ducha. El pantalón que gastaba, unas bermudas largas, estaba ennegrecido; la camiseta

de mangas recortadas le caía ya calada y sucia desde los hombros hasta la cadera, adonde constantemente regresaba con las manos mojadas. En medio de tanta precariedad, sin embargo, su rostro transmitía una serenidad que neutralizaba cualquier intención de María de continuar con las preguntas. Tenía muchas, pero debía recordarse una y otra vez que no podía entrar a saco, sino esperar, adaptarse. Así que siguió secando. Solo cuando terminaron de colgar las ollas en los ganchos colocados para tal efecto él preguntó.

—¿Te sirvió la agenda?

—Mucho —dijo, lacónica, María.

—¿Has averiguado algo? —detectó dolor en su pregunta.

—Es complicado, ni siquiera sabría resumirte qué es verdad de lo que cuenta o qué es imaginación, pero menciona a un tal Yago que necesito conocer. Que puede tener la clave. Y ni siquiera sé si pudo tener un papel en la muerte de Saramú o es un amigo, por eso es muy pronto para contarte, pero no para pedirte más ayuda. ¿Te suena? ¿Ese tal Yago?

Él se cruzó de brazos mientras fruncía sus labios, su frente y con ella la mirada. Parecía inmutable al frío, a la humedad, y a su propia presencia extraña en esa casa okupa, pero no a las preguntas. Se apoyó, serio, de espaldas en el fregadero. Los minutos pasaban sin respuesta y, sin embargo, María no estaba incómoda. El chaval la había ayudado por propia iniciativa y no quería apremiarle. Intuía que además, con él, eso no iba a servirle de nada.

—Te puedo acompañar donde suele estar —dijo al fin—. Pero no te va a gustar.

—¿Por qué?

—Si aquí tienes frío allí te mueres. —Señaló el jersey comunitario de la casa okupa que tan bien se había adaptado al cuerpo de María.

María se sonrió, era curiosa la seguridad que desprendía Eloy y al mismo tiempo era triste. Le habría gustado saber cuántos años tenía, cuánto tiempo llevaba moviéndose en ese entorno, por qué andaba descalzo y por qué no vivía en su casa y estudiaba como Dios manda, pero esas eran preguntas que no habían lugar aquí y ahora.

—Sobreviviré —le dijo—. No te preocupes.

—El tema nos llevará un rato. ¿Estás libre?

—Absolutamente.

Ruiz había quedado con su abogado, pero un wasap valdría para posponerlo. Nadie más la esperaba y nada iba a ser tan importante. Eloy había abierto una alacena y estaba cogiendo unos plátanos.

—¿Ves esas cantimploras? —Señaló unas botellas metálicas abolladas que se amontonaban sobre una nevera—. ¿Las vas llenando de agua?

—Déjame que te invite —le dijo María—. De camino comemos en cualquier lado.

—Yo no como en restaurantes —respondió Eloy—. Nadie necesita gastar.

María calló y se aplicó a llenar dos cantimploras. Si estaba en manos de Eloy, tendría que jugar con las reglas de juego de Eloy. Ningún margen para el capitalismo, pues. No le iba a preguntar entonces cómo conseguía la comida. Él tomó dos mochilas tan sucias y desgastadas como su ropa, dividió los plátanos, galletas, pan y el agua entre las dos y le tendió una.

—¿Preparada para la bici?

—No la he traído —se sorprendió María. No recordaba que él la hubiera visto en bici.

—Aquí tenemos de sobra. Vamos.

Al salir del edificio la luz le deslumbró la vista y le devolvió la sensación que tanto había añorado en su etapa fuera de Madrid: el chorro de sol no solo templaba la piel sino también los árboles, la hierba y las casas hasta darles un brillo tan acogedor que uno podría quedarse a vivir en el exterior. Se desprendió del jersey, que metió en la mochila, y ambos arrancaron sin casco alguno en sendas bicis viejas por en medio de la calle. Eloy, descalzo.

—Sígueme —dijo él.

A ella ni siquiera le apeteció reñirle, pedirle que se aproximara al carril derecho ni que se asegurara de que los coches estaban al metro y medio de distancia que aconsejaba la DGT. Eloy avanzaba como si no existieran los taxistas cabreados, las motos de humo negro, los autobuses aparatosos y los pitidos que, de hecho, no solo existían sino que se manifestaban con toda la rabia a su paso. La ciudad era suya y él era indiferente a lo demás. María no habría sabido salir de allí hacia ningún sitio en ese par de ruedas cochambrosas, pero el chico sabía a dónde iba y ella simplemente le siguió.

Atravesaron Fuente del Berro, enfilaron hacia el parque del Retiro, que pronto dejaron atrás sorteando familias, patinetes y mimos con una soltura que se iban contagiando el uno al otro. Ruiz pensó por un momento en su aspecto. Mujer de media melena negra, camiseta y pantalón de hilo, con una mochila ajada y una bicicleta roñosa que parecía rescatada de algún contenedor junto a perroflauta costoso que debía estar más cerca de los quince que de los dieciocho. Sí, podría haber sido su hijo, se daba cuenta de

que esa edad habría tenido el suyo si Limorti hubiera seguido vivo y ella no lo hubiera perdido, pero espantó el pensamiento con velocidad, la misma con la que pedaleaba, y además, un hijo a esa edad no sale de excursión con su madre. Prefiere a una poli que se está volviendo perroflauta. Dejémoslo así. Se dijo.

Pronto estaban en la Carrera de San Jerónimo, que atravesaron como un rayo y sin mirar a los policías de guardia ante los leones del Congreso y, tras dejar atrás la plaza Mayor y luego la Almudena, se lanzaron cuesta abajo, curva tras curva, por el Campo del Moro. Menos mal que estaba en forma. Ruiz no tenía ni idea de a dónde la llevaba Eloy, pero empezaba a confirmar lo que había sospechado y es que todos los caminos llevaban estos días al Manzanares.

El chaval frenó al fin en la explanada. A su espalda tenían el Palacio Real. En frente, el río. Un paisaje demasiado familiar en estos días. Bajó de la bici y ella también.

—¿Y bien? —preguntó Ruiz.

Esta vez él tampoco contestó. Eloy marcaba su ritmo y solo respondía cuando le venía en gana.

—Ven. Vamos a candarlas juntas. —Y así lo hicieron.

El chico estaba reposado, como si no hubieran sorteado a plena velocidad a todos los conductores malhumorados de Madrid, pero ella sí jadeaba. No tuvo más remedio que pasarlo por alto y obedecerle otra vez.

—¿Y ahora?

—Sígueme.

Si aquello iba a desembocar en conocer al tal Yago todo iba a estar justificado. Si no, iba a estar tentada a asesinarle. Pero no tuvo tiempo de elaborar mentalmente más detalles de esta última idea porque Eloy andaba a buen paso hacia unos setos cerca de la orilla que al alcanzar rodeó, pensativo, los volvió a rodear, ahora frustrado, y los miró una y otra vez como si faltara lo que estaba buscando.

—Yago vive aquí —dijo al fin.

—¿En los setos? —Ruiz no sabía si había acompañado a un loco o había algún sentido en todo esto.

—Espera.

El chico empezó a empujar con fuerza las bolas de boj sin quitar la vista del suelo, pero estas no se doblegaban fácilmente y Ruiz miró alrededor con miedo a que estuvieran llamando la atención. Nadie reparó en ellos. Madrid es así. Puedes disfrazarte de Satanás, tirarte del balcón o menear unos bojes

frente al Palacio Real sin que nadie cambie el paso. Para bien o para mal. Ellos estaban husmeando en la masa de arbustos como si se les hubiera perdido ahí el quinto balón de oro de Ronaldo pero cada paseante, a lo suyo. Al fin, Eloy vio lo que buscaba.

—Está sellado. —Y señaló unas barras que cerraban el acceso a un subterráneo.

—¿Me quieres decir que Yago vive ahí? ¿En la alcantarilla?

—¿Alcantarilla? —Esta vez sí contestó y se sonrió—: Aquí hay un mundo, no una alcantarilla. Buscaremos otra entrada.

Ruiz había oído hablar de la red de túneles que abrazaba desde abajo la ciudad, la cara B de Madrid, claro que sí, toda la cultura popular sabía que los Borbones habían salido siempre embozados a cazar en la Casa de Campo, pero también a perderse en los burdeles o conventos donde los validos, secretarios o alcahuetes les preparaban encuentros con actrices, coplistas, putas, monjas o hijas del servicio en edad de despuntar. En los momentos de inestabilidad también habían servido para buscarse una escapatoria, como el rey Bonaparte, que se hizo construir un túnel específico para moverse libremente entre el Palacio Real y el palacete Vargas, en la Casa de Campo, donde se sentía más protegido. Teorías había para todos los oídos, pero Ruiz era policía y también sabía, gracias a los colegas de la Unidad del Subsuelo, que hoy por hoy todos los subterráneos estaban cerrados y vigilados con bastante meticulosidad. O eso creía. Era cuestión de alta seguridad. Por ello había una verja cerrada en el bocal que, sin embargo, no dejó convencido al chico.

Eloy merodeó entre otros setos. La zona estaba impecable. María le dejaba hacer sin saber muy bien qué aportar. Si Yago era un *homeless* que vivía en los subterráneos de Madrid no entendía qué relación podía tener con Saramú, una graduada en arte con trabajo en la universidad. Claro que también ella era okupa en la Dragona. Ruiz había oído hablar del tema y sabía incluso que parte del equipo del nuevo Ayuntamiento de Madrid venía del Patio Maravillas y de otros movimientos okupas, pero los túneles subterráneos ya eran demasiado. Y, sin embargo, ahí estaban. Una comisaria expedientada y un niño de la calle.

Entonces, le perdió de vista. El crío había saltado por encima de un seto en cuesta hacia la parte de arriba y había desaparecido. María corrió asustada para dar la vuelta al desnivel y lo encontró agachado, sonriente, sereno como siempre, frente a una puerta disimulada entre la vegetación y forjada en el salto topográfico del terreno.

—Vamos por aquí.

La puerta no era nueva, pero lo que sí parecía nuevo era la configuración que despejaba su acceso. De barras blancas en horizontal y vertical ya ennegrecidas, con arco de medio punto adaptado al túnel que ahí se iniciaba, tenía dos hojas cerradas por un simple picaporte. Ni siquiera estaba atrancada.

El chico empujó la puerta y, sin dudar, entró. María sabía que ese era uno de aquellos momentos en que aún se puede frenar, dar marcha atrás, hacer lo correcto y volver a la vida reglada y sosegada, pero había conocido ya demasiados de ese tipo en su vida de policía, incluso en la de psicóloga, así que franqueó la reja sin dedicarle más tiempo a las consecuencias.

Una vez dentro, volvieron a cerrar. La luz natural de ese día soleado arrojaba la claridad suficiente a través de la verja para caminar en esa primera parte del túnel. Así anduvieron varios metros. Tras dejar atrás las sombras iridiscentes que se colaban entre las barras, agitadas por el movimiento de las ramas y arbustos cercanos, empezaron a sumergirse en la oscuridad. Al principio intentaron continuar. Eloy andaba con paso firme, sin importarle las sombras que los iban envolviendo y avanzando sin más gesto que mantener de tanto en tanto un contacto con la mano en la pared. Obviamente conocía el territorio y sus ojos jóvenes sabían abrirse camino entre las paredes angostas del subterráneo. María le seguía intentando no pensar. O no demasiado. Llegados a un punto, Eloy dudó y frenó. El túnel giraba en una curva pronunciada hacia un ramal en el que se perdía ya todo atisbo de luminosidad que pudiera quedar en el ambiente, para inclinarse hacia una pendiente descendente rumbo a una profundidad tenebrosa donde no había rastro alguno del día que brillaba en el exterior. Eloy se paró. María abrió y cerró los ojos varias veces hasta darse cuenta de que era indiferente hacerlo o no, pues no encontraba nada al servicio de su vista oscurecida pero, al mismo tiempo, sintió que el olfato se ponía a trabajar, tal vez como reacción a su propia indefensión. Se dio cuenta de que el cuerpo de Eloy desprendía un sudor adolescente y nuevo que se mezclaba con el olor rancio de su ropa sin lavar, y percibió casi avergonzada el rastro de su propio desodorante, un Sanex fresco que no por lejano en la mañana de su ducha aquí dejaba de resultar chocante, fuera de lugar, en este túnel escondido a pocos metros bajo los pasos de parejas enamoradas, de patinetes de los niños madrileños o de sus bicicletas. Y olía además a cloaca.

—Espera —dijo a Eloy.

Y encendió la linterna de su móvil. La luz se proyectó sobre el suelo negro, donde se formaban charcos que explicaban la intensa humedad. Desde

el techo en arco de medio punto caían gotas, seguramente por el exceso de riego de agua reciclada en los jardines. Siempre había oído que Madrid era una ciudad más húmeda en sus entrañas que en la superficie y aquí podían dar fe. Después iluminó el camino. Había una prenda de ropa vieja tirada a un lado, un par de cartones de vino arrugados y, más allá, el halo potente del teléfono se perdía sin iluminar nada más que el transcurrir del túnel descendente sin más avatares a la vista. Eloy reanudó el paso y ella le siguió el ritmo intentando mantener la fuente de luz a la altura del chaval, y no detrás.

Temía perderse, pero el túnel avanzaba en sentido único y sin ofrecer alternativas. Y Eloy mantenía el paso sin un ápice de inseguridad. Por el momento, aún habría sabido dar marcha atrás.

El profesor Salas sabía que el teléfono móvil iba a ser su punto débil. Había borrado todos los diálogos posibles con Sara, Saramú, su princesa rabiosa, su amante de media tarde capaz de silenciar con su jadeo las fotocopadoras gigantes que vomitaban exámenes para los alumnos mientras hacían el amor en la facultad vacía. Siempre lo había hecho, había borrado los mensajes por temor a su mujer, pero sabía que recomponerlos solo era cuestión de tiempo para la policía. Aún no habían encontrado el móvil de Sara, pero si lo hacían solo iban a crecer los problemas. Nada que pudiera relacionarle directamente con su muerte, pero sí a ella con él. Con él y con sus otros amantes y, en realidad, esto le abrasaba más que su posible inculpación.

Acudió a la nube. Otros mensajes seguían allí. Iba a borrarlos.

«Quiero verte. Quiero tocarte. Quiero hacerlo otra vez. Empezaría de nuevo. Te acabo de dejar y quisiera entrar en ti otra vez, vivir en ti. Te deseo hasta el dolor, mi Saramú».

Mensajes como este quedarían a la vista y también su mala costumbre, cuando ella desconectaba o no respondía, de recurrir a cuestiones de trabajo.

«Tengo que avanzar en los grabados, tenemos los álbumes nuevos, te va a encantar, quiero que te centres tú sola en la Inquisición. Tenemos un gran material. Será un gran doctorado».

Y si ella asomaba de nuevo y respondía, él atacaba otra vez.

«Serás mi maja. Vestida o desnuda. Te deseo siempre, ven conmigo, Saramú. Lo haremos juntos. Pero ¿dónde estás?».

Salas se sirvió un fondo de *whisky* y se acercó a la ventana. La botella se estaba terminando, pero no iba a salir a la calle, donde podía ver cómo se agrupaban varios estudiantes que gritaban frente a su portal. Volvió a concentrarse en su móvil. Si algo no quería recordar es cuando ella le cortaba, «déjame en paz, dame una tregua, el lunes hablamos, tengo una vida». Y se hundía en la monotonía exasperante del fin de semana, con su mujer

empeñada en invitar a gente a casa que a él no le apetecía ver porque prefería agarrar una copa, el móvil, y sumergirse a ver por enésima vez las fotos de ella desnuda, de los buenos tiempos, que salvaba siempre de la limpia y que protegía en otra carpeta en la nube. Ay, Saramú. Ahora lloraba.

Y además estaba lo demás. Lo que nadie podría averiguar porque estaba solo en su cabeza. La imagen de ella torturada, asfixiada por un aro grueso en el cuello y sujeta por argollas como esa mujer adúltera que Goya inmortalizó en aquel retrato de la Inquisición, le procuraba a la vez un doble sentimiento de desolación, pero también de deseo. Y ese era libre, aunque fuera inmundo, porque no iba a dejar registro.

Buscó la imagen en uno de sus libros. Lo abrió y lo observó.

Sentía intensamente que le habría gustado acariciarla, tocarla, dejarle el pecho al descubierto y besárselo sin que ella pudiera impedirlo, sujeta como estaba al cadalso e inconsciente, o incluso muerta, arrebatarse la ropa y amarla. Y al mismo tiempo habría querido salvarla, soltarle los brazos, las piernas, el cuello blanco y joven para devolverle el aliento con un beso cálido y redentor. Rescatarla.

Salas lloraba. Estaba borracho. La botella de *whisky* estaba agotada y en su mente solo desfilaba el deseo de poseer a Saramú. Pero estaba muerta, muerta, asfixiada. Qué se le había escapado, cómo había sucedido, cómo no la pudo salvar, debía de haberlo evitado.

Ella se había despedido el viernes, como siempre, repasando las tareas pendientes para el lunes. Y él le había dicho solamente: «Seguiré pensando en ti». Entonces ella salió del despacho en silencio, antes que él. Se estaba poniendo orgullosa, estaba pasando de él y él sabía que necesitaba bajar la presión si quería mantener una esperanza.

Miró por la ventana otra vez. Los jóvenes se habían sentado en la acera sosteniendo velas encendidas en torno al retrato de Saramú. El portero observaba. ¿Acaso alguien le iba a creer?, ¿creer a un loco devorado por el deseo, saltaba a la vista, que se iba a declarar inocente de cualquier daño, ya no solo a su becaria rabiosa, pero amada, sino también al legado del gigante al que había dedicado su vida, el gran Francisco de Goya y Lucientes?, ¿creer al hombre que más había estudiado el dibujo del que el crimen era una perfecta representación?

No había fe en el mundo suficiente para que alcanzara a su inocencia.

No había dimensiones que explicaran lo ocurrido.

Y no había más *whisky*.

María y el chico recorrieron aún varios tramos oscuros hasta desembocar en la cámara que buscaba Eloy. Era una parada obligatoria, porque ahí terminaba el túnel del que procedían, se ampliaba el espacio, adquiría forma rectangular, con los techos repentinamente muy altos y un conato de iluminación procedente de la parte superior. Ruiz apagó la linterna del móvil y le costó acostumbrar la vista a la nueva dimensión. Aquí las largas paredes estaban encaladas en la parte inferior y así, más claras, ofrecían un abrigo más amable tras la sucesión de ramales apagados por los que habían transitado. María comprobó que una rejilla en el techo permitía la entrada de luz. Y también que estaba tan lejos de sus propias cabezas que, por primera vez, pudo hacerse una idea de dónde estaban. Debía de ser una de las gigantescas cámaras de seguridad construidas en el subsuelo cuando se soterró la M30, tan profundas que había que descender por numerosos túneles hasta alcanzarlas, y que ahora algunos indigentes habían convertido en su hogar. Lo primero lo supo en las jornadas para tratar nuevos riesgos urbanos que recibió la policía para ponerse al día. Lo segundo, era nuevo.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la luz y que se fueron adentrando en la cámara empezó a descubrir que, en algunas zonas, el suelo albergaba cartones amontonados sobre volúmenes indefinidos. También algún carrito de la compra.

Eloy avanzaba con seguridad. María no quería mirar fijamente cada uno de esos bultos, pero era inevitable hacerlo al comprobar a su paso que la sucesión de cajas destripadas albergaba en realidad pequeñas moradas de seres que habían encontrado ahí, en el subsuelo, un hogar desvencijado. No eran muchos, contó cinco o seis mientras se rezagaba detrás de Eloy, y ni siquiera habría podido afirmar si estaban o no habitados, si alguien yacía bajo los cartones o había salido al exterior o si se trataba de espacios abandonados. Pero aceleró definitivamente cuando, al pasar junto a uno de ellos, los dos

cartones que hasta ese momento se habían sostenido mutuamente en forma piramidal se zarandearon, se cayeron y un hombre se removió en el suelo, ahora al descubierto, dormido o borracho o ambas cosas. Fue un instante, ni siquiera pudo distinguir bien sus facciones, porque instintivamente el hombre agarró uno de los cartones como si fuera una manta para taparse de nuevo, se dio la vuelta con indiferencia y siguió durmiendo ajeno a las visitas. La comisaria solo había visto su barba, su pelo revuelto y sobre todo había sentido el olor penetrante a ropa sucia, acartonada por el sudor, los restos de vino, comida o suciedad que acumulaba en sus fibras. No era un chaval, pero no debía tener más de cuarenta. Siguieron adelante.

En unos pasos más, que esta vez Ruiz intentó recorrer tan rápido como Eloy, estaban en la esquina que él buscaba. El chico señaló el parapeto de cartones y llamó, sin ápice de duda.

—¿Yago? —Nadie se movió, él insistió—: ¿Yago?

Habría sido mucho pedir encontrarle allí en el momento exacto de su llegada al subterráneo, pero sobre todo Ruiz no daba crédito a que el hombre que podía estar relacionado con el sofisticado crimen del Manzanares que emulaba un dibujo de Goya conocido prácticamente solo por especialistas, y que se había citado con la víctima, una joven investigadora del pintor, en numerosas ocasiones, fuera el mismo que vivía aquí entre el hedor de las cloacas y su propia mugre. Rodeado de cartones del Carrefour que marcaban su territorio como una empalizada medieval. Se asomó al interior de ese cubículo y solo encontró unas latas de comida, una colchoneta playera y una manta cochambrosa. ¿Podía este hombre ser el protagonista del blog? Recordó las palabras del profesor Salas: «Alguien está jugando conmigo». ¿Y si alguien estaba en realidad jugando con Yago, con este Yago que difícilmente podía compartir un blog con Saramú si vivía en esta cámara subterránea destinada a desaguar la M30 en caso de inundación?

Había estado en numerosas situaciones de vértigo, María Ruiz, momentos intrigantes en los que ya había aprendido a distinguir el chispazo de un hallazgo que iba a ser clave para la investigación, momentos relevantes y también espectaculares, pero no recordaba haber sentido en ninguno de ellos la congoja simultánea a la expectación. Por la miseria que albergaban las tripas de Madrid y porque esa miseria tuviera como anfitrión un niño de andar seguro y semblante solitario que a todas luces no procedía de la pobreza, la ignorancia y la necesidad, aunque moraba en ellas. Como Sara Muñoz, habitante de una casa okupa gélida y desasistida a pesar de su estatus en la universidad. O como, tal vez, el propio Yago.

—Él suele parar aquí, si quieres esperamos —dijo Eloy.

María siguió callada. Encendió de nuevo la linterna de su móvil e iluminó la zona. En la esquina más próxima, a pocos metros del chamizo de Yago, había un carrito de Mercadona. Estaba lleno. Una manta tapaba meticulosamente el contenido. María se acercó y Eloy la siguió.

—¿Cómo es Yago? ¿Le conoces bien? —preguntó Ruiz.

Eloy no respondió, se encogió de hombros sin añadir ni una palabra a su gesto neutro y María no insistió más, sabía que el chaval no era muy hablador y que no solía responder a las preguntas. María levantó la manta que tapaba el carro y dejó al descubierto el contenido. Aquello apestaba. El olor agrio a sudor viejo de los cuerpos y ropas sin lavar ya los había acompañado a lo largo de la cámara, pero aquí se intensificó hasta el punto de que el propio Eloy, que no había visitado precisamente una ducha limpia en tiempo reciente, arrugó el gesto. María se tapó la nariz con una mano y con la otra apartó un abrigo de color indefinido del que emanaba ese hedor que seguramente albergaba un historial de días y noches sobre charcos, vómitos, pises, vinos derramados y manchas de comida digno de un estudio antropológico de la pobreza de la época, si no de una pira.

Después apartó unos pantalones parecidos. Botas. Más ropa. De pronto, bajo la capa de prendas mugrientas, encontró una caja grande y, dentro, una bolsa precintada de lavandería que María abrió para identificar en su interior un pantalón, dos camisas y una chaqueta de traje en pasable estado de revista. Curioso. El indigente Yago sabía disfrazarse de ciudadano convencional. O el ciudadano Yago sabía esconderse bajo las trazas sucias de un mendigo.

También apartó la caja. Lo demás eran papeles, revistas, folletos, carpetas. María iluminó bien el fondo del carro. Uno de los folletos se había caído al suelo y María lo recogió. *La maja desnuda*. Sacó una foto con su móvil y lo devolvió al carro. Después tomó más fotos de las portadas de revistas y trípticos que estaban en el fondo del carrito. No podía llevárselo, pero podría volver. Alcanzó una carpeta cerrada.

Entonces, uno de los mendigos de los montículos cercanos se incorporó y se empezó a acercar a ellos con cara de pocos amigos. Llevaba el pelo corto y el rostro bien afeitado, o al menos eso parecía bajo la escasa luz disponible.

—¿Qué buscáis?

Eloy no se inmutó. María no estaba preparada para responder a esa pregunta; si aquello se podía considerar un hogar no traían ninguna orden judicial, cierto, pero a quién le importaba en el subsuelo de Madrid lo que pudiera hacer una policía fuera de servicio en una cámara subterránea destinada a desaguar que también podía considerarse fuera de servicio.

Así que no respondió.

El hombre no se amilanó.

—¿Quién eres?

María abrazó la carpeta que aún tenía entre las manos. Le observó con la mirada dura. Tampoco estaba preparada para responder a esta pregunta directa. Estaba claro que el indigente debía conocer a Eloy, pues la pregunta no iba dirigida a los dos, sino a ella sola. Decidió contraatacar.

—¿Conoces a Yago?

—¿Eres policía?

Ninguno de los dos estaba entonces dispuesto a responder. O, al menos, no sin antes obtener información a cambio. María siguió aferrada a la carpeta. El hombre continuó impertérrito, inmóvil. Sostuvieron las miradas unos instantes, pero un perro salió entonces de su montículo y se acercó a él. Era viejo, andaba lentamente, el hombre le acarició el hocico, luego el lomo. Después se dio la vuelta con él para alejarse.

—Yago estará al caer. No le gustará ver sus cosas revueltas.

Y se alejó hacia su rincón.

María intentó reponer el orden de los papeles, la caja, las ropas y entonces se dio cuenta de que seguía con la carpeta en la mano. La abrió. Dentro no había papeles, sino una matrícula de coche aparentemente nueva. Le sacó una foto, devolvió la carpeta al fondo del carrito, tapó todo el contenido con la manta como mejor pudo y se alejaron. Al pasar junto al hombre aseado, sentado en la oscuridad con su perro, le dijo:

—Soy policía, sí, comisaria María Ruiz. —Y le tendió una tarjeta con sus datos—. No dude en llamarme si quiere contactar conmigo.

Después se fueron.

María tardó en quitarse el olor a cloaca que se le había adherido al cuerpo, o al menos la sensación pegajosa de haber pertenecido al menos durante una tarde al mundo ilegal que latía en las casas okupas y el subsuelo de Madrid. Cuando salió de la ducha, el vaho no solo había cubierto los espejos y ventanas del baño, sino también los cristales de su propia habitación. Se enfundó el pelo en una toalla, se ajustó el albornoz y, entonces sí, se sentó frente al ordenador. Descargó las fotos.

Contempló primero las de los pavos muertos. La alineación extraña de las alas puntiagudas señalando algún punto superior era arbitraria y quien lo hubiera hecho tal vez había escondido ahí su primer mensaje. También el perro de Martín murió mirando hacia algún punto superior que le hizo avanzar en la ciénaga y al que entonces no prestaron demasiada atención. ¿Tendría aquello relación? Era imposible saberlo, al menos ahora mismo.

Después empezó a abrir las fotos que tomó en el carro de Yago. Los folletos eran de museos de Madrid donde —empezaba a sospechar— seguramente había cuadros de Goya. Le tocaba acelerar su puesta al día en arte. Estaba el Lázaro Galdiano, el Bellas Artes de San Fernando, el Prado. Recordó las citas con Saramú.

Serrano, Neptuno, Sol.

Comprobó de nuevo los folletos. Los museos.

El Lázaro Galdiano estaba en Serrano, 122, sí.

El Bellas Artes de San Fernando estaba en Alcalá, 13, junto a la Puerta del Sol, también.

El Prado estaba en Neptuno, pues claro.

Tenía ya una guía exhaustiva de museos de Madrid. Ninguna sorpresa. Y pistas sobre los últimos pasos de Saramú, también, pero... ¿A dónde llevaba todo eso? ¿Acaso no podía tratarse de dos amigos que quedaban para

compartir su afición? Sara era al fin y al cabo una okupa, una chica alternativa, no debía extrañarse de que intimara con un indigente culto.

Siguió mirando.

Las fotos también recogían unos papeles que no eran folletos, sino probablemente copias de impresora de fotografías de un edificio. Un palacete, una mansión. ¿Qué era aquello? Le sonaba familiar, pero ahora no acertaba a identificarlo.

Todos esos folletos se veían arrugados, manoseados.

Y después estaba la matrícula. Modelo antiguo. M-1492-IW. Para eso iba a necesitar ayuda.

Entonces abrió Twitter. Desde su nuevo perfil. Oleroy-Todos-somos-Sara.

Había más rifirrafes entre defensores de Sara Muñoz y *haters* que se asomaban a insultar, lo habitual en la red. Pero también tenía una notificación personal, una sola, bajo el icono de la campanita.

«¿Me sigues?».

El corazón que había sobrevivido indemne a las carreras en bici todo el día en una demostración sorprendente de su buena forma física y que había sobrevivido incluso a la excursión a los túneles se empezó a acelerar. Los latidos eran arrítmicos, podría imaginar a los vecinos notando su traca interior. Volvió a mirarlo.

«¿Me sigues?».

¿Alguien le estaba preguntando lo que podía averiguar por sí mismo? ¿O alguien le estaba pidiendo que le siguiera por un motivo especial? Todos en Twitter pueden ver quién nos sigue o quién no, pensó María, y cuando se envía un mensaje con mención, como era el caso, suele ser para pedir que nos sigan. Porque solo así, entre perfiles que se siguen, se puede enviar un mensaje privado. Directo. Eso podía ser casual, una caña lanzada al azar por robots dedicados a conseguir más seguidores, o podía tener algún sentido.

Por el momento no identificaba el perfil. Chatoy. Ya de por sí sonaba absurdo. El chato, pero acabado en y, en rima con Oleroy.

Entonces entró otra notificación.

«*Follow me. Suis-moi*».

Aquello podía ser un robot. Preparado para atacar con constancia y en varios idiomas. Pero en todo caso no pasaba nada por seguirle.

O tal vez. Podía ser. *Suis-moi, suis-moi*. Sus lejanos conocimientos de francés le decían *soy yo*. O también *sígueme*. Ambos sonaban bien. ¿Podía ser?

Sintió un azote en su concentración. María-policía podía pasar las horas más densas recorriendo todos los bordes del puzzle sin suficientes piezas que tenía ante la vista y sin demasiadas herramientas dada su situación de expedientada y ajena al equipo, pero las señales de humo de una voz familiar, de un ser amado como el que podía esconderse tras ese perfil también podían lograr romper su atención y hacer esfumarse la pequeña seguridad que iba adquiriendo ante el caso. Podía llamarse ilusión, y sabía que no le convenía, que eso podía abrir ventanas que intentaba mantener cerradas pero, qué coño, deseaba esa ilusión. La necesitaba a muerte.

Suis-moi. Soy yo, sígueme. Qué más daba. Sin pensárselo más, Oleroy siguió a Chatoy con la esperanza de que no fuera un robot, ni un gilipollas, sino Tomás. Tomás-informático, Tomás-policía, Tomás-hacker, Tomás-siguiendo-sus-pasos, Tomás-ayudando, Tomás-escondido, Tomás-su-gran-amor, qué importaba siempre que fuera Tomás, y lo que parecía un *chato*, ahora que lo pensaba, podía ser en realidad una alusión al *château* de Oleron, el castillo que habían recorrido juntos, él en su silla de ruedas, ella ayudando, en los días felices que pasaron antes de que él se sumergiera en el silencio.

Y no tardó mucho Chatoy en darse por aludido y enviarle un mensaje privado. María lo abrió con más nervio del que podía controlar.

El mensaje era una foto. Una foto de unos juncos. Juncos. Sí, solo podía ser él. María se echó hacia atrás en la silla, tan nerviosa que ni siquiera se había dado cuenta de que seguía en albornoz y toalla, se estaba quedando helada. Necesitaba calmarse. Y abrigarse. Corrió a ponerse cualquier cosa, cogió un cepillo y se peinó deprisa para volver a sentarse ante la foto de los juncos que, ya sin ninguna duda, solo podían aludir a las cabañas donde habían pasado esos días de verano. *Les gros joncs*. Juncos. Así se llamaba ese lugar. Tomás. Tomás. Hola, Tomás.

Iba a escribirlo: «¡Tomás!», pero prefirió seguirle el juego. Por alguna razón él se estaba escondiendo bajo códigos que solo ellos podían entender, fuera porque quería seguir en la sombra o porque quería que ella también siguiera en ella. Y tecleó: «*les gros joncs*».

Se sonrió en su asiento. Si Tomás recuperaba el contacto con ella se volvían a acelerar las partículas más ingobernables de su ser, lo sabía, con la dopamina, la serotonina o todas aquellas hormonas que se desajustaban en busca de expansión y que, si la encontraban, si encontraban por dónde correr libremente, generaban una felicidad que podía hacer olvidar todo lo demás. Pero también tenía su riesgo. Las hormonas difícilmente iban a volver luego a su estado de tranquilidad si él no se atrevía a ser más que un perfil falso de

Twitter y mantenía al verdadero hombre camuflado, inaccesible, y ella se iba a enfrentar entonces a dominar tanta dopamina suelta, tanta serotonina, sin olvidar la oxitocina y la adrenalina que de sobra había comprobado que, juntas y desparramadas, podían ser fatales para su salud mental. Eran pocas, pero muy intensas, las veces en su vida en que había comprobado que el amor existe, y que suele acabar mal. Muy mal.

Entonces entró otra foto.

Era una larga fila de números. ¿Un número de cuenta corriente? María se revolvió en su asiento. La policía apenas había empezado a trazar el perfil de Sara Muñoz pero Tomás —si es que ese era Tomás, y solo podía ser él— ¿ya había penetrado en su cuenta corriente? Entraron otras dos fotos. Sí. Eran extractos de la cuenta corriente de Sara Muñoz, donde lo único que pudo deducir a bote pronto es que el ingreso de 853 euros de la universidad iba seguido inmediatamente por una transferencia de 800 a otra cuenta. Así había sido en los dos últimos meses, los que estaba contemplando. El sueldo de Saramú entraba y salía con la misma celeridad que esas fotos, o que su deseo de recibir algún otro tipo de mensaje en su perfil. Imaginó su cara de satisfacción. Cuando Tomás acertaba en algo importante no saltaba de la silla, no gritaba, no exclamaba nada especial, solo se le iluminaba el rostro con una sonrisa cerrada, de labios prietos, y una mirada abierta de la que huían las arrugas de la frente concentrada y las sombras que le habían nublado durante horas, durante días, en la penosa búsqueda. El rostro se le relajaba con suavidad y todo lo más que podía hacer era posar los dedos en las sienes, cerrar los ojos y regalar a los demás un agradable suspiro de alivio. María sintió que, allá donde estuviere, él debía tener esa satisfacción en su porte, esa tranquilidad que contagiaba a todos, esa felicidad que da el hallazgo de un fragmento de verdad. Una pieza maestra en su puzle. Ella sí saltó en su silla. Después se recompuso para teclear:

«¿Podemos hablar?», se atrevió.

Entonces se hizo el silencio. Él no respondió nada.

«Necesito hablar», persistió.

«Cuando tú quieras», siguió.

Pero Chatoy-Tomás se había replegado sin añadir nada al intercambio de mensajes, y las palabras de Oleroy-Ruiz quedaron flotando, ridículas, tras las fotos de los extractos bancarios. Le tentó añadir «te quiero», «te añoro», «te espero», pero, joder, también sabía que si él había tomado una decisión de ruptura debía de alguna forma respetarla, sobre todo si al fin, después de tantos meses, se había atrevido a abrir un hilo para colaborar con ella.

Comprobó su WhatsApp. Las dos rayitas en el mensaje que había puesto a Tomás ya indicaban que, bloquearla, no la había bloqueado. María respiró. Darle tiempo. Era la única opción.

Después no hubo nada más. Pero tenía mucho material para estudiar. Para ir avanzando.

Sara Muñoz se había criado en Zaragoza, pero vivía desde hacía mucho tiempo en Madrid. Sus padres habían viajado a la capital al conocer el crimen y, por los relatos de la prensa que María pudo leer, ambos componían un matrimonio humilde de provincias, con Sara como única hija, que el primer día pidieron intimidad y al segundo ya estaban sentados en un programa de Tele 5 enjugándose las lágrimas y sonándose los mocos. María revisó la grabación en la red. Hablaban de que ella era un ángel, un pedacito de pan, un cerebro privilegiado que había encontrado trabajo tan pronto en la facultad porque era muy lista y especial. Y que ojalá nunca lo hubiera encontrado si el malnacido del profesor que se había fijado en ella había sido su asesino.

Devastados por el dolor, pero también excitados por el hallazgo repentino de un público que creían acogedor, inconscientes de que su testimonio no era más que un sabroso trozo de pan y circo de los que levantan la audiencia entre anuncio y anuncio, padre y madre relataban pormenores de su vida que creían relacionados con el caso.

Hablaron de que era una especialista en Goya continuando con la tradición familiar, pero aquel aspecto no interesó gran cosa a la presentadora, que se concentró en la relación con el profesor. ¿Le conocían? ¿Ella les había hablado de él? ¿Sabían que él la acosaba? ¿Que tenían una relación?

De fondo, de cuando en cuando intercalaban imágenes del escrache frente al portal del profesor Salas, que acabó siendo una concentración porque él no apareció en ningún momento. Solo reconoció al portero, que se asomó para pedirles que, por respeto, se fueran. Y esa era la imagen que repetían en bucle una y otra vez.

Mientras, los padres, seguramente avergonzados, referían con pocas palabras que no sabían, que no conocían al profesor, que ella estaba contenta porque tenía trabajo y poco más. Por lo que María pudo comprobar, la pista goyesca no estaba sobre la mesa y las alusiones a la tradición familiar

quedaron solo reverberando en su propia recámara. Por lo demás, los pobres zaragozanos solo eran otra muestra más de tantos padres y madres que no saben gran cosa de sus hijos. Es decir: todos. Apenas la espuma.

María había echado ya unas horas al libro del profesor Salas y a algún otro, y había leído que Goya no era exactamente un advenedizo, como parecía por su llegada a la corte desde su tierra aragonesa, sino alguien conectado al arte por su padre, un artesano zaragozano especializado en dorar retablos barrocos. Goya intentó dos veces entrar en la Real Academia de Bellas Artes, pero fue rechazado y tuvo que encontrar otro camino.

El viejo Goya. María nunca había analizado su figura fuera de las lecciones de instituto y se dio cuenta de que los autorretratos mostraban, más allá de sus etapas tan cambiantes, un rostro siempre tremebundo, fuera joven o fuera anciano. El viejo pintor había arrancado su carrera con imágenes más frívolas, mundanas, felices para reflejar en los tapices, de los que esa bella romería colorida y vital era parte, para acabar sordo, tal vez rozando la demencia o la desesperación y arrojando sobre los lienzos o los muros de su casa unos fantasmas subversivos que habían quedado plasmados en forma de fusilamientos, hambrunas, violaciones, desastres y la entrega del pueblo a fuerzas demoniacas o brujas capaces de hacerse oír, de ensartar niños en largas brochetas o de devorarlos como Saturno. No era amable la evolución de Goya, como no era amable la evolución de España, y menos aún la de Sara Muñoz, que en su dramática vocación para estudiar al pintor había acabado protagonizando en carne propia una de sus escenas más crudas de la Inquisición. Por liberal. Víctima de la paleta y de la imaginación de Goya. O víctima de un sádico, más bien. De un loco más desequilibrado aún que el propio pintor, que el propio Goya, que al menos solo había trasladado sus demonios a sus lienzos, y no a sus modelos.

Por el contrario, Goya había perdido a casi todos sus hijos, uno tras otro, y apenas uno sobrevivió a su obsesión por salvarlos.

También había amado a las mujeres y María se preguntó si esto iba a tener algo que ver o era tan extemporáneo como las preguntas de Tele 5 a los padres de la criatura. Pero el deseo, la ansiedad, el hambre de cuerpo y belleza que reflejó al pintar a la ardorosa duquesa de Alba de la época, por ejemplo, se habían convertido en el documento más testimonial, aunque no historiográfico, de su apasionado enamoramiento. No logró fidelizar a la duquesa en vida y se vengó de ella en otro cuadro, en la ficción, pero esa era otra historia. Nada que ver. Su última compañera, la mujer con la que convivió en la Quinta del Sordo y que le acompañó en su exilio, que le cuidó

en su sordera y su demencia, apenas heredó uno de sus cuadros, *La lechera de Burdeos*. Pobre Leocadia Weiss. Después se arruinó.

La cuestión era apasionante, sí, pero no tenía sentido.

Goya había amado a las mujeres, a juzgar por la obsesión con que trabajó algunos retratos, y también las había condenado en sus *Caprichos*, sus *Desastres* y sus *Disparates*, pero no más de lo que había hecho con los hombres. Los hombres comunes, los idiotas, los simples, los pobres, los desheredados, los muertos, los heridos, los hambrientos, los presos, los babosos. Las mujeres atrapadas, luchadoras, alcahuetas, prostitutas, acabadas, valientes, sometidas o forzadas a la rendición. Aquellas gentes del pueblo no le pagaban como los reyes y duques que le encargaron escenas y retratos, pero Goya se había empeñado en trabajar con la gente común, y de alguna forma Ruiz pensó que ese trazo dedicado a lo ordinario entrelazaba los casos que tenía entre manos: los pavos, el perro, la chica, la gente de Madrid que se divertía en la romería, de noche o de día, desde la desesperanza o la ilusión. Yago como un narrador excepcional desde el interior del cuadro. Yago en contacto con la víctima. Y lo peor es que no podía intuir qué vendría después.

Observó de nuevo la imagen del dibujo que el asesino había emulado: una joven deslavazada en el cadalso, atrapada por grilletes y argollas que le habían arrebatado el aliento. Formaba parte del *Álbum C* o *Álbum de la Inquisición*, un trabajo no muy conocido de Goya, en el que retrató a la gente castigada por la Iglesia y explicó de puño y letra la razón de su condena: Galileo, «por descubrir el movimiento de la Tierra»; la mujer del cadalso, «por liberal»; y junto a ella, otra mujer atada boca abajo a un potro de tortura, «por casarse con quien quiso». Incluso podía ser la misma.

Ninguna de estas escenas era probablemente contemporánea a Goya, desde luego no lo era Galileo y difícilmente lo eran las mujeres, pero aquello fue en 1810 y el pintor estaba intentando denunciar lo que iba a regresar a España si volvían a triunfar Fernando VII y las fuerzas del pasado. *La maja desnuda*, de hecho, fue a juicio. Gracias a ello hubo *La maja vestida*.

Como ella misma iba a ir a juicio, se sonrió Ruiz con tristeza, no exactamente al de la Inquisición, pero sí al de la policía de hoy, que sin ser igual podía ser muy parecida.

Ruiz leyó todo esto muy confusa, intentando deducir si le podía ayudar de alguna forma. Se repitió algunas ideas.

Un castigo inquisitorial.

Un castigo ejemplarizante.

Un castigo para avisar. De lo que podía llegar.

Un castigo contra una joven por sus posibles pecados. Por liberal.

El hecho de que el asesino hubiera escrito estas palabras —«por liberal»— junto al escenario del crimen, si es que las había escrito él, era un mensaje, pero ¿qué se le estaba escapando? ¿Podían llegar más castigos, más crímenes, más mensajes? ¿De qué les quería *avisar* el asesino? ¿Y a quién transfería dinero la joven Saramú?

Cuando se había despedido de Eloy, tras desandar los túneles que los devolvieron a la superficie, ambos habían caminado un rato por el Campo del Moro. El chico quería merendar, Dios, si aún estaba creciendo. Comieron los plátanos, bebieron el agua de las cantimploras y permanecieron en silencio. María ya había asumido que el chaval era indiferente a sus preguntas, pero también era la persona que más la había ayudado y quien más sabía de Saramú y de Yago, al menos de todos los que ella tenía a su alcance.

Tras reponer fuerzas y mientras caminaban de vuelta hacia las bicis, Eloy había dicho, en voz baja:

—Yago es médico.

—¿Cómo? —María creyó que no había oído bien.

—Yago es médico —repitió Eloy.

—¿Médico? —Aquello sí era una sorpresa, un médico habitante del subsuelo de Madrid, un médico indigente.

—Médico forense, creo. Me lo dijo Saramú.

—¿Y qué relación tenía con Sara?

Eloy se encogió de hombros y no dijo nada más. Ambos habían quitado los candados a las bicis para rodar de vuelta a casa.

—¿Me prestas la bici? ¿Te la puedo devolver mañana?

A eso sí respondió Eloy.

—Tráela cuando quieras. Es una bici de todos. También tuya.

Aquella fue la última vez que se vieron y María aún no se la había devuelto. Necesitaba encajar tanta información antes de dar los siguientes pasos, y para eso iba a usar su propia bicicleta y no aquella cochambre de la Dragona. Su descenso particular hacia la pinta de perroflauta tenía sus límites.

María rodó con su bicicleta de carbono, suspensión trasera y delantera al dente, perfecta amortiguación y frenos de disco hidráulicos impecables rumbo al Manzanares. Le habría gustado enseñársela a Eloy y señalarle la panoplia de platos y piñones tan interesantes en las cuestas, pero probablemente él le habría dicho que no tiene sentido comprar una tan nueva y cara habiendo tantas infrautilizadas en Madrid, aunque no tuvieran tantas posibilidades de cambios de marchas. Quería llegar al cementerio donde había muerto el perro de Martín y buscar aquello que le atraía en lo alto de la tapia, si es que aún había rastro de ello.

Su teléfono andaba muy callado esos días, limitado a algunos mensajes de su abogado, y tal vez por eso frenó en seco cuando sintió que vibraba en el bolsillo trasero de su pantalón. Alguien la llamaba, y *alguien* era mucho más que nadie cuando todos habían optado por el silencio. Así que, aunque no identificó el número, contestó.

—Hola, Ruiz. —Era un hombre, pero no reconoció la voz.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿No sabes quién soy?

La voz era familiar, sobre todo el aire de suficiencia y diversión que detectó tras el misterio. ¿Acaso...?

—¿Me das una pista?

—Soy el testigo principal. Lo ha dicho tu abogado.

Rodrigo Tesón. El subdelegado del Gobierno que supo hacer honor a su apellido en los días solitarios de Soria, cuando se empeñó en sacarla a tomar algo y animarla cada vez que ella se ensimismaba en sus asuntos, que era siempre.

—¡Rodrigo! —Su alegría era sincera. Tesón había sido un pesado en general, pero simpático, y además leal. No habían pasado malos ratos—. Pero ¿dónde estás? ¿Has estado con mi abogado?

—Acabo de salir de su despacho. ¿Nos vemos? No acepto un *no*.

—Bueno, estaba liada... —Un perrillo se había acercado a la bici, que María sostenía entre ambas piernas sin bajarse de ella, había levantado una pata y estaba regando la rueda delantera con su pis. Ruiz ni siquiera se molestó en mover la bici.

—¿Liada? Venga, Ruiz, si estás expedientada. No tienes excusa. Te invito a comer.

Como siempre, Rodrigo ya había decidido por los dos y eso iba en general en contra de sus principios, pero era tentador abandonarlos ahora que ellos parecían haberla abandonado a ella. Observó su indumentaria: deportivas, pantalón corto, camiseta ajustada, gafas de sol y riñonera. Nada más lejos del uniforme que lucía en Soria. Además le había crecido la melena y la llevaba suelta.

—Pero no busques un sitio rancio de esos que te van. Hazme caso. No me vas a reconocer.

Quedaron en La Tavernetta. Suficiente glamur para el estándar de Tesón, al menos en apariencia, por estar cerca de la sede del PP, de la Audiencia Nacional y de otros sitios igualmente serios, y la suficiente familiaridad que da ser bienvenidos entre los brazos de Angelo, su dueño, sus espaguetis larguísimos y las salsas de tomates recogidos en su huerta de Cerdeña. En territorio amigo. Donde María podía llegar en pantalón corto o en traje plisado.

—Joder, pues sí te has tomado en serio la baja —exclamó Rodrigo al verla. Se dieron dos besos formales, aunque él tardó en soltar sus hombros de entre sus manos avasalladoras, que parecían agitarla y clamar por un abrazo. Ella parecía más menuda que la última vez que se vieron y él, aún más grande. Rodrigo vestía chaqueta y pantalón de traje, la camisa abierta sin corbata. Se había cortado el pelo, estaba pulcramente afeitado y, ya fuera por su aspecto cuidado y limpio o por el contraste con ella y las personas con las que últimamente había estado en contacto, el caso es que a la comisaria se le iluminó la mirada y decidió no cortarse.

—Y tú estás muy guapo —dijo.

Los dos se sentaron sin disimular la sonrisa. María podría asegurar que él, el hombre seguro de sí mismo y de su encanto, se había ruborizado un tanto y eso podía resultar gracioso. En Soria jamás le habría hablado así.

—Ay, María. Mi comisaria valiente. Te veo cambiada. Pareces otra. ¿Cómo estás? ¿Realmente logras estar apartada?

Lo bueno de Rodrigo Tesón era que él mismo solía rellenar los silencios, que era capaz de preguntar y responder con el mismo empeño y, sin esperar a escuchar a María, empezó a contarle lo que había dicho a su abogado. Él iba a testificar a su favor: en ningún momento Ruiz había desobedecido a la autoridad y su actuación había estado motivada solo por el deseo de ayudar a un amigo ante un caso complicado. Pero era cierto que ella había excedido los límites de su territorio, y ahí no tenía nada que decir.

—¿Sabes lo mejor de todo? —le interrumpió María.

—¿Qué?

—Que me trae sin cuidado este asunto.

Tesón se calló y alzó una ceja. María estaba verdaderamente cambiada. O tal vez no tanto. En realidad, esa capacidad para cambiar de conversación y llevar el foco a un punto diametralmente opuesto al que él creía que le debía interesar era su dinámica habitual. Ruiz siempre le sorprendía.

—¿Cómo te va a traer sin cuidado?

—¿Has oído lo de la chica muerta en el Manzanares?

—Ay, Dios.

—Tengo su diario. Estoy reconstruyendo sus pasos.

—¡Comisaria Ruiz!

—Era una especialista en Goya. Y su muerte escenifica paso a paso uno de los dibujos de Goya que ella estudiaba.

—¿Y quieres que testifique a tu favor? ¿Que diga que eres capaz de guardar los límites de la investigación?

—Hay varios crímenes ligados a cuadros de Goya. Y nadie se ha dado cuenta aún. A mí no me quieren escuchar.

—Joder.

Tesón se echó hacia atrás en la silla, se arrancó la servilleta del cuello de la camisa. El plato de pasta ya no humeaba, pero aún merecía atraer a un tenedor que, sin embargo, Rodrigo había dejado a un lado.

María no era una mujer de confianzas y, aunque el exilio en Soria los había unido a su manera, ella nunca había confiado especialmente en él. Seguramente en nadie. Hoy, sin embargo, le estaba revelando cosas que ni siquiera la policía sabía. También ella había soltado el tenedor, pero no la copa, a la que dio un largo trago.

—Escucha, Rodrigo. Te agradezco que testifiques y todo eso, pero aquí está ocurriendo algo que es urgente, pues no ha terminado. Algo que se retrotrae al pasado, pero que está en el presente.

—¿Y tus amigos? Martín, Esteban, Luna.

—Me han cerrado todos los canales.

—¿Y quieres confiármelo a mí, que debo testificar sobre lo bien que cumples los protocolos policiales?

—Sí.

Ahora fue él quien apuró su copa. El camarero preguntó si podía retirar los platos, si querían algo más, y ambos pidieron otro vino. Blanco y muy frío. Aquello era nuevo.

Ruiz le contó los detalles. La víctima estudiaba los dibujos de Goya con su jefe, el profesor Salas, y todos los ojos estaban puestos en él, que no solo le había dado un empleo sino que también la acosaba, pero también se relacionaba con un tal Yago, que había resultado habitante del subsuelo. Un indigente. Y un médico. Alguien seguramente obsesionado con Goya, a juzgar por las imágenes que coleccionaba en su carrito de mendigo.

—Dios, Ruiz. Esto es más complicado que la envenenadora de maridos que descubrimos en Soria, ¿recuerdas?

—Envenenadora de marido, en singular —corrigió María, mientras sonreía para sus adentros—. Aquello no estuvo mal.

Juntos habían resuelto el único caso pendiente que habían encontrado en Soria, la muerte de un hombre por matarratas a manos de su mujer, pero ciertamente sí, esto era mucho más complicado.

—No sé en qué te puedo ayudar.

María le miró, divertida. Los cafés ya estaban sobre la mesa y, con ellos, dos vasos de amaretto que tragarón sin esperar.

—Me puedes acompañar.

—¿A dónde quieres ir?

Se había hecho tarde para el cementerio, pero había otro sitio donde Ruiz se había propuesto ir hoy. Y no estaba lejos de esta zona noble de Madrid, donde el PP, la bandera de Colón y el Supremo convivían con sitios de otra calaña, aunque no por ello de índole peor.

—Necesito ir a un *sex-shop*. Serás mi tapadera. —Ruiz rio. No tanto de su propia desinhibición, sino del rostro divertido de Tesón, que no alcanzaba a asimilar tantas sorpresas.

—Realmente estás cambiada —musitó Rodrigo mientras depositaba un billete de cien para pagar al contado su invitación.

—¿Blanqueando el dinero B de tu Gürtel? —bromeó María.

—No. Este viene de los repartidores de IKEA. Lo dejaron en un altillo de mi casa —fue rápido él. Y socarrón.

Los dos salieron. Con su traje y su elegancia, él, con su bicicleta y su aire de *camping*, ella. La extraña pareja iba a buscar argollas y cadenas en los *sex-shops*. Que no fueran de pega.

III.

Tesón

Álbum Y

Número 3

Después volví a encontrarle en otras fiestas, en otras calles y rincones. Aparecía de pronto y observaba todo alrededor. Comencé a seguirle y lo que descubrí, no lo entendí. En ocasiones, el intruso entraba en palacios de aristócratas y ricos para salir mucho después con aire satisfecho. En otras, callejeaba taciturno por las plazas y las esquinas más sucias examinando a los mendigos, los corrillos de viejas, de alcahuetas, prostitutas, las carretas de los muertos, los curas, los vendepomadas. Se adentraba en las iglesias no para rezar, sino para curiosear en las misas; y se metía en las tabernas no para beber, sino para mirar a los borrachos y seguir atento sus cuitas. En las broncas callejeras se entretenía sin prisa. Parecía disfrutar de ver, de recopilar. Y después regresaba de nuevo a los palacios, tal vez a rendir cuentas de lo que había visto. Tal vez a reírse de la gente, a ridiculizar al pueblo.

Yo, mientras tanto, había progresado. Me había hecho médico, tenía amigos y si no había elegido mujer era porque no me faltaban. Nada tenía ya que ver con aquel joven de la pradera de la primera vez, inconsciente, abandonado, sin misión.

Una mañana de aquellos días, me lo crucé entre los puestos de la plaza Mayor. El extraño no merodeaba, como solía, sino que llevaba prisa, y decidí seguirle. Callejeó a paso rápido, atravesó plazas y tomó atajos con una determinación que acompañaba de una fortaleza física muy superior a la que parecía corresponderle por su edad. Yo le seguía de cerca. Al fin llegamos a una finca de portal amplio. Un coche estaba en la puerta y el cochero aguardaba de pie con dos mozos que, al verle y tras recibir una indicación, le siguieron hacia el interior. Yo me escondí en un soportal.

Poco después, salieron. Cargaban una tabla apenas cubierta por una manta oscura.

Mientras los mozos la posaban en la calle para recolocar la manta antes de subirlo al coche, me pareció distinguir el retrato de un hombre que, si no me fallaba la vista, era... ¡era yo mismo! Tenía mis rasgos, mi altura, mis ojos. Me tenté la ropa, era la misma que estaba pintada en el cuadro, una levita negra. También podía tratarse de él, al fin y al cabo teníamos cierto parecido, todos vestíamos igual en esa época y había sido un vistazo fugaz. Entonces los mozos subieron el retrato al coche y desaparecieron calle abajo. El hombre no volvió a salir.

Ahora sabía que ese extraño era pintor y podía sospechar que era él quien me buscaba a mí, que me retrataba a mí. La ira me empezó a tentar, pero no tanta como una convicción de que debía defenderme, debía actuar.

Necesitaba rastrear su obra y averiguar con qué derecho lo hacía. Por qué, entre todos los aristócratas, los vagabundos, los curas, las prostitutas o los enterradores que recorrían la ciudad, me había elegido a mí.

Y si él me había elegido a mí, yo también iba a elegirle a él.

María había buscado en internet cadenas y argollas como las que mataron a Saramú y las había encontrado, pero había llegado a la conclusión de que el asesino no podía ser tan torpe como para dejar semejante rastro en la red. Si se trataba de un criminal inteligente, y estaba claro que la escenificación de un dibujo casi desconocido de Goya solo podía pertenecer a una mente delirante, pero cultivada, era justo pensar que habría sabido encontrar el material en tiendas especializadas sin identificarse ni con la tarjeta de crédito. En Madrid sobraban sitios donde buscar.

Tesón y Ruiz entraron en el primer *sex-shop* que encontraron, en la calle Hortaleza, no sin ocultar cierto rubor. Rodrigo estaba divertido, le gustaba la frivolidad, pero le chocaba ver a María tan desinhibida. No por la tienda, o no solo, sino por la cantidad de información que le había dado sin tener que extraérsela con sacacorchos, como había sido habitual.

—Tú primero —le dijo, con la gentileza que le permitía de paso quedar en segundo plano.

María entró sin muchas dudas. La puerta tintineó como una mercería cualquiera y ambos se fijaron en que el colgajo que daba la voz de aviso estaba formado por una pareja de ángeles como los que decoran frescos, retablos o capillas de cualquier iglesia, pero con los penes gordos. Entraron.

Una dependienta los miró sin decir nada y siguió cobrando a una chica en la caja. Ellos empezaron a deambular. Había correas, esposas, corpiños, ligas con enganches y toda la parafernalia de apariencia sadomaso, pero nada que fuera verdaderamente susceptible de mantener presa a una persona en contra de su voluntad.

—¿Los puedo ayudar? —La dependienta se había acercado—. Veo que les interesa el sado.

Ruiz y Tesón se miraron. Ella se decidió.

—Buscamos argollas, collares, cadenas, algo más fuerte —dijo María.

La dependienta la miró sorprendida. Debía estar acostumbrada a todo, pero no a que una mujer ciclista de aspecto currante en malla y deportivas le pidiera droga dura para la sesión de sado.

—Algo fuerte —añadió Tesón, que deslizó una mirada burlona a Ruiz.

—¿Lo más fuerte? —quiso saber la encargada.

—Lo más —remachó él, entregado.

Entonces los invitó a bajar. Nivel-1. Lejos de los penes de cristal y vibradores de colores. Había collares de terciopelo, otros de cuero con tachuelas e incluso de piel sintética para veganos. El más parecido al que rodeó el cuello de Saramú era un collar modelo sumisión en piel y acero cromado con argolla ajustable de la que colgaba una cadena para arrastrar al dominado. Rodrigo seguía el juego divertido, pero se le cambió la cara cuando María le señaló un modelo con mando a distancia para descargas eléctricas.

—¿Vendéis muchos de estos? —preguntó María.

—Más de los que te imaginas.

María sacó su móvil y buscó la imagen del dibujo de Goya. Por liberal. Si ella hubiera elegido la parafernalia exacta para imitar esa tortura habría escogido el collar estéticamente más simple, pero muy ajustable, rematado en una argolla unida a una cadena, y también una barra para inmovilizar los pies. Todo ello estaba a su disposición en la primera tienda a la que habían acudido por azar así que técnicamente no habría sido difícil, pero ¿acaso eso había sido suficiente para matar a Saramú?, ¿acaso se había dejado atrapar y torturar en un lugar público para participar de alguna forma en la puesta en escena de un dibujo del pintor?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿acaso simplemente algo había fallado?

Su agenda solo recogía un apunte realizado el día de su muerte, el último apunte: «Presa número 5». Y ahí es donde ella había muerto, en la quinta presa de las diez que organizaban el flujo del Manzanares a su paso por Madrid. Un sistema de esclusas construidas en 1955 que jalonaban un río con más ambición que cauce real. María se había informado y había comprobado que la apertura de compuertas decidida por la alcaldesa Carmena había hecho descender el nivel de profundidad habitual de los tres metros a los treinta centímetros. El Manzanares era, hoy día, un simple arroyo.

Y, sin embargo, había sido el lugar elegido por el asesino, los asesinos, o por el extraño grupo formado por esa pobre graduada en arte, Sara Muñoz, que solo aspiraba a exponer los dibujos de Goya que el Prado guardaba sin acceso al público.

—¿Y estos, te gustan? —Rodrigo interrumpió sus pensamientos. Había escogido un modelo Sumisión rematado con esposas que le tendía con la derecha y otro llamado Esclava que incluía un temporizador y que le tendía con la izquierda. Se había metido en el papel.

María no contestó. Volvió a mirar su móvil.

—¿Y ahora qué te pasa? —Él dejó caer los brazos. María seguía ahí, junto a él, pero en realidad ya estaba muy lejos.

—Me voy. —María se dio la vuelta y avanzó hacia la salida.

—¿Desean entonces alguno de los collares? —preguntó la dependienta.

—Creo que la fiesta se ha acabado —dijo Rodrigo, que le entregó de cualquier manera los dos collares y corrió tras los pasos de María.

—Tranquilo. A veces pasa —gritó la empleada tras la estela de Rodrigo—. No todo el mundo se anima.

Pero ni Ruiz, que ya estaba en la acera, ni Tesón, que intentaba alcanzarla, la escuchaban ya.

—¿Qué ocurre? —Rodrigo intentaba atisbar qué estaba tramando Ruiz.

—Me tengo que ir. —María ya le había quitado el candado a la bici y se había montado en ella.

—Espera, Ruiz, no me dejes así.

—¿Así, cómo? —Ruiz se había puesto borde.

—En la puerta de un *sex-shop* corriendo detrás de ti. ¿Te parece normal?

—Tengo que irme, perdona.

—He venido aquí por ti.

—Tengo que irme.

Rodrigo atrapó la rueda delantera entre sus piernas y sostuvo el manillar hasta que ella le miró.

—Me quedo esta noche, estoy en un hotel y solo he venido por ti, no tengo nada más que hacer. ¿Cenamos más tarde, al menos?

Ruiz miró la hora. Tenía tiempo. Pero ahora debía largarse.

—Cenamos. Sí.

Él aún retuvo la rueda entre sus piernas.

—¿Lo prometes? ¿Que no te vas a evaporar, como sueles?

—Déjame ir.

Él se retiró. Sin más aspavientos, María se lanzó hacia la Gran Vía, donde Rodrigo aún la vio girar a la derecha sin esperar siquiera que el semáforo cambiara a verde. Ni siquiera estaba seguro de que por la noche le fuera a contar qué bombilla se le había iluminado de repente en los bajos del *sex-shop*.

Ruiz pedaleó con fuerza hasta Moncloa y ahí callejeó hasta el Anatómico Forense, donde con suerte iba a encontrar a sus amigos patólogos. Cómo no lo había pensado antes. La información preliminar —o al menos la información preliminar que ella había escuchado— había hablado de asfixia por la argolla en el cuello, pero era difícil imaginar que la chica fuera arrastrada y expuesta en un lugar tan público en contra de su voluntad. Tenía que haber algo más. Y tenía que verlo. Como siempre había hecho.

Los paseantes de esa tarde de domingo en el Manzanares habrían captado gritos, violencia, resistencia y habría hecho falta la fuerza descomunal de un hombre —o varios— para esposarle las manos, para atrancar sus pies en el cepo, para cerrarle el collar en torno al cuello y encadenarla a las barandillas de la presa tan rápida y discretamente como para no llamar la atención. Y sin embargo nadie había visto nada, salvo el cadáver ya expuesto y abandonado. Así que ella tenía que estar en el ajo. Era obvio. O al menos creer que iba a resultar tan inofensivo como para salir indemne.

Ató la bici a una farola frente al Anatómico Forense. Mientras la candaba levantó la vista. A tiempo de ver llegar dos coches de la policía. Aparcaron frente a la puerta principal. Del primero descendió Esteban con otro agente que no reconoció. Era joven, pero no era Martín. El segundo se quedó parado, frenó motores y nadie descendió de él. La ira le subió por el cuello hasta el rostro, podía sentirla como una capa nueva de piel que presionara la epidermis desde su interior. El mundo giraba sin ella.

En ese instante entró un mensaje de Nora y lo atendió.

«Hay nueva entrada en el blog. La número 3. Estoy a punto de escribir una noticia».

«¿Qué dice?». María se sobresaltó.

«El protagonista observa al intruso, descubre que es un pintor, bla, bla, bla. No creo que aporte gran cosa, pero la maquinaria sigue en marcha».

«Gracias, lo miro», remató Ruiz.

«¿Estás bien, María? ¿Dónde estás?».

«A buen recaudo, tranquila», María cortó.

Agachada, María simuló entonces entretenerse con los cordones de las deportivas. Los dos coches seguían aparcados en la entrada y tendría que esperar, no debían pillarla ahí adentro. ¿O acaso podía ser el mejor momento? No iba a pensar demasiado rato la respuesta así que se ajustó las gafas de sol, se removió la melena para que saliera libre de detrás de las orejas, se puso una chaqueta informal que había llevado a la cintura y, con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el suelo, avanzó hacia la puerta del edificio. Lo conocía bien. Una vez dentro, calculó que los polis habrían subido hacia el despacho de los forenses en la planta de arriba así que ella se deslizó escalera abajo hacia las cámaras mortuorias. Lo hizo en silencio. Sabía que el cuerpo de Saramú aún no había sido entregado a la familia y que eso ocurría cuando una autopsia era complicada y objeto de dudas. La zona de morgue estaba aislada por tornos de acceso con supuestas cámaras de vídeo, pero también sabía que aquello estaba dejado de la mano de Dios, que casi todo era de pega, y que podía merodear por ahí sin ningún riesgo. Saltó rápida los tornos. Se movió con velocidad. Los polis estarían ya charlando con los forenses en la primera planta, así que iba a aprovechar el momento. Las cámaras 1 y 2 tenían las puertas abiertas, por lo que cabía deducir que estaban vacías. La 3 y la 4 tenían las puertas cerradas, pero podía imaginar que Saramú estaba en la 5, la más grande y más dotada, con instrumental y laboratorios propios. Fue directa.

Entró. Exhaló apresuradamente, soltando el aire retenido por los nervios. Qué buena es la ira si se sabe transformar en movimiento, pensó, a ella le había dado grandes alegrías.

Como había imaginado, no había nadie. Avanzó hacia la mesa forense y comprobó que el desagüe por el que deben fluir los líquidos corporales durante los procedimientos aún estaba mojado. Se agachó para mirarlo desde abajo. La tubería acumulaba gotas de agua en su interior y una sonda transparente guardaba manchas rojizas y amarillentas. Sangre. Detritus. Fluidos. Mejor no saber. Olía a amoníaco, los técnicos se habían empleado a fondo y muy recientemente para limpiarlo. Y la ventilación necesaria en todas las necropsias, donde los olores más característicos del cuerpo abierto se resistían a las leyes de caducidad propias de la muerte con una intensidad penetrante, funcionaba. Observó el instrumental. Reluciente, en su sitio. Tomó un par de guantes de látex del dispensador y se los puso. Se acercó al

área refrigerada donde se guardaban los cuerpos. Las bandejas correderas estaban ajustadas, en su sitio, y solo una tenía el manillar encajado en el cierre hermético. Era la única ocupada. La abrió.

Sara Muñoz estaba ahí, o al menos los restos mortales de quien fuera una bella becaria en el principio de su vida adulta, cuando apenas se estaba asomando a las ilusiones, ambiciones, a los amores cruzados, al trabajo intenso y emocionante de cualquier comienzo. Con la misma piel blanquecina que había exhibido en su último aliento. El pelo estaba cepillado hacia atrás, pero los rizos se resistían a desdibujarse y algunos volvían a levantarse, rebeldes, desde el cuero cabelludo muerto. El cuello mostraba hematomas. Las muñecas estaban negras. La boca seguía entreabierta y los ojos también, exactamente como había muerto en el cadalso improvisado en la presa número 5 del río Manzanares. María recorrió con la mirada el resto del cuerpo, un cuerpo armónico de formas redondas y de aspecto libre, a contrapié de la moda de la delgadez extrema. Debía de ser buena persona Saramú, activista carismática, liberada de ataduras y justa compañera de sus compañeros, por lo que María había podido deducir en estos días, y su participación voluntaria en el ritual de la muerte no cuadraba. Pero si apenas sabemos nada de los más cercanos —pensó María—, qué vamos a saber de una chica en apenas unos días.

Tenía un vello abundante y sin depilar en pubis y axilas, símbolo de liberación, de una moda feminista libre de ataduras. Tenía algunos tatuajes. Frases pequeñas, tal vez proclamas, títulos o pequeños versos grabados por todas partes. Uno asomaba desde la cara interior del brazo izquierdo, y María lo giró lo suficiente como para alcanzar a leerlo: «Murió la verdad». Pobre chica. Sin haber muerto ella ya había declarado muerta a la verdad.

Devolvió el brazo a su sitio. En el lado visible, bajo el hombro, se exhibía otra palabra rotunda: «Volaverunt». «Volaron», en latín. Relacionado o no, en el brazo derecho había dos búhos levantando el vuelo, y en las piernas solo encontró una frase grabada en el tobillo derecho a modo de pulsera: «El sueño de la razón produce monstruos». Se alejó.

El sueño de la razón produce monstruos.

Volaverunt.

Murió la verdad.

María fotografió los tres tatuajes con el móvil. Todos eran finos, pequeños, con una cursiva delicada en la que había que concentrarse para descifrar las letras. María pensó fugazmente en la moda de los tatuajes. Ni el

mismísimo Sherlock Holmes habría soñado jamás tener un mapa tan detallado de la intimidad de las víctimas a través de esos registros fijados en la piel, de los que no bastaba arrepentirse para que desaparecieran. Curioso que en la era de la fugacidad, de las amistades que vienen y van con solo dar a «me gusta», con pulsar «seguir» o «dejar de seguir», las huellas del amor, la lealtad y los principios quedaran grabadas para siempre —aunque cambiaran—, y con dolor, al menos hasta reunir el dinero y el coraje suficiente para borrarlo con técnicas aún en cuestión. Saramú también había dejado mensajes en su piel, seguramente de forma involuntaria, pero que a María —estaba segura— le iban a resultar muy útiles.

Aún quedaba analizar la espalda y toda la parte de atrás, pero ella sola no tenía fuerzas suficientes para mover el cuerpo sin riesgos. No importaba. Lograría enterarse. Devolvió la bandeja a su sitio y cuando estaba ajustando el manillar, oyó unos pasos a su espalda.

—¿Quién es usted?

Se dio la vuelta. Un hombre en bata verde, equipado como manda el reglamento para la presencia en la sala de autopsias, estaba frente a ella. Posiblemente un técnico encargado del instrumental.

—Soy policía. ¿Y tú?

Él la miró de arriba abajo. Las rodillas al aire, las deportivas pasables, las mallas elásticas y el aire de haber sido pillada in fraganti. Pero ella insistió.

—¿Eh? ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? La autopsia ya ha terminado.

—Aún... aún tengo que limpiar.

Se miraron con desconfianza.

—Ya me he dado cuenta —zanjó María, señalando la parte inferior de la mesa de autopsia—: Aún hay restos en la sonda.

Y, sin decir más, se fue por donde había venido.

Tranquila. Tranquila. Tranquila. No ha sido nada. Era un don nadie.

María volvió a saltar los tornos. Había pensado en subir a hablar con sus amigos, pero iba a ser mejor largarse ahora que nadie la había identificado aún. Estaba a tiempo. Se asomó a la calle. Los dos coches policiales seguían ahí, el primero vacío, el segundo también. Se acercó presurosa a la bici, la desató y se marchó. Iba a necesitar recuperar un ritmo calmado en la respiración para subir las cuestas que le quedaban hasta llegar a casa y allí prepararse para una cena que ahora, para qué negarlo, deseaba, sí.

María se sumergió bajo el agua caliente de la ducha hasta quemarse la nuca y la espalda. La nube de vaho prendió rápidamente en todo el baño y tuvo que frotar el espejo con la palma de la mano mojada para asomarse en el cristal encapotado. El cutis estaba enrojecido por el calor, los poros abiertos, los ojos nublados, el pelo revuelto en una madeja oscura que tendría que desentrañar cuidadosamente con el secador. Solía acercarse al espejo para vigilar algunas arrugas tempranas que sabía que no eran precisamente de reír, pues tampoco reía tanto, sino de empezar a sumar más días de los que cabían en la juventud. Y hoy las sentía muy hondas, más firmes que la propia piel. Ni estirándose las sienes desaparecían bajo las marcas de los dedos empeñados en desdibujarlas.

Tras dudar, probar y desechar varios vaqueros, petos, ropas más informales y algún vestido más cómodo, eligió una falda negra de cuero levemente abierta en un lateral, con camisa blanca de mangas caídas por los hombros y de escote obligatorio, pues los botones solo empezaban a la altura del pecho. No solía vestir así, tan sexi, pero en uno de sus paseos por el centro en esta nueva vida ociosa a la fuerza lo vio, le tentó y se lo compró. Por qué no.

Llegó a la cita en taxi. Antes de salir había vuelto a adentrarse en Twitter. Recorrió con rapidez el hilo de comentarios, las protestas contra el profesor Salas habían dado paso a decenas de pronunciamientos contra el heteropatriarcado y el capitalismo y saltó en busca de mensajes privados.

Nada. Tomás-Chatoy no había respondido a María-Oleroy. Acudió al WhatsApp. Tampoco. El silencio solo se había roto para transmitirle esos datos bancarios y había vuelto a imperar en la red. La única voz que le interesaba callaba. Redactó un wasap: TQ. Su código compartido y claro: Te quiero. Lo envió. No hubo dobles rayitas, solo una solitaria y apagada, como una flecha triste hacia una vía muerta, estéril e invisible, y se sintió ridícula. Cansada. Airada. Tenía que asumirlo, él no había vuelto para quedarse con

ella, solo para ayudarla con datos, no iba a arrastrarla a su universo de incapacidad. No iba a volver.

Entró en el restaurante. Rodrigo la saludó desde una mesa situada en el fondo, sonrió y abrió los brazos, sorprendido. Si ella había hecho el tránsito desde las mallas ciclistas a la minifalda de cuero él había hecho el inverso, del traje de la mañana al vaquero con camiseta de Nike, una Quechua habría sido demasiado. Se dieron dos besos.

—Estás muy guapa —dijo—. Si lo llego a saber.

Ella se rio, pero no preguntó qué habría pasado en tal caso. Él solía exhibir una formalidad impecable de trajes de tres piezas bien planchados, corbatas hinchadas y gemelos dorados y parecía ignorar que podía estar más sexi despojado de la gomina y de ese aspecto de galán cutre de Emidio Tucci. La camiseta le realzaba los hombros sin más adornos y no le faltaba el rostro recién afeitado con olor a *aftershave* que siempre gustaba. Siempre excesivo. Eso habría sido demasiado.

Se sentaron. Él había pedido un vino blanco godello que el camarero les enseñó, se lo dio a probar a él y lo colocó en la cubitera tras servirles dos copas muy frías. Brindaron.

—Por ti —dijo él.

—Por Soria —replicó ella con sorna.

—Estás preciosa, de verdad —insistió él—. Estás distinta.

—Lo acabas de arreglar —ella bromeó—. Debía estar bien fea en Soria...

—Que no... Simplemente te veo diferente, te veo bien.

—Estoy bien, aunque no encuentro ninguna buena razón para estarlo. —Alzó los hombros—. ¿Y tú? ¿Ya te has hecho perdonar?

—Estoy en ello —respondió él. Rodrigo Tesón había sido apartado de Madrid tras salir en los papeles vinculado a una trama corrupta, por lo que el destino de subdelegado en Soria, lejos de Génova, iba a continuar. Pero era optimista. Estaba convencido de que el asunto se iba a despejar y de que pronto iba a tener novedades—. ¿Y tú? ¿Confías en cerrar tu expediente?

María tardó en contestar. Habían pedido una bandeja de setas que estaban sosas y estaba regándola de sal. El vino fresco iba más rápido que la comida, y estaba más rico.

—No lo sé, Rodrigo. —Apuró la segunda copa—. A veces siento que los malos han ganado.

—Los malos siempre ganan, Ruiz. Pero los listos como tú y como yo, también. —Alzó las cejas, muy seguro de sus conclusiones. Tesón nunca parecía tener dudas.

—Esta vez lo huelo. —María zarandeó la cabeza, pensativa, de un lado al otro—. Pero sobre todo, lo que huelo es que me empieza a resbalar.

—¿Te estás rindiendo?

—No lo sé. —Volvió a mover la cabeza con los labios prietos. Con el dedo corazón intentaba agrupar unas migas sueltas sobre el mantel.

Llegaron los dos solomillos al punto. Tenían hambre. Rodrigo se había quedado callado y ella aprovechó para cambiar de tema. No estaban lejos del subterráneo en el que se había colado en busca de Yago y se lo contó con detalle. Él escuchaba concentrado, también sorprendido del arrebato de confianza que María le seguía mostrando. Ella jamás le había hablado tan prolijamente.

—No sabemos lo que hay ahí debajo, Rodrigo. Mendigos viviendo en los túneles. Y con ellos ese señor del que solo sé que tenía relación con la víctima y que, aparentemente, es médico. Médico forense.

—¿Sabes que conozco esos túneles?

—Cuéntame.

—Trabajaba para el Ayuntamiento cuando se rehízo la M30, cuando nació Madrid Río. Época Gallardón. Todo el soterramiento en la zona del Manzanares se acompañó de estanques de tormenta para retener los sólidos y facilitar el desagüe en caso de inundación. Pero nadie puede entrar. Son zonas selladas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Yo misma he entrado, Rodrigo.

—Es imposible —insistió, muy seguro—. Solo se accede desde entradas gestionadas por una empresa especializada. En aquel entonces lo negociamos y cerramos a la perfección.

—Pues a la perfección, hoy he entrado. —María rio.

—Joder. —Rodrigo estaba descolocado—. ¿Y quién te ha llevado?

—¿Quieres saberlo?

—Claro.

—Un chavalillo de quince años. Anda por ahí como Pedro por su casa.

—Te insisto en que solo se accede desde las celdas de control.

—O desde las rejillas de ventilación. —María se sonrió, victoriosa—. También te insisto. Yo lo he hecho.

—Debería ser imposible. En mis tiempos encontramos una familia en uno de los túneles. Una familia de las de antes, con niños y abuelos. Los sacamos de allí y los realojamos. Y en teoría sellaron todos los accesos, creía que era imposible acceder salvo para los servicios de mantenimiento. ¿Por dónde has entrado tú?

—Sería incapaz de repetirlo, Tesón, el chaval me llevó. Y eso está lleno de mendigos.

—Y ese médico forense, ¿por qué lo buscas ahí?

—Vive ahí. He visto sus cosas, incluido su carrito personal del Mercadona. Y está implicado. Aún no sé cómo, pero lo averiguaré.

El camarero se acercó y amagó con quitar los platos, María le frenó. El solomillo había superado la marca de las setas, ella había devorado el suyo pero no iba a desaprovechar los trozos que dejaba Rodrigo, que la miraba comer embelesado. Tanto ejercicio en bici, tanto movimiento en la calle o tal vez el descuido en el que estaba en su casa le habían abierto el apetito, estaba claro.

—¿Qué miras?

—Me gusta verte comer. —Rodrigo sonrió—. Y estás distinta, sí. Definitivamente estás distinta.

María apuró las patatas sin ocultar una mirada complacida. Las iba a disfrutar una a una, pero sobre todo estaba disfrutando del momento. No recordaba cuándo se había permitido por última vez cenar así con un amigo por el simple placer de saborear el rato, sin buscar pistas, claves o avanzar en un caso. Apuró la copa de godello. Por una noche iba a pasarlo bien.

—Háblame de Soria, Rodrigo, ¿sabes que lo echo algo de menos? Al final se estaba bien allí. Todo era más sencillo.

—Escucha, Ruiz. —Ahora fue él quien volvió al caso—. ¿Has mirado las cámaras?

—¿Qué cámaras?

—Las del río. El crimen fue en una presa, ¿no?

—En la número 5.

—Hay veintitrés cámaras en todo el río. Graban veinticuatro horas al día, con infrarrojos por la noche, y enfocan directamente a las presas. Guardan el contenido durante un mes. Ten en cuenta que es una infraestructura estratégica.

—¿Y cómo sabes todo eso? —María se puso seria y le miró con recelo.

—Ya te he dicho que trabajaba para el Ayuntamiento en tiempo de Gallardón, cuando reformamos la zona y creamos Madrid Río. —Bajó el tono de voz—. Joder, María, no me hagas hablar. Yo era un seguidor, sí. Y yo mismo contraté la instalación.

María tenía la carta de postres en la mano, pero se le había pasado el hambre. Tampoco quiso un limoncello que les ofreció el camarero para rematar la cena. Se levantó sin esperar la cuenta.

—¿Y ahora qué te pasa?

—¿Te queda algún contacto en esa empresa?

—Joder, no sé para qué he hablado.

Rodrigo también se levantó. Llamó al camarero y se empeñó en pagar. Lo hizo a toda prisa. Después siguió los pasos de María, que estaba ya andando sin esperarle rumbo hacia el Manzanares. Afortunadamente estaba cerca porque, si hubiera llegado a estar lejos, le habría dado igual.

Entre todas las incógnitas que aún albergaba el caso, la más poderosa era cómo había conocido Sara a Yago. Cuál era su relación. Entre las notas de Saramú había encontrado algunos bocetos, pequeños dibujos que imitaban grabados de Goya y que estaban rodeados de apuntes sueltos que no parecían relevantes: «búhos, gatos, brujas...», había escrito Sara junto a flechas que enlazaban las palabras con su representación. Podían ser meras anotaciones mientras estudiaba su materia de trabajo. O podía ser algo más. Recordó los búhos tatuados en su hombro. La palabra «volaverunt». «Murió la verdad». «El sueño de la razón produce monstruos».

El sueño de la razón produce monstruos.

El sueño

de la razón

produce

monstruos.

Se repitió lentamente las palabras.

Buscó los grabados que correspondían a estas leyendas. Goya había sido el primer gran periodista gráfico de la historia. Había asociado sentencias, pensamientos, conclusiones a cada dibujo con la intención de transmitir no solo visualmente la violencia, la traición, la mezquindad, la ignorancia y el deseo que captaba a su alrededor, sino también de centrarlo con palabras. La imagen no había sido suficiente. Un Forges adelantado a su tiempo, pobre genio. «*Volaverunt*» acompañaba el vuelo de la duquesa de Alba apoyada en

seres que algunos interpretaban como brujas y otros como toreros. Volaron. Se fueron. Se alejaron. Me traicionaron. Me abandonaron. Hasta el diccionario de la Academia lo había acogido como expresión de algo que «se perdió, que desapareció, que ya no está».

Volaverunt.



Volaverunt (1797-1799).

María pensó en todo lo que ella también había perdido. Carlos la había dejado sola al morir, el teléfono ya nunca sonaba para preguntarle qué tal, aunque ahora se arrepintiera de haberle contestado tan hoscamente en general, como si le hubiera molestado su interés. Como su padre, había muerto antes

de tiempo. Como Limorti y el embrión que había germinado en ella como una habichuela en algodón. Sin futuro alguno. Y como Tomás, empeñado en no existir. *Volaverunt*. Sus piernas, su capacidad de elegir el movimiento, su vitalidad, su fogosidad. Ella acumulaba ya unos cuantos agujeros, trozos de su vida que se habían evaporado, pero ¿qué había perdido Saramú, tan joven? ¿Qué señalaba en su tatuaje? ¿Y qué representaban los búhos que la acompañaba en su piel?

También los búhos rodeaban al protagonista dormido de *El sueño de la razón produce monstruos*, en una siniestra composición que recordaba la vulnerabilidad de quien duerme, que nunca elige quién le rodea en sus sueños, en su interior. Miró la imagen una y otra vez. Los búhos y murciélagos acechan al hombre que duerme. El gato parece el dueño de la escena. Los monstruos han despertado. El hombre está vencido por el sueño sin ni siquiera acostarse. Ninguno parece feliz. Ninguno está rendido, en realidad.

Si lo pensaba bien, acaso Sara Muñoz, Saramú, estaba tan identificada con las creaciones de Goya que había convertido su trabajo en su obsesión, y materializaba de forma explícita personajes o situaciones que el pintor había dejado apenas insinuadas. Si el arte consiste en hacer abstracción de la realidad, recordó María, quién sabe si Yago y Saramú habían querido devolver la abstracción de nuevo a la realidad. El camino inverso.

Pero eso era algo que iba a ser difícil de explicar a Esteban o a Martín. A nadie.

En realidad, no tenía nada.

María volvió a la cama. También a ella le habían rodeado incógnitas mientras dormía.

Y también otras cosas la habían acompañado. Cosas mejores.



El sueño de la razón produce monstruos (1797-1799).

La noche no había acabado mal. Rodrigo y ella habían llegado al Manzanares y habían recorrido el puente de la presa número 5, donde murió la chica. Él le había enseñado dónde estaba exactamente la cámara que grababa esa zona, encaramada sobre un poste en la margen izquierda, que debía registrar con detalle la esclusa, el agua que fluía en ella y la entrada de la caseta de control pero que, sin embargo, podía dejar ciega la zona interior, donde había aparecido el cadáver de Saramú. Había un ángulo muerto.

Después habían caminado por la orilla, la noche era cálida. María le había enseñado la pintada que encontró en el muro interior del río vinculada

posiblemente al crimen y le estaba señalando dónde murió un ultra del Depor arrojado por hinchas atléticos cuando él frenó, se sentó en un banco y se dedicó a contemplarla mientras ella hablaba. Estaba desconocida, Rodrigo jamás la había visto tan elocuente como esta noche. Tan desacomplejada y tan acalorada que se dio cuenta de que nunca la había visto sin los abrigos que habían necesitado en Soria, donde ella siempre estuvo tiritando.

El Manzanares era un río cutre y escaso en medio del secarral castellano, contaba Ruiz, nada que ver con el Támesis o el Sena, pero tenía sus muertos. Cada año aparecía alguno y no precisamente ahogado, porque no había profundidad suficiente, sino en trozos, golpeado o acuchillado y arrojado al pasto de juncos y mosquitos. Los suicidios y asesinatos podían no ser efectivos en el río, pero seguían teniendo una épica irresistible para los chapuzas. Incluso hubo un serbio troceado en Thermomix, hacía ya algunos años.

Rodrigo sonrió al escucharla hablar de crímenes de forma tan profesional. Al fin y al cabo, para ella el Manzanares no dejaba de ser su material de trabajo. Para él, un negocio más de su vida anterior, en ese caso las comisiones por el sistema de vigilancia y seguridad.

Solo cuando ella acabó su relato, Rodrigo le hizo seña para que se sentara con él. María no solo no se dio por enterada, sino que se cruzó los brazos sobre la blusa escotada y retrocedió para recostarse en las barandillas. Al apoyar un pie se abrió la falda sobre el muslo, y no le importó.

—Estás muy guapa, Ruiz.

Ella calló. Se dio la vuelta para mirar el río. Él dejó el banco y se le aproximó. La abrazó por la cintura, desde atrás. Durante unos segundos ella cerró los ojos y se dejó acariciar por la confusión. Este hombre la deseaba y sobre todo estaba aquí, en cuerpo y alma, empeñado en allanar todos los protocolos previos, en borrar obstáculos, en poner a raya la resistencia, la razón, y en dejar fluir las cosas sin pensamientos profundos. Era simpático, gracioso, un guaperas que había vivido momentos de gloria en los círculos de poder de Madrid en los buenos tiempos y por todo ello no tenía gran cosa que ver con ella, pero seguramente por haberlos perdido, los buenos tiempos, por la sensación de exclusión que ambos compartían y por la certeza de que ambos, cada uno en lo suyo, eran seres valiosos venidos a menos, tal vez por eso, estaban unidos. O al menos lo estaban en esta ribera de un río cochambroso como el Manzanares, pero recuperado a mayor gloria de los madrileños descreídos, o al menos de los inmigrantes que solían aprovechar las zonas ajardinadas para sus meriendas de domingo con los niños corriendo

y el reguetón atronando en sus altavoces; como en los tiempos de Goya, el pueblo llano se arremolinaba en esa zona para beber y cantar. Era algo así como la playa de Madrid, y a mucha honra.

Ahora María se levantó de la cama. Necesitaba un café en vena y lo quería tomar muy despacio.

Pero se lo tomó de un trago. A veces la vida hay que beberla rápido, porque se va de un soplo, como anoche; había consumido apresuradamente los besos, las caricias, el hotel cerca del río, una copa en una habitación y una fiesta rápida entre sábanas de las que salió huyendo solo tras hacer vibrar las paredes sin más dudas que la incertidumbre que le provocaba un cuadro horrendo que se empeñó en moverse al compás.

Después escapó hasta su casa, antes del amanecer, donde había intentado dormir, o algo parecido, donde se puso a analizar los dibujos de Goya y donde ahora se disponía a hacerse un segundo café sin consultar su móvil, no fuera a ser que hubiera secuelas de una noche dulce sin pensar.

María recuperó la ropa ciclista tras apartar la falda y la camisa que anoche la habían llevado a donde la habían llevado y se la puso. Bajó al sótano, recogió la bici roñosa de Eloy y emprendió la ruta hacia la Dragona. Había cogido el móvil, pero por primera vez desde que tenía memoria lo había apagado, sus propios pensamientos le bastaban para ocupar su mente asaltada por los acontecimientos. Por Tomás. Porque ahora temía un mensaje de cariño más aún de lo que lo deseaba. Y por Rodrigo. Porque lo que menos necesitaba era un torrente desatado de entrega invasiva. Recordó las esclusas del Manzanares y pensó que eso era exactamente lo que requería la situación: esclusas, presas, retención, que nadie ni nada la inundara sin poder cerrarlas para contener el río, aunque fuera un río escaso y de imitación. Espacio.

Descendió pronto por la Castellana, el rugido apremiante de los coches era perfecto para forzarse a pensar en la conducción y no en lo que flotaba en su cerebro. Tomó Alcalá, los autobuses también parecían dispuestos a exigirle el máximo como ciclista ahumada por los gases del diésel profesional. Pronto giró hacia el cementerio. La Dragona emergía ya como una mansión abandonada y triste, traceada de frases lapidarias de una generación sin hipoteca ni plaza de *parking*, sin número en la cola, sin sitio en el futuro, sin oportunidad.

Entró y preguntó por Eloy.

—He venido a devolverle la bici —dijo al hombre que encontró en la cocina.

—Déjala por ahí. Eloy estará al caer.

La apoyó sobre una pared y, tras unos segundos de espera, mimetizada en el silencio, empezó a deambular por la planta. El chico de la cocina no le había prestado mayor atención y no se veía a nadie más por ahí, así que avanzó despacio hacia el pasillo que había recorrido el primer día y que, antes de desembocar en la sala de asambleas, albergaba un rellano del que partía

una escalera. Miró de nuevo hacia la cocina y, animada por el silencio, empezó a ascender. Las paredes de piedra estaban frías. La pintura, si es que podía llamarse pintura a la superficie mugrienta de los muros, estaba oscurecida con especial intensidad a la altura de las manos, sobada por todos los habitantes que habían hecho su camino en esta okupa centenaria. María también aportó su propio sudor al ascenso.

Pronto, estuvo arriba. Lejos de la parte social. Cerca de las habitaciones tomadas por colchones sucios, sacos de dormir y estanterías robadas a las basuras de Madrid. Olía a rancio. Pero también a pintura, a un esfuerzo por dar color a los muebles recuperados y tapar sus agujeros de polilla. Había ventanas abiertas por las que se renovaba el aire y se colaba la calidez de la primavera. Se asomó a varias habitaciones hasta encontrar una que, adivinó, debía ser la de Eloy. Era un cuartucho estrecho, sin ventana propia, que en su origen pudo ser ideado para el servicio o un almacén. Estaba iluminado por una especie de claraboya muy alta que arrojaba luz sobre su escasa ropa milimétricamente bien ordenada en un estante y sobre una fotografía en la pared. Una familia.

Su familia.

Eloy con diez o doce años, muy repeinado, de la mano de una niña parecida, los dos sonrientes, los padres riendo detrás con amor. Todos guapos, limpios, veraniegos. Escena de vacaciones. La foto estaba pegada con celo en la pared. Tenía polvo. María le pasó los dedos por encima, acariciando suavemente el testimonio de un pasado evaporado para Eloy, otro Eloy.

Había otras fotos en su estante. Abuelos. Más familia. Se paró ante una de Eloy con Sara Muñoz. Era actual. Alegres, hombro a hombro, plenos de fraternidad, tan pletóricos que parecían ser otras personas. Ambos estaban vestidos y a la vez tapados por una colcha que —se fijó— era la misma que cubría el colchón de Eloy. También a ella le dieron ganas de taparse en este cuartucho frío donde en modo alguno podía llegar el calor del exterior. De abrigarse con el calor de los amigos.

Después bajó. Encontró a Eloy sentado al pie de la escalera, muy serio, y se situó frente a él.

—Te he traído la bici.

—Lo he visto —respondió—. También te he visto en mi cuarto.

María se sentó junto a él, recostando la espalda contra la pared. Podía explicarle que un policía, y sobre todo un policía obsesionado, no respeta demasiados límites cuando quiere averiguar una verdad. También podía pedirle perdón.

—Perdona, Eloy —dijo—. No buscaba tu cuarto, sino el de Saramú.

—Te dije que no tiene cuarto. Aquí nadie tiene cuarto, a lo sumo un colchón. Y cuando se quedaba, dormía en el mío.

—He visto una foto bonita de vosotros dos.

—Te di su agenda, esa foto no te aporta nada.

Eloy estaba enfadado. Tanto que no quería ocultarlo, y dejaba vislumbrar un leve temblor en el labio inferior que delataba los coletazos de su infancia aunque él la diera por superada. Podía haberse echado a llorar.

—Te pido perdón —insistió María.

El chico entonces se levantó y se alejó hacia la cocina. María le siguió. El hombre que antes estaba allí había desaparecido. Eloy leyó una nota prendida en una pinza y empezó a pelar las patatas que estaban colocadas sobre la mesa. María escogió otro cuchillo, otra patata, y silenciosamente se sumó. Hacía probablemente lustros que no pelaba una.

—Te estás cargando la patata entera —riñó Eloy—. ¿No ves que la puedes pelar más fina?

—Espera. —María eligió un pelador. La dosis de peladura estaría ahora milimetrada—. ¿Así te parece bien?

Eloy calló sin asentir ni negar. Ambos trabajaron hasta despejar la mesa, las trocearon, llenaron juntos una enorme cazuela y la pusieron al fuego. Después se sentaron. La triste comida de la comunidad okupa de la Dragona iba a estar pronto lista de la mano de un menor huido de su casa y de una madera expedientada. No estaba mal.

—¿Cuántos años tienes, Eloy?

Él tardó en contestar. Cuando lo hizo, fue firme.

—En un mes cumplo dieciséis. Pero si quieres saber qué hago aquí, no te lo voy a decir. Y si vas a denunciarme, antes me iré. Me borraré.

—Nadie te va a denunciar. Tú me has ayudado y yo solo busco a un asesino. O más bien a dos.

—¿Dos? —Ahora Eloy sí se sorprendió.

—Hay una grabación. Dos hombres estaban con ella.

—¿Uno era Yago?

—Eso solo me lo puedes decir tú, recuerda que yo no conozco a Yago.

—¿Y el otro?

—Espero que también lo reconozcas.

—¿Lo tienes ahí?

Le habría encantado, pero en realidad no lo tenía, sino que había leído una noticia firmada por Luna. Antes de entrar en la Dragona había encendido el

móvil y, entre la ristra de mensajes que prefirió no ver, estaba el de Luna. Se había portado. La policía había accedido a las imágenes que ella solo había intuido y había dejado saber que eran dos los hombres que acompañaban a Sara Muñoz la noche de autos. Nada más. Ninguna imagen. Ningún detalle.

—No lo tengo, pero lo que sí tengo es un problema.

Él la miró sin añadir nada. Después bajó la vista al suelo y se cruzó de brazos. Parecía impermeable a los chorreos.

—Te explicaré la situación, Eloy: yo estoy fuera del caso.

—Yo también. —Fue rápido el chico.

—No estás fuera. —Aún más rápida, María. Él se removió incómodo—. Aunque no lo quieras, estás dentro. Como yo, en realidad.

Eloy siguió callado. Los brazos cruzados y el mentón serio, el ceño fruncido. María prosiguió:

—Yo no sé qué te ha traído hasta aquí, ni por qué te has ido de tu casa pero sigues conservando una foto de tu familia. No sé qué temes. Y joder, te respeto. Sé que eres menor, que yo misma me estoy complicando la vida contigo más de lo que ya la tengo, pero te respeto. Infinito. Me has ayudado desinteresadamente y eso es sagrado. Pero hay cosas que están por encima de nosotros. —Eloy seguía callado—. Tenías la agenda de Saramú, conoces a Yago y quién sabe si también al otro asesino. Antes o después vas a tener que declarar, Eloy.

—Eso no lo voy a hacer.

El chico se levantó. Se alejó. Hoy olía a jabón de glicerina, sin perfume. Los pelos del bigote se le acumulaban duros y escasos como púas negras, habían emergido tiesos como reacción a un afeitado mal hecho y eran insuficientes para forjar ninguna mata con apariencia adulta.

—¿A dónde vas?

Eloy solo cogió su bici, que había apoyado sobre la que María había devuelto, y enfiló hacia la salida.

—¡Eloy! No te vayas. Hablemos.

Pero él siguió. Solo frenó antes de atravesar la puerta y la miró sin ningún recelo. Por el contrario, parecía invitarla a seguirle, perderse de nuevo con él en la ciudad. María no sabía si Eloy estaba huyendo o abriéndole la puerta a algún nuevo ángulo en la investigación, pero seguirle iba a ser su única oportunidad de averiguarlo. Así que tomó la bici cochambrosa que tanto le había costado traer hasta aquí y se lanzó a la carrera tras él. Menos mal que, mal que bien, estaba en forma.

A duras penas logró mantener el ritmo. Pronto comprobó que volvía a desandar la ruta que había hecho para llegar: de nuevo la calle Alcalá y de nuevo la Castellana, aunque esta vez rumbo al norte. Dejaron atrás a toda velocidad el Bernabéu, la Paz, las Cuatro Torres y se sumergieron en la carretera de Colmenar. Ella sabía que iba a pagar el esfuerzo y avanzaba sin tiempo siquiera para asustarse entre los coches. Y él pedaleaba sin casco, ni respiro, bamboleándose camiseta al viento y sin que parecieran existir los autobuses, ambulancias, furgonetas de reparto, turismos o motos que le pitaban cuando atravesaba su radio de visión sin que lo hubieran previsto. Solo de vez en cuando él le lanzaba una mirada furtiva, la justa para comprobar que ella mantenía el ritmo aunque sin la más mínima consideración hacia su estado físico. Juventud es juventud, con toda su energía a chorros. Afortunadamente pronto alcanzaron el carril bici que se dirigía a Colmenar, a salvo de pitadas y acelerones a costa de sus nervios y de sus pulmones ya atiborrados de humo. Y, desde él, el desvío hacia el Monte de El Pardo. ¿A dónde demonios la estaba llevando?

Aún tuvieron que trepar varias lomas, resquemadas por el calor seco de Madrid. Eloy conocía los caminos más recónditos de El Pardo, donde ella había ido alguna vez a desfogarse en bici, pero sin intrincarse jamás en las rutas campo a través que hoy estaba transitando. Durante largo rato, siguieron.

Al fin, Eloy frenó. Pierna izquierda al suelo, la derecha sobre su pedal, él ladeado sobre el sillín, la esperó sin ni siquiera mirarla. La vista al frente. María le alcanzó, soltó la bici vieja y se arrojó al suelo, exhausta, sudorosa. Si esto se prolongaba, tendría que comprar una eléctrica para seguir el ritmo de Eloy, pensó, jadeando a escasa distancia del suelo polvoriento. Hasta los brazos le temblaban del traqueteo del manillar sobre el terreno.

—¿Recuperada? —preguntó el chico sin esperar demasiado.

—Joder, espero que esto merezca la pena. Que me hayas traído como mínimo hasta el asesino. Aunque no me va a quedar fuerza alguna para pillarle.

Pudo verle sonreír. Hasta el serio Eloy era capaz de albergar un rictus de alegría en la comisura de sus labios, bajo los cuatro pelos tiesos del bigote.

—Dejemos las bicis, ven.

El chico soltó la suya en el suelo y la guio hacia un terraplén que se perdía entre los pinos de El Pardo. Se oían tiros. Disparos abundantes, acompasados, que frenaban al unísono y se retomaban con una cadencia programada. Una y otra vez. Las bandadas de pájaros que se animaban a posarse tras cada ráfaga volvían a levantar el vuelo para alejarse del ruido atronador. Era el Club de Tiro del Monte de El Pardo.

—¿Me vas a explicar qué hacemos aquí?

Para qué lo había preguntado. Eloy nunca se preocupaba de explicar nada.

—Sígueme.

María no había dejado de seguirle en toda la mañana, pero tras hacerlo temblando de miedo y de esfuerzo en las endiabladas calles de Madrid, y luego sin apenas fuerzas en el Monte de El Pardo, ahora tocaba arrastrarse entre las jaras pringosas para asomarse a la verja del campo de tiro sin ser vistos. Estaban en un alto, con vistas a las Cuatro Torres, a La Paz y, sobre todo, al hongo de contaminación que cubría la ciudad y que —pensó María— permanecía denso a pesar de todas las partículas de dióxido de nitrógeno que ambos le habían restado. Pero, ahora mismo, en el corto alcance, ante ellos se abría un escenario mucho más prosaico y concreto: el de una docena de hombres practicando tiro contra unas dianas cercanas mientras un monitor anotaba las marcas de la puntería. Todos llevaban cascos protectores para soportar el ruido. María y Eloy tuvieron que taparse los oídos con las manos, tal era el estruendo de tantas escopetas disparando a la vez y tan cerca.

—Hemos tenido suerte —acertó a decir Eloy entre ráfaga y ráfaga—. Ahí está Yago.

—¿Cómo? ¿Has dicho Yago?

Las últimas palabras habían sido sepultadas por una nueva andanada de disparos. María le miró incrédula y le vio asentir. Eloy señaló la fila de hombres.

—El segundo. El segundo por la derecha.

Aunque los tiradores tenían edades y pintas distintas, casi todos compartían un aire a uniformidad, con profusión de chalecos verde cazador, pantalones *beige* o caqui y botas tipo Timberland que seguramente nadie les

había impuesto. Pero el tal Yago era distinto. Larguirucho, de tez muy blanca, cabello negro lacio y raya al medio. Había en él un aire de otra época. Llevaba una camisa clara por fuera del pantalón oscuro. Calzaba zapatos. El ángulo que había elegido Eloy para observar era tan cercano que indicaba que no debía ser la primera vez que le observaba y María miró al chico con más extrañeza aún que al sospechoso. ¿Qué hacía aquí este mendigo que habitaba en los túneles de la M30, que se citaba periódicamente con Saramú, supuesto médico forense y ahora tirador aficionado con plaza en el principal campo de tiro de Madrid? ¿Y qué hacía aquí Eloy, furtivo vigilante de sus pasos? ¿Cuánto sabía Eloy?

El chico percibió el aire interrogante de María, pero señaló de nuevo a los tiradores y le dijo:

—Fíjate bien en él.

María volvió a concentrarse en los hombres. El entrenador había parado para darles instrucciones y corregir algunas posiciones. Después se alejó hacia su puesto.

—¡Casco! —gritó. Todos se los pusieron y volvieron a agarrar el rifle. En posición de disparo.

—¡Apuntamos! —Todos apuntaron, concentrados en la diana, en la mirilla.

—¡Ya!

Todos dispararon, pero Yago había hecho un gesto diferente. María no había captado bien lo sucedido, miró a Eloy y este alzó las cejas para reafirmar lo que sabía.

—¿Lo has visto?

Ruiz volvió a concentrarse en la siguiente ráfaga. Y en la siguiente. Todo ocurría muy rápido, tanto que le costó descifrar el movimiento de Yago mientras a la vez se tapaba los oídos. Pero estaba claro, sí. Antes de cada disparo, el médico-mendigo se bajaba velozmente los cascos para volver a ponérselos de forma tan imperceptible como se los había quitado. El hombre había desarrollado un movimiento que ya parecía reflejo para deshacerse de ellos en cada tiro sin que se notara, una y otra vez, para evitar a todas luces la amonestación del monitor, que podía jugársela si sus alumnos no cumplían las medidas de seguridad. María había practicado muchísimas veces el tiro, casi siempre en instalaciones policiales, y sabía que los ciento treinta decibelios de media de los disparos de rifle o revólver, de forma repetida, podían causar lesiones irreparables en los oídos. Que les caía una bronca si probaban sin los

cascos protectores, sobre todo en caso de reiteración, y que a un monitor no le acechaba exactamente una bronca, sino un paquete del diez.

Y ahí estaba Yago, extrañamente elegante con su camisa de botones, su pantalón de vestir y su melena lacia, jugando consigo mismo a deshacerse de la protección mientras afinaba el tiro a diana. Un tiro que, por lo demás, acertaba con extraordinaria precisión. ¿Y para qué? ¿Para sentir más limpiamente cada disparo? ¿Para quedarse sordo, acaso? ¿Qué extraño ser tenían ahí enfrente, capaz de aproximarse al peligro de una forma tan contrainstintiva, de borrar las barreras que podían protegerle sin ganar a cambio ninguna heroicidad, como un escalador que asciende sin cuerdas, como un practicante de *parcour* que salta entre muros sin red, como un preadolescente que vacía todo el ron en la botella de cola para beber hasta el coma? ¿Por el absurdo de hacerlo sin más medalla que cumplir un reto sin sentido?

Y aún no sabía quién era Yago en realidad, pero lo que no era también lo sabía: no era un preadolescente inconsciente, y lo único que cabía deducir por el momento era que, por el contrario, era un adulto muy consciente de sus actos. Sus citas con Saramú. Su colección de folletos en el túnel. Podía ser un loco o un ser extravagante, pero no buscaba aplauso a su gilipollez, como un vulgar *youtuber* capaz de ingerir cincuenta mil calorías en directo para lograr seguidores que aplaudían mientras se reían de él. O al menos, no de momento.

Le tentó llamar a sus hombres y cogió el móvil. Si ella hubiera estado en activo no habría dudado en detenerle allí mismo para interrogarle, con los datos de la agenda había indicios suficientes para convertirle en sospechoso, pero no era el caso. No quería comprometer a Esteban, pero se atrevió con Martín.

«Tengo un sospechoso, Martín, tenéis que venir», tecleó en el WhatsApp. Ni prestó atención al torrente de mensajes que estaban entrando.

«¿De qué estás hablando?».

«De Sara Muñoz. Tengo un sospechoso. ¿Lo queréis o no lo queréis?».

«Tenemos al culpable, jefa. Y me sabe mal decirte esto, joder, pero nos han dejado claro que estás fuera. No te preocupes más. Caso cerrado».

Ruiz tardó en responder. Martín seguía ostensiblemente *en línea*. Esperando. Cuando ella tecleó algo, fue otra pregunta.

«¿Es el profesor? ¿Habéis detenido a Salas?».

Martín no respondió. Esta vez ambos seguían *en línea*. Ruiz no se cortó y siguió.

«¿Os habéis tragado lo del acoso?».

Martín tardó en responder. Cuando empezó, también tardó en hacerlo. Debía estar dudando mucho y *escribiendo, escribiendo...* fue la única visión en la pantalla de María durante un largo rato. Al fin, llegó su respuesta.

«¿Quieres que nos veamos esta noche? Es todo lo que puedo hacer».

«La última vez me dejaste plantada», respondió.

«Te juro que hoy no. Nos vemos esta noche».

Ni siquiera quería que le vieran con ella, pensó María. Le habría gustado mandarle a la mierda, o mejor aún soltarle algunas pistas que él no conocía, pero ahora no tenía más remedio que aceptar. Esperar hasta la noche.

«Ok».

También le habría gustado detener a Yago o, en su defecto, correr a interrogarle ahora que la sesión de tiro estaba terminando. Y era muy consciente de que las posibilidades de forzarle a hablar eran directamente proporcionales a las de ponerle en guardia sin estar respaldada por su placa, su pistola y toda la parafernalia que podía suponer una detención, pero tampoco iba a dejar pasar la oportunidad. No iba a hacerlo. Se levantó de un salto ante la sorpresa de Eloy, corrió a subirse a su bicicleta prestada y puso rumbo hacia la entrada del club de tiro dejando tras de sí dos palabras tajantes dirigidas al chico: «Tú quédate».

Tenía que vadear la inmensa verja que señalaba los límites del campo de tiro. El terreno estaba seco, marcado por altibajos de barro que convertían el camino en una sucesión de pliegues difíciles para la bicicleta vieja y de ciudad, pero lo recorrió velozmente. El cansancio acumulado desde la mañana se había esfumado. En segundos se plantó ante la salida del club y aún aceleró tanto al ver que Yago ya estaba alejándose hacia el *parking* que encaró los últimos terraplenes hasta alcanzarle con la fuerza necesaria para caer ante él. No es que lo hubiera planificado exactamente así, pero le cuadró bien verse en el suelo con ambas piernas rozadas, el codo sangrando y raspones en las dos manos.

—Joder. Joder. Joder —dijo.

Yago se inclinó para ayudarla. Bingo.

—Dios, ¿qué te has hecho?

—He resbalado, joder. Pero estoy bien. Estoy bien.

Yago le tendió ambas manos para ayudarla a levantarse. María se intentó incorporar, pero la pierna aplastada por la bici se resistía, magullada. Se retorció en el suelo.

—No pasa nada, no pasa nada. Enseguida estaré bien.

—No tengo prisa —dijo Yago, que se agachó para ponerse a su altura—. Vamos a ver esas heridas.

Olía a champú. La camisa blanca tenía sendos cercos de sudor reciente, pero por lo demás estaba limpia. El pantalón solo tenía algo de polvo del lugar. Costaba creer que este hombre fuera el mismo que dormía en el túnel bajo los jardines del Palacio Real. Recordó la ropa limpia que guardaba protegida en una bolsa de lavandería en su carrito de Mercadona.

—Voy a entrar en el club a buscar un botiquín. Tú no te vayas —le dijo, guiñándole un ojo.

—No me echaré a correr, tranquilo. —María incluso reprimió una sonrisa.

No se reconocía. El hombre tenía una elegancia tranquila, era un punto seductor, aunque su melena lacia partida en dos mitades a ambos lados de la cara le confería un aire extraño que no encajaba con su atuendo. Parecía vestido para una entrevista de trabajo, no para practicar el tiro. Y parecía peinado para integrarse en una banda de música indie, no para una entrevista de trabajo.

María vio entonces acercarse a Eloy. El chaval se aproximaba agazapado, preocupado, pero con cuidado, entre los setos, lo suficiente como para averiguar qué había pasado, pero también para permanecer al margen. María le hizo una seña rápida para que se alejara. Yago volvió.

—Aquí tengo material. Han preguntado si hace falta llamar a una ambulancia, pero les he dicho que no.

Hombre seguro, rotundo, con capacidad de decisión. Yago abrió el botiquín, tomó gasa, agua oxigenada y empezó a limpiarle las heridas. La sangre había dejado de manar, pero estaba mezclada con barro sobre la piel levantada y el aspecto era sin lugar a dudas mejorable.

—Deberías pasarte por un centro de salud. Ponerte la antitetánica.

—¿Eres médico?

Él sonrió, pero no dijo nada. Después tomó el pie de María y a partir de él buscó el estiramiento de la pierna sin dolor. Lo hacía muy suavemente.

—Dios. —María se retorció.

—¿Duele?

—Joder.

—Vamos a ver si hay rotura o esguince o es solo el golpe. Dime exactamente cuándo te empieza a doler.

Yago dominaba la situación. Con delicadeza, pero también con firmeza, fue moviendo la pierna hasta que quedó estirada sobre el suelo sucio. María se dejaba hacer. Era envolvente, seguro de sí. Podía imaginar su capacidad de

adquirir autoridad sobre Saramú o sobre cualquier persona de naturaleza ingenua.

—Buenas noticias. Solo hay una contusión.

—Haré una fiesta.

—Podía haber sido peor. —El hombre sonrió entre sus cortinas de cabello lacio—. Pero sí, te has ahorrado una fractura. Podrás seguir pedaleando en unos días salvo que —señaló la bici despanzurrada— esa está mucho peor que tú. Será mejor que te lleve. ¿Cómo te llamas?

—Tranquilo, me las arreglaré.

—No seas tonta. —¿No seas tonta?, ¿había oído bien?—. Yo te acompaño. ¿Por dónde vives?

María no había calculado bien los riesgos del encuentro —o del encontronazo— y ahora estaba ante un hombre de autoridad, cómodo con las órdenes y la iniciativa ante un ser que creía desvalido. Podía cuadrar con el perfil de médico muy seguro de sí mismo, pero también con el de un hombre muy sobrado, dominante, gustoso de tratar a una mujer herida como a una niña que necesita un azote. Ni por asomo debía largarse con él, por más oportunidades que eso abriera, pero era tentador seguir jugando.

—¿Tienes coche? —le preguntó.

—A tu disposición. Y a disposición de esta, también. —Yago se levantó a recoger la bici. El pedal derecho se había salido, el manillar se había torcido y la rueda delantera estaba reventada. La recogió para llevarla hacia el *parking* y subirla a su coche, aunque antes volvió a guiñar el ojo y dijo—: Ahora vengo a por ti.

Joder. De avisar a sus colegas de la policía para que le detuvieran había pasado a correr a interrogarle por libre y, finalmente, a estar a punto de subirse a su coche como una ciclista herida y desasistida. Ese no había sido el plan. Peligro. Y sin embargo. Por otro lado.

Por otro lado era una oportunidad. De observarle de cerca, de entrar en su territorio. Percibió la presencia de Eloy entre las jaras y adivinó su preocupación. Mientras Yago llevaba la bici, el chico asomó el cuerpo para interrogarla con un gesto vehemente en los brazos. *Qué está pasando*. Ella negó levemente con la cabeza, casi como si espantara a una mosquita molesta. *No te preocupes. Sé lo que hago*. Quería decir.

En realidad, no tenía idea alguna.

El asiento del copiloto estaba lleno de papeles que él trasladó al maletero, donde había acomodado la bici tras inclinar los asientos de atrás. María se sentó, él cerró la puerta y anduvo con parsimonia hacia su propio asiento rodeando la parte delantera del coche. María recordó la matrícula que había visto en su carrito. Yago no solo tenía coche, sino que además tenía placas alternativas.

Ahora le miró, su aire de suficiencia crecía a medida que él se sentía observado. Era alto, de huesos largos, desgarbado, y sobre todo muy seguro. Esperaba que Eloy memorizara bien la marca y la matrícula del coche por si había algún problema. Ella sabía defenderse, pero no tenía más armas que su móvil. Y además ahora era una simple ciclista herida que solo debía pensar una dirección para que él la depositara en su casa. Porque enseguida él preguntó:

—¿Dónde vives?

—En La Vaguada —respondió, rápida.

—¿Vives en el centro comercial? —Él intentaba bromear.

—En esa zona. Allí me arreglo.

—¿Me tienes miedo?

—No quiero que te molestes.

El hombre empezó a deslizarse por los montículos de barro seco del aparcamiento. La bici tumbada y sin agarrar crujía en cada altibajo y María aprovechó para volverse a mirarla. El montón de papeles también se había deslizado y de él asomaban folletos de arte similares a los que había encontrado en el carrito de mendigo. Pudo entrever la imagen del soldado de brazos abiertos ejecutado aquel 3 de mayo en *Los fusilamientos*.

—No te preocupes —dijo él—. De ahí no se va a escapar.

—¿Quién? —se asustó ella.

—La bici.

Abandonaron lentamente el territorio de El Pardo y enfilaron hacia la ciudad. Aquella era una carretera estrecha y los ciclistas circulaban en la calzada a falta de carril propio. Adelantó a varios sin guardar la distancia de seguridad y uno de ellos, el que estaba situado más a la izquierda, se tambaleó.

—Capullos —murmuró.

Ruiz podía haberse callado, pero replicó.

—Justo eso es lo que yo les digo a los que me adelantan así: capullos.

Él la miró con un gesto paternal, su media sonrisa estaba dirigida a la ciclista desvalida. Sostenía el volante con la mano izquierda y con la derecha tomó un cigarrillo y lo encendió.

—Era una broma, mujer. Los ciclistas reclamáis vuestros derechos y lo entiendo, pero luego mira cómo acabáis. —Señaló sus rodillas ensangrentadas.

—¿Te gusta cazar? —preguntó ella.

—¿También eres animalista?

—No. Simplemente estabas en el club de tiro.

—¿Y simpatizas con ellos?

Ella se lo pensó. Ni lo era ni lo dejaba de ser, pero entre el cazador-posible-asesino y el niño-vegano-que-laayudaba, se quedaba con el niño. Por eso calló.

—Si quieres saber mi opinión, son otros capullos, los animalistas. Dicen que los animales tienen sentimientos como nosotros. Y yo les digo: exactamente igual. Por eso los humanos también depredamos. ¿O vamos a dejar de cazar y depredar para que ellos nos coman a nosotros?

—¿Por eso cazas? ¿Para que no nos coman?

—Es un decir. —Ahora rio—. Ya sé que hay comida en los supermercados y todo ese rollo. Pero me gusta, sí. Salir a cazar. Y los toros. Me gustan mucho los toros, es parte de nuestra cultura.

María le miró de reojo pero volvió rápidamente la vista a la derecha. Quería hablar, pero no sabía cómo seguir sin levantar sospechas. Habían abandonado El Pardo y se adentraban rumbo a los primeros semáforos de la ciudad.

—¿Te escandalizo? —siguió él, divertido.

—No, ¿por qué?

—Porque pareces una chica *happy*, deportista, ecologista. Todo eso. ¿Me equivoco? —La miró con una media sonrisa.

Ruiz no le iba a decir lo que él le estaba pareciendo, un demente que bajo un aspecto romántico del siglo XIX guardaba ideas medievales. Tampoco iba a contestar. Por qué se había subido en ese coche, era la pregunta que le habría gustado responder. Frenaron en el primer semáforo y él acercó la mano a su pierna, que tocó en torno a la herida.

—¿Te duele?

Ella apartó la pierna.

—Sí.

No le dolía, o no más que el amor propio, pero era hora de ponerse alerta.

—Antes me preguntaste si soy médico y no te contesté. Sí, lo soy, aunque no ejerzo. Y esa herida se ha vuelto a abrir. Hay que volver a limpiarla. También debes recordar la antitetánica.

Era verdad. La sangre había vuelto a manar, espesa y oscura, y María intentó pararla con un clínex que tomó de una caja en la guantera. Quería seguir hablando.

—¿Y por qué no ejerces?

—¿Cómo?

—La medicina, ¿por qué no sueles ejercer?

—Veo que no te fías, ¿eh? —Seguía riendo, divertido—. No te preocupes, no me han echado de ningún sitio, y unas heridas siempre las podré curar. Simplemente tengo muchas... tengo otras... profesiones. No quiero limitarme a una. Soy como un hombre renacentista ¿sabes?

—¿Un nuevo Leonardo da Vinci? —No sabía si quería hacerse la tonta o cabrearle.

—Ja ja, exacto. La ciencia, las letras, lo abarco todo.

—Y los tiros, y los toros y hasta Goya —se atrevió.

—¿Y eso?

—He visto esos folletos de Goya. —Señaló la parte de atrás del coche—. ¿Te gusta?

—Eres muy curiosa. —Él rio. Habían llegado a La Vaguada y él frenó junto a la acera.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Aún no sé si me resultas curiosa o es que lo eres, que tienes curiosidad. Pero me encantaría averiguarlo.

—Serán las dos cosas —dijo ella, por decir.

—¿Me dejas ver de nuevo esas heridas? Vamos a ver si has dejado de sangrar.

Pero ella abrió la puerta, se puso en pie y, aunque comprobó que unas gotas manaban hacia el suelo, no se paró. Avanzó hasta el portamaletas. Él también se había movido rápidamente hasta ahí.

—No deberías irte sola. Déjame ayudarte.

—Me arreglaré, muchas gracias.

—¿Podré volver a verte? Me ha encantado conocerte.

María dudó. Él la ayudó a sacar su bici rota y siguió esperando una respuesta.

—Venga. Ni siquiera sé cómo te llamas. Chica se cae en El Pardo y chico la atiende, la cura y la trae hasta Madrid. ¿No te parece curioso, a ti, tan curiosa? ¿No te parece que al menos nos deberíamos presentar? Te juro que no muerdo. Al menos no contra tu voluntad.

Él se rio de su propia gracia. La melena temblaba a ambos lados de su cara. Y ella se sintió a salvo en la acera, junto al centro comercial, de nuevo en la ciudad.

—Va. Si quieres dame tu número —dijo Ruiz—. Te mantendré informado.

—Solo si me das el tuyo. Yo también quiero tu número.

—Pues va a ser que no.

—Entonces no hay trato. Si no me das el tuyo no te daré el mío. Habrá que esperar otra casualidad.

—Pues adiós.

Ella se dio la vuelta con más ganas que garbo, pues le dolía todo al andar y más aún al arrastrar la bici desahuciada. Podía sentir la sangre cálida deslizarse pierna abajo. De alguna forma él no se había tragado el encuentro, pero jugaba fuerte. María estaba convencida de que él la iba a frenar, iba a decir algo más, pero no dijo nada. Yago la miró alejarse, de pie en la acera, y así le vio ella todavía cuando echó la vista atrás antes de desaparecer en el gran centro comercial. Estaba herida, pero, de momento, estaba a salvo.

De pronto se sintió tan cansada que se hizo un sitio junto a los jubilados arracimados en los bancos de La Vaguada al fresco del aire acondicionado. El calor ya apretaba en el exterior y el chorro frío era revitalizante.

—Te has hecho una buena avería —dijo uno de los ancianos.

—Espera. Llamaremos a alguien —dijo otro.

—Aquí hay unos buenos sanitarios —otro se quiso apuntar.

—¡A nosotros nos lo vas a decir! De eso sabemos algo —recalcó el primero.

Ella alzó los hombros. Quería decir que no, que no hacía falta, o pronunciar algo amable, pero en realidad solo le asaltaban unas ganas inmensas de llorar. Había estado con un hombre extraño, mitad médico, mitad mendigo, seguramente asesino y el miedo repentino le hacía palpar las venas ahora mismo más fuertemente que las heridas. Recordó lo que había publicado Luna. Dos hombres con Saramú. Y se sintió a salvo entre los jubilados perezosos apalancados en el aire climatizado del centro comercial.

—¿Necesitas ayuda? —Un guarda jurado se había acercado a ella, los ancianos le explicaron que estaba sangrando, que seguramente se había caído de la bici. Ay, Madrid, tan solitarios todos como amigos íntimos en cuanto surge una oportunidad.

—No pasa nada, estoy bien —dijo María—. De verdad.

Se levantó. Había posado la bici, o lo que quedaba de bici, en un gran macetero de palmeras y anduvo hacia ella con la intención de recogerla y emprender la vuelta a casa cuando, de pronto, notó algo parecido a una puñalada en la cara.

Después no sintió nada.

Despertó en una camilla sola, o al menos todo lo sola que podía sentirse en un radio de medio metro a la redonda, pues su vista no alcanzaba nada más. Estaba oscuro. Hacía frío. Sus oídos también empezaron a despertar y percibió que en realidad había gente alrededor. Era una sala grande, se oían voces y, a medida que sus ojos se acostumbraron al espacio, vio otra camilla con otro paciente no muy lejos de ella. ¿Estaba en un hospital? Un enfermero se acercó a ella.

—¿Estás despierta? ¿Cómo te encuentras?

—Yago —dijo, mientras intentaba incorporarse sin éxito—. Ha sido Yago.

—Vamos por partes. —El enfermero adoptó un tono de paciencia contenida—. ¿Cómo te llamas?

—Joder, ha sido Yago. —Volvió a intentar incorporarse, pero se dio cuenta de que tenía el hombro derecho inmovilizado. Una venda lo ataba a la camilla o al cuerpo.

—¿Quién es Yago?

—Quien me ha atacado, quien me ha herido.

—Tranquila. Nadie te ha herido.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste sobre una palmera en La Vaguada. ¿Recuerdas algo?

—¿Una palmera?

—Una washingtonia filifera. Tienen púas como puñales. No es la primera vez que tenemos que operar algo así.

—¿Operada?

María sentía la lengua pesada, el frío intenso y el mareo en la cabeza y comprendió que estaba en la sala posoperatoria. Nada le dolía, porque seguramente estaba bajo el efecto de la anestesia, pero la sensación de confusión absoluta la embargaba.

—Ha sido arriesgado, pero ya estás bien. Varias púas te han rozado, pero una de ellas se te clavó en la arteria humeral, la que recorre el hombro, y perdiste algo de sangre. Pudiste hacerte una avería. ¿Te encuentras bien?

María no respondió. Miró a su interlocutor, parecía tan joven que podía haber sido su sobrino. Atacada por una palmera. Como noticia era difícil de asimilar.

—Dime al menos cómo te llamas. A ver si me entiendes: yo ya lo sé, porque tenemos tu documentación. Si pregunto es por protocolo, para cerciorarnos de que estás bien.

—¿Y mi bici? No era mía. ¿Dónde ha quedado la bici?

—Ahora no pienses en la bici. ¿A quién quieres que avisemos? ¿A ese tal Yago?

—No —respondió apresurada—. No.

—Pues tú dirás.

—¿Qué hora es? Me tengo que ir. Me esperan a cenar.

El sanitario se sonrió. Ella estaba conectada al suero, tenía el brazo vendado e inmovilizado y más apósitos en la cara, según pudo notar al pasarse la mano izquierda por el rostro.

—A ver, María, ya sé que te llamas María Ruiz —seguía el sanitario con aire paciente—. También sabemos que eres policía, está en tus papeles, pero hemos preferido que decidas tú a quién llamamos.

—¿Y mis papeles dónde están? ¿Y mi móvil?

—En una consigna, tranquila. Enseguida lo vamos a buscar. Pero hoy no te podrás ir. Mañana, probablemente. De momento descansa. Y cuando quieras me dices a quién avisar.

Su madre no era una opción. Estaba demasiado preocupada por el expediente policial como para llamarla desde un hospital, ni siquiera habría sabido decirle en cuál estaba. Le habría gustado llamar a Eloy para tranquilizarle, aún recordaba la cara de susto que se le había quedado cuando se marchó con Yago, pero no tenía forma humana de dar con él sin llegar a la Dragona.

Y quedaba Martín. Y Luna. Y Nora. Y Esteban. Y Rodrigo Tesón. En realidad, el ejército de amigos podía haberse esfumado ante el caso que intentaba investigar pero —lo sabía— seguía intacto si el ataque procedía de una palmera, una washingtonia o como quiera que se llamara esa especie criminal que decoraba el centro comercial. Pero no quería amigos preocupados por su arteria —¿cuál habrían dicho que era?, ¿la humeral?—, sino amigos dispuestos a compartir información. El puzzle habría crecido para todos y el mercado de piezas podía estar muy cotizado. Cromos y cromos.

—Llamen a Luna.

—¿Cómo? —El sanitario se volvió a acercar.

—Luna, periodista de *El Diario*, allí le encontrarán. Por favor busquen a Luna.

Después intentó permanecer despierta, espabilarse con los recuerdos de todo lo que había ocurrido, pero estos pronto sucumbieron en un sueño donde los pitidos y acelerones del tráfico se mezclaron con los tiros de escopeta mientras ella pedaleaba sin fuerzas sobre una bicicleta sin ruedas. La

confusión la nublaba y en medio de ella solo se le aparecía un rostro limpio. Eloy. En la pesadilla creció la convicción de que también él estaba en peligro.

Luna había salido a cazar, o, para ser francos, a rememorar las lejanas épocas de caza, en las que una exclusiva se celebraba con copas en algún lugar de mala muerte en el que a veces tocaba premio. Con suerte.

Hoy apenas había equipo para celebrar una exclusiva, los viejos del lugar ya no estaban, en la redacción apenas conocía a nadie y el jefe curraba tantas horas que al salir solo quería ir a tomar un caldo con sus hijos. Y caldo era caldo, no uno blanco o tinto, reserva o crianza, no. Un caldito con las sobras del cocido y recalentado *ad hoc*. No le envidiaba. O sí.

Había publicado la exclusiva de que eran dos hombres quienes acompañaron a Sara Muñoz a la presa número 5, o al menos quienes estaban con una chica como ella en esa zona. No se los había visto llegar, pero sí moverse por el brazo que separaba las esclusas y las aguas y que teóricamente estaba vedado al público. Solo los técnicos especialistas podían acceder hasta allí y la policía ya había iniciado los interrogatorios oportunos con los responsables de mantenimiento. Pero lo importante no era cómo habían llegado allí, sino lo que habían hecho.

Los dos llevaban a la chica de la mano, se movían rápido, hasta salir del ángulo de visión de la cámara. Uno era largo y delgado, el otro era bajo y pequeño. La chica no parecía forzada, pero tampoco lideraba la marcha, más bien se dejaba llevar.

La policía creía haber identificado al alto como el profesor Salas, cuya coartada era demasiado débil como para ser creíble. Decía haber estado en casa con su mujer.

Por el contrario, nada se sabía del pequeño.

Luna dio un largo trago a su *gin-tonic* y miró el reloj. Nora había quedado en pasarse como si tal cosa y Luna era muy consciente de que era la única de su especie que anhelaba aún más información que él. Leer la exclusiva de Luna la había movido a escribirle, a segregar los jugos gástricos adecuados y

a buscar una cita con el periodista que, hoy por hoy, había tenido la noticia: 1-1 en el tablero del juego que libraban los dos en la liga del periodismo de ayer y de hoy.

Ella debía creer que tenía el vídeo y que simplemente no lo había publicado por tratarse de secreto de sumario. Qué ingenua. Secretos de sumario, a él. Pero no la iba a sacar de dudas. Si no lo había publicado, sino solo su descripción, es porque no lo tenía. Pero no todos los días podía darse el pisto fácilmente, a estas alturas.

Al fin, Nora apareció.

—¿Qué te tomas?

—Lo mismo que tú, campeón.

—No me vaciles.

Pero en realidad, estaba henchido. Que Nora publicara la noticia del blog de Sara Muñoz le había hecho polvo, sobre todo tras filtrárselo María. Ahora iba a disfrutar del rápido empate. Y aún le quedaba la ventaja de la investigación sobre Goya, ahí no le iban a ganar.

—¿Alguna novedad? —preguntó Nora.

—¿Te parece poca, la que he publicado?

—Dicen que el profesor ya ha sido detenido.

—Así es.

—Pues no sé si es el autor, María no se lo cree, pero tampoco me da pena el cabrón.

—¿Y por qué María no se lo cree? —Se arrepintió inmediatamente de su pregunta. María era su fuente, y no de Nora. Eso debía saberlo él y no ella. El tablero de juego temblaba. Los celos se movieron rápido en los gestos de su cara y apuró el *gin-tonic* para disimular.

—Pregúntaselo. Ella tiene otra teoría.

Luna pidió otro *gin-tonic*. La comisaria además no había dado hoy señales de vida y eso no era normal. ¿Seguía enfadada?

—¿Y es cierto que la chica no iba forzada? —preguntó Nora.

Era inteligente. Quería saber si había visto el vídeo sin preguntárselo de frente. Luna empezó a sentirse rendido.

—Eso parece. Los dos la llevaban de la mano, pero no iba en contra de su voluntad.

—No me creo nada. Después de lo de la Manada, a cualquier cosa le llaman voluntad. Si hay una tía por medio, claro.

La música del local subió el volumen y ambos decidieron alejarse de la barra. Se sentaron en sendos taburetes frente a frente, soltaron los móviles

sobre la mesa alta que los separaba como quien deposita las pistolas. Se miraron en silencio un largo rato. A él, Nora le gustaba mucho. Mucho. A ella, algo le debía de atraer. Quiso pensar él. Al menos mientras sacara exclusivas.

—¿Qué? —rompió ella.

—¿Qué, de qué? —replicó él.

—¿Me vas a decir si tienes el vídeo?

—¿Y tú me vas a decir si tienes las siguientes entradas del blog?

—La tercera ya ha salido.

—La he visto. No aporta nada nuevo.

—Es cierto. Pero ya solo quedan tres.

Los dos apuraron sus vasos de tubo simulando una sonrisa. Ella llevaba ventaja porque había bebido menos, pero él la tenía porque su edad le hacía más resistente. O eso creía. Ella además estaba guapa, de escote abundante, de formas redondas. Él se había atusado pelo y barba con su mejor loción.

—¿Hacemos un trato? —propuso Nora, mirada picante.

—Solo si incluye ir a mi casa —replicó él, tontorrón.

—No seas cabrón. ¿Crees que vendo mi cuerpo por una noticia?

—Me parece que ambos vendemos el alma, no el cuerpo.

—¿Y qué me ofreces? —Ella se sonrió.

—Solo mi atractivo natural. —Él se infló.

Se mantuvieron la mirada y ambos contuvieron la risa. En esa tesitura estaban cuando el móvil de Luna vibró junto a las copas ya vacías. Él no respondió.

—Venga. ¿Y si es otra noticia? —retó ella.

Él lo tomó sin quitar de ella la mirada. Fugazmente echó un vistazo.

—Mi jefe. Paso. Es un plasta.

—Pues si no lo coges tú lo cojo yo. —Ella jugó a quitarle el móvil con tal rapidez que lo consiguió—. Oficina de Luna. ¿Dígame?

—Cabrona. —Él reía. Cruzó los brazos y se disponía a presenciar el espectáculo cuando vio cambiar su gesto. Ella le tendió el teléfono.

—Es urgente. Algo le ha pasado a Ruiz.

Los dos llegaron a La Paz cuando a la comisaria Ruiz la acababan de instalar en una habitación. Aún dormía. Tenía el hombro vendado, un apósito grande en la ceja y otro en la mandíbula.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Se desmayó y se hirió.

—Pero ¿qué hacía? ¿Dónde ocurrió? ¿Con quién estaba?

—Estaba con unos jubilados en La Vaguada. Estos dijeron que ya estaba sangrando cuando llegó.

¿Jubilados? ¿En La Vaguada? ¿María sangrando? Luna la miró sin apenas reconocerla. Nunca habría imaginado qué puede hacer una comisaria-adicta en condiciones de expediente y con tanto tiempo libre, pero el desmayo, las heridas, los jubilados, La Vaguada, todo se le estaba escapando aquí. Tal vez no debieron haberla dejado sola. Tal vez se había puesto en peligro. Los sanitarios explicaron que al despertar solo había llamado a un tal Yago. Pero que cuando tomó conciencia y tuvo que elegir a quién avisar, pidió a Luna. Por eso llamaron a *El Diario* y por eso le habían localizado a él. ¿Y quién era Yago, no era acaso el que daba nombre al blog? Pero lo más urgente: ¿lo sabría Martín? ¿Lo sabría Esteban? Tomó su móvil y puso un mensaje a Martín.

«¿Sabes algo de Ruiz?».

«Que me ha dado plantón. Habíamos quedado a cenar. ¿Por?».

Entonces salió a llamarle. Se lo contó.

Nora se acercó a la cama y le acarició la frente. María abrió los ojos, desubicada.

—Ay, madera. Mira que pareces importante y eres aún más idiota que yo —dijo Nora.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde estoy?

Luna había vuelto a entrar y ambos le recordaron lo poco que sabían del tema. ¿Y ella? ¿Qué podía recordar?

—Eloy —intentó incorporarse, era imposible—. Me tengo que ir. Eloy debe estar temiendo lo peor.

—Pero ¿qué pasa, Ruiz? ¿Quién es Eloy? Cuéntanos.

—Dios, Luna. Tenéis que encontrar a Eloy.

—Antes nos tendrás que decir qué pasa. Incluso antes podrías dedicarte a descansar.

—Antes dime lo que has publicado. ¿Has visto el vídeo? ¿Podrías reconocer a los hombres?

—¿Me has llamado porque soy tu amigo o para sacarme información?

—Mira, Luna. Sé quién es el asesino. Al menos uno. He estado con él. Si me enseñas las imágenes te confirmaré quién es. No estoy pidiéndote información sino dándotela, ¿te enteras?

Nora miró alternativamente a uno y a otra. Si Luna tenía el vídeo, era el momento de enseñarlo. Si no lo tenía, era el momento de reconocerlo. Y de ponerse a buscarlo. Ella no tenía tantas fuentes en la policía, pero tenía recursos.

—A ver. María. —Luna intentó hablarle con calma. Los apósitos cerraban zonas de la cara que asomaban azuladas. Seguramente iban a quedarle cicatrices y había perdido sangre, por no recordar el expediente policial y el futuro sombrío que la esperaba, pero lo único que le importaba era ver el vídeo del crimen—. No tengo el vídeo, Ruiz. Solo me lo han descrito. Pero no te tienes que preocupar. El alto ya ha sido detenido. Es su profesor, Salas. Solo falta encontrar al bajito, que en lugar de bajito es un niño. Es un chaval.

Ruiz se removió en la cama. El gotero tintineó en su colgador. La luz artificial parpadeaba sobre sus ojos cansados.

—Pregúntale a Salas por los pavos muertos. Por el perro hundido. Pregúntale por el blog. No tiene ni idea.

—¿Estás delirando? ¿Qué perro hundido?

—Joder, Luna. Pregúntaselo a Martín.

Luna miró a Nora y a María alternativamente. La comisaria debía estar tan débil que solo podía estar mezclando cosas.

—Yo no soy poli —dijo Luna.

—Pues llama y pregunta. Eso lo sabes hacer, ¿no? Hazme caso, Luna, si me quieres hacer un solo favor en la vida, hazme ese. Llama a Esteban. Llama a Martín. Pregúntales si Salas tenía una cita con Saramú en la presa número 5. Porque hay otro hombre que sí. Y ese no es Salas. Es Yago. Te lo puedo demostrar. Joder, si me hicierais caso... Pregúntalo.

Luna salió de nuevo de la habitación. No muy convencido, pero sí obligado por su lealtad. Esta vez llamó a Esteban.

María, mientras, no perdió el tiempo. Nora se había quedado sentada a su lado, desprevenida, y la comisaria la llamó.

—Nora, rápido, ¿estás conmigo?

—Claro que sí, ¿qué quieres?

—No me creen y además me quieren esquinar. Necesito un favor y solo tú me lo puedes hacer: tú conoces la Dragona. Necesito que encuentres a Eloy. Es un chaval que vive allí. No tiene móvil ni otra dirección. ¿Me harás ese favor, Nora? Avísale de que estoy aquí. Que no se le ocurra venir. Pero que sepa que estoy bien. Dale mi número de teléfono. Es muy importante, Nora. Creo que él también está en peligro.

—Eso está hecho.

Luna regresó a la habitación. Martín también había llegado y se lanzó a abrazar a Ruiz.

—¡Pero, María! ¿No sabes quedarte quieta?

—Yo sí, pero las palmeras de La Vaguada no.

Los cuatro sonrieron. Pronto Martín echó a los otros dos. Luna agradeció el relevo y no solo por la edad, que ya era incompatible con las sillas de hospital a ciertas horas de la noche, sino porque tenía mucho que comprobar.

Y Nora, porque iba a salir corriendo hacia la Dragona.

IV. Yago

Álbum Y

Número 4

La siguiente ocasión fue aún más extraña.

Oí que estaban juzgando a un asesino y me apresuré, siguiendo el paso a los vecinos que corrían en turba para no perderselo. En aquellos tiempos ocurría. Las ejecuciones se celebraban en la calle, los castigos eran públicos, los criminales escuchaban las condenas y las afrontaban en las plazas, donde la gente se arremolinaba para compartir la conmoción y luego multiplicar los detalles.

Ese día, la noticia fue de boca en boca por el paseo de la Florida. «Han pillado al asesino». «Lo están juzgando», se oía.

Me acerqué a la muchedumbre que se agolpaba frente a la ermita de San Antonio, pero lo que encontré no fue precisamente un juicio, sino al muerto de cuerpo presente, alzado por un hombre que le sostenía dificultosamente en pie desde la espalda, mientras las vecinas se arremolinaban horrorizadas para contemplarle a él, y también a un tipo que les hablaba encaramado a una piedra. El muerto estaba oscuro, su piel cetrina, su ropa acartonada y el cuerpo rígido y por ello cualquiera podría haber asegurado que era un cadáver. Pero su forma de sostenerse sin resbalar entre los brazos del voluntarioso que le mantenía en pie sembraba a todos de dudas. «Ha resucitado», se oyó decir. Y uno podría haberlo llegado a sospechar por su posición, pero su rostro no dejaba lugar a dudas: era un difunto, y yo sabía de lo que estaba hablando. Para entonces, yo me había convertido precisamente en un forense afamado.

Varias mujeres lloraban, seguramente parientes. Otras se asomaban curiosas para escuchar al tipo encaramado en la piedra, que atraía a todos con su discurso en voz queda, pero segura. Pronto la atención se concentró solo en él.

Las noticias siempre nos pillan desprevenidos, y ahí estábamos todos tal y como deambulábamos antes de todo aquello. Señoras escotadas y arregladísimas, listas para el paseo. Otras ajadas, cubiertas de la cabeza a los pies para la faena diaria, criadas sin resquicio de espacio ni tiempo alguno para arreglarse a las que lo ocurrido las había sorprendido trabajando. Había mendigos y desocupados harapientos. Y unos críos despeinados y desharrapados subidos a las verjas para no perderse nada.

Entonces lo vi. De nuevo era él. El hombre corpulento y serio, de frente ancha y mirada penetrante, ajeno a la escena como siempre, nos contemplaba, a mí y a todos los presentes como si nos hubiera previsto, como si estuviera fuera de este mundo y no se propusiera ni siquiera entrar en él, sino tan solo observarlo. Mirarlo. Fabricarlo, incluso. Como si estuviera en realidad supervisando los hilos ocultos que nos movían a todos.

En ese momento estuve seguro de que era él, ya sin duda alguna, quien me seguía a mí. Con su mirada lejana, su escrutinio constante de todo lo que ocurría a su alrededor, siempre aparecía donde yo estaba y siempre miraba el lugar que yo ocupaba.

—¡Eh! ¿Qué quieres? —incredulé esta vez al intruso. Grité más alto—. ¿Me buscas a mí? ¿Me estás persiguiendo?

Pero él ni siquiera me oyó. Siguió observando a la gente congregada sin prestarme atención. El hombre subido a la piedra aún hablaba, atrayendo a la multitud como si fuera un gurú, pero era imposible que el extraño pudiera oírle si no me había oído ni siquiera a mí, que estaba más cerca. Parecía sordo. Algunos resumían para otros y entre los corrillos iba saltando un relato incomprensible sobre el muerto, el asesino y el resucitado. Yo me cubrí la cabeza con la capucha y le seguí observando.

El intruso, como siempre, estaba solo. No quitaba la vista de las mujeres escotadas y recordé que esta era la ermita a la que históricamente acudían las modistas y solteras el día de San Antonio para encomendarse al santo. No era una novia, sin embargo, lo que él estaba buscando. Devoraba con los ojos a las mujeres, pero también a los hombres, y lo hacía desde un plano distante, sin ánimo de participar.

En ese momento nos cruzamos la mirada. Ninguno de los dos la desviamos. Yo creí sentir incluso que él me sonreía con aire de complicidad. Y, sin embargo, no estaba conmigo. Estaba con todos y, al mismo tiempo, con nadie.

Cuando Martín abrió el ojo ni siquiera era de día, pero María ya estaba levantada, observando su rostro en el espejo de la puerta del baño, a donde había arrastrado el soporte del suero.

—¿Qué haces? —Martín saltó del sillón, asustado y con tal ímpetu que la bandeja en la que había reposado su móvil y el mando del televisor saltó por los aires. Se había quedado dormido de mala manera después de que las enfermeras le pidieran que, cuando ella se levantara, lo hiciera con cuidado. Como siempre, ella se le había adelantado.

—Estoy bien.

María se estaba quitando el esparadrapo de la cara. La brecha de la ceja era corta, pero muy profunda, y a través de los puntos supuraba un líquido sanguinolento de aspecto incierto. La otra herida se alargaba desde la mandíbula hasta el pómulos, era larga pero parecía más superficial.

—Vuelve a la cama, jefa. Estás hecha un cromo. —Martín se acercó para ayudarla, pero ella agarró el soporte y se escapó hacia el pasillo. Caminaba en calcetines y en camisón verde hospitalario.

La siguió hasta el mostrador de planta.

—Necesito un otorrino —dijo.

—¿Un otorrino? Creo que lo que necesita es volver a la cama. —La enfermera hablaba bostezando, era muy pronto—. Tiene que esperar a que la vea el médico.

—Disculpe, pero soy policía y necesito ver a un otorrino.

Martín se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos, no porque quisiera borrarse del área de peligro en el que ella insistía en entrar una y otra vez, que también, sino porque sabía que cualquier intento de disuadirla iba a ser inútil. Le habían advertido de que no podía ayudarla, porque hacerlo iba a ser la mejor manera de contribuir a cavar su tumba, así que lo mejor que podía hacer era dejarla sola o advertirle de las consecuencias. «Sé prudente. No

ejerzas. Te van a machacar», debería haberle dicho. Sin embargo, apartó las manos de la cara y dijo:

—Por favor busque a un otorrino, somos policías y lo necesitamos para una investigación. —Y colocó su placa sobre el mostrador—. Y un médico para ella, también. Y ahora vamos a la habitación.

María le miró, divertida, y esta vez le siguió dócilmente hasta el cuarto.

—¿Me quieres decir para qué coño quieres un otorrino, comisaria?

—Tengo una consulta que hacer pero, por favor, vete. No te quiero involucrar. No te preocupes por mí.

—Espera, ahora mismo doy al botón: «No preocuparse por María Ruiz». ¿Algo más?

—¿No tendrás por ahí algo de comer? —María intentó ocultar su sonrisa—. Me muero de hambre.

Martín comenzó a rebuscar en sus bolsillos, pero en ese momento llegó desde el pasillo el tintineo de bandejas y se asomó a comprobar lo que parecía: estaban repartiendo el desayuno.

—Has tenido suerte. Llega el rancho. —Martín volvió junto a la cama—. Y ahora: ¿me vas a decir para qué buscas a un otorrino?

—¿Y tú me vas a decir por qué no has contado lo del perro a los demás?

El sonrojo tiñó súbitamente el rostro de Martín. La miró con tal sorpresa que respondió sin calcular.

—¿Mi perro? ¿Y qué tiene eso que ver?

—Todo tiene que ver, Martín. Y tú estás ocultando algo. A mí y a la policía. —María se dio cuenta de la distinción-trampa en que había caído ella sola, pero siguió. Y la aprovechó—. Y ya que no se lo quieres contar a la pasma, al menos deberías explicármelo a mí.

Martín seguía con el rostro encendido y refugiando su mirada en el suelo. Por fortuna, en ese momento entró la auxiliar con la bandeja del desayuno y, al mismo tiempo, la médico para ver a María, así que aprovechó para escapar. Al menos, durante los minutos que tardara en encontrar una máquina de café.

Al regresar, María estaba ya libre de suero. Debía esperar una vacuna del tétanos y un montón de instrucciones para cuidar sus heridas hasta que le quitaran los puntos, pero no la iban a retener mucho más. Un gran moratón había empezado a cubrirle el lado izquierdo de la cara. Las piernas estaban oscuras, sin que pudiera distinguirse la mezcla de betadine y sangre seca del hematoma creciente.

—Me alegro de verte mejor —mintió Martín. En realidad, estaba hecha un cristo.

—Y ahora bajo a la tercera planta. Allí me espera el otorrino.

—¿Te acompaño?

—Tú sabrás, Martín. Si lo compartimos, lo compartimos todo. Estás a tiempo.

Él sacó las manos de los bolsillos y se las llevó a las sienes. Podía obedecer a Esteban y negar toda la ayuda a María por su propio bien, porque se le iba a caer el pelo a ella y a todo el equipo. O podía seguir sus instintos, acompañarla a investigar y continuar rumbo al desastre colectivo que había comenzado con el accidente de Tomás, que había seguido con el exilio de su comisaria, con la muerte de Carlos y ahora con este puto caso que le estaba rondando alrededor como las uñas de un chihuahua repiqueteando en el parqué para alcanzar su pernera. Estaba a tiempo, sí. De quedarse en el lado correcto de las órdenes a verlas venir, o de pasar al lado explosivo de la desobediencia que, en su fuero interno, creía en realidad correcto. Y que implicaba exponerse, no ocultarse más.

—Vamos —dijo—. No te dejaré sola.

La Dragona aún estaba envuelta en la oscuridad cuando Nora se acercó, de madrugada. Los árboles habían crecido desde la última vez que había estado o, al menos, se habían cargado de una frondosidad que arrojaba sombras sobre la explanada que rodeaba la casona okupa. Tenía un contacto dentro y se había intercambiado varios wasaps con él, podría entrar, pero aún no había preguntado por Eloy, el chico que María le había pedido encontrar. Alcanzó el portón de acceso. Estaba cerrado y golpeó varias veces con toda la fuerza de su mano extendida. Sintió moverse rostros nerviosos tras los palés que tapaban las ventanas y alguien abrió rápidamente la puerta. Entró.

Varios jóvenes se agolpaban en el gran recibidor. Hacía frío, pero podía oler su sudor intenso y reciente, fruto del miedo. Su contacto, Edu, un estudiante como ella que frecuentaba los mismos círculos y asociaciones, la hizo pasar a la cocina, donde la luz de las farolas y la luna se colaban hasta alumbrar la oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nora.

—Una movida con la policía —hablaba nervioso—. Llegó la pasma y hemos venido un montón de gente, creíamos que era el desalojo final y nos

movimos en las redes, ya sabes que la Dragona está en el punto de mira, pero al final se fueron.

—¿Y qué querían?

—¿Quién?

—La pasma.

—Al final solo buscaban a un chico, un tal Eloy.

—¿Sabéis por qué?

—Es un menor. Sus viejos le buscan. Supongo que es eso. Una gilipollez. Pero cualquier cosa la van a usar en nuestra contra.

—¿Y dónde está?

—¿El tal Eloy? Ni puta idea. Yo apenas le conozco. Y los que le conocen no le han visto desde ayer.

—Joder.

Nora le explicó que ella también le buscaba. Por alguna razón que no conocía, el chico estaba en peligro y una buena amiga le había pedido encontrarle. Ni siquiera sabía por qué.

—¿Tu amiga policía?

—¿Por qué lo dices?

—Se dice que te has echado amigos policías.

—Soy periodista, colega, tengo mis fuentes. Si tú quieres serlo también, las necesitarás.

—Yo no me vendo, Nora. La pasma es siempre enemiga. Solo defiende el neoliberalismo y el capital. Y solo nos quieren desalojar.

Le sorprendería saber que en la pasma también había perseguidos, pero Nora no se iba a molestar en regalarle una lección porque, seguramente, él tampoco se iba a molestar en aprenderla. Prejuicio es prejuicio.

—Escucha, Edu. Han asesinado a Sara Muñoz, una chica que venía por aquí. Y ahora ha desaparecido Eloy, un chico que también venía por aquí.

—¿Crees que ambos casos están conectados?

—No lo sé. Pero ninguno tiene que ver con un desalojo. Ni con el capitalismo.

—A saber. —El chico perdió la vista en un punto lejano, pensativo—. Tal vez quieren minarnos la moral. Antes del ataque final.

—En fin, gracias. Si oyes algo del chico, ¿me llamarás?

El estudiante no respondió. Su mente intentaba encajar las piezas en su teoría de la conspiración universal.

—¿Me llamarás? —Nora insistió.

—Lo haré —replicó Edu.

Nora salió de la cocina para intentar averiguar algo más.

María alcanzó la tercera planta y entró en el ala de Otorrinolaringología ante la mirada extrañada de las enfermeras del mostrador, que vieron pasar a esa enferma con camisón hospitalario y puntos tensos sobre la carne amoratada como si fuera un espectro. Martín la seguía a pasos rápidos. A él le miraron con recelo.

—¿Qué está buscando? ¿La podemos ayudar?

Ella no contestó, sino que anduvo por el pasillo rumbo a la consulta 303, donde le habían dicho que estaba el otorrino de guardia. Entró.

—Necesito hablar con el doctor Sanz.

La auxiliar la observó de arriba abajo, su bata de color verde, sus heridas en la cara y las piernas perjudicadas.

—¿No se habrá equivocado de planta?

—No. Necesito hablar con Sanz.

Sin pensárselo dos veces, llamó con los nudillos y, con las mismas, entró. Martín la siguió. El doctor Sanz aún estaba colgando su chaqueta en una percha, cogió la bata blanca y se la puso mientras los miraba. Le habían dicho que unos policías le buscaban para una investigación, pero lo que veía era una siniestrada y un joven en buena forma, pero con aspecto de no haber dormido desde la primera comunión.

—¿Ustedes son?

—María Ruiz, comisaria de la Policía Nacional y... —María miró a Martín amagando con presentarlo, pero se frenó—. Y un compañero del Cuerpo.

—¿Y qué le ha pasado? —El doctor le señaló la cara.

—Gajes del oficio, no importa —dijo Ruiz—. Lo que necesito saber es otra cosa.

—Dígame.

—Pongamos que hablo de un campo de tiro. ¿Qué daños pueden hacer los disparos a un tirador si no se protege los oídos?

—Esa es fácil. —El doctor, expectante, pareció satisfecho de poder encajar una respuesta correcta en esa especie de concurso improvisado—. Quedarse sordo. Por eso es obligatorio ponerse cascos.

—Imagínese un individuo que no se los pone.

—En un campo de tiro es imposible, señora. Hoy es obligatorio. Otra cosa son los cazadores, que andan libremente por el monte, o los disyoqueis, que a los veinte años tienen el oído de un anciano. Suelen perder la membrana que preserva el oído medio, lo que conocemos como el tímpano, o, peor aún, quebrarse los huesecillos del oído medio encargados de recoger el sonido. Esos no tienen arreglo.

El doctor Sanz señaló una lámina en la pared y describió la posición del yunque, el martillo y el estribo, los huesos situados a continuación del tímpano, con una precisión solo comparable a la pasión que demostraba.

—Fíjense —continuó—. El cuerpo humano tiene doscientos seis huesos, pero estos son los más pequeños y, por tanto, muy delicados. Recogen las vibraciones que llegan al tímpano y las transforman en impulsos nerviosos que viajan hasta la corteza cerebral. Es una máquina perfecta, pero solo mientras funciona. El tímpano se puede llegar a recuperar, pero cuando el daño ha llegado a estos huesos, ya no hay nada que hacer.

María observaba atenta mientras Martín llevaba la vista desde la lámina hasta la comisaria sin entender gran cosa. Se hizo un silencio.

—Lo que les estoy contando es obvio, lo sabe cualquiera —dijo, pedante, el doctor—. ¿Supongo que querrán saber algo más?

María se lo pensó unos segundos. Lo que iba a plantear era una locura, pero hacía ya días que nada de lo que estaba ocurriendo transitaba por el carril de la normalidad.

—Perdone que vuelva al tema del tirador. Disparar sin cascos, ¿qué consecuencias puede tener?

—La primera, comisaria, será una multa para el club de tiro. Insisto en que ningún monitor puede permitir practicar sin protección. Se le cae el pelo.

—Entendido, doctor. Pero insisto también: ¿qué le ocurrirá a quien no cumpla y se quite los cascos cada vez que a todos les toca disparar? ¿Una y otra vez?

—Los disparos de escopeta o rifle emiten ciento cuarenta decibelios, comisaria. Es el límite del dolor en el oído humano. Y es acumulativo. Ningún oído puede permitirse eso durante mucho tiempo sin quedarse sordo.

Por eso desde la Asociación de Otorrinolaringología hemos logrado imponer protectores que al menos restan entre veinte y treinta decibelios...

—Perdone, doctor —María le interrumpió, impaciente—. Ya sé todo lo que es obligatorio. Yo misma practico el tiro. Soy policía. Le estoy preguntando por un caso anómalo. Por eso lo hago. ¿Qué opina de un individuo que se coloca los cascos antes de cada disparo para que no vean lo que va a hacer y que, llegado el momento de tirar, se los quita para volvérselos a poner en cuanto ha terminado? ¿Así en una fila de diez tiradores, una y otra vez?

El doctor se levantó, deslizó la mano sobre la lámina en la que el oído externo, el medio y el interno estaban bien diferenciados. Golpeó con el dedo la cóclea, que emergía en el dibujo como el principal punto de partida del nervio auditivo. Y, pensativo, trasladó después el dedo hacia el centro del cerebro.

—Que se ha equivocado usted de planta —dijo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió María.

—Que ese hombre está loco. Salvo que sea un gilipollas integral o, mejor dicho, porque lo es, solo tiene un objetivo: quedarse sordo. O al menos experimentar la sordera, con riesgo de irreversibilidad. Y si es voluntario, como me está diciendo, es autodestrucción. Una forma de suicidio. Aquí no podemos hacer nada por gente así. En la planta de psiquiatría se lo explicarán mejor.

María no necesitaba más consultas porque, como psicóloga, pero no solo, conocía bien el impulso autodestructivo que apresa a algunas personas en situaciones límite. Las autolesiones formaban parte de un esquema pernicioso que implicaba desdeñar progresivamente el propio cuerpo y, en la mayoría de las ocasiones, dotarse de alguna forma de notoriedad. Solo era posible salir de ahí si estaban relacionadas con episodios puntuales de desesperación límite, pero eran las menos. Lo que no podía interpretar tan fácilmente era esa forma tan fría, metódica y planificada de hacerse daño que, a diferencia de las heridas autoinfligidas, no incluía la exhibición del mal. Y Yago-sin-apellidos, el médico-mendigo que conocía a Saramú y que la víspera la había atendido y llevado en su coche hasta La Vaguada, experto en arte y extraño practicante de tiro, se las estaba empleando a fondo para quedarse sordo, o al menos para experimentar con la sordera. ¿Como Beethoven? ¿Como Goya? ¿Jugando a la genialidad?

—¿Me vas a explicar qué está pasando? —preguntó Martín mientras volvían a la habitación—. ¿Qué historia es esa del tirador y los cascos?

—Ya lo has oído. Un hombre intenta quedarse sordo.

—Joder, explícate, por favor.

—En mi casa te lo explicaré todo.

—¿Ya tienes un croquis? —Martín se sonrió. Juntos habían elaborado en casa de Ruiz millones de esquemas gigantes en cartulinas y pizarras para recoger los aspectos más dificultosos de los casos. Habían consumido litros de cafés tirados en cojines, obsesionados, mirando paredes repletas de incógnitas. Juntos y, por supuesto, con Tomás.

—Ya tengo un croquis, ya me conoces. —A María se le nubló la vista, a ambos se les había cruzado el mismo recuerdo—. Vamos a mi casa, Martín. Lo abordaremos juntos. Y lo que te pasa, también.

Ruiz al fin recogió sus cosas de la habitación. También su teléfono, donde tres mensajes aguardaban su lectura. Los recorrió con rapidez.

Rodrigo Tesón: «María, María. ¿Estás bien? Quisiera verte otra vez. No sé nada de ti». También añadía un corazón.

Nora: «Malas noticias, Ruiz. Eloy, desaparecido. Y la policía le busca. Además hay una nueva entrada en el blog. Habla de un muerto. ¡Llámame!».

Luna: «Otro cadáver, Ruiz, en San Antonio de la Florida. Llámame o ven».

María levantó la vista y la cruzó con la de Martín. Su rostro, pálido; sus ojos, desencajados. Él le tendió su propio móvil y le enseñó la alerta que ella tan bien conocía y que —a su manera, entiéndase bien— echaba tanto de menos.

«Asesinato en zona Manzanares. Todos de servicio».

—Dime que no es un niño —dijo Ruiz.

—Y cómo coño lo voy a saber —replicó Martín.

Pero ninguno intentó seguir la conversación. Martín ya corría hacia el exterior y María, sin esperar alta alguna, rasgó la bolsa plástica que guardaba la ropa con la que había llegado, se la vistió velozmente y alcanzó a su compañero. Ni siquiera oyó a un enfermero que intentó salir tras ella. «Espere. Tenemos que darle su medicación. ¡Y la vacuna! Tiene que ponerse la vacuna».

Segundo crimen, segundo cadáver y segundo escenario en torno al río Manzanares en apenas siete días. María y Martín no tenían que mirarse para

compartir la gravedad de lo ocurrido. El principal sospechoso del asesinato de Saramú estaba detenido y, sin embargo, ambos estaban aquí de nuevo, en la orilla opuesta esta vez, buscando sombras más oscuras que las que cubrían el rostro contusionado de Ruiz y la mirada perpleja de Martín. Ciertamente, ella jamás se había tragado la culpabilidad del profesor, no tenía ni que recordárselo. Como tampoco las palabras malditas que había pronunciado Martín apenas unas horas antes: caso cerrado.

Ca-so-ce-rra-do.

En silencio, se aproximaron. Martín evitaba los ojos de Ruiz.

Los banderines de las fiestas se agitaban descoloridos en la ribera del río y, durante unos minutos, ese fue el único movimiento junto al círculo de curiosos que, aunque arracimados y apretados, permanecían quietos, impresionados, ante el cuerpo al que el equipo policial aún estaba haciendo fotos. Era pequeño.

María no paró hasta colocarse en la primera fila, donde apenas disimuló las maniobras para asomarse a la mejor vista posible sobre el cuerpo caído, que era muy lateral. Logró ver de refilón su tórax ensangrentado, tenía tantos cortes que se adivinaban las costillas al aire. Su ropa estaba sucia. Los pies, descalzos. Pero no conseguía ver la cara, seguramente caía hacia atrás en el terreno irregular de la ribera.

Intentó calcular la estatura del finado. Eloy era flacucho, su complexión no había terminado de madurar y mantenía un pecho, hombros y caderas de niño casi preadolescente que a primera vista no correspondía con lo que estaba viendo. Pero Ruiz no las tenía todas consigo.

—Aparten. —Un policía intentaba dispersar a la gente y, al empujar el cordón policial, la miró a los ojos. La reconoció y le impactó su rostro herido. Desconcertado, volvió la vista a sus superiores, pero no encontró gesto ni indicación alguna de lo que debía hacer—. ¿Comisaria Ruiz? —dijo.

—¿Quién es? —María señaló el cadáver.

—No lo sabemos, comisaria. Pero usted... —Miró nerviosamente hacia atrás.

—Dime quién es. Por favor —insistió María. Se percibía su agitación.

—Es un hombre. Por la ropa parece un mendigo. Le han cortado como a un animal. —El agente dudó e hizo amago de abrir el cordón para dejarla pasar, pero ella negó con la cabeza. No iba a meterle en líos.

—¿Sabes la edad?

—Es pronto, comisaria. Será complicado.

—¿Ni siquiera aproximada? ¿Por el pelo, por los rasgos de la cara?

El agente la miró atónito. Volvió a girarse en busca de indicaciones. Un superior estaba cerca, también Esteban y por su cara dedujo que debía cortar la conversación. Era un principiante de Homicidios, María había coincidido alguna vez con él. Ambos sabían que no debían estirar la situación. Pero ella señaló el cadáver e insistió.

—Dime solo eso, no logro ver la cara. Y ya me voy. ¿Qué edad crees que tiene, tú que le has visto entero?

—¿La cara? Pero... comisaria. —El chaval abrió los ojos, se revolvió para mirar atrás y al ver que el superior se aproximaba, solo negó con la cabeza mientras decía, en voz más baja—: No hay cara, comisaria.

—¿Cómo que no hay cara?

El joven se llevó un dedo disimuladamente al cuello y, en un hilo de voz temblorosa, solo añadió:

—Le han cortado la cabeza, mi comisaria. —Al joven le temblaba la voz—. No hay cara. No hay cabeza. Y no la logramos encontrar.

Después se dio la vuelta y se cruzó de brazos. La multitud ya estaba dispersada y comprobó que, a ese respecto, los jefes podían estar tranquilos.

Ruiz se alejó unos pasos. Eloy no era un mendigo, pero su ropa deslavazada y gastada había conocido más dueños que lavadoras. Su pelo mal cortado no recordaba un champú, y menos un peine. Sus pies descalzos estaban curtidos, a prueba de obstáculos. Recordó su soltura en el túnel subterráneo, sabía cómo entrar, a quién encontrar y cómo salir sin miedo. Se movía entre mendigos, sí, como si fuera uno de ellos.

—María.

La voz sonó a su lado, pero no se inmutó.

—María.

Martín le tocó los hombros, ella estaba agarrotada y tampoco se movió.

—Ven, María. —La abrazó.

Ella no le rechazó, pero permaneció rígida. Al fin le apartó y respondió.

—Me voy a casa, Martín, tú te debes quedar.

—Puedes quedarte conmigo. Me la sudan Esteban y los demás. Investigaremos juntos.

—No, Martín. Yo ya sé quién es el culpable y vosotros no. No me habéis querido escuchar y ahora hay un muerto más. —Se estremeció, dudó, negó

con la cabeza una y otra vez y remató—. Sois unos imbéciles. Sois unos mamones. Sois gilipollas.

—Escucha, Ruiz. —Martín amagó con retenerla—. En cuanto sepa algo nuevo te llamo. Y en cuanto acabe voy a tu casa. ¿De acuerdo? Yo estoy contigo.

María se alejó unos pasos lentamente, dudó y luego se volvió.

—No se trata de estar conmigo o no, idiota. Díselo a Esteban. Se trata de estar con los muertos. —Señaló el lugar en el que aún yacía la víctima—. Y le dices de mi parte que os metáis el paternalismo que os gastáis conmigo donde os quepa. Y que si queréis pillar al asesino, me busquéis. Yo sé quién es.

Ella siguió su camino y paró un taxi. Se alejaba velozmente cuando Martín aún musitó para sí: «Necesitamos tu croquis, Ruiz. Tu puto croquis. Te necesitamos a ti».

Estaba ya llegando a casa cuando Nora la llamó.

—Supongo que no has visto la última entrada en el blog —dijo Nora.

—Aún no.

—¿Recuerdas que en las tres primeras el protagonista explicaba más o menos quién es él y quién le persigue?

—Sí. —Nora lo había descrito bien. Una manía persecutoria era una buena definición de la relación que parecía establecerse entre el autor del blog y el intruso al que descubría.

—En esta, la número 4, la que se ha publicado hoy, habla de un muerto en San Antonio de la Florida. Creo que esta vez nos ha anunciado con antelación que iba a matar.

—Eso es nuevo.

—Y he averiguado algo más.

—Cuéntame.

—¿Recuerdas que en la agenda de Saramú hablaba de seis entradas? ¿Que tenía seis entradas programadas?

—Claro, te lo conté yo.

—Solo las dos primeras estaban programadas, Ruiz. Las demás las está escribiendo sobre la marcha.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo misma funciono con un blog y me llevo bien con el administrador. Se lo pregunté y a él no le costó averiguarlo. No sé cómo no se nos ocurrió antes.

María sí sabía cómo. Si hubiera estado en comisaría, con todos sus hombres, habrían escudriñado todas las posibilidades, todos los resquicios del

caso y Tomás habría averiguado eso mismo con la uña del meñique. Pero eso ya no existía y debía acostumbrarse.

—Qué imbéciles.

—¿Quién?

—Nosotros. La policía. Yo.

Las dos quedaron en silencio. La agenda de Saramú tenía detalles de los dos primeros textos del blog, tal vez ella compartía con Yago su trabajo como si fuera un proyecto común. Pero después solo tenía alusiones a los cuatro siguientes. Y aún quedaban por publicar otros dos.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Nora—. Yo ya no sé si hacer periodismo o una brigada de vigilancia en el río.

—Escucha, Nora. A estas alturas podemos estar seguras de que el blog lo escribe Yago, no sé cómo he sido tan idiota. Que estuviera en la agenda de Sara me confundió, creía que era suyo, pero ya está claro que es de Yago. Tal vez compartieron juntos la fantasía de un blog conjunto, un proyecto escrito, como compartieron otras cosas, pero olvidémonos de Sara. Es solo Yago. Ahora nos queda intentar averiguar qué nos va a decir la quinta entrada del blog. Pero eso déjame a mí.

María llegó a su casa, tiró sus cosas al suelo y se situó ante el croquis. Su salón empezaba a tomar el aspecto de comisaría.

El croquis creció en pocos minutos en la pizarra. En otros tiempos había usado calendarios, cartulinas, servilletas o lo que pillara, pero desde que estaba condenada a estar en casa había desenvuelto un tablero gigante que le habían regalado los colegas cierta vez y que había apoyado contra la pared. En los últimos días había ido añadiendo y borrando cosas, pero el esquema básico seguía en la raspa:

1. Tres pavos muertos y expuestos en la plaza.

Lugar: parque cerca del Manzanares.

2. Perro hundido y muerto. De Martín.

Lugar: cementerio de San Isidro, cerca del Manzanares.

Mensajes con indicaciones en el móvil de Martín.

CUADRO DE GOYA. EN EL PRADO.

3. Joven muerta: Sara Muñoz.

Lugar: la presa número 5 del Manzanares.

«Por liberal» en pared próxima.

DIBUJO DE GOYA. EN EL PRADO.

Domicilio de Sara: la Dragona.

Trabajo: Facultad de Arte.

Profesor: Salas. Acoso.

En la agenda: citas con Yago, información sobre el blog.

Amigo: Eloy.

Tatuajes: búhos, Volaverunt, Murió la verdad y El sueño de la razón produce monstruos.

Varios interrogantes estaban escritos en letra más grande, a la derecha:

SARA: ¿Por qué transfirió dinero a Yago?

MARTÍN: ¿Quién escribía a Martín? ¿Por qué calla Martín?

YAGO: ¿Qué persigue? ¿Qué prepara?

ELOY: ¿Qué más sabe Eloy?

María contempló el último interrogante, tomó un rotulador y lo borró. En su lugar, escribió:

¿Dónde coño está Eloy?

Reprimió una tentación de dejar correr las lágrimas sobre su rostro malherido, se secó los ojos húmedos traicioneros y siguió:

4.Hombre muerto, acuchillado.

Posible mendigo.

Lugar: San Antonio de la Florida. En la ribera del Manzanares.

Descabezado.

Blogdeyago.com: crimen descrito en el blog.

También escribió tres nuevos interrogantes a la derecha:

CASO LA FLORIDA:¿Cuadro de Goya?

¿Por qué lo ha descrito en el blog?

¿Anunciará otros crímenes en sus siguientes entregas? Quedan dos.

Después se derrumbó en el sofá. Había leído el blog, había recuperado la agenda de Saramú en busca de más pistas y no encontraba nada más. O no sabía interpretarlas. La rodilla herida le dolía más que la víspera, el hombro ni siquiera lo sentía y los puntos de la cara le escocían. Rememoró lo ocurrido el día anterior. A saber adónde había ido a parar la bici de Eloy y además le traía sin cuidado, no iba a ir a buscarla a ningún basurero de La Vaguada. Pero ¿Eloy? ¿Dónde se había metido Eloy? ¿Y por qué coño le buscaban? Nora le había contado ya su búsqueda frustrada en la Dragona, cómo llegó la policía y preguntó por el chaval, y fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que extrañamente él no estaba por allí. El crío nunca se alejaba mucho tiempo de la okupa, decían que era el verdadero *alma mater* del lugar, siempre trajinando en la cocina, cocinando sopas para todos en la olla ferroviaria y agitando la bombona de cuando en cuando en silencio para calcular cómo andaban de gas. Como esa madre que todos habían dejado atrás siempre más atenta al punto perfecto de la pasta para servírsela al dente que a la revolución que estaban a punto de rematar.

Eloy —había averiguado Nora— no hablaba mucho ni se tiraba largas horas de discusiones en asambleas, como todos los demás, deseosos siempre de votar sobre si había que votar para dirimir cualquier cuestión por votación. Él no. Él siempre estaba silencioso y sereno en la cocina pelando patatas que había conseguido en algún desecho de supermercado, atento a que no se agotaran las garrafas de agua y a prestar un jersey a quien tuviera frío. La llegada de la policía para buscarle había sumido a todos en el desconcierto. Estaban preparados para resistir una orden de desalojo o las rutinarias detenciones cuando los altercados iban a más. Para movilizarse en masa cuando hacía falta. Pero esta vez no habían sido los antidisturbios, viejos

conocidos del lugar, sino dos agentes de Homicidios los que habían descolocado a los okupas al llamar en medio de la noche. «Hijos de putas —decían los okupas—. No saben ya qué hacer contra nosotros».

María recordó las imágenes del río. Un chico acompañaba al principal sospechoso y a Saramú en la presa número 5, pero ella sabía que no podía ser Eloy. El chaval era muy amigo de la chica, le había dado su agenda, la había llevado a donde ella había necesitado ir y, sobre todo, dentro de la serenidad que transmitía en general, se colaba un dolor hondo que mutaba, no en palabras, sino en hechos certeros. Entre los dos había nacido una sintonía inmediata, entera, sin explicaciones, que era tan difícil de lograr como extraordinariamente valiosa cuando se trataba de investigar un crimen. Desde el primer instante, el chico había comprendido que ella buscaba la verdad, fuera cual fuera su situación, y María había sentido idéntica transparencia de objetivos. No sabía cuándo ni por qué había llegado a la Dragona, pero confiaba en él porque, aunque ocultara un pasado o simplemente lo eludiera, a todas luces era lo que parecía y no otra cosa. Y ella podía equivocarse con sus fuerzas y a menudo lo hacía, pero no con las personas.

Con excepciones, claro. Pensó.

Todo esto se lo habría trasladado a sus compañeros de la policía si no la hubieran excluido, si no hubieran avanzado al margen de ella por caminos erróneos. A saber qué fuentes les habían llevado hasta el chaval. Ella tampoco sabía gran cosa de Eloy ni dónde podía buscarle si no estaba en la Dragona. Tampoco había logrado averiguar por qué no vivía con esos padres y esa hermana —de los que, sin embargo, conservaba una foto desgastada en una pared de su habitación—, sino en esa casona oscura y pintarrajeada junto al cementerio, sin toma de agua, de luz, ni de gas, que rivalizaba en sombras con los árboles que la circundaban.

De pronto se dio cuenta de que estaba estrujando el cojín del sofá con tal fuerza que se había clavado el cierre de la cremallera en la palma de la mano. La liberó de un manotazo. Se levantó a caminar por el salón, se acercó a la ventana, volvió al sofá, se encaminó a la cocina. Un café la ayudaría a pensar y cargó la cafetera. Toda la serenidad que transmitía Eloy y que la había acompañado en esta búsqueda se había esfumado con velocidad y en su lugar sentía los nervios llamando tercamente a la rabia. Tomó su taza humeante y regresó al sofá. El móvil se estaba iluminando. Lo cogió.

Era Rodrigo Tesón, y lo rechazó.

Él insistió. Debía responder, el hombre no había cometido más crimen que entregarse con más devoción de la que debería en una habitación de hotel que

ahora se le antojaba una burbuja evanescente, muy lejos del abismo en el que ella había vuelto a hundirse.

«Tenemos otro muerto, perdóname, Rodrigo —tecleó—. Te escribo».

Él permaneció unos instantes *en línea* y después calló.

Después revisó los wasaps. Buscó el contacto de Tomás y se le agitó el pulso al ver que también estaba *en línea*, tan vivo y tan accesible y, sin embargo, tan lejos. ¿Con quién hablaría? En su imaginación le suponía triste, aislado del mundo en algún espacio de intimidad infranqueable e interrumpido solo por las sesiones de rehabilitación, y tal vez solo estaba fijando una cita con el fisio o chateando con sus padres. Quería pensar. Porque también había roto el contacto con Martín y todos sus amigos de la policía. E imaginarle ahora chateando con alguien que no acertaba a calcular la desconcertó. Pero ahí seguía Tomás, *en línea* con un nuevo factor desconocido. La conversación continuaba entre dos puntos incalculables del mapa mientras ella se adentraba, pasmada y excluida, en los celos.

Celos, sí.

Acudió a Twitter, sobre todo para salir de la zona incandescente donde el suelo parecía haberse convertido en lava. Abrió el perfil de Oleroy. La movilización por Saramú había decaído, pero recogía la detención del profesor Salas. *Ese cabrón*.

Entonces vio un mensaje privado. Era de Tomás. No era la mejor noticia para su ritmo cardíaco, que volvió a agitarse, pero sí para su amor propio. Tomás le había escrito de Chatoy a Oleroy, de perfil falso a perfil falso sin pasar por sus verdaderas personalidades, y puede que su interlocutor o interlocutora en el WhatsApp estuviera disfrutando ahora de su conversación, pero ella estaba disfrutando de algo más importante: su ayuda, su dedicación. Se dijo esto para hacérselo creer aunque en realidad con escasa convicción, porque de lo que le habría gustado disfrutar en realidad era de su chateo *en línea*, por no decir de su mirada, de sus manos y de su cuerpo entero. De Tomás a María, y no de Chatoy a Oleroy, que situaba la barrera de su relación en la ayuda profesional sin territorios privados. Frena, Ruiz.

Abrió el mensaje. Tomás-Chatoy lo había enviado en realidad el día anterior. La noche anterior. Cuando ella estaba seguramente en quirófano tras su absurdo accidente con las palmeras de La Vaguada.

«Atención en San Antonio de la Florida, puede pasar algo».

María lo releyó anonadada. No es que pudiera pasar algo la noche anterior, como le avisaba Tomás. Es que había muerto un hombre de verdad, sí, junto a San Antonio de la Florida, que Tomás lo sabía de antemano y que

tal vez se podía haber evitado. Tecleó indignada, ¿por qué coño no nos has avisado? Después lo borró. Era ridículo que Oleroy abroncara a Chatoy en un mensaje directo de Twitter sabiendo como sabía que solo eran ella y Tomás. Volvió al WhatsApp y se situó sobre el contacto de Tomás. Que seguía *en línea*. Ahí sí volcó la rabia.

«¿Por qué no nos has avisado? Hay un muerto, joder».

No se permitió dudar y lo envió. Inmediatamente se arrepintió. Vio que él siguió *en línea* pero fueron décimas de segundo antes de que se hiciera el silencio. Él había cerrado su WhatsApp.

«Perdona, Tomás, solo quisiera hablar».

Silencio. Él había desconectado. Ni siquiera le regaló las rayas azules que indicaran que él había leído su mensaje.

«No quería decir eso, Tomás».

«Tomás».

«Escríbeme, Tomás. Te quiero».

Después arrojó el móvil a un destino parecido al del cojín. Tal vez había frustrado la única vía que él había abierto para comunicarse con ella. Pero si Tomás había dado la primera voz de alarma, aunque a ella no le hubiera llegado, tendría que dar las siguientes. Dio otras vueltas por el salón, tenía que salir. Cuando ella lograba concentrarse en la investigación, todo avanzaba. Cuando la distraía la rabia por la situación con Tomás e intentaba avanzar por donde él había dejado claro que el camino estaba cegado, se colapsaba. Si Tomás no quería existir para ella solo le quedaba Chatoy así que recuperó el móvil de la alfombra, buscó el Twitter, se situó sobre el mensaje directo y, con esforzada calma, escribió.

«¿Cómo lo supiste? ¿Me puedes decir algo más?».

Silencio.

«Perdóname, Tom... —Iba a enviarlo, pero borró las últimas letras y envió—: Perdóname, Chatoy».

Silencio.

Después salió. Si todos los crímenes tenían relación con cuadros de Goya, debía volver al Museo del Prado.

Llegó al museo en taxi, pagó al contado y, sin paciencia para esperar las vueltas y mucho menos la cola de turistas que doblaba la esquina hasta un horizonte impreciso del Paseo del Prado, avanzó hacia la entrada. Hacía calor, se había dado una ducha rápida y se había puesto un traje oscuro y formal de pantalón que disimulaba las heridas en hombro y piernas que, sin embargo, no convenció al guarda de seguridad.

—Soy policía —dijo—. Tengo que entrar.

El guarda miró su rostro, o más bien las costuras que habían oscurecido aún más el hematoma, y simplemente dijo:

—Tiene que sacar su entrada.

María echó un vistazo a la nube de japoneses sudorosos que iban accediendo en grupos guiados por paraguas de colores alzados entre la multitud y decidió pasar al plan B. Cuando se le abrió expediente había entregado la placa y la pistola, como manda el reglamento, pero se le despistó otra identificación que no había previsto usar, aunque tampoco devolver. Hasta hoy. Buscó la cámara que registraba los accesos, se situó de espaldas a ella y se la tendió al esforzado guarda jurado.

—Le repito que soy policía. Tengo que entrar.

El agente leyó con atención el carné, volvió a observar su mejilla hinchada con aire dudoso y se lo devolvió. Pero se apartó y, sin mostrar demasiada convicción, la dejó entrar.

María se apresuraba hacia la sala de las Pinturas negras cuando recordó que había otra zona destinada a Goya en la primera planta. Subió. En estos días apenas había tenido tiempo de profundizar, pero el libro del profesor Salas le había robado ya muchas horas de sueño y sabía que era tan importante lo que se veía como lo que no se podía ver. El primer crimen, el de Saramú, escenificaba un dibujo que no estaba expuesto, sino que estaba resguardado a la temperatura y oscuridad idóneas en los archivos del Prado.

La muerte del cachorro de Martín era una réplica sorprendentemente exacta del *Perro semihundido*. Sabía también que podía volverse loca si había que buscar alguna pauta oculta en la obra de Goya y, sin embargo, había que intentarlo. Tenía que haber algo, aunque solo fuera una música lejana a la que le faltara la letra.

En la planta de arriba observó el retrato de *La familia de Carlos IV*. Ella no era entendida en arte ni tan siquiera aficionada, pero no había que hacer un máster para darse cuenta de que el lienzo escondía un juego de miradas y posiciones que narraba un culebrón de envidias y matices en torno al poder: el poder ejercido como un traje a la medida, el poder que le sobra a quien lo hereda sin méritos, o el anhelo de poder a quien, sin tenerlo, lo ambiciona. Todo ello estaba pintado en los retratos de la reina María Luisa, del rey Carlos IV y de su mediocre heredero, el futuro Fernando VII, mientras los demás hermanos posaban entre la holganza, la ignorancia, la conciencia del estómago lleno y la estupidez. Había otras familias impactantes, como la de los duques de Osuna, brillantes y clarividentes desde el peinado hasta la cola del perrillo de los niños. Y había una sensualidad limpia y directa, tranquila, sin procacidad alguna, en *La maja desnuda* que después de la intervención de la Inquisición tuvo que replicar vestida.

María la observó atentamente. Su talle perfecto y su belleza representaban en un solo cuerpo el canon de todas las épocas al mismo tiempo. El mundo podía haber visto evolucionar la mirada del deseo desde las carnosidades celulíticas del Medievo hasta la anorexia de las pasarelas, pero la maja era deseable en todas ellas. De piernas jóvenes con la abundancia y curvas exactas, de cintura y vientre acogedores, de pechos firmes y carnosos, de pezones atrevidos, de melena oscura y rizos contundentes al modo de la duquesa de Alba, la verdadera *influencer* de la época. De pubis expuesto, ni abierto ni cerrado, para la mirada libidinosa de Godoy, a quien iba destinado el cuadro. Era uno de los primeros sexos visibles de la historia del arte reconocido y el viejo Goya había sabido dibujarlo sin que a nadie —ni a la chica retratada ni al espectador inteligente— le sobreviniera la vergüenza. La lujuria podía desatarse en los ojos del entonces valido del rey ante el retrato de su amada, Pepita Tudó, y hoy en los de los visitantes, pero nunca en ese cuerpo que solo aspiraba a yacer con el orgullo tranquilo de la perfección. Nada sobraba y nada faltaba, no solo en esa mujer tumbada, sino en su mirada calmada de sirena entretenida en su propio arte de flotar ajena al mundo. Los marineros, allá ellos. El porno chusco de móvil podía venirse abajo ante su contemplación.

María también se entretenía, pero en su caso sin saber a dónde quería llegar. Siguió recorriendo los cuadros. Si el asesino era un hombre obsesionado con Goya, como creía, y había aprendido del genio, podía estar segura de que iba a estar cargado de matices, que iba a poder jugar con ellos —con sus víctimas y con la policía— como el pintor había jugado con sus propios retratados registrando sus debilidades mientras ellos pagaban y se jactaban de poder exhibirlas en las paredes de sus mansiones. Los defectos, a la vista de todos, qué guapo estás. El rey desnudo.

Ruiz siguió vagando por las salas sin poder llegar a conclusión alguna. Los turistas empezaron a abarrotar el espacio ante las majas mientras sus guías pugnaban por hacerse oír. Los japoneses se apelotonaban y uno llegó a empujarla, avasallador. María decidió bajar a ver las Pinturas negras.

El espacio no era más fácil ni más acogedor. Los visitantes se agolpaban en una sala que se quedaba pequeña, se abanicaban con los folletos y María se quedó en la sala anterior. Ahí estaban los dos mayores iconos del Madrid de Goya, *El 2 de mayo de 1808 en Madrid* y *Los fusilamientos*, también asediados. Pero encontró un ángulo desde el que observarlos, e incluso desde el que escuchar las explicaciones de una guía.

El asesino nunca iba a tener la capacidad de representar un episodio de esta envergadura, pero tenía que haber una clave. Seguramente él también había estado ahí y había escuchado una vez tras otra la misma explicación.



El 2 de mayo de 1808 en Madrid o La lucha de los mamelucos (1814).

El primer cuadro, *El 2 de mayo de 1808 en Madrid*, recogía la sangría de los mamelucos contra el pueblo de la capital y la furia de los humildes — arrieros, zapateros, sopladores de vidrio, cerrajeros, estudiantes, clérigos o cocheros y nunca soldados— contra ese cuerpo de mercenarios egipcios enviado por el mariscal Murat. Unos y otros se apuñalaban, se desgarraban y enseñaban los dientes visibles por la rabia o por las muecas no elegidas de la muerte, mientras que sus supuestos líderes, Carlos IV y su hijo Fernando, se plegaban en Bayona a Napoleón. Demasiado desafío para un asesino obsesionado. El segundo cuadro, *Los fusilamientos*, abordaba el castigo a la población. Los soldados franceses ya habían llegado y escondían el rostro tras las mirillas de sus armas para concentrar la puntería ante el célebre madrileño de camisa blanca y pantalón marrón que abría los brazos de par en par para acoger a la muerte, tan valiente como desvalido. En su gesto había horror y martirio, pero no rendición.



El 3 de mayo en Madrid o Los fusilamientos (1814).

También había algo más. María volvió a contemplar el mural. Se aproximó ante las quejas de la marabunta de turistas que guardaban su puesto como un solo hombre y se plantó ante el cuadro. Lo observó. En medio del dolor, de rostros tapados y suplicantes no ante las tropas, eso jamás, sino ante el cielo, un hombre acogotado observaba la escena sin actuar. Estaba tan agachado que parecía encogido. Un gorro le cubría la cabeza y las manos le tapaban la boca y el mentón, con gesto sobrecogido. Solo sus ojos se asomaban desorbitados, amedrentados, y parecían apelar al público ante lo que ocurría a su alrededor. Goya había elegido ese rostro espantado y concentrado como testigo de los disparos infalibles del invasor armado sobre la tropa de pobretones harapientos que le había hecho frente. En parte como el propio pintor, testigo del desastre de una guerra desigual en la que unos cobraban (de Napoleón) y otros solo ponían el sufrimiento patriótico, la sangre y la orfandad (de Borbón). Los reyes estaban ya muy lejos y este país ya ensayaba lo de defenderse solo.

De pronto, María recordó el blog. En cada una de las entradas publicadas hasta el momento había un testigo narrador. ¿Y si Yago quería en realidad que el testigo tomara el protagonismo y cambiara algo desde dentro? ¿Y si en

ellas estaba anunciando su intervención? En todas, el autor parecía asumir esa identidad, hablar desde el cuadro.

«Estás desvariando. Vuelve a tierra».

María se alejó entonces de los dos murales y se aproximó de nuevo a la sala de las Pinturas negras. Tenía que esperar a que se despejara, así que se quedó remoloneando ante las pinturas situadas junto a la entrada. Un par de bodegones, obra menor. La vista se le fue hacia ellos, despistada.

Entonces lo vio.

Varias aves yacían sin vida, apiladas unas contra otras como si alguien hubiera depositado en el suelo el manojo de cuerpos agarrados por los cuellos. Todas tenían los ojos cerrados. Los picos apuntaban hacia las demás con un resto de energía ya engañosa, como las alas semiabiertas. Miró el otro bodegón. Un pavo muerto alzaba elegantemente su cabeza desplegando toda la rugosidad de su carúncula roja bajo un pico tan extendido y curvo como las alas puntiagudas que empinaba hacia el cielo. El pavo se estiraba en un intento póstumo de prolongar el aliento arrebatado. Como si fuera a emprender el vuelo que la naturaleza también le había negado en vida.



Aves muertas (1808-1812).



Un pavo muerto (1808-1812).

María tomó su móvil, buscó la galería de fotos que le había compartido el camarero alemán. Era exactamente la misma posición que la de los pavos muertos junto a la casa de Martín. Casi podía sentir su cuerpo cálido bajo las plumas rígidas. En las fotos y en los cuadros. Como sentía también el acecho del asesino obseso, inteligente, sádico y muy preparado.

La sala de las Pinturas negras al fin se había despejado un tanto y María se vio engullida por los que, como ella, aguardaban su turno para pasar. Entraron en tromba.

Los murales oscuros que habían decorado la última casa de Goya en Madrid atraían a la nueva masa de turistas que buscaban esa exhibición de horror. Las parcas, los carneros diabólicos, los borrachos, los garrotazos, los viejos desdentados, las mujeres sin escrúpulos, las asesinas y el pobre perro condenado al fango aguardaban al visitante en una especie de túnel del terror que había sido el hogar del pintor. Las pinturas tuvieron que ser arrancadas de las paredes de su quinta, la Quinta del Sordo, que él abandonó para exiliarse en Francia. Era una historia conocida. María seguía devorando todo con la vista, intentando grabar en su mente cada título, cada imagen, cada coda escrita al pie de cada cuadro sin saber qué le podía servir o si ella misma estaba cayendo en la demencia. Goya al fin y al cabo era viejo y sordo cuando

lo pintó, podía estar senil. Pero ¿ella? Tenía que esforzarse para recordar constantemente al medicomendigo y el rostro joven de Saramú para no perderse en el delirio de un recorrido que podía no tener ningún sentido. Aquí no había balas, ni tiros, ni huellas, ni restos de ADN que le pudieran valer en una investigación común. Pero había otra cosa.

Había un contexto.

Había una lección.

Había una inspiración.

Había un genio.

Y había o podía haber una imitación.

Una suerte de interacción contaminante con el legado del genio.

Y además había una masa de turistas que la empujaba hacia el fondo de una sala que se había quedado visiblemente estrecha para tanta genialidad condensada en tan pocos metros cuadrados. Los grupos guiados la arrastraron hacia el lado opuesto, donde al darse la vuelta se dio de bruces con otra de las trece pinturas malditas.

Era *Saturno devorando a su hijo*. Otro ser desorbitado, huesudo y loco a tono con los demás habitantes de la Quinta, que había arrancado ya la cabeza de su hijo y se disponía a engullir el brazo ensangrentado. Sus manos sujetaban el cuerpo desnudo y mutilado del niño y se clavaban en su espalda como si aún pudiera cobrar vida y escaparse de sus fauces. Y con esto se desayunaba Goya cada día al despertar.

María retrocedió, espantada. Empezaba a sentir náuseas. Logró sentarse en un recodo del asiento central, entre americanos cansados y japoneses sin expresión alguna en el rostro.

Entonces decidió irse. Saturno le había recordado que otro cuerpo yacía en Madrid sin cabeza y no era precisamente un hijo de la mitología. Esperaba que el asesino no lo hubiera devorado para conquistar, como hacía el dios romano, su reino en el cielo.

Eloy se había esfumado de la Dragona cuando llegó la policía. Nadie le vio, pero debió escurrirse por alguna ventana para huir. Y eso no era buena idea, pero María se hacía cargo de que, en el universo de Eloy, no había alternativa. Ella no sabía gran cosa de él, nada en realidad, pero era infinitamente más doloroso imaginar que estaba muerto y descabezado que no perseguido por sus compañeros de la policía de Homicidios, así que lo primero que debía hacer era tragarse su orgullo y averiguar por qué le buscaban. Qué tenían contra él. Si acaso le habían detenido. Si no podía descartar su posible muerte, debía descartar al menos su posible detención.

Así que tras salir del museo llamó directamente a Esteban. Sin intermediarios. Su antiguo segundo le respondió.

—Jefa —se atrevió a decir.

—¿Jefa?

—Comisaria. —Tomó un respiro unos segundos y continuó—. Si estuvieras en mi lugar harías lo mismo que yo. Órdenes son órdenes. Soy el primero que... —Entonces se calló.

—¿El primero que qué?

—Déjalo. Todos te echamos de menos, comisaria. —¿Había dicho «echar de menos», había expresado un sentimiento que tal vez era «el primero» en experimentar? Era todo un alarde de humanidad por parte de Esteban, que sin dar espacio para la réplica siguió—: Esto es un desastre, Ruiz.

—Más bien dos —replicó ella.

—Ya. —Esteban mantuvo unos segundos el silencio—. ¿Lo hablamos o lo peleamos?

—Perdona. —María lo dijo sinceramente. Esa, la dicotomía entre colaborar o tirarse los trastos a la cabeza, había sido una reflexión muy digna del comisario Carlos, seguramente ambos habían aprendido de él y al menos

Esteban sabía ponerlo en práctica. Tras unos segundos de silencio, al fin Esteban arrancó.

—La chica murió a manos de dos hombres. Por el vídeo hemos deducido que ella llegó por su pie, suponemos que engañada.

—Correcto.

—Hemos detenido al profesor, encaja con el perfil de la grabación: un tipo alto, y, aunque no se le vea la cara, tiene un móvil: hay acoso, hay relación tóxica y una coartada muy débil.

—No es el asesino, Esteban.

—Eso he oído, que no compartes nuestra versión.

—El asesino está suelto. Y la prueba es que ha vuelto a actuar.

—¿Cómo sabes que es el mismo? Podría no tener nada que ver.

—Podría.

—¿Pero?

—Mismo entorno, mismo escenario, misma obsesión. Todo alrededor del río Manzanares y... —María dudó, era difícil expresar en voz alta a un colega de la policía, a alguien acostumbrado a lidiar con ajustes de cuentas, venganzas o peleas entre bandas, que el asesino del Manzanares parecía actuar movido por un juego visual, por un anhelo de convertir en realidad la abstracción de lo que ya existió en otro tiempo. De trasladar escenas del siglo XIX al XXI sin túnel del tiempo, sin raciocinio ni ley y sin más lógica que la ambición de poseer y dominar un acontecimiento que fue del pintor hasta reproducirlo en versión cruda y gore; de crear su propio arte a partir de la intervención en los escenarios que el genio había inmortalizado previamente. Si Goya había cambiado la historia con el pincel, él iba a cambiarla con la muerte.

—Luna me ha contado tu teoría sobre Goya. En el primer crimen y en el blog. Pero la verdad, comisaria, es aún más floja que la coartada de Salas.

—Sara Muñoz investigaba a Goya.

—El profesor Salas también. Si vamos a seguir tu teoría, ten en cuenta que también por ahí todo apunta a Salas.

—Y el verdadero asesino también. Yago también es alto y resultaba que había quedado con ella en la presa donde murió. ¿Qué más quieres?

—No te preguntaré cómo lo sabes —sentenció Esteban.

Después calló. Ese dato estaba en la agenda de Sara y si lo empleaban no solo podría verse invalidada la investigación por tratarse de una prueba ajena al cauce oficial, sino que la carrera de Ruiz estaría sentenciada. Y aún quería mantenerla al margen.

—Hay otro dato, Esteban —continuó Ruiz—. Ella le ingresó buena parte de sus últimas nóminas a Yago.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Esteban se sorprendió. Datos bancarios. María había ido muy lejos.

—Da igual.

—No da igual.

—Me lo pasó... un voluntario. Alguien con acceso a sus cuentas.

—¿Un voluntario? ¿Queréis joderme entre todos? Solo conozco a una persona capaz de bucear en las cuentas y eso ya no es materia de expediente, coño, eso es delito. ¿También Tomás se ha metido en esto?

—Pide una orden judicial, Esteban. Investiga las cuentas de Sara, ya deberíais haberlo hecho, joder. Encontrarás esas transferencias y el dato estará limpio. ¿Y has conseguido el teléfono de Sara? ¿O vas a esperar a que también me adelante? —estalló Ruiz.

—Estáis locos los dos, comisaria —se resignó Esteban—. Tomás y tú.

—Nadie ha dicho nada de Tomás. Tengo mis recursos, Esteban. —María seguía cabreada. Al fin y al cabo Chatoy no era más que Chatoy, un paseante de la internet profunda y colaborador anónimo en la red. Qué más hubiera querido que contar de frente con Tomás, cara a cara y no con un avatar que había puesto todos los filtros del mundo para guarecerse. Pero aún tenía más preguntas—. Sobre el segundo caso, el asesinato de hoy, ¿tenéis algo más?

—Sí. Hay algo. Y no son buenas noticias para ti.

María se calló, casi atragantada por lo que había parecido una sentencia de muerte. Esteban no tenía por qué saber nada de su relación con Eloy, pero estaba visto que entre su viejo equipo y los dos periodistas en versión *hombre-del-pasado-y-niña del futuro* fluía la información, o al menos una buena parte de ella.

—¿Tenéis ya una identidad? —preguntó, la voz entrecortada.

—No —respondió Esteban—. El varón siniestrado, o lo que queda de él, no tenía nada encima, ninguna documentación.

—¿Entonces?

—Solo tenía una tarjeta de visita.

—¿Cuál? —María pasó dificultosamente la saliva.

—La tuya.

—Joder. —María se tragó el resto de los insultos que se le amontonaban en la garganta junto a la saliva reticente. No recordaba que Eloy tuviera su tarjeta porque ni siquiera Nora había llegado a verle para darle sus datos, como le pidió, pero... ¿No se la había dado a un hombre?

Intentó recordar. Durante la conversación con Esteban había entrado en el Retiro. Se sentó en un banco, a la sombra, manteniendo el teléfono en la oreja aunque solo fuera para comprobar el silencio en el que se había sumergido su segundo y el que ella también guardaba. Hacía poco había recorrido esas alamedas en la bicicleta cochambrosa, siguiendo a Eloy hasta los túneles subterráneos del Manzanares, donde habían penetrado en territorio oscuro para encontrar a Yago y, en última instancia, para inspeccionar sus extrañas pertenencias. En aquellas profundidades, tan cerca y tan lejos a la vez del mundo de todos, un hombre se le había acercado con curiosidad tras emerger de su pirámide de cartones. ¿Qué le dijo? María no lo recordaba exactamente. Que Yago podía estar al caer, que aquello le iba a molestar, quería saber si ella era policía, saber qué buscaban. Le dio su tarjeta, sí. ¿Y ahora ese hombre estaba descabezado en una morgue, el tórax abierto y la cabeza probablemente en la ribera del Manzanares, donde fue asesinado? Recordó también el mensaje tardío de Chatoy: «Puede ocurrir algo en San Antonio de la Florida». ¿Qué había averiguado Tomás? Probablemente había visto la última entrada del blog antes que los demás y la había querido avisar. Todo se estaba atropellando con rapidez menos ellos, los buenos, los supuestos buenos, que por estar separados y enfrentados iban más lentos que el malo.

—Es un mendigo, Esteban. Y es un vecino de Yago, el médico asesino.

—¿Vecino?

—Vecino de... cartones. Ambos viven en un refugio de mendigos en el túnel Bonaparte, junto al Palacio Real.

—No hay habitantes en el subsuelo de Madrid, lo sabes como yo.

—Lo creía como tú. Ahora sé que los hay.

—¿Y cómo lo sabes?

—Mejor no preguntes.

—Me temo que vas a tener que dar una explicación, Ruiz. Eres posiblemente la única que le puede identificar.

—No conozco su identidad.

—Tendrás que explicar por qué ese hombre tenía tu tarjeta. Y eso te va a complicar todo aún más.

—La verdad es que me la suda, Esteban. —María intentaba desencajar una piedra del suelo y lo logró con tal fuerza que la piedra salió disparada. La atrapó con el mismo pie—. Y tú también deberías pasar. Yo no he hecho nada malo. El asesino se está riendo de nosotros: ha matado y nos ha expuesto ante nuestras narices, casi en directo, pavos, un perro, a una becaria y ahora a un mendigo como si fueran obras de arte. ¿No te das cuenta? ¿Y nosotros

preocupados por mi expediente? Estamos lentos, cojos y mancos. Y somos idiotas. ¿Te das cuenta de que somos nosotros los que no estamos cumpliendo mientras él nos deja todas las señales de sus crímenes, a sus anchas? —María volvió a disparar la piedra, que casi alcanza a un perro que seguía a su dueña de cerca y que no protestó. Ay.

—Vas a tener razón —reconoció Esteban, tocado.

—Pues si tenéis huevos venid a mi casa. Nos reunimos. Lo analizamos todo. Las cartas boca arriba. Los cuatro casos. Con Luna y con Nora también. Todo en común. Cuando queráis. Como siempre hemos hecho, Esteban. Me la suda el expediente.

—Sería tu fin, Ruiz. Y el nuestro.

—Haz lo que quieras. Yo allí estaré. Venid si queréis. Yo seguiré trabajando.

—Dime una cosa, Ruiz —dijo Esteban—. ¿Has dicho cuatro casos?

—Claro que sí: pavos, perro, becaria y mendigo. Es la secuencia. De los tres primeros ya conozco los cuadros. Del cuarto, aún no.

—Espera. ¿Por qué no sé nada de ningún perro?

—Eso pregúntaselo a Martín. Él sí lo sabe. Tal vez después confíes en mi teoría sobre lo que puede llegar a hacer un perturbado obsesionado con el arte. Hay muchos casos en la historia. Y no es tan floja como crees.

—Sin duda tendré que pasar por tu casa, Ruiz.

—Espera. También yo tengo otra pregunta, Esteban.

—Dispara.

—¿Por qué buscáis a Eloy?

—Con el asesino alto había otro pequeño, cuerpo de chaval. Solo puede ser el tal Eloy. Cruzamos las imágenes de las cámaras del río con las de la Dragona, donde ya sabemos que vivía Sara, no somos tan gilipollas como crees. Le encontramos y le identificamos. Tiene su aspecto. Y tiene su altura. No hay más.

—¿Imágenes de manifestaciones? ¿De antidisturbios?

—Ya sabes cómo funciona, Ruiz. A los okupas los tenemos controlados. ¿Algún problema con eso?

María calló. Ella misma había analizado en otro tiempo horas y horas de grabaciones para detectar elementos peligrosos en el entorno okupa, violentos antisistema camuflados entre chavales de bien, pero Eloy no era uno de ellos, habría dado el brazo por él, incluso el que estaba ileso.

Después colgaron.

Sabía que había violado la confianza de Martín, pero era hora de avanzar.

Y también sabía que iba a ser imposible explicar cómo conoció al mendigo muerto en el entorno de Yago sin reconocer que estaba investigando por su cuenta, pero esto ahora no importaba.

Y lo que seguía sin saber era dónde estaba Eloy. Pero al menos ya sabía —o creía saber— que no estaba muerto. Ni detenido. Aún tenía esperanzas de encontrarle.

Solo al llegar a casa se dio cuenta de la oportunidad perdida. Si Eloy estaba fichado, si no como delincuente al menos en los archivos de elementos potencialmente peligrosos que manejaba la policía, podía haber preguntado a Esteban qué sabían de él. Incluso podía averiguarlo por otras vías. Los okupas solían estar controlados por la Brigada de Información, claro que sí, por agentes que acumulaban horas de grabaciones de las actuaciones policiales en sus centros, de manifestaciones o de teléfonos pinchados en investigaciones extensas de límites confusos. También de soplonos captados para la causa. Sabía que entre los okupas había en general estudiantes revolucionarios alejados de sus casas, gente de bien que creía en una vida ajena al sistema, pero también drogatas pegados al calor de los colectivos libertarios, normalmente inofensivos, y elementos muy violentos. Piedras, adoquines, capuchas, algún agente inválido tras enfrentarse con ellos, cuanto más agresivos eran más solían colaborar con la policía, en una doble vida que intoxicaba su discurso utópico. Esos eran unos putos tarados.

Pero Eloy solo pelaba cientos de patatas, una tras otra, mientras procuraba leña a su olla ferroviaria o comprobaba la bombona de la precaria cocina de gas. Salía al Retiro a recoger laurel. Y recorría las verdulerías y supermercados al caer la tarde para conseguir comida a punto de caducar. No debía haber razones para que lo tuvieran fichado y, si las había, simplemente no quería saberlas. O no de esa manera.

Abrió el ordenador, también el WhatsApp. Debía una llamada a Rodrigo Tesón, cuyo único pecado había sido ayudarla y divertirla y acaso quererla sin que se lo hubiera pedido. La noche que pasaron juntos —la cena, el paseo, el hotel— se había quedado en su cabeza como un paréntesis inexplicable, inmerecido, incómodo, porque ella estaba en su fuero interno con Tomás y solo quería a Tomás. Pero eso no era culpa de Tesón y pasarlo bien, lo había pasado bien.

Él le había dejado una ristra de mensajes primero entusiastas, luego un tanto mosqueados. El último decía que estaba de vuelta en Soria. Y tal vez por eso, por la tranquilidad de saberle lejos mientras desentrañaba el caos en el que ella sola se había involucrado, le llamó.

—Por fin —dijo él, el tono cauto—. ¿Cómo estás?

—Pues después de desmayarme y acabar ingresada una noche en La Paz con heridas en la cara, no estoy mal.

Rodrigo no sabía nada y María se lo contó. Las heridas ya eran lo de menos, porque todo se había complicado con el nuevo asesinato, la cabeza perdida en la ribera del Manzanares y el criminal sacándoles una ventaja indecente.

—¿Quieres que vaya a verte, María?

—No, no, Rodrigo.

—Te puedo ayudar.

—¿En qué me ibas a poder ayudar?

—Ya sabes que conozco gente, contactos, podemos averiguar cosas juntos.

—Déjalo.

—Lo intentaré otra vez, comisaria. Podemos simplemente estar juntos. Te invito a cenar. Vienes a mi hotel. Llenamos la bañera. Pedimos un champán.

—Joder, Rodrigo, déjalo.

Su voz era cálida. La de María, arisca. La oferta que le ponía al alcance de la mano era tan concreta y apetecible que, de entrada, no podía ser buena. ¿Hotel, bañera, champán y en ratos robados consultar el móvil por si había otro crimen o, sobre todo, por si Chatoy-Tomás le dejaba alguna miguita de pan hacia un camino inextricable en el bosque? Bosque oscuro, pero el bosque que ella había elegido al fin y al cabo.

—¿No estuviste bien, María Ruiz?

—Claro que sí, Rodrigo Tesón.

—¿Entonces?

Le tentó explicarle lo que le rumiaba por dentro, el choque de sentimientos que se le estaban amontonando en el estómago. Pero eso era parte del charco en el que no quería entrar y simplemente dijo:

—Ya me conoces.

Se despidieron. Le chocó que él no insistiera más, pero Rodrigo se había retirado, se había rendido sin más y ella se había quedado con el teléfono en la mano, mirándolo en silencio, como si la vida entera hubiera pulsado la tecla de pausa y a nadie le costara prescindir de ella.

Se acercó a su pizarra. Junto a los datos anotados había ido colocando copias de las obras de Goya que configuraban un manual de sabiduría al estilo de Séneca y uno de ellos, *El sueño de la razón produce monstruos*, se había despegado en una esquina. Lo estiró y recolocó el celo en el borde.

Observó el dibujo. Una bandada de enormes búhos y murciélagos se cernía sobre un hombre que se había quedado dormido en la mesa. El hombre estaba vestido, por lo que cabía deducir que el sueño le había sobrevenido de improviso, y las aves de mirada siniestra y tamaño desproporcionado llenaban la escena como probablemente llenaban su dormitar desapacible. Quién dijo Hitchcock. Goya había inmortalizado los monstruos que pueblan la mente mucho antes de que multitud de pájaros aterrorizara a Tippi Hedren hasta el desaliento. El título que había escrito el pintor en esa colección de leyendas, que en sí mismas configuraban un manual al estilo de Séneca, además, insinuaba que no es precisamente el dormir lo que desata monstruos, sino renunciar a la razón, a la voluntad, a los principios, a las elecciones propias. Ella había elegido la lealtad a Tomás, aunque le pesara, como había elegido perseguir a los criminales por encima de su propia suerte. El bien es el bien, una poderosa opción de vida. Renunciar a ello habría sido traicionarse, traicionar esa razón y echarla a dormir junto a ese hombre atormentado por los búhos. Observó un animal semiescondido. Parapetado detrás del hombre, un gato de aspecto torvo, de orejas puntiagudas y ojos de tirano, mantenía la mirada del propio espectador, y por tanto del pintor que había sido Goya con una desvergüenza que seguía vigente doscientos veinte años después. Como si aún estuviera vivo.

Entonces sonó el teléfono.

Tomás Madre.

Se sobresaltó. La madre no le había devuelto la llamada que le había hecho días atrás desde el Museo del Prado y tal vez simplemente lo estaba haciendo ahora.

—Perdona, he tardado en llamarte —dijo la mujer. Su tono era lento, pesaroso.

—No pasa nada, no pasa nada —repitió apresuradamente María, simulando una disposición tan animosa como si la hubieran pillado en falta. Pero que esta llamada ocurriera después de la de Rodrigo era algo que solo sabía ella. Debía calmarse.

—Es por Tomás.

—¿Cómo está? —Un nubarrón entristeció su rostro.

—Es complicado, María. —Su voz era temblorosa—. ¿Crees que podemos vernos?

—Claro.

—¿Sigues de baja? ¿Puedes acercarte a Ávila y charlamos?

Uf. De baja. Era una entelequia poderosa. En cualquier vida normal podría haberse ido a Ávila a pasar la tarde tras reunirse en Madrid con su abogado, que la perseguía desde hacía días para preparar una vista que se aproximaba en el calendario, pero en la suya no tenía tiempo ni para el abogado ni para moverse hasta Ávila. Bastante se había distraído ya mientras el asesino seguía haciendo su trabajo.

—Es algo complicado. ¿Qué ha ocurrido?

—Necesito verte, no es para contar por teléfono. —Parecía estar a punto de llorar, si es que no estaba ya llorando.

—¿Está bien Tomás?

—Es el problema. No sabemos nada de él. Tal vez tú...

—Yo tampoco sé nada de él, me asustas. Él ha cortado toda comunicación conmigo —mintió, pero la conexión Chatoy-Oleroy no contaba, no debía contar, no contaba apenas para ella y probablemente tampoco debía contar para una madre.

—En realidad yo me puedo acercar. Si me acerco esta tarde a Madrid, ¿podemos vernos?

—Claro que sí. —No sabía de dónde iba a sacar el tiempo pero sí sabía que, entre los murciélagos que acechaban su razón, Tomás seguía siendo su prioridad.

—¿Nos vemos en Chamartín?

—Ahí estaré. Avísame cuando cojas el tren.

Que Tomás no quisiera verla a ella podía ser incluso comprensible, un hombre entero como él tan impedido en su cuerpo, y sobre todo en su amor propio. Pero que no quisiera ver a sus padres. Recordó su último mensaje, le había reprochado de mala manera la tardanza en avisar del último crimen, aunque era ella la única que había tardado en leerlo con el maldito percance de la palmera. Recordó también sus heridas, que de repente le dolieron. Y recordó a Eloy. Joder. Todo se había complicado.

Luna despertó asustado. Un taladro parecía decidido a agujerear la esencia misma de la vida, o por lo menos a malograr la siesta improvisada que estaba echando en el sofá. Había obras en el piso vecino y el ruido se le había colado hasta en la baba que le afloraba entre los labios y que se deslizaba hasta el cojín en el que reposaba. También le dolía el hombro.

De noche apenas había podido conciliar el sueño, que sin embargo le había atrapado de día en el sofá mientras intentaba pensar en el último crimen del Manzanares. Últimamente le ocurría a menudo. Pensar solía convertirse en el pasaporte al sueño porque cada vez que se proponía concentrarse en algo fracasaba. Sin que eso añadiera un ápice a la solución que buscaba.

Esta vez Morfeo le había pillado intentando pensar en el BBVA. Debía contestar ya y sabía que iba a decir que sí, dinero es dinero, pero eso no garantizaba que su mente le siguiera el paso. Por el contrario, su cabeza no lograba salir del caso Manzanares. El último crimen no representaba exactamente ninguna obra de Goya, salvo acaso Saturno devorando a su hijo, pero si se trataba de eso era demasiado chapucero. El hombre que había ejecutado a una chica con la parafernalia de la Inquisición y en sitio público, llevado a un perro a su ahogamiento o buscado, matado y depositado unos pavos en la misma posición que el lienzo del Prado no iba a convencer a nadie de que se había tragado la cabeza de un mendigo. Aunque quién sabe.

Había leído la última entrada en el blog, que también podía dar pistas de otra cosa. Mencionaba la ermita de San Antonio y su memoria le decía que ahí había un importante fresco de Goya. Y no solo un fresco. Si no se equivocaba, el propio Goya estaba enterrado allí.

Si Nora o Ruiz hubieran estado cerca les habría pedido que buscaran esa pintura, que no recordaba bien. Él mismo podía hacerlo en su ordenador, pues lo del teléfono inteligente lo llevaba un poco mal, pero arrancar el monstruo

podía llevarle más tiempo que telefonar, que además siempre tenía otras ventajas. Así que llamó a María.

—Comisaria.

—¿Cómo estás, Luna? —respondió María con lentitud.

Le extrañó tanto protocolo. María debía estar de bajón e iba a tener que espabilar si quería remontar todo lo que le había caído encima, la vida es dura.

—¿Te cuento y me cuentas? —probó con la vieja fórmula.

—Dale.

Luna esperó unos segundos.

—¿Seguro? Te noto rara.

—Cuéntame, Luna. Pero no creo que pueda corresponderte con nada.

—Venga, va. Por esta vez, gratis.

—Dispara.

—Supongo que has leído la última entrada del blog.

—Sí señor.

—Ya ves que habla de un suceso en San Antonio de la Florida. Pues bien. He recordado que hay frescos de Goya en esa ermita. ¿Los conoces?

—Ni idea.

—Ponte a funcionar, Ruiz. Busca en ese aparatito tuyo.

—¿O sea, que en realidad me llamas por no buscarlo tú?

—Venga. Te estoy haciendo un favor.

—Qué cara más dura tienes. —María empezó a reaccionar—. Dame detalles. Ya estoy en el ordenador.

—Sin más: frescos de Goya en San Antonio de la Florida. No recuerdo más.

—Lo tengo. —María leyó rápido y salteando la retahíla de datos que ofrecía la web del Ayuntamiento—: «... finales del XVIII... templo famoso por su romería... regalo de Carlos IV a María Luisa... planta de cruz griega...». A ver. Aquí lo tengo, te leo: «Representa el milagro de San Antonio de Padua, aunque no de forma especialmente piadosa. Los ángeles son en realidad jóvenes hermosas y voluptuosas y no seres angélicos. Llama la atención el grupo de mendigos y harapientos que rodea al santo».

—Así que mendigos y harapientos —dijo Luna—. Eso cuadraría. ¿Nos vamos a verlo? ¿Quedamos allí?

—No puedo esta tarde, Luna. —Su tono volvía a ser arrastrado, pesaroso.

—¿Qué te pasa? ¿Te has rendido? Te noto rara.

—La madre de Tomás viene a verme, algo ha pasado.

—Joder, pobre gente. ¿Qué crees que es?

—No lo sé, Luna, pero yo soy parte de esa gente. De esa pobre gente.

Luna se mantuvo en silencio, al fin y al cabo formaba parte de una generación que había aprendido a tragarse las desgracias como la comida de comedor, sin libertad para elegir ni capacidad para darle muchas vueltas a las cosas. Al menos verbalmente. La cabeza era otra cosa.

—¿Quieres que te mantenga informada?

—Claro que sí, Luna. Te lo agradezco.

¿Te lo agradezco? María estaba verdaderamente desconocida.

—No necesito que me agradezcas nada, Ruiz.

—¿Y qué necesitas?

Que espabiles, joder. Le habría dicho. Con el último fiambre aún caliente en el Anatómico Forense, el profesor Salas detenido y el verdadero asesino teniendo a su disposición cientos de obras de Goya por imitar, nadie podía permitirse estar tranquilo y mucho menos la comisaria Ruiz. Esteban era duro de pelar, pero él sí la había creído. Esa mente perversa y obsesa estaba suelta y, aunque se restaran las escenas plácidas de la primera época de Goya de su capacidad para representarlo, quedaban decenas, cientos de grabados, dibujos y cuadros sangrientos que representaban la España del enfrentamiento, la guerra, la mugre, la incultura y la mezquindad, y no precisamente en batallas heroicas más o menos ganadas o perdidas, sino en escenas civiles de garrotazos, amontonamiento de cadáveres, de canibalismo, de humillación del contrario, de niños llorosos y abandonados a su suerte mientras sus madres eran violadas y asesinadas en las cuevas y plazas, de descuartizamiento, de fe en la brujería y también en la Inquisición represora que castigaba la diferencia o la pura creación científica. De abuso de poder.

—Hay algo que sí me puedes contar.

—¿A qué te refieres?

—Creo que conoces al posible asesino. Sé que no te han hecho mucho caso, pero yo sí te creo. ¿Qué sabes de él?

—Ni hablar, Luna. Lo último que necesitamos es que publicquéis algo sobre él. Se replegaría y desaparecería.

¿Publicquéis? El plural le había molestado, era demasiado obvio que Nora había entrado en escena con potencia. Que rondaba por el caso y por su casa también. Ya no estaba solo en el universo de la exclusiva. Pero no dijo nada.

—No escribiré nada, lo juro. Ya sabes que sé callarme.

—No me hagas reír.

—Mira, Ruiz. Hace días que tengo que contarte una novedad: pronto empezaré a trabajar en el BBVA. Se acabó el periodismo para mí.

—Ya. Eso me lo creo como que la investigación policial se ha acabado para mí. Lo llevamos en la sangre, Luna.

—Tú aún puedes volver. Si te portas bien estás a tiempo.

—Sí. Creo que la Unidad de Guías Caninos busca comisarios. La investigación sobre la estadística del adiestramiento de perros debe ser la caña.

—Joder, Ruiz. Ya pareces yo. Levanta un poco el ánimo, haz el favor.

—Vale. Orden de levantar el ánimo.

—Tienes que espabilar. —Sí, al final lo había dicho.

—Orden de espabilar.

—Venga. Cuéntame algo del asesino. Yo sí te creo.

María titubeó. Si le contaba lo que sabía, Luna acabaría escribiéndolo, periodismo es periodismo y, al igual que en la investigación policial, después de conocer una novedad es imposible actuar como si no existiera. Salía por algún lado. Pero también era cierto que él la podía ayudar. Siempre lo había hecho. Juntos habían sumado siempre más que dos.

—Es alto, es flaco, es médico y es mendigo. Es seductor, un hombre seguro. Es el autor del blog. De nombre: Yago. No me sé los apellidos. Y está loco.

—No puede llamarse Yago. Será un seudónimo, un nombre artístico —ironizó.

—¿Y eso?

—Está claro, supongo que lo has pillado. Es demasiada casualidad: Yago, barato baile de las sílabas de Goya.

—¿Cómo?

—Yago es Goya al revés. ¿No te has dado cuenta?

—Joder, Luna. Ni se me había ocurrido.

—Yago también es Santiago, viene de Jacob, ¿no tienes nada más?

—Nada sobre su identidad. Lleva doble vida. Mendigo pero también ciudadano bien vestido y culto, incluso lleva un coche y va al club de tiro. Quedaba a menudo con Sara Muñoz, ambos expertos en Goya. De hecho el día de su muerte habían quedado en la presa donde la mató. Querían defender su legado, o algo así.

—Extraña manera de defender su legado.

—Ella, por ingenuidad, por una especie de causa de justicia artística. Él, por maldad.

—La historia de siempre —musitó Luna—. También sabemos que no actúa solo. Hay alguien con él. Un chaval. ¿Sabes quién puede ser?

—Ni idea. —María tragó saliva. Volvía la eterna sospecha sobre Eloy, aunque se veía que Luna aún no estaba al tanto de su identidad. O que le quería sonsacar.

—¿Y cómo sabes que es médico?

—Simplemente lo sé. —No quería involucrar a Eloy—. Médico forense. Aunque no ejercía.

—Menudo ejemplar. Puedo intentar averiguar algo en el gremio. ¿Sabes aproximadamente su edad?

—No sé, unos cuarenta, diría. Sí, creo que aparenta unos cuarenta.

—¿Tú le has visto, entonces?

Ahora María calló. No quería contarle la excursión al Monte de El Pardo y menos aún el regreso en su coche hasta La Vaguada. Ni tampoco hablarle de Eloy. Tenía que encontrar a Eloy.

—Ya te he dicho suficiente. ¿Crees que puedes hacer algo?

—Tengo a quién preguntar. Ahora voy a moverme. Hablamos.

—Espera. —María interrumpió su despedida—. Hay algo más.

—Dime.

—Tiene una matrícula guardada en su carrito de mendigo, dame un momento. —Abrió su archivo de fotos en el ordenador, la encontró—: M-1492-IW. No sé si puede servirnos de algo. Ni me he atrevido a preguntar en Tráfico.

—Yo lo haré. Todavía me cogen el teléfono por ahí.

—Gracias, Luna.

—Qué gracias ni qué coño. Vamos a resolver esta mierda, Ruiz. Que les den.

Al fin colgaron. Luna cogió una chaqueta y salió, dejando atrás una escalera polvorienta por las obras del vecino en las que dejó marcadas sus huellas.

María abrió su WhatsApp. La madre de Tomás le informaba de que su tren llegaba a las ocho de la tarde a Chamartín. También Homicidios la convocaba oficialmente para prestar declaración sobre la víctima, pero eso iba a ser al día siguiente, valiente panda de pánfilos. Le daba tiempo de sobra para intentar hacer lo que quería hacer. Si quería encontrar a Eloy, tendría que volver al agujero.

Llegó a las cuatro de la tarde, cuando los paseantes se habían retirado y el sol arreciaba con contundencia. Solo los aspersores de riego rompían el silencio arrojando rítmicamente chorros de agua reciclada sobre la hierba del parque. No recordaba exactamente por dónde había entrado Eloy, pero sí podía situarse en torno a las bolas de boj en las que ambos habían iniciado su ruta. Esta vez llevaba una linterna.

Merodeó por la zona, comprobó una alcantarilla apelmazada que era imposible mover, dio la vuelta a unos setos que tapaban una pared y sí. Aquel era el sitio exacto por el que se había colado el chico. Miró el cielo despejado de Madrid y, no sin nervios, tomó aire antes de perderlo de vista y penetrar por la verja descuidada que esas plantas intentaban tapar. No había avisado a nadie porque, si lo hubiera hecho, se lo habrían impedido.

Esperó a acostumbrar la vista. En aquel primer tramo aún se colaban jirones de luz que le permitieron adentrarse en la leve pendiente hacia abajo. Primero caminó despacio. Tenía miedo. Las heridas en el bazo de un caso anterior se habían curado, pero en momentos de tensión aún le punzaba un pinchazo en el costado que le recordaba, por si acaso se le había olvidado, que las persecuciones tienen consecuencias. Que se lo dijeran a Tomás.

Siguió caminando. Como la vez anterior, el agua se colaba por el techo y formaba finos regatos que convertían el túnel en un espacio húmedo y aún más inhóspito. Sintió escalofríos. Encendió la linterna. Una rata estaba cruzando ante sus pies y se sobresaltó. Jesús. Recordó a Tesón, a Luna, a Nora, incluso al alemán de rastas. Si supieran dónde estaba. Seguramente no se habrían atrevido a acompañarla, pero tampoco la habrían logrado disuadir, así que habría sido inútil. Nora sí, pero no iba a meterla en más líos.

Avanzó por la pendiente inclinada hacia las profundidades. Le pareció ver la misma ropa y los cartones tirados de la otra vez. Siguió adelante.

Pronto se encontró en el estanque de tormentas de la M30 que los mendigos habían convertido en su refugio, con permiso de las lluvias que mal que bien aún caían de cuando en cuando en Madrid. Apagó la linterna y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la escasa iluminación que se colaba por las rejas del techo, abierto en un punto muy lejano. Un sonido la sobresaltó, parecía un quejido, un lloro. Avanzó temerosa, sin mirar directamente los cúmulos de cartones que marcaban los espacios de cada mendigo y que, aunque intentara evitar, se le colaban en la vista de reojo. Recordó el montículo del que había emergido el hombre que se le acercó la otra vez. El hombre al que dio su tarjeta y que ahora yacía desmembrado y muerto. Era de ahí de donde procedía el lamento. Se acercó lentamente.

Un perro se refugiaba en el habitáculo y gemía tenuemente, pero sin cesar. Al verla agitó un instante el rabo y después lo escondió entre las piernas. María le tocó el morro. El animal temblaba.

—Tranquilo, tranquilo. No voy a hacerte daño.

No era agresivo, pero estaba desorientado. A saber cuál era la historia completa del perro, pero el mendigo era su dueño, al menos su último dueño, y nunca había regresado. María recordó el estado del cadáver. Era extraño que el perro se hubiera quedado en el túnel mientras su dueño salía a la calle, fuera cual fuera su final. El chucho era al fin y al cabo su acompañante. María lo acarició todavía un rato mientras intentaba vislumbrar si había alguien en el espacio de Yago. Entre tanto, le pareció ver algunos cartones moverse en los cubículos vecinos, ojos abiertos que se asomaban con timidez, y acarició con más fuerza al perro. Ella también tenía miedo.

Después siguió avanzando. El perro amagó con seguirla, pero enseguida volvió a su reducto. Le tocaba continuar sola.

Al fin llegó a los cartones de Yago. Por fortuna, no había nadie. Pero no estaban como la última vez. Reposaban apilados en orden, sin guardar la forma de su cama figurada, y hasta la manta mugrienta que vio la otra vez estaba doblada sobre ellos. Miró hacia la entrada de la cámara, una verdadera cueva urbana del siglo XXI, y al no ver a nadie se atrevió a encender la linterna de nuevo. Iluminó el territorio de Yago.

Le pareció ver manchas de sangre en el suelo, aunque también podía ser barro. Si hubiera traído algo de instrumental. Buscó en sus bolsillos y solo encontró un clínex usado, no iba a ser muy convincente como forma de transporte hacia el laboratorio clínico. Su ADN mezclado con el del asesino, a dónde iba con eso. Pero era lo único a su alcance y tenía que intentarlo. Frotó el suelo con el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

En ese momento sintió moverse unos cartones vecinos y oyó una voz.

—Está loca.

El murmullo era tenue, pero había rebotado entre las paredes con un eco inquietante. Suspiró. Verdaderamente parecía estar loca para haber llegado hasta ahí, pero quería encontrar a Eloy, buscarle en su territorio, y quería averiguar algo más sobre Yago-sin-apellidos, si es que se llamaba realmente ese Goya invertido. Del primero no había rastro y del segundo aún podía volver a inspeccionar su carrito.

Avanzó hacia él. El carro también parecía en orden. Tanto en el montón de cartones como aquí parecía que su dueño acabara de culminar un zafarrancho general para colocar sus pertenencias bajo ciertas reglas. Diría que de menor a mayor. Por encima estaban los folletos de museo, después las carpetas, luego alguna caja grande, al fondo las prendas de abrigo. Olía mal, a ropa sucia, no de manchas, o no solo, sino de acumulación de sudor viejo, de una existencia sin lavar, y aún no podía creer que correspondiera a ese hombre que en el club de tiro iba impecablemente vestido, duchado, que conducía un coche en buen estado y que se había dirigido a ella como un ciudadano común.

La pirámide de cartones de la que había salido antes la voz se tambaleó. Un hombre se incorporó, miró a María, se dio la vuelta y volvió a sumergirse en su habitáculo. Vecinos indeterminados de Yago la habían visto el primer día y la estaban viendo hoy, pero seguían indiferentes a su presencia. Probablemente aún no sabían que su colega había muerto despiezado a la orilla del río.

Fue ella la que decidió acercarse esta vez. Ni siquiera sabía cómo entablar conversación. Apagó la linterna.

—Perdona —dijo, de pie ante el mendigo. Este la miró desde el suelo, quieto. Ella insistió—. Perdona.

—Estás loca —repitió el mendigo. Desde el habitáculo del muerto volvió a emerger el lamento del perro—. Y tú calla de una puta vez.

El mendigo cogió una piedra de un montón que tenía a su lado y la lanzó contra el perro. Rebotó en los cartones, el perro ahogó su gemido, se ocultó y se calló.

—El puto perro, todo el día llorando.

—Es normal. Su dueño ha muerto.

El mendigo se quedó mirándola, como si intentara desentrañar desde algún punto nublado de la Tierra un eclipse que alguien había anunciado en el cielo encapotado. María tenía miedo, pero también sabía que estaba en forma

y que, si había que medirse con ese hombre de ojos erráticos, desconcentrado, de equilibrio dudoso y brazos más entrenados en empinar el cartón que en agarrar a mujeres por la fuerza, ella iba a salir ganando. La vía hacia la salida estaba expedita, además. Sus piernas siempre podían echar a correr.

Pero entonces sintió moverse otros cartones. Un hombre más joven y con aspecto de estar mejor alimentado emergió de otro rincón. Se acercó. Era otra cosa.

—¿Quién coño eres? —preguntó. Su acento era extranjero, era moreno, tal vez rumano.

—Eso no importa —se atrevió Ruiz.

—Diré yo lo que aquí importa. —Su tono era agresivo.

—Vuestro colega ha muerto. Asesinado. —María señaló el habitáculo en el que el perro permanecía ahora muy callado, como si entendiera las palabras—. Supongo que eso sí importa aquí.

—¿Nuestro colega? Aquí no hay colegas —dijo el rumano.

—Vuestro vecino.

El hombre se quedó mirándola, no era precisamente una piltrafa. El primer mendigo con el que había hablado también se levantó, aunque se tambaleaba. Y un tercero emergió de sus cartones y se acercó al grupo. María miró hacia la salida, más valía que sus piernas le supieran devolver rápidamente las horas de gimnasio y pedaleo que les había entregado desinteresadamente en su infinito tiempo libre.

—¿Quién dices que ha muerto? —preguntó el tercero. Este era enjuto y viejo, o al menos lo parecía.

—Espera —ordenó taxativo el rumano—. Antes quiero saber quién eres.

—Es una loca —dijo el primero.

—No les hagas ni caso —replicó el tercero, haciendo con la mano el signo de locura referido a los otros dos—, dinos quién ha muerto. Quién ha sido asesinado.

María los miró sin moverse. El primero la había intranquilizado y el segundo la había atemorizado, pero la aparición del tercero podía ayudar. Mejor que se pelearan entre ellos que no que se unieran contra ella. Eso sí, mejor también que no apareciera un cuarto. Cualquier desequilibrio en la improvisada balanza de fuerzas podía ser fatal.

—Ese hombre ha sido asesinado. —Señaló María sus cartones—. No querriais ver cómo ha quedado.

—Ahora vas y nos dices cómo ha quedado —ordenó el rumano.

—Le han arrancado la cabeza. Su cuerpo ha aparecido sin cabeza en la orilla del río.

Los tres la miraron con gesto de asco. El primero se llevó las manos al cuello.

—¿Sabéis su nombre? ¿Sabéis algo sobre su vida? —preguntó María.

Los tres la miraron ceñudos, sin saber bien qué responder. El primero seguía agarrándose el cuello con ambas manos, impresionado; el segundo cerraba los párpados hasta dejar solo una fina línea abierta por la que parecía analizar cómo reaccionar ante la intrusa; y el tercero caminó hacia los cartones del muerto, dio una patada al perro para que se apartara y rebuscó entre sus pertenencias hasta que encontró un brik de vino del que se apropió sin más. El perro gimió de nuevo.

—Pobre hombre —dijo después el ladrón.

—¿Cómo se llamaba? —María insistió.

—Ni idea. Le decíamos Jotas, sin más. A veces cantaba jotás —dijo el tercero.

—¿Tienes dinero? —preguntó entonces el primero—. ¿Llevas dinero?

María había venido en ropa cómoda y en modo documentación, veinte euros en el bolsillo y poco más. Tenía que salir cuanto antes de allí, no iba a lograr nada de esa panda de zumbados. Pero aún tenía que intentarlo.

—¿Y conocéis a Yago? —María señaló su montículo.

—Ese es otra cosa —dijo el primero—. Ese siempre me da algo.

—Te he visto hurgando en sus cosas —dijo el segundo—. No le va a gustar.

—¿Yago también ha muerto? —preguntó el tercero.

—¿Y a Eloy? ¿Habéis visto a Eloy? —se atrevió María.

—¿Quién es Eloy? —preguntó el primero.

—¿Otro que ha muerto? —El tercero miraba los montículos a su alrededor, tal vez deseoso de identificar las pertenencias de algún otro asesinado en busca de alguna otra gota de vino.

—Eres gilipollas —dijo el segundo. Después, apuntando con el dedo amenazador al pecho de María ordenó—: Y tú más vale que te largues. No queremos volver a tenerte por aquí, ni a ti ni a tu cámara. ¿Me has escuchado? Nunca más cámaras. Lárgate ya.

¿Había dicho cámaras? María se iba a ir y cuanto antes mejor, pero aún tenía que entender ese dato. ¿Acaso alguien los había grabado? ¿Acaso habían venido periodistas? ¿O una mujer con una cámara? O estaban plenamente averiados, era otra opción.

—Me voy, tranquilo, tranquilo. —María alzó los brazos en son de paz intentando aparentar una calma que no tenía. El perro del muerto también había percibido la tensión y se había acercado a ella con el rabo gacho. Se puso detrás.

El rumano entonces la empujó. Primero con el dedo índice en el pecho una vez, después otra vez. El perro gimió de nuevo y se escondió entre las piernas de María. El primer mendigo se echó a reír, nervioso, y el tercero aprovechó el movimiento del perro para volver a buscar entre las pertenencias del denominado Jotas. El rumano la volvió a empujar. María empezó a andar hacia atrás, sin darle la espalda mientras él avanzaba amenazador golpeando con el dedo en su pecho. El perro se enredaba entre sus piernas con más miedo que ella. El rumano cerró la mano entonces y le enseñó el puño. Se lo acercó al mentón.

—Ya me voy. Ya me voy. —María hablaba en tono quedo.

—No te doy porque con las heridas que tienes ya vas buena. Pero como vuelvas aquí, con cámaras o sin ellas, el Yago o tú, te llevas la hostia. Os lleváis una hostia los dos. —El rumano apretó el puño contra su rostro, presionando sobre los puntos que aún le cosían el pómulos.

—Nunca he traído cámaras. Te estás equivocando de persona. —María hablaba en voz baja, pero firme. Le dolía la presión y le atemorizaba su agresividad, pero no iba a darse la vuelta. No todavía. El perro se acurrucó tras sus piernas—. Jamás he estado aquí con Yago ni he grabado nada, pero si me lo quieres contar, seré todo oídos.

—Vete al infierno, pija. O periodista. O pasma. A saber. ¿Creéis que esto es un circo? —Separó el puño de su cara y lo alzó y agitó en el aire, amenazador—. Aún te puedes ir corriendo. Lárgate, puta de mierda.

María no se lo pensó más, se podía dar con un canto en los dientes con salir viva de allí y además con un clínex sucio y algo de información. Yago había estado por allí con otra mujer como ella, era obvio que el rumano las había confundido, pero sobre todo con cámaras. Había grabado. Otro misterio para añadir a la catapulta de sorpresas que le deparaba cada día el médico-mendigoespecialista-en-Goya y ahora además realizador audiovisual.

Se dio la vuelta y echó a correr. El perro del Jotas la siguió unos pasos, para volver de nuevo a su cubículo con un ladrido quejumbroso a fin de guardar fidelidad al mendigo-sin-colegas muerto en el Manzanares.

María alcanzó muy rápido el exterior, sin necesidad de linterna ni de orientación. Fuera respiró hondo, sin apartarse del agua de riego que le caía en el rostro desde el aspersor y que, por muy reciclada que fuera, podía

convertirla en novia de Míster Proper en comparación con la mugre maloliente del túnel de locos que había dejado atrás.

Qué coño había grabado allí Yago y con quién, era la pregunta que le martilleaba la cabeza. Y qué pintaba Eloy. Y dónde estaba Eloy.

Tenía aún mucho que hacer.

Se sentó en un banco, debía reponerse. Miró el reloj, aún tenía tiempo para lo que quería hacer antes de ir a Chamartín. Abrió el móvil. Había un mensaje de Martín.

«Queremos ir a tu casa, jefa. Veremos juntos ese croquis. Esteban y yo. ¿A las ocho?».

Dudó antes de responder. La conversación con la madre de Tomás iba a ser delicada y no quería más expectación que la propia. El clínex debía ir cuanto antes a un laboratorio y no había decidido si encargarse por su cuenta o entregárselo a Martín. Más bien iba a ser lo primero. Finalmente contestó:

«Yo te aviso, Martín. Tengo algo a las ocho. Te llamo después».

También había un mensaje de Nora.

«Asamblea en la Dragona. Voy para allá».

Era un mensaje reciente. Volvió a mirar la hora. También a ella le daba tiempo. Observó su aspecto. Podía colar. Así que, sin más, fue a zambullirse en el metro.

Llegó a tiempo de percibir el ambiente nervioso en el aire al comenzar la asamblea. La muerte de Sara seguía siendo el gran tema de agobio entre los simpatizantes. La llegada de la policía en busca de Eloy, también. Nadie mencionó la muerte del mendigo porque seguramente nadie lo relacionaba. Planeaban una marcha contra el acoso a los okupas y lo que más causaba enfrentamiento era el lema de la manifestación.

«Todos somos Saramú. Abajo el heteropatriarcado» era la primera opción.

Y «Todos somos Saramú. Abajo el heteropatriarcado y la policía fascista», la segunda.

Algunos proponían incluir una alusión «en defensa de la Dragona y otros espacios liberados» y otros decían que eso no tenía nada que ver.

María se alejó del salón de la asamblea. Había visto a Nora, ambas se habían intercambiado una mirada y nada más, mejor no ser asociadas a ojos de los demás. Se encaminó hacia la cocina.

Las pilas de patatas y zanahorias estaban amontonadas a la espera de un voluntario, la olla ferroviaria estaba apagada y hacía fresco. Había un trapo de los que había empleado para ayudar a Eloy, lo tocó y estaba seco. Se podía acariciar su ausencia, faltaba su figura flacucha agachada sobre los fuegos. María pasó la mano por la banqueta que él solía usar, le sorprendió su frialdad. No había nadie. Miró el pasillo que desembocaba en la escalera y, sin haberlo planeado, se encaminó hacia allí.

Comenzó a subir lentamente. Aún echó alguna mirada al recodo del pasillo que giraba hacia el salón de la asamblea y, mientras continuaban las voces lejanas, siguió ascendiendo los escalones. De uno en uno. Si había sobrevivido a una inspección del túnel secreto podría sobrevivir a una visita a la planta superior. Otra visita.

Pronto llegó a la habitación de Eloy. Estaba como la última vez. Se sentó sobre el colchón del suelo. Olía a cerrado, a rancio, pero también al jabón casero sin perfume alguno que a veces se gastaba el chico, pura glicerina sin aromatizar. Olor a abuela, en realidad, olor a chimbo. Cuánto trabajo debía empeñar Eloy para volver a costumbres de higiene de posguerra y huir de los supermercados donde las marcas de geles y detergentes podían contarse por cientos. Puto capitalismo, en fin.

Acarició la colcha con las manos. Era áspera. Se tumbó. Desde aquí podía ver la foto familiar de Eloy, cargada de una felicidad que se había esfumado tan tempranamente en su mirada seria, y también la foto con Saramú. Todo lo que importaba y que estaba en esa pared había desaparecido para Eloy. Su familia, por razones desconocidas. Sara, por asesinato. Cerró los ojos. Estaba triste, pero también agotada de la visita al túnel y ahora sentía el mismo relajamiento que cuando visitaba al chico. El mundo podía girar muy deprisa, pero cada vez que se acercaba a Eloy, a su universo, todo frenaba, y lo que importaba o parecía importar a los seres comunes en cada minuto de la vida aquí dejaba de existir. Hoy no estaba Eloy, pero sentía lo mismo. Se adormeció.

Debieron de ser unos segundos, tal vez minutos, o eso le pareció cuando unos pasos la despertaron y sintió voces cercanas. Un par de hombres hablaban en una habitación próxima. La asamblea debía de haber acabado, oyó pasos dispersos en la planta de abajo, tenía que salir de allí.

Entonces lo vio. En la foto de Eloy con Sara Muñoz había una cámara. Se levantó a verla más cerca. Sobre la misma colcha en la que ambos se

arropaban y en la que ella había dormitado había una videocámara, al lado de Saramú. Podía ver el modelo, una Sony alargada con un gran micrófono incorporado. Incluso había un trípode. Aquello tenía un aire profesional. Intentó captar más detalles. Sara vestía una camiseta negra de tirantes y lucía su media melena negra, más lisa que cuando murió. ¿Acaso el rumano las había confundido? Ambas distaban mucho en edad y sus cuerpos eran diferentes —Sara más carnosa, María más delgada—, pero ambas eran menudas, de pelo negro y aire valiente, sin duda intercambiables en la oscuridad. Y si Sara había estado en ese túnel que también conocía Eloy, ¿qué había grabado?, ¿y dónde estaba lo que había grabado? Eso podía ser clave.

Era hora de irse. Las voces vecinas habían elevado el tono y estaban concentradas en su discusión. Sacó una foto de la foto de Sara Muñoz, después dudó, pero sacó otra de la familia de Eloy. Se deslizó hacia la escalera y empezó a bajar. Se cruzó con otro chico que subía y que la miró con recelo, pero continuó hacia la salida.

Tras de sí dejó algunas miradas más. De alguna forma supo que no podría volver a la Dragona sin enfrentarse a preguntas.

Annabella Dellamare estaba ordenando cremas sobre la mesita del salón cuando Luna llamó a la puerta. Como siempre había hecho en el pasado, sin avisar. Se alegró de la visita. Hizo pasar al periodista y lo sentó junto a ella en el sofá, donde, sin pedir, le ordenó:

—Anda. Ayúdame con esto y acabamos antes.

Luna obedeció.

Las leches hidratantes de cuerpo debían agruparse en una esquina, incluidas anticelulíticas. Las limpiadoras de cutis, en otro. Las de manos no se sostenían en pie, casi gastadas, y fueron a parar a un cesto. Los tónicos de piel, a otro. Las antiarrugas e hidratantes de cara en general, a otro. Luna ayudaba sin rechistar, divertido. Por un momento no le habría importado dedicarse a esto toda una vida sin tener que vender la imagen del BBVA ni husmear en crímenes espeluznantes, mmmm. Annabella aún le plantó un montón de barras labiales y dos cajas de parches chinos contra el lumbago y otros males, y le indicó:

—Las de colores, en este. Las de cacao, en el otro. Y voy haciéndote un café.

—Que sea un *gin-tonic* mejor —murmuró Luna mientras Annabella desaparecía en la cocina. Luna rio.

La vidente y lectora de Tarot, posos de té, líneas de la mano, dietista alternativa y masajista ocasional había engordado de barriga, le había crecido el pecho, quién sabe si por una operación un tanto desproporcionada o por la edad, y el culo le desbordaba el chándal de terciopelo rosa que vestía, pero seguía siendo atractiva. Mulata, madura, dominante, a Luna le hacía gracia. En fin, «no te despistes», se dijo.

Annabella regresó con una bandeja en la que tintineaban las tazas que debía usar en Navidad, las cucharillas, un plato rebosante de galletas de

chocolate y donde humeaban dos cafés. Por fortuna, no le había oído. En lugar de *gin-tonics* traía dos copitas y una botella de orujo.

—Ahora sí, cuéntame. ¿Cómo va la caza del asesino? —preguntó tras dejar caer el peso de su cuerpo en el sofá.

—Bastante mal, para qué nos vamos a engañar.

—Ya he visto que tenéis otro muerto. Esto es mucho hasta para ti.

—En el primero tenías razón, Annabella. No era brujería. Era una especie de escenificación. Pero este supera todos los límites. Si no es satánico parece obra del propio Satanás.

—¿Qué más sabes? Aparte de lo que contáis en la prensa, quiero decir. Ya sabes que, de vosotros, no me creo nada.

—Me temo que ya nadie nos cree nada, el periodismo se va a la mierda.

—Veo que sigues siendo igual de pesado. ¿Cuántos años han pasado desde que nos conocimos? Tal vez veinte y ya entonces hablabas del fin de tu profesión. Te dije que te metieras en mi gremio, ¿recuerdas? Tenemos mucha competencia, pero las buenas brujas seguimos siendo referencia.

Luna rio otra vez. Dos veces en una tarde era una dosis digna de celebrar. ¿Por qué no había venido más a menudo a ver a esta mujer?

—Venga, céntrate ya —le recondujo Annabella—. ¿Qué sabes que no hayáis publicado? Porque lo del acoso del profesor tampoco me lo trago.

—A ver. —Luna se reacomodó en el borde del asiento para concentrarse—. Es muy extraño.

—¿Extraño? Mi territorio favorito. Suele ser siempre lo más probable. Sigue, por favor.

—Hay un médico que vive como un mendigo en los túneles de Madrid. Parece que es un obseso del arte, que lleva una doble vida y que al menos tenía relación con la primera víctima. Había quedado con ella en la presa en la que la mató.

—¿Un médico? ¿Uno de verdad o como yo? —Entre la retahíla de servicios que ofertaba en el cartel de su ventana, Annabella también incluía «remedios acreditados como doctora en Cuba y Haití».

—Digamos que un médico de verdad. Aunque, a diferencia de ti, se dedica a matar en vez de a curar.

Annabella le acercó el plato de chocolatinas. A Luna siempre le había admirado su capacidad para mezclar placer y brujería, comer dulces mientras hablaban de sacrificios, de muertes, de cosas macabras. Hoy también tenía apetito y él no tuvo más remedio que coger una, quién iba a negarse.

—Creo que vas a tener suerte, Luna. Aunque no te la merezcas.

—¿Qué quieres decir?

—Hace tiempo oí hablar de un tipo extraño. Recuerda que entre los frikis de esta ciudad nos conocemos todos, cuando has dicho médico, me he acordado de él. Hará un par de años.

—¿Y bien?

—El tipo buscaba información y algo más que información sobre brujería, mira por dónde. Sacrificio de niños, dominio animal, cosas así, creo recordar.

Luna sintió un escalofrío en el espinazo y ni el dulzor de la chocolatina pudo neutralizar el sabor a hiel que le vino a la garganta. Se le formó una bola en la boca y a duras penas la logró tragar.

—¿Te la pidió a ti? —preguntó.

—No, no. Déjame que recuerde.

Annabella se levantó. Anduvo hasta la mesa camilla, cogió las cartas amontonadas sobre el mantel, las barajó con pericia, elevando y estirando los extremos del taco hasta desafiar la ley de la gravedad y las volvió a posar. Regresó, pero en lugar de sentarse en el sofá se quedó en pie. Luna no sabía si la respuesta iba a salir de la disposición de las cartas o de su memoria y aguardaba en tensión. El sabor a hiel seguía en su paladar.

—Me lo contaron unos amigos míos, de esos que crían cabras para adorarlas y de cuando en cuando matan algún gallo en un cementerio.

—Ya. —Luna la seguía—. Los típicos amigos.

—No seas idiota, soy lo que soy, Luna. ¿Sigo?

—¡Por favor!

—Son inofensivos, tranquilo. Puedes ver sus presentaciones en YouTube, te aseguro que hay niños de buena familia que cuelgan cosas muchísimo peores.

—Sigue, por favor.

—El caso es que se les pegó un tipo, un médico, decían que la propia pinta que llevaba era extraña, muy alto y desgarrado. Quería apuntarse a los sacrificios, decía que para aprender de la historia. Que la brujería era parte de la historia de España.

—¿También de la historia médica?

—No sé, Luna, déjame hablar. El asunto es que al principio le dejaron participar, pero luego le tuvieron que echar.

—¿Qué pasó?

—No recuerdo bien, pero puedo llamar al amigo que me lo contó. Creo que se lo tomó tan en serio que empezó a proponer sacrificar a algún niño, o usar... sí, lo recuerdo... —Dellamare frenó y puso cara de asco mientras se

santiguaba, la brujería no está reñida con el catolicismo gestual—... quería usar un feto. Decía que podía conseguir uno. Y que en la historia siempre se había hecho así.

—Joder. No sé si quiero saber más.

—Ah. Y recuerdo algo más. Lo quería grabar. Sí. Lo quería grabar. Iba con una cámara y entonces le echaron. Un tipo siniestro.

Luna depositó la taza de café y la mitad de galleta que aún tenía en la mano en la mesita. Se le habían cortado las ganas. Después preguntó su nombre. Annabella no lo recordaba, si es que alguna vez lo había sabido. Preguntaría a su amigo. Notó que el periodista se había quedado noqueado.

—No pienses mal de mis amigos. Una cosa es hacer brujería y otra jugar con fuego. Con fetos. Mis amigos nunca harían algo así.

—No te preocupes. No temo nada de ti, ni de tus amigos.

—¿Te leo las cartas? —preguntó, animosa, Annabella—. Tal vez nos dan alguna clave, créeme. Tus pensamientos pueden albergar pistas que aún no te han aflorado.

—Creo que a mi edad ya no me aflora nada.

—¿A tu edad? Conozco ancianos que, tras mis remedios, no te puedes imaginar lo que son capaces de llegar a hacer.

—No te molestes. —«Ancianos, en fin», pensó.

Luna se levantó. Las cremas seguían repartidas sobre la mesa. Un bálsamo difícil de clasificar había quedado en medio, solitario. Luna lo atrapó y se lo tendió a su amiga.

—¿Y este?

—Este es para dar masajes. Cuando quieras te doy uno, anda, no seas tonto. Te tonificará. —Y le guiñó el ojo—. Te lo reservo para ti aparte. Y afloramos lo que haya que aflorar. No acepto un no.

El periodista se despidió, no sin cierto rebrote de euforia. Annabella era un fenómeno. Siempre cabalgando entre el drama y la frivolidad, era capaz de comer chocolatinas y santiguarse hablando de fetos con la misma desenvoltura con la que en el pasado le echaba las cartas para sonsacarle disgustos mientras le hacía reír con sus remedios en los que, a pesar de todos los indicios racionales, parecía creer a pies juntillas. Verla le ponía siempre de buen humor.

A pesar de que el relato sobre el médico loco le había retrotraído, no en realidad a la brujería, sino a todas las obras de Goya en las que las brujas ensartaban niños y fetos en ramas largas a mayor gloria de algún aquelarre. En resumen, y más allá de que pudiera volver a que le leyera las cartas antes o

después del masaje reparador, podía concluir que el médico-mendigo llevaba al menos dos años jugando con fuego.

María pasó por el Anatómico Forense a dejar el clínex en buenas manos, manos amigas, y llegó pronto a Chamartín. Se acercaban las ocho. Pidió un café y lo llevó a la mesa más lejana a la barra. Un ciego repicaba su letanía para vender el cuponazo mientras sorteaba las mesas con una soltura que, en realidad, daba vértigo. María le siguió con la mirada un rato, después se sumergió en el móvil.

Consultó los mensajes. Nora había preguntado otra vez por Eloy en la Dragona y no había encontrado nada. No sabían nada de él. O no lo contaban. También le dijo que debía tener cuidado. Algunos habían alertado sobre la posible presencia de policías secretas en las asambleas, tenían miedo. María prefirió no avisarle de momento del detalle de la foto. Saramú tenía una cámara. ¿A dónde había ido a parar la cámara? ¿Y su móvil? ¿Cómo era posible que aún no lo hubieran encontrado? Las garcetas que ahora anidaban entre los juncos del Manzanares debían estar picoteándolo a sus anchas sin que nadie pareciera molestarse en buscarlo.

Rodrigo también le preguntaba cómo estaba. Le respondió con un pulgar alzado. Él no dijo nada.

Le sorprendió una foto en un mensaje de Luna. El periodista había adjuntado una imagen y, al pie, había escrito unas palabras:

«Novedades. Luego te cuento».



El Aquelarre (1798).

«¿Insinúas que también ha representado esto?», preguntó María.

«No. Pero lo ha intentado —replicó Luna—. Luego te cuento. Ahora liado».

Observó la imagen. Otra obra inquietante de Goya. El pintor había dedicado muchas a la brujería y no quería imaginar que a nadie se le ocurriera representar esas escenas de adoración al macho cabrío al que las mujeres congregadas le llevaban ristras de niños esqueléticos, muertos o vivos. A finales del XVIII, cuando creó los *Caprichos* y una serie de cuadros sobre brujería para la duquesa de Osuna, la Inquisición aún condenaba a algunas mujeres por ritos satánicos, y su amigo Moratín también aportaba luz al publicar textos sobre la quema de brujas de Zugarramurdi. Los ilustrados propugnaban la verdad. Los Borbones y la Iglesia se aferraban al pasado. María lo había leído ya casi todo. El libro de Salas, sus propios artículos y otras cosas. Sin duda debió ser atroz para Goya haber participado en la ilusión

de una apertura, de una modernización que iba a traer raciocinio, mayor libertad y luz sobre la verdad para acabar sucumbiendo en una guerra de destrucción mutua asegurada, que mientras expulsaba al invasor devolvía el poder a los peores representantes de la oscuridad. España volvía a quedar sumida en las sombras, era una historia repetida. Había ocurrido en 1814, en 1936 y a ratos volvían a refulgir señales desalentadoras en pleno siglo XXI. Los españoles se tragaban hoy la basura mediática con las mismas muecas de divertimento con que en aquellos grabados celebraban el desprecio al diferente y la ignorancia.

Pensó en su propia suerte. Si había creído que la policía era un lugar desde el que avanzar en la justicia y la verdad sin más aditamentos, podía irse por donde había venido. Ella estaba fuera y debía pelear por regresar, mientras que el jefe superior paseaba su poderío por Madrid tras sepultar su pasado de torturas, indemne al informe sobre sus crímenes que Nora había sacado a la luz. Goya en última instancia había optado por el exilio, tal vez fue listo. Mejor morir en Burdeos que asistir al socavamiento paulatino de sus formas de expresión y al espectáculo de autolesión colectiva que se propinaba España.

Ella no era una artista ni mucho menos un genio, pero a ratos sentía las mismas ganas de huir y dejarlo todo atrás. Sobre todo, la mediocridad.

—Hola, María.

El saludo de la madre de Tomás la sacó de su ensimismamiento. Se levantó despacio y la abrazó. Ambas se habían conocido tras el accidente de su hijo, en el hospital, cuando él yacía en coma y las lágrimas de las dos fluían más rápido que cualquier gesto de amabilidad. Estaba más delgada, María sintió sus huesos pequeños entre los suyos, que no habrían ganado precisamente un campeonato de pesos pesados. Después se separaron con la sonrisa del afecto y la tristeza mezclados de los funerales.

—¿Cómo estás? —preguntaron a la vez.

—Bien, bien —también respondieron a la vez.

—Pero ¿qué te ha pasado? —Señaló los cortes en la cara, María casi los había olvidado.

—Gajes del oficio, no es nada.

Las dos se sentaron. Llegaron nuevos cafés. Las arrugas también habían crecido en el rostro de quien pudo ser su suegra, o al menos lo más parecido a una suegra que ella había podido tener. Como en el suyo, que bajo los puntos de sutura ocultaba unas grietas que nadie le había presentado.

—En fin, ¿cómo estás? —preguntó la madre.

Una cosa es preguntar como saludo inicial y otra delante del café cuando ya te dispones a hablar. O a tantear la conversación.

—Voy tirando —dijo María—. ¿Y tú? —dudó un momento, estaba nerviosa—. ¿Vosotros?

—También tirando... es duro. Un hijo único como Tomás... Está vivo, sí, pero a veces hasta me digo si no habría sido mejor... —Ahogó unas lágrimas—. No me hagas caso. La muerte nadie la quiere, claro que no, pero a veces estoy tan agotada, siempre temiendo que él haga una tontería, que me desespero... Cuando desaparece me da miedo el teléfono, lo cojo sobresaltada al ver un número desconocido temiendo lo peor. Y llevamos muchos días sin saber nada de él. Ni siquiera sabemos dónde está.

La madre se soltó a llorar, las lágrimas parecían recorrer los surcos que hubiera abierto en su piel un río pertinaz formado desde el deshielo glaciar, y María la observó sin decir nada. Podía haber sumado su propia desesperación, podía incluso haberle pedido que no le contara esas cosas, que ella ya tenía bastante con lo suyo, pero no iba a hacerlo. Su dolor era suyo. Y su escudo también. No había para todos ahí.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Qué os ha dicho? —preguntó, seria. Era crudo, pero no quería lamentos, no quería ser la nuera viuda abrazada a la suegra desgarrada, sobre todo porque Tomás no había muerto y si se había aislado y encerrado en buena parte era su opción. Recordó las palabras de Luna: «Tienes que espabilar».

—No sabemos nada de él, María. —La madre intentaba controlar las lágrimas.

—Yo tampoco —resumió. El perfil falso de Twitter no contaba y acababa de decidir que seguiría siendo su secreto.

—Tú viajaste con él, parecía tan feliz, nos llegó a enseñar algunas fotos. No quiero meterme donde no me llaman, es vuestra intimidad, y sin embargo después... algo cambió. Perdona, pero necesito preguntarte qué pasó.

María la miró y, más que sonreír, abrió los labios en una mueca que intentaba ser amable. Al menos la madre sabía que alguien la iba a llamar si pasaba algo fatal, ella ni siquiera tenía esa certeza. Además no solía consentir a nadie inmiscuirse en su vida privada, y sin embargo esa mujer esperaba su respuesta con la misma determinación que ella cuando investigaba un caso. Los interrogados rara vez desean colaborar pero esa madre, como solía hacer ella misma, aguardaba, inquisitiva, hasta que le dieran una. Ahí estaba, esperando sus palabras hasta que encajaran en su particular investigación. Había que reconocerle un estilo.

—No pasó nada malo. Estuvimos bien. Fue al volver cuando decidió distanciarse y así lo ha hecho. Yo no logro contactar con él. Ni yo ni Martín, que es su mejor amigo en la policía, ni nadie. Ha cortado con todo. —María intentaba hablar en tono neutral, escondiendo su propia tristeza. En realidad, le habría encantado cambiar los papeles e interrogar a la madre sobre Tomás. A dónde había ido, con quién se relacionaba, por qué su WhatsApp indicaba en ocasiones que estaba *en línea*.

—No es normal —la madre siguió—. He hablado con sus viejos amigos, con sus médicos, nadie quiere decirme nada.

—Es un adulto. —María alzó los brazos, conocía los límites, el derecho a la intimidad atañe a cada mayor de edad. Ni una novia despechada ni una madre desesperada podían cruzarlos—. Supongo que necesita su espacio y tú al fin y al cabo tienes algo a tu favor.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vuelva te buscará, eres su madre, nunca romperá contigo.

La madre se quedó callada unos segundos. El ciego volvió a pasar proclamando a voz en grito su mercancía con un tono tan estridente que todas las conversaciones se apagaron a su paso. Molestaba a todos y le traía sin cuidado. El cuponazo los podía algún día salvar de sus miserias, pero de momento les iba a aguar el café. Después, la madre apretó los labios y simplemente dijo:

—Ni siquiera sé dónde duerme, qué viste, ni qué come, María. Es mi hijo. ¿Sabes lo que es eso? ¿No saber dónde está tu propio hijo?

Sin duda no lo sabía, pero lo podía entender. Su propia madre también le decía cosas así cuando hacía tiempo que no la llamaba. «Mamá, estoy bien», le respondía simplemente, arrastrando el tono hacia la expresión de hartazgo. Y cuando la veía le daba tarteras para que comiera bien. Huevos de la vecina, que tenía gallinas en su patio. Calabacines deformes, pero de una huerta amiga. Tomates picados, pero sin pesticidas. Ay, madres, como si la empanada o los filetes de ternera de confianza fueran más importantes que las investigaciones, los casos o los expedientes policiales. Y es que tal vez lo eran y la equivocada era ella.

—Me hago cargo —dijo simplemente, le agarró la mano, quería largarse cuanto antes—. ¿Y cuándo le visteis por última vez?

—Hace un par de semanas. Dijo que necesitaba tiempo. Tomar decisiones. —Se le ahogó la voz—. No sé qué decisiones puede querer tomar. Solo necesita ponerse fuerte, hacer rehabilitación y nadie le puede ayudar como yo, como sus padres.

María levantó una ceja. Algo así le había dicho ella cuando él decidió cortar. Yo te quiero ayudar, tienes que ponerte fuerte, hacer rehabilitación, nadie te va a cuidar como yo, te quiero, te quiero, te ayudaré. Y ambas podían tener razón y empatar en una carrera imaginaria de personas capaces de cuidarle, pero había que reconocer que no iba a ser una carrera emocionante. Mientras escuchaba a la madre podía llegar a entender a Tomás, había salido huyendo de sus cuidadoras, de la hora de bañarse, la hora de desayunar, la hora de rehabilitarse, la hora del médico. Tal vez Tomás estaba a esa misma hora tomándose una cerveza tras otra en una terraza, al sol, calzándose un Nolotil para el dolor o bailando en su silla de ruedas como Tom Cruise en *Nacido el 4 de julio*, y, además, tenía todo el derecho a hacerlo. Tal vez quería ser una persona común, no un objeto de compasión.

—Tal vez necesita tiempo, sentirse independiente, volver a empezar. — Ahora fue a María a quien le tembló la voz. Estaba incómoda y quería irse. Una cosa había sido sufrir delante de ella por un novio en coma, compartir ese dolor, y otra por un abandono. No quería compartir con nadie, y menos con la madre del sujeto, la tristeza por su huida. Volver a empezar es volver a empezar—. En fin, ¿a qué hora es tu tren de vuelta?

—Perdona si te he molestado, María, perdona.

—Tranquila. Solo que yo no puedo hacer nada. Ni sé nada, ni puedo hacer nada.

—Vete ya si quieres, estarás liada. Solo hay otra cosa, algo que quería darte —dijo mientras rebuscaba en el bolso.

—¿Darme?

—Ya sabes que Tomás se llama igual que su padre, Tomás Gutiérrez. Llegó un paquete para él y lo abrió, pero obviamente era para el niño.

El niño. Madres. Cómo no iba a huir Tomás de allí. Lo que debía preguntarse era por qué había huido también de ella, tal vez no quería una segunda madre.

—¿Y por qué me lo quieres dar? Seguramente es privado, es suyo, no me corresponde a mí.

—Lo sé. Pero creo que es policial. Su padre también lo cree. Y si hay alguien que puede entenderlo vas a ser tú. Tómalo.

Le tendió una caja de cartón. Tenía el tamaño de un móvil. María lo tomó insegura, confusa por tener entre sus manos algo que pertenecía a Tomás.

—¿... un móvil?

—No, no, ya lo verás, no es un móvil. Ahora me voy, mi tren va a salir. De nuevo perdóname, todo esto es muy doloroso.

La madre se fue apresurada y la dejó con la caja en la mano. María la contempló mientras se alejaba. Menguada, enjuta, digna, iba alzando la cabeza para encontrar el acceso a su andén hasta que se sumergió en él. La mujer había venido de Ávila para verla y se había ido con el mismo porte triste y desacompasado, como si estar aquí o estar allí no le afectara porque lo que importaba estaba dentro. Tal vez había sido dura con ella.

María respiró hondo, se sentía culpable, pequeña, insignificante frente a esa madre que se alejaba ya rumbo a su ciudad para seguir mascando su desgracia. Después abrió la caja.

Que alguien, X, hubiera mandado un paquete a Tomás, y sobre todo un paquete como ese, podía significar dos cosas: que él había dado la dirección de sus padres para recibirlo, lo que no encajaba con su desaparición, o que ese alguien, X, la hubiera averiguado de alguna manera y le estuviera enviando un material de alcance aún indefinido. Imposible de clasificar por el momento.

María visionó el contenido en su ordenador. También chocaba que X enviara a Y, en este caso Tomás, unas grabaciones en soporte físico y mediante el correo ordinario de toda la vida en tiempos de nubes, *emails*, documentos compartidos en Google o cualquier otra forma de transmisión instantánea de contenidos. O tal vez eso era justamente lo que pretendía evitar X. Que el envío dejara un rastro reconocible de miguitas de pan que cualquier investigador pudiera ir devorando hasta alcanzarle. Que la policía pudiera seguir sus pasos, desandar el camino del envío y encontrar la cueva del tesoro, donde sin duda debía acumular más grabaciones, más vídeos, más barbaridades. Que atraparan de una vez lo que X había decidido filtrar en las dosis que él había elegido.

Un cartero al fin y al cabo era más de fiar. Depositaba el paquete en un buzón de Ávila sin poder desnudar el envoltorio ni desentrañar el contenido, misión cumplida a cambio de un sueldo fijo en horario limitado, qué tiempos. Carteros en su casa a la hora de cenar mientras los paquetes y cartas dormían en Correos sin movimiento hasta mañana a las ocho y nadie se moría por ello. Vivir fuera de la red. Todo podía esperar. Algún resto de otra era.

La otra pregunta era por qué X había enviado eso a Tomás, un policía de baja, pero policía al fin y al cabo.

Y la otra era si X era Yago. O quien demonios fuera Yago. O si X era una verdadera incógnita, una persona que conocía lo que estaba ocurriendo y que

por alguna razón estaba enviando una prueba, en este caso a la persona equivocada. Si X era verdaderamente X, pues.

El paquete no tenía remite, pero su contenido era claro. Ponía imágenes, acción, a una mujer que ella solo había visto en una bandeja helada del Anatómico Forense. Ponía movimientos, entrega, cariño, enorme vitalidad y ningún asomo de desesperanza ni aire de final. Le iba a costar encajarlo.

María abrió el cajón donde antes guardaba la pistola, lo cerró de golpe, acudió a una pequeña caja fuerte que tenía en su habitación e introdujo el paquete. Lo cerró. Aún estaba confusa, aún le sorprendía no encontrar su arma, y si existía un X capaz de encontrar la dirección de Tomás temía que también pudiera encontrar la suya.

Ya era casi de noche, pero quería quedarse allí.

Le habría gustado ver a Martín, a Luna, a Esteban, pero era muy tarde, ya era imposible.

Llamó a Rodrigo.

—Hola María. —Tesón se alegraba, Tesón siempre se alegraba de hablar con ella.

—¿Estás en Madrid?

—Estoy en Soria, ¿por?

—Nada. Me habría gustado tomar un café, nada más.

—Si quieres voy volando. En dos horas estamos juntos.

—No, no, solo quería un café.

—¿Estás bien, María?

—No lo sé.

—¿Qué ha ocurrido?

Le habría gustado contarle su encuentro con la madre de Tomás, el dolor por su situación, pero Rodrigo no era su amigo, ni siquiera sabía lo que era, tal vez solo alguien simpático que se había encaprichado con ella. Y que había sido leal. Y que estaba vivo. Y que estaba entero. Y que le caía bien.

—No lo sé, perdona, no debí llamarte. Estoy... estoy descentrada.

—Venga, comisaria Ruiz. Somos adultos. No te daré más la brasa, salvo que tú quieras, claro. —Rio—. Olvídate del masaje que te podía dar, del champán y la cena que te iba a pedir en la habitación y del polvazo que te iba a dejar temblando y cuéntame. ¿Es el caso? ¿Qué te preocupa?

Dicho así, su demanda parecía una minucia comparado con la oferta disponible, como pedir a los Reyes Magos un estuche en lugar de la Barbie más glamurosa, los esquís o la bicicleta, pero qué le iba a hacer, las cosas

eran como eran y ella siempre había sido un poco gilipollas. Al menos ya estaba sonriendo y eso merecía la pena.

—Me siento estancada.

—Cuéntame.

—El último cadáver... este pobre mendigo en el río... sin cabeza... aún no lo entiendo. No sé cómo interpretarlo.

—Escucha, María. He leído las cuatro entradas del blog. Es todo lo que tenemos por ahora de ese hombre, ¿verdad?

—Sí —lo dijo con zozobra. En realidad, ahora tenía algo más, pero no quería compartirlo. O no todavía.

—Mira: he analizado los textos y los cuadros que describe y me he dado cuenta de una cosa. El narrador está dentro del cuadro, es uno de los dibujados por Goya. ¿Lo ves? Suena marciano, pero es así. ¿Tienes los cuadros a la vista?

María encendió la luz de su salón, también la lámpara de pie, que enfocó hacia su pizarra. Se situó ante ella. Sabía de lo que hablaba Rodrigo, pero oírsele decir a otro, recibir alguna señal del exterior que indicara que no estaba absolutamente sola era reparador.

—Bueno, en realidad tengo dos.

—Vamos por partes, Ruiz. Ves el primero, ¿verdad? Yo también lo tengo delante. *La romería de San Isidro*, una de las Pinturas negras halladas en la Quinta del Sordo, su última vivienda en Madrid. 1823.

—Correcto.

—El narrador describe la escena como si fuera parte de ella, después atisba a un hombre que los observa, ¿verdad?

—Sí. —María continuaba el hilo, le habría encantado mantener esta conversación en comisaría pero así, en esa conexión telefónica Madrid-Soria tampoco estaba mal.

—Pues bien. Ahora observa a esos hombres apretujados bajo las capas mugrientas, borrachos, pasando juntos el frío de la madrugada. ¿Ves a uno que toca la guitarra?

—El ciego, sí.

—Mira al que está a su lado. Observa su mirada.

—Lo veo.

—¿No ves cómo nos mira? ¿Cómo te está mirando a ti? ¿A mí? ¿Al propio Goya?

María lo observó, Rodrigo tenía razón. Junto al ciego que tocaba la guitarra, un hombre de aspecto sucio, cabello oscuro y mirada torva que

participaba en la juerga en realidad estaba controlando al espectador, midiéndole, escrutador, con el mismo recelo con el que alguien puede observar a través del ojo de una cerradura.

—¿A dónde quieres llegar?

—El blog describe cómo se enfada, cómo el observado se vuelve observador, cómo quiere expulsar al intruso.

—Lo sé. ¿Y bien?

—Vamos al segundo. La misma escena, la misma romería de San Isidro, pero treinta y cinco años antes. Año 1788.

—Exacto.

—Mucho antes de las Pinturas negras.

—Lo sé.

—El propio narrador del blog asume una nostalgia que debió de ser la de Goya. La población de Madrid estaba despreocupada, era feliz, se divertían enojados, ataviados con sus mejores galas, se multiplicaba el color, las fajas, las sombrillas, las faldas, los botines más afrancesados. Mucho antes de la guerra. Y en medio, uno de ellos también nos mira, mira al pintor, otra vez el observado se hace observador, el retratado se enfada, se rebela, se propone vigilarle, seguirle, controlarle. El pintor puede verse amenazado.

—Es cierto pero no sé a dónde nos puede llevar.

—No importa, déjame seguir.

—Te dejo.

—El tercero nos habla de un autorretrato, Goya hizo muchos. Pero lo importante es que es el protagonista del blog el que se ve reflejado en ese autorretrato, confunde su persona con la del autor.

—Podría ser, no lo he pensado.

—Vamos al cuarto. El narrador describe una especie de resurrección ¿te das cuenta? Un muerto está en pie, sujetado por un vivo, la gente se apelotona, otro atrae a todos mientras habla. Es el milagro de San Antonio de Padua, el fresco de Goya en la ermita de San Antonio. El santo resucitó a un muerto para que identificara a su verdadero asesino, que no era el inicialmente juzgado.



Milagro de San Antonio de Padua (1798).

—Así es.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

María había observado la imagen al hablar con Luna, la tenía impresa y la añadió a la pizarra.

—Ahora mira bien entre los encapuchados que se apelotonan para escuchar al santo —siguió Tesón—. Uno nos observa.

—Lo veo. Nos mira a nosotros y al pintor, como en los otros dos cuadros. Tienes razón.

—Siempre hay un testigo.

—Ya tengo otra imagen en mi pizarra, bien. Ahora solo nos falta saber adónde nos lleva esto.

—No lo sé, comisaria. Eso te lo dejo a ti.

—El hombre pintado por Goya se rebela, le observa, se siente molesto, llevo tiempo dando vueltas a todo esto. Yago, o como coño se llame, se identifica por alguna razón con él, asume ese papel y lo describe en un blog, imaginemos algo así.

—Exacto.

—Imaginemos, además, que no nos hemos vuelto locos y que se siente justiciero, que quiere vengarse de él de alguna manera. Por eso mata. Mata a Saramú para escenificar uno de sus dibujos. Mata a un perro para escenificar una Pintura negra. Mata a los pavos. ¿Y el mendigo? ¿Qué está representando al matar al mendigo?

—Ni idea —replicó él.

—Lo único que se me ha ocurrido es *Saturno devorando a su hijo*. Pero ni el mendigo es un niño, ni afortunadamente está Saturno, ese espanto. Los otros crímenes, digamos, eran una escenificación perfecta. Este no.

—No, no, no —Rodrigo la cortó—. Espera. No te he dicho lo más importante.

—Dispara.

—¿Seguro que no quieres ese masaje? —Se sintió su risa contenida al otro lado del hilo.

—No seas idiota.

—Venga, va, no te enfades. En esa ermita está enterrado el propio Goya, ese fresco... estamos hablando de palabras mayores.

—¿Y bien?

—No sé si lo sabes: su cuerpo está enterrado sin cráneo.

—Ni idea. Cuéntame.

—A mí me sonaba esa historia, pero al conocer el crimen del mendigo me he documentado. Ya sabes que Goya murió en Burdeos, en el exilio. Cuando años después lo exhumaron para trasladarlo a Madrid, lo hallaron sin cráneo. Y así está enterrado. Primero en el cementerio de San Isidro.

—Donde apareció el perro hundido. ¿Y luego?

—Luego lo trasladaron ahí, a la ermita de San Antonio, donde aún reposa. Lo puedes visitar.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que para estar en un lugar más destacado, más accesible.

—No, no. Me refiero a por qué no tenía cráneo.

—Se ha especulado mucho y la versión más aceptada es que fue víctima de la frenología. En aquel tiempo, algunos creían que el cerebro escondía huellas de la forma de ser: de la genialidad, de la criminalidad. Algunos médicos seguidores de la frenología perseguían los cráneos de algunos para analizarlos. Hubo muchos. Le pasó a Beethoven, también a Goya, a Haydn.

—Esto me supera. ¿Crees que el loco de Yago se habrá llevado el cráneo para analizarlo? ¿Un cerebro de mendigo en lugar de un cerebro de genio?

—Buf. —Rodrigo se quedó sin habla. Ni a él se le había ocurrido esa posibilidad. Permanecieron unos segundos callados.

—En fin, veo que te sigues aburriendo mucho en Soria.

—¿Te he impresionado? —Rodrigo, presumido.

—Me has impresionado, sí. —También María se había quedado en cierta manera sin habla.

—Creo que ahora ese masaje me sentaría bien a mí. —Rodrigo, zalamero —. ¿No te animas?

—Vete a la mierda.

Rodrigo rio. Ella también. Sin masaje, ni cena, ni champán aún podían pasarlo bien.

—Ay, si tú quisieras.

—Bueno, te dejo. Voy a procesar toda esta información.

—Creía que ibas a decir que ibas a cenar.

—Me pediré una *pizza*, vale.

—No sé cómo puedes vivir así.

—La verdad es que yo tampoco.

Ambos colgaron, la sonrisa en la boca. María cruzó los brazos ante el croquis. Frenología, un cráneo separado, un milagro de resurrección, aquello era mucho más de lo que podía intentar asimilar o siquiera escribir en la pizarra. Era impensable. Imaginó la especie de platillos chinos que ya estaba sosteniendo: Yago, Eloy, Tomás, Saramú, el mendigo desconocido, su propio expediente policial. Y ahora estaba añadiendo algún platillo más que amenazaba con desestabilizar a los demás: frenología, un cráneo, una grabación extraordinaria en su poder que le había llegado vía Tomás. O vía madre de Tomás.

Pero, sobre todo, recordó a Eloy. La sola idea de no saber dónde estaba, cómo se había esfumado sin dejar rastro aquel menor que primero había huido de su familia y luego de la policía en la Dragona la llenaba de zozobra. Ella no pensaba ahora en qué comía, en qué vestía o en qué colchón iba a dormir, como la madre de Tomás. Ella pensaba simplemente en si estaba vivo. Si estaba cuerdo. Si estaba a salvo.

Está jugando con nosotros.

María despertó con esta certeza en su cabeza.

Está jugando con nosotros.

Yago, Goya-al-revés, o quien quiera que fuera el desequilibrado que iba escogiendo víctimas a mayor gloria de su ego envenenado, que había querido ensartar fetos y que había separado un cráneo de un tronco, estaba jugando con aquellos que le quisieran entender, una pequeña comunidad de imbéciles entre los cuales estaba ella misma. Buscaba admiradores o, a falta de ellos, personas simplemente enganchadas a sus actuaciones.

Necesitaba conocer más datos sobre su relación con Saramú, por qué ella le transfería dinero y por qué quedaba con él. La víspera, el profesor Salas había sido puesto en libertad condicional y acababa de decidir que iba a ir a devolverle el libro, tenía tiempo antes de ir a declarar a comisaría. Era temprano.

Se vistió un vaquero y camiseta. Antes de salir de casa, buscó el contacto de la madre de Tomás y tecleó: «Gracias por el paquete, es importantísimo. Por favor avísame cuanto antes si os llegan más». Lo releyó, se dio cuenta de que faltaba algo y añadió: «Ánimo». Lo envió. Apenas estaba amaneciendo, pero la madre también estaba *en línea* y respondió: «Gracias a ti». Insomnes reunidas.

Salió sin más demora. A las diez la esperaban en comisaría para declarar sobre el mendigo. La policía parecía haberse apuntado al gremio de los carteros: cenar en casa, que los asuntos pueden esperar. Claro, que los asesinos no son como los paquetes, avanzan aunque no te ocupes de ellos. Y ella tampoco.

Llegó pronto a Santa Engracia, esquina Cuatro Caminos, donde el portero del profesor Salas aún no había entrado. Aprovechó que una madre salía con

sus hijos uniformados para acompañarles al autobús escolar y se coló. Subió a pie. Llamó.

El profesor Salas debía estar levantado, porque se veía la luz encendida desde el descansillo y María no tardó en sentir su rostro en la mirilla. Abrió.

—Eres tú —dijo el profesor—. Creo que me alegro de verte.

—Perdona la hora...

—Pasa.

María entró. Salas estaba nervioso. Tenía el cabello despeinado y las ojeras profundas le habían envejecido en pocos días. Olía a alcohol y a humo de tabaco concentrado en un salón sin ventilar. Había pasado unos días en prisión, pero salir no le había tranquilizado, a juzgar por su aspecto desmadejado.

—No me creyeron, no me creyeron —repetía—. Nadie me ha creído y ha tenido que morir otro hombre para que se dieran cuenta. Soy inocente.

Salas hablaba de pie. María echó un vistazo al salón. Había ceniceros rebosantes de colillas, botellas vacías y una copa. Los libros abiertos inundaban el sofá. Fue ella quien dijo:

—Tranquilo. Creo que no has dormido nada. Si me enseñas dónde está la cocina te preparo un café.

—Gracias. —El hombre se echó a llorar—. Gracias, sí. Y hablamos.

Debía ser la primera vez en muchos días que alguien le trataba bien o que al menos le trataba. Su amante había sido asesinada, su mujer le había dejado, había perdido su trabajo y se había visto involucrado y acusado en un asunto que a todas luces le superaba con creces. Que los superaba a todos. María le prometió un café humeante y le esperó con dos tazas en la sala mientras él se aseaba. Apartó las botellas y la copa y depositó el libro abierto por el dibujo titulado *Pr liberal*. Por liberal. Él regresó con la cara lavada y una camisa arrugada, pero limpia.

—Así mejor —dijo. Y se sentó.

—Veo que has pasado la noche volviendo a estudiar a Goya —empezó María mientras señalaba los libros abiertos en el sofá.

—Intento entender lo que ha pasado.

—¿Y has entendido algo?

—Sara era demasiado inteligente para todo esto. —El hombre se mesaba los cabellos mientras negaba una y otra vez con la cabeza—. Era demasiado inteligente, no sé cómo pudo morir así.

—Cuando vine a verte, me dijiste que ella perseguía que este dibujo estuviera expuesto, que se pudiera ver. —María lo señaló.

Él tomó el libro entre las manos y observó el dibujo. Con el índice recorrió el cabello de la chica torturada, su rostro inane, el pecho abundante, la cintura cerrada y la falda larga hasta los pies. Lloraba en silencio.

—Es cierto. —Se recompuso—. Lo mejor de Goya, el más libre, lo más personal, está oculto al público: muchísimos dibujos geniales o las cartas a quien fue su amigo y gran amor, Martín Zapater. Pertenecen al Museo del Prado, pero no están a la vista. A veces se exponen, pero son obras demasiado delicadas como para exhibirse permanentemente y el museo debe defender su conservación. Sara reivindicaba que el arte fuera accesible, que pudiera contemplarse. «¿Te imaginas a la *Gioconda* guardada en un cajón?», me decía. —El brillo había vuelto a su mirada, la nostalgia de la pasión compartida se mascaba—. «¿Te imaginas a *La joven de la perla* o el *Ecce Homo* guardados, almacenados, sepultados?», decía Sara.

—Y por eso ella interpretaba escenas de Goya. Y tú las grababas.

El profesor la miró, de pronto sorprendido. Cuando él hablaba parecía que sus propias palabras colmaban su atención. Cuando María preguntaba, sin embargo, le chocaba la interrupción. Era un profesor, al fin y al cabo. Sorbió su café y respondió.

—Era un juego, no un crimen.

—Explícate.

—Le gustaba posar como las modelos de Goya, especialmente aquellas que no están a la vista: las adúlteras torturadas, las brujas con capirote ante la Inquisición, las combatientes de la guerra, las violadas... Sara no hacía mal a nadie. Decía que eran intervenciones, *performance*, actos de reivindicación.

—Y a ti te encantaba. He visto los vídeos.

—Era un material privado.

—Tan privado que lo tengo yo.

El hombre dio un respingo. Buscó una cajetilla de tabaco. No la había en sus bolsillos, tampoco sobre la mesa. Se levantó y rebuscó en los estantes. No le quedaba nada.

—¿Tienes un cigarrillo?

—No fumo.

Salas escogió la colilla más larga del cenicero, la desdobló, encontró un mechero y la encendió. El humo olía a papel quemado. Sus manos temblaban.

—No sé cómo te ha llegado eso. —Inhaló hondo el Marlboro reciclado, seguía oliendo a demonios.

—Me ha llegado, punto. —María no le iba a decir su fuente, pero aún se asombraba cada vez que un adulto creía a salvo una grabación privada. Nunca

se sabía cómo ocurría, cómo desde un ser ingenuo como Sara que había posado despreocupadamente ante la cámara podía llegar hasta un espectador como Ruiz, pero la grabación había aterrizado en sus manos de manos de la madre de Tomás y esa era la única realidad. Los caminos podían ser variados, infinitos, cambiantes, pero siempre sucedía igual. La intimidad no existe en el siglo XXI. Punto.

—No es un crimen —siguió Salas—. ¿Nos divertíamos? Sí. ¿Follábamos? Sí. ¿Compartíamos la pasión por el arte? Sí. ¿Grabábamos escenas? Sí. ¿Fue idea suya? También. Pero no había más. Era solo un juego.

—No creo que el juez esté de acuerdo. Sara está muerta.

—Lo sé bien y solo con esa idea me vuelvo loco, ya me ves. —Abrió los brazos mostrando su imagen descompuesta, el cigarrillo estaba prácticamente consumido entre sus dedos amarillentos—. Pero cuando murió yo estaba aquí. Con mi mujer. O mi exmujer.

—Sin embargo, creo que sabes algo más. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

Él revolvió el cenicero para buscar otra colilla reutilizable. Encontró una tan doblada que se partió, la arrojó con furia fuera del cenicero como si ese fuese el lugar reservado a lo que se pudiera fumar, y no lo contrario. Recuperó otra y la encendió.

—No sé nada más.

—¿Quién más participaba en las escenas? ¿En la grabación?

—Nadie más, o al menos yo no conocía a nadie más. Pero ella tenía su vida. Creo que ha quedado claro que ella tenía su vida. —Apuró el cigarrillo nervioso, los celos eran visibles en su rostro crispado.

—¿Conoces a un hombre llamado Yago?

—¿Yago?

—Sí. Yago. Muy alto, delgado, el cabello negro lacio, parece que es médico.

—¿Médico? Ella conocía a alguien... espera. —Salas intentaba hacer memoria—. A veces quedaba con alguien para visitar los museos, alguien que había conocido en un foro. ¿Aún no habéis encontrado su móvil? ¿No habéis rastreado sus chats?

María disimuló la rabia que le provocaban sus propias lagunas. Estaba sola en esto y no le iba a explicar a Salas qué tenía y qué no.

—Continúa, por favor.

—Su móvil es clave. Todos los hombres de Sara deben estar ahí. —Su voz se crispaba por momentos—. Ella no ocultaba que se veía con varios.

—¿Tú habías estado en la Dragona?

—Sara creía que yo era demasiado estirado para meterme allí. «Eres *establishment*», decía. Y seguramente tenía razón. Nunca fui.

—¿Sabías que ella transfería una parte de su sueldo al tal Yago? —El profesor Salas contrajo los labios. Las lágrimas afloraron de nuevo a sus ojos vidriosos.

—¿El sueldo que yo le conseguí, el dinero que ganaba conmigo...? —Se tapó la cara con las manos—. Traidora.

—Era su sueldo, profesor. Y su trabajo —replicó Ruiz—. La cuestión no es si con ello te traicionaba, sino por qué lo hacía, por qué pagaba ese dinero a Yago. En eso sí me puedes ayudar. Si es que te quieres ayudar a ti. ¿Tienes alguna idea de por qué?

—Sé que había conocido a un tipo, te lo he dicho. Decía que era un gran entendido en arte, que solo iba con él a los museos. Y que le daba pena por alguna razón. —Tragó saliva con dificultad, después rebuscó infructuosamente entre las colillas, no había ninguna más digna de recuperación pero él siguió toqueteándolas con los dedos como si le pudieran dar alguna clave—. Sara era un alma de Dios, ayudaba a todo el mundo, era pura, ingenua. Y se creía cualquier cosa que le contaran.

Hasta las tuyas se creyó, le habría dicho Ruiz. Pero se cortó y, en su lugar, dijo:

—Ese tipo... Ese tipo con el que iba a los museos, que le daba pena, ¿acaso te dijo por qué?

—No me decía gran cosa porque ella sabía que yo no la iba a creer. Yo siempre veía amantes donde ella veía amigos o toda esa gente que la rodeaba porque era amable, atractiva y que no eran amigos en realidad. Eran gentuza. Aprovechados. Pero sí recuerdo algo. Se empeñó en explicármelo porque creía que yo lo podía ayudar.

—¿A ese hombre?

—Sí.

—¿Qué te explicó? ¿Qué clase de ayuda?

—Decía que había sufrido una injusticia. Cómo no lo he recordado antes. Dios, estoy desbordado. Es que Sara siempre estaba con cosas así, siempre creyendo todo lo que le contaban, siempre ayudando a todo el mundo. —Se levantó y empezó a andar por la habitación, la rabia cuando rememoraba algo que él no controlaba le transformaba—. Dijo que era una buena persona. Que adoraba el arte, que era un gran especialista y que una persona con esa sensibilidad no podía ser mala. Que había perdido su título por una especie de purga y que necesitaba testigos que declarasen a su favor para recuperarlo. Mi

perfil de profesor de universidad podía ayudarle. Por eso quería presentármelo.

—¿Un título de historia del arte?

—No, no. Era otro título, déjame recordar. Era forense.

—Médico forense.

—Exacto.

—¿Te dijo cómo lo había perdido?

—No, no quise saber nada. Le dije que yo no me tragaba eso, que me dejara de historias. ¿Te ayuda lo que te cuento? ¿Te sirve de algo?

—Creo que sí.

María apuró su café, se acercaba la hora de irse a comisaría.

—Me tengo que ir. Me has ayudado mucho.

—Yo solo quiero ayudar. Yo no maté a Sara. Puedo ser un machista, un posesivo y odioso, lo veo en tu mirada. Solo estaba enamorado. Pero no mataría a una mosca. Por favor, vuelve cuando quieras. El crimen está explicado en los libros. —Señaló el libro abierto—. Y creo que solo ahí lo vamos a encontrar.

María miró los manuales abiertos. Varios cuadros de Goya se asomaban a la vista entre el paisaje de colillas reutilizadas y botellas vacías, sin duda en eso el profesor tenía razón. Quién sabía qué hilo argumental había llevado al asesino de los pavos al perro, de ahí a la romería en su doble versión, a la mujer torturada, a Saturno, al fresco de san Antonio y qué sería lo próximo. ¿Fusilamientos en la plaza Dos de Mayo? ¿La duquesa de Alba en blanco o en negro, o llevada por hombres voladores en *Volaverunt*? ¿El aquelarre? ¿Las majas? ¿La bandada de murciélagos y búhos que rodeaban al hombre dormido?

—Volveré —dijo simplemente. Después caminó hasta la puerta, pero antes de salir se volvió y añadió—: Una última cosa, profesor. Entre todos esos amigos que rodeaban a Sara...

—O falsos amigos —puntualizó él—. No me creo a ninguno.

—Como quieras. —María concedió—. ¿Conoces a un chico llamado Eloy?

Salas se quedó pensativo, también receloso.

—Cómo no. Eloy. Otro colgado.

—¿Colgado?

—Un chico de la casa okupa, uno de esos perroflautas que la rodeaban, lo que no entiendo es cómo no la mataron antes entre todos.

Lo que no entendía María es cómo Sara aguantaba a su profesor.

—¿Sabes algo de él? —preguntó.

—Solo sé que se fue de su casa, rompió con sus padres, pero no sé por qué. Le vi alguna vez por la universidad. No era mal chaval. Un pobre diablo.

—¿Era?

—Bueno. Quiero decir cuando lo vi. Cuando venía. Supongo que lo sigue siendo.

—¿Sabes algo de sus padres?

—Nada concreto. El padre creo que era un alto cargo de algo. De Carrefour o así. Me puedo equivocar. Y su madre, no recuerdo, era una ejecutiva también. Gente de pasta. Pijos sin más, como decía Sara: «Gente sin alma».

María se despidió. *Gente sin alma*. Mientras se alejaba se preguntó cuántas veces habrían acompañado a Eloy en bici ese padre directivo o esa madre ejecutiva y pija. En bici colectiva, en pies descalzos, en ropa reciclada, sin consultar móviles, sin recibir llamadas, sin pensar en el siguiente WhatsApp ni en la hora de reserva del último restaurante encumbrado en Tripadvisor. La vida tal vez se había convertido en una mierda para los niños especiales de Madrid.

La comisaría de Canillas era el máximo estadio al que podía aspirar una policía moderna en la civilización occidental, con su propio helipuerto, laboratorios, representantes de todas las unidades y brigadas y un alarde de tecnología de escuchas y seguimientos a disposición de cualquier investigación clave de terrorismo, narcotráfico o redes internacionales de pederastia o blanqueo. Pero los tornos de la puerta no funcionaban bien y María se quedó atrapada mientras los agentes de la entrada intentaban accionar la apertura una y otra vez sin conseguirlo.

María no tenía pase, claro. Al entregar la placa y la pistola también había perdido la posibilidad de acceso a las instalaciones y hoy tenía que entrar, como todas las visitas, con una tarjeta provisional a cambio del DNI en vigor.

—Suba al tercer piso. Allí gire a la izquierda, recorra el pasillo que se encuentre hasta el final de todo, siga la línea blanca en el suelo y una vez allí, se identifica —le indicó el agente tras desbloquear los tornos. Era muy joven, un principiante. No tenía por qué conocerla, ni acompañarla, ni ella había querido avisar a nadie. Expediente es expediente.

Recorrió el camino conocido. Nadie había añadido ni una gota de pintura al gotelé resobado del pasillo, ni un cuadro, ni un escudo, ni una placa, ni un cartel. Juraría que el mismo listado de *los más buscados* seguía pegado en el ascensor sin ninguna actualización. Los viejos fugados de ETA parecían saludarla desde la pared, acaso con alguna esquina más deteriorada por los roces, pero no había más novedad.

Y, sin embargo, andaba por el camino indicado como si estuviera explorando un planeta recién descubierto. Agua en Marte, huellas en la cara oculta de la Luna, vida en una galaxia lejana, alienígenas en Júpiter, agentes desconocidos en el planeta Canillas, vestidos de uniforme, barbas hípster, que buscan delincuentes que todo el mundo sabe que están en Brasil y parecen agruparse en torno a máquinas que arrojan un ácido espeso y agrio tras

depositar unas esferas metálicas con valor comercial. Pura astronomía. Ciencia de no ficción.

—Buenos días, vengo a declarar.

—¿Me enseña la citación? ¿Su número de expediente? ¿Su documento?

También usan un idioma paralelo.

María esperó en una sala. Los *más buscados* parecían ya dispuestos a volverla a saludar desde un cartel cuando un agente llegó a recogerla, otro joven musculado de barba perfectamente espumada.

—¿Señora Ruiz?

Primero no se dio por aludida.

—¿Señora Ruiz? ¿Es usted?

—Comisaria Ruiz si no te importa.

El joven se cuadró, despistado.

—Perdone, no sabía...

—Tranquilo.

La hizo pasar a un despacho. El policía que había visto rondando en el Anatómico Forense y en torno al mendigo asesinado la esperaba. Ciertamente, Esteban y Martín tenían un nuevo jefe en el planeta Canillas. A su lado se sentaba otro agente. Asuntos Internos, dijo. Al estar usted bajo expediente, es lo normal. Con barba hípster, también.

Se sentó. Si sus amigos seguían teniendo algún peso en la policía, aquí no era visible. Miró la pared que tenía enfrente. Lo que sí era visible era el cristal opaco que ocultaba a algún testigo escondido, no quería imaginar a quién.

—Supongo que sabes por qué te hemos llamado. El hombre que ha aparecido muerto en el Manzanares tenía una sola cosa en el bolsillo: tu tarjeta.

María miró al agente de Asuntos Internos, después al policía de Homicidios, también al cristal.

—¿Lo habéis identificado? —preguntó.

—Las preguntas las hago yo, comis... —El agente dudó—. Señora Ruiz.

—Puedes llamarme señora, si quieres. —Ruiz miró fijamente al cristal—.

Pero hasta la fecha sigo siendo comisaria.

—Vamos a las preguntas si no te importa.

—Todavía no me has hecho ninguna.

—¿Sabes por qué llevaba el muerto una tarjeta tuya?

—No.

—¿Lo conocías?

—Cómo lo voy a conocer si no lo he visto.

Los dos agentes se miraron, inquietos.

—Se te vio en el escenario del crimen, Ruiz, todos sabemos que lo estás siguiendo de cerca.

—¿Eso es una acusación?

—¡No es ninguna acusación! —El agente empezaba a ponerse nervioso—. Sabemos que lo estás siguiendo de cerca, que te acercaste a ver el cadáver y que ese cadáver tenía tu puta tarjeta en el bolsillo. ¿Sí o no?

—Si ya lo sabéis, ¿para qué me lo preguntáis?

—¿Estás queriendo obstruir la acción de la justicia?

Aquello eran palabras mayores, obstrucción a la justicia era un delito grave y lo sabía de sobra, pero lo que también sabía es que no iba a añadir más piedras a su tejado, no ante un agente de Asuntos Internos que iba a anotar cada vulneración del expediente para engordarlo ante el jefe superior.

—Yo no obstruyo nada. Si alguien está obstruyendo todo esto es quien me tiene expedientada.

—¿Es una amenaza?

—No es una amenaza. Es una encerrona. Una encerrona mal hecha. Si él está aquí —señaló al de Asuntos Internos— también tendría que estar mi abogado. Y de eso nadie me ha avisado.

—¿Te niegas entonces a declarar?

—No.

—¿Intentamos empezar de nuevo?

—Inténtalo.

—A ver. —El agente tomó el expediente del caso entre sus manos, tenía el rostro encendido y se esforzó visiblemente por ralentizar y aplacar su voz—: «En el día de ayer, con fecha tal tal...». Aquí: «El finado no porta identificación. Solo una tarjeta con el nombre, apellido y teléfono de la señora María Ruiz». ¿Nos puedes decir por favor quién crees que podía tener tu tarjeta, a quién se la habías dado recientemente o por qué este hombre hallado muerto podía tenerla? ¿Serías tan amable de indicarnos algún dato que pudiera ayudarnos en su identificación?

María todavía dudó. Los dos agentes presentes la miraban expectantes y le tentó responder, pero lo que podía satisfacer a uno de ellos, que era el dato sobre el mendigo del túnel, por desgracia también podía satisfacer al otro, que era la constatación de que ella podía estar desobedeciendo el expediente. Por eso, simplemente, dijo:

—Lo haré solo delante de mi abogado. ¿Algo más?

Después se levantó, se despidió hasta mejor ocasión y salió. Había temido un rebrote de nostalgia policial en su visita a Canillas, una envidia irrefrenable de uniforme y protocolo, una tentación de empatizar a fondo con los investigadores hasta regalarles todo lo que había avanzado en el caso. Lo que sabía sobre Yago, sobre el mendigo, sobre Salas, sobre Saramú. La pista de Goya y hasta las grabaciones que le habían llegado de forma aún tan incomprensible. Pero todo ello se le había pasado como una mala borrachera al ver al barbudo de Asuntos Internos. Y sobre todo el cristal. No iba a pasar por ahí. Por el escrutinio de los superiores que querían enterrarla, y no la verdad. Al menos su abogado estaría orgulloso. Algo había hecho bien dentro de todo lo que había hecho mal.

María enfilaba ya hacia la salida, las manos en los bolsillos, cuando oyó pasos rápidos a su espalda y se volvió. Esteban y Martín la alcanzaron.

—¿Por qué has hecho eso? —Esteban, habitualmente sereno, estaba nervioso.

—¿Hacer qué?

—¿Por qué no has querido declarar?

—¿Estabais ahí? ¿Me habéis visto? —María se puso en guardia. El cristal siempre escondía a los jefes, a los curiosos, a los que por alguna razón no iban a dar la cara.

—Nosotros no. Pero nos lo han contado —explicó Martín.

—Nos han dicho que no has querido declarar —añadió Esteban.

—A ver, amigos. —María sacó las manos de los bolsillos y las llevó a la altura de la cabeza, gesticulando como si ellos no pudieran entender—. Era una puta encerrona. ¿No os dais cuenta? Con cristal. Con agente de Asuntos Internos. ¿Creéis que querían saber algo del caso o que querían pillarme a mí?

—Pero, comisaria... —dijo Esteban—. Se hace así. Tú misma lo habrías hecho así.

—Pues yo misma seré gilipollas.

—Tienes que declarar.

—Tienen que levantarme el expediente, Esteban. Esas son mis condiciones.

—Te van a mandar a la mierda, Ruiz. Si no cuentas lo que sabes te van a destruir.

—Os contaré lo que queráis, lo sabes bien, Esteban. —Cruzó los brazos—. ¿Qué quieres saber?

—Joder, Ruiz, ya sé que a mí me lo vas a contar. Se trata de que no conste tu resistencia. Te van a mandar a la mierda.

—¿Quieres saber por qué Yago ha vuelto a matar? ¿Por qué ha matado y descabezado a un mendigo junto a la ermita donde está Goya enterrado? ¿Por qué Saramú grababa escenas como esa en la que murió? ¿Por qué va a haber otro muerto mientras estamos aquí perdiendo el tiempo? Cuando quieras te lo cuento todo. Solo tienes que preguntármelo. Tú. A mí. Sin un pasmarote delante.

—Joder, María. Tienes que parar esto.

—O preguntar a Martín. —María miró a su mejor agente, puro potencial que parecía haber quedado en barbecho—. También él sabe cosas. A él también le puedes preguntar.

Martín bajó la vista. Después miró a Esteban, que le devolvió una mirada furibunda mientras él decía:

—También tú le puedes preguntar a Esteban, Ruiz. Me temo que todos sabemos cosas que no hemos dicho a los demás.

El oxígeno pareció agotarse en ese instante, porque los tres se quedaron sin respirar. Los tres se miraron, los cuellos estirados, las chispas de ira en el aire.

—Genial —dijo únicamente María. Los tres siguieron mirándose en tensión. Después María volvió a meterse las manos en los bolsillos, se giró hacia la salida pero antes de irse se volvió de nuevo hacia ellos—. ¿Qué debo saber, Esteban?

—Nada. —Esteban estrechó su bigote al apretar los labios, que se tornaron momentáneamente blancos.

María se fue. La nostalgia policial no había hecho su aparición en el planeta Canillas, pero la nostalgia de lealtad, de espíritu de equipo y de buen rollo le estaba creciendo como un alien en un tórax a punto de reventar.

Solo una carrera en bici podía ahora mismo aplacar su furia y ayudarla a pensar. Antes consultó el Twitter. No había nada. Como Oleroy, también se había quedado sola en la red, Chatoy había desaparecido.

Solo tenía un wasap y era de Luna. Su fuente había oído hablar de un médico loco que podía ser Yago. Había propuesto a unos amigos suyos hacer brujería con niños y ellos cortaron con él.

«Eso son fuentes», escribió María.

«Ya sabes. Trabajo todos los géneros».

«Tengo un dato importante, Luna —tecleó ella—. Yago perdió su título de médico y quería recuperarlo. Debió hacer algo grave. Tiene que haber antecedentes en algún lugar».

«¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Especialidad?», reaccionó Luna.

«Forense. No sé más. ¿Te puedes enterar?».

«Lo intento».

«Gracias, Luna».

«¿Gracias?».

Por ser el único que me queda, habría escrito Ruiz. Pero no lo hizo.

Si el viejo comisario Carlos hubiera levantado la cabeza no habría reconocido a este equipo, dónde había ido a parar. Pero tampoco lo iba a hacer.

Después buscó el cuaderno de Saramú. Le había dado muchas vueltas, había repasado aquellas notas decenas de veces, había buscado los dibujos que citaba una y otra vez, los había localizado, los había observado del derecho y del revés para concluir que no entendía nada. Ojeó otros cuadros en la red. Buscaba uno que tuviera un testigo *mirando a cámara* como los que Yago había descrito en el blog, en busca de otra pista sobre sus obsesiones, pero podían ser todos y ninguno a la vez. Incluidos los autorretratos de Goya. Casi todos guardaban ese desafío, ese atrevimiento en la mirada, esa desnudez

del alma en la que siempre primaba la verdad. Sin intermediarios. Mostraban a un hombre seguro, grande, convencido de su lugar en la vida y en la sociedad, ya fuera inmiscuido entre la atolondrada familia de Carlos IV o exhibiendo sus formas nunca refinadas, sino recias y autosuficientes, mientras lograba medrar como pintor del rey —de cuatro reyes— y retratar a la gran aristocracia de Madrid.

El hombre que había nacido en Fuendetodos, Zaragoza, de familia hidalga de quinta por parte de madre y artesana por parte de padre, rechazado varias veces en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, no solo había logrado establecerse en la corte, pintar tapices, retratar a reyes y príncipes y trabajar para Godoy y otros miembros de la élite más poderosa, sino que se había permitido el lujo de hacerlo sin adornos ni concesiones en el mayor caladero de *photoshop* que pudo haber en la historia, que fue el retrato de encargo. En sus manos, Fernando siempre había sido un insidioso, un felón, príncipe o rey, como Carlos IV había sido un tontorrón y su mujer, la reina María Luisa, una alegre manipuladora de formidable autoestima pese a su figura desgarrada y pronto avejentada. Godoy exudaba poder por los cuatro costados, como la maja que le dibujó, desnuda o vestida, transmitía una naturalidad que hacía innecesaria cualquier presentación. Uno podía colarse en la habitación de esa maja con la seguridad de que iba a ser bienvenido aunque no lo hubieran invitado. Y la duquesa de Alba.

María se detuvo en ella. El rostro de la duquesa podía ser lejano, de alguna forma altivo, pero su serenidad y cierta melancolía podían traslucirse también entre sus mantillas armoniosas, su cabello frondoso, sus zapatos dorados, su pecho esbelto, sus fajas coloridas, sus sortijas, su caniche y toda la parafernalia que Goya se ocupó de plasmar de una forma tan minuciosa y detallista que transparentaba sin pudor su propio deseo. Su amor. El pintor repicó su rostro no solo en los retratos oficiales, sino en algunos *Caprichos* y aguafuertes memorables: la duquesa, camuflada en *Volaverunt*; la duquesa, mariposa posada solo levemente en Goya en *Sueño de la mentira y la inconstancia*. Y Goya, obsesionado con ella. Goya, vengador, capaz de hacerse presente en el gran retrato en negro al incluir sendos apellidos, Goya y Alba, en sus anillos, y al regalarse una dedicatoria en la arena de Doñana que pisaba doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo y Silva Bazán al posar para el pintor: «Solo Goya», escribió bajo sus pies, en el suelo, en dos palabras que la duquesa señalaba con el dedo como si dictara una orden para la eternidad. «Solo Goya» iba a quedar. «Solo Goya» iba a existir. «Solo Goya» iba a permanecer señalado por la reina y musa de la

cultura española de la época aunque él estuviera profundamente sordo, enfermo, y careciera de las dotes de un hombre deseable para una mujer como ella.

Ella era rica, independiente, culta, aristócrata, mecenas, capaz de desatar los celos de la reina María Luisa o de tener amantes como el mismísimo Godoy. Pero él, Goya, aunque avejentado y rudo, tenía el lienzo y el pincel; los aguafuertes, los óleos, las tintas, las planchas de impresión. Tenía el poder. Podía inmortalizar no solo a Teresa Cayetana, sino la admiración de la duquesa por su arte más allá de que fuera sueño o realidad. Y así lo hizo. Con todas las letras.

María dio vueltas a todas las imágenes y a sus ideas sin saber adónde podía llegar. La obsesión de Goya apenas estaba documentada, pero era manifiesta en su obra. La obsesión de Yago tampoco tenía documentación alguna, más allá de un blog que le pintaba como el testigo airado de un pintor capaz de desnudar la realidad, pero también podía ser manifiesta en su particular obra. Su obra de muerte y crimen, de manipulación. Encontrar más entradas del blog podía ayudar a conocerle, pero —ahora se daba cuenta— tampoco iba a servir para prevenir nada más. Sus intervenciones habían sido independientes, sus *obras de muerte* no habían tenido nada que ver. Pavos, perro, Sara, mendigo. Pavos, perro, Sara, mendigo. La secuencia no tenía lógica, pero ¿qué lógica podía tener su siguiente acción?, ¿qué podía preludiar el siguiente eslabón de su cadena de terror?

María volvió a los autorretratos de Goya. Si todos mostraban al genio, al hombre, en posición segura, con el gesto a veces nublado, a veces receloso o a veces atormentado pero siempre inteligente y determinado, había uno en el que se hacía añicos su propia consideración. Era en *Goya a su médico Arrieta*, pintado en 1820, un año después de sentirse devastado por la enfermedad, una nueva enfermedad, además de la que ya le había dejado sordo en 1792. El pintor aparece rescatado de la muerte por su médico y sobre todo amigo, a quien dedica una leyenda desacostumbradamente larga al pie del cuadro:

Goya agradecido a su amigo Arrieta por el acierto y esmero con que le salvó la vida en su aguda y peligrosa enfermedad padecida a fines del año 1819 a los setenta y tres de su edad. Lo pintó en 1820.

María lo contempló atentamente. Goya hablaba de sí en tercera persona, salía de sí mismo para describirse, para agradecer, para dejar su huella, como antes había escrito «Solo Goya» bajo el retrato de la duquesa de Alba en Sanlúcar. Al fondo, en las tinieblas de la habitación en la que yacía o de su propia mente, unas figuras negras emergían de forma fantasmagórica. Podían

ser amigos, gente cercana, o más bien los fantasmas que le perturbaban al borde de la muerte, pero en todo caso eran alardes de amenaza, de sombras. Se fijó de nuevo en la fecha: 1820. Goya vivía ya en la Quinta del Sordo, cerca del Manzanares, y estaba a punto de iniciar las Pinturas negras, la tenebrosa decoración de su casa que parecía obsesionar a Yago. Y a Sara Muñoz.

Sara había dejado descripciones de las Pinturas negras y su relación con los *Caprichos*, *Disparates* y *Desastres de la guerra* que anteriormente había grabado Goya.

Y a dónde iba a llevar todo esto, María no lo sabía, pero tras contemplar de nuevo el autorretrato que Goya había pintado con su médico, el médico Arrieta, pensó en el otro médico, el médico Yago.

¿Se estaba volviendo loca? Si Goya había concedido todo el poder de recuperación a Arrieta, que sencillamente le estaba dando un vaso con algún remedio, pero sobre todo la devoción de un amigo, ¿acaso Yago se identificaba también con ese doctor inmortalizado, capaz de salvar, de intervenir, de definir la suerte del pintor en la delgada línea entre la vida y la muerte?

Definitivamente se estaba volviendo loca. Recorrió de nuevo las notas de Saramú. Buscó alguna referencia al autorretrato.

No había ninguna.

Buscó alusiones al médico, a un médico. Tampoco había ninguna.

Después buscó más notas sobre las Pinturas negras. No había nada que entendiera. O al menos nada que entendiera a la primera.

Pero entre todos los apuntes que no le decían nada, había una frase curiosa: «Salvar a Leocadia Weiss».

La leyó y releyó otra vez: «Salvar a Leocadia Weiss».

Aquello sonaba diferente, parecía una misión.

Recordó las grabaciones que le había costado visionar: el estilo limpio de Saramú, su mirada ingenua cuando interpretaba escenas de Goya en los vídeos que le había traído la madre de Tomás. Saramú tenía una causa y esta era reivindicar el arte sin dueños, sin patrimonios, sin precio, el arte al alcance de todos. Compartir la genialidad y dejar pasar la mirada de todos hacia obras que habían denunciado la crueldad, la Inquisición, la discriminación, el abuso de unos sobre otros y también la diversión, la hermosura, la juventud. Sin dueños ni filtros. «Soy Saramú y soy activista visual», se presentaba en las grabaciones antes de cada actuación. Y después se disfrazaba, se soltaba el pelo frondoso como el de la duquesa de Alba, se ponía vestidos de época,

fajas, guantes, corpiños, escotes, lazos, toquillas, mantillas. O se desnudaba y posaba tendida con los pechos firmes, el pubis expuesto, el cabello opulento y la mirada sostenida hacia el pintor. Hacia el cámara. Fuera el profesor Salas, fuera Yago o quien quiera que fuera el que lo había grabado.

Debía de haber también grabaciones del túnel, escenas más oscuras y esperpénticas, a juzgar por lo que le había dicho aquel mendigo rumano que la había visto con cámara, pero esas no las tenía.

«Salvar a Leocadia Weiss».

Aquello no solo era una misión. Era una invitación. A investigar. A continuar.

Pero sobre todo era una frase que le recordó otra cosa.

Salvar a Leocadia Weiss.

SLW.

Aquellas iniciales las había visto antes.

Y las había visto cerca.

Buscó el Twitter en su móvil. El mensaje de Chatoy-Tomás. En las transferencias que Sara Muñoz había hecho a Yago figuraban unas iniciales en la casilla «Concepto»: SLW.

Salvar a Leocadia Weiss.

Una misión compartida con Yago, el defenestrado doctor Yago, que Saramú estaba dispuesta incluso a financiar. Cómo no se había fijado antes.

Observó el mensaje de Twitter en el que Tomás le había enviado esas transferencias. Después le había advertido de lo que podía pasar en San Antonio de la Florida. Después ella se había cabreado. Y después se había hecho el silencio. Sintió el golpe de su propia idiotez, de su cerrazón, de su ceguera. Tomás la estaba ayudando y estaba presente aunque ella creyera que no. Estaba con ella.

«Sigo investigando —escribió—. Y te sigo esperando, amor».

Después salió en la bicicleta. La furia se le había pasado, al menos la furia con su antiguo equipo. Ahora solo le faltaba aplacar la que sentía contra sí misma.

María llegó a la ribera sin aliento. Se había tragado el carril bici de norte a sur, incluidos semáforos, cruces, Casa de Campo, un rodeo por el cerro Garabitas, Puerta del Rey y todo el paisaje ya rutinario que hoy olía a sequedad y a polvo. Las nubes se estaban concentrando al sur de Madrid en un cúmulo grisáceo que a medida que crecía se iba reflejando con toda contundencia en el río.

Al fin empezó a llover con fuerza. Acababa de llegar al Manzanares y, mientras otros paseantes corrían a buscar abrigo y la tormenta empezaba a descargar ruido a su alrededor, ella permaneció de pie. Miró hacia el cielo. Había más truenos que rayos y aún olía más a polvo que a torrente de agua.

No llevaba un rumbo fijo ni se había propuesto llegar a ningún destino concreto, pero sus pedales la habían traído hasta aquí, el lugar donde había muerto Saramú, muy cerca de la casa de Martín y más aún del túnel de Yago y de la orilla en la que había muerto el mendigo. Cómo unir todas las piezas.

Buscó una verja donde candar la bici a cubierto y comenzó a andar. Subió la escalera hacia el parque Caramuel, donde vio al alemán de rastas recogiendo a toda velocidad las sillas de la terraza mientras los clientes se refugiaban en el interior.

—¿A dónde vas? Te estás calando —le gritó al verla y reconocerla, empapada—. ¡Ven! ¡Tápate!

—Más tarde —gritó ella, que no pudo hacerse oír entre los truenos. Gesticuló y gritó de nuevo—: Luego me acerco.

Después caminó hacia el cementerio. La hondonada de arena y lodo en la que había muerto el perro seguía allí, anexa al muro, tal y como la dejaron, resistente al agua que manaba desde lo alto del terreno en cuesta. Recordó lo sucedido. El perro había sido seguramente llevado hasta el lodo y luego atraído desde arriba por algo que no llegaron a ver y que ahora, pasados tantos días y bajo esta lluvia impenitente, iba a ser imposible de averiguar. El

misterio iba a pervivir, como había pervivido el que rodeaba al cuadro que Goya pintó en las paredes de la Quinta del Sordo junto a las demás Pinturas negras. Un perro caminando hacia su perdición. Un perro hundido.

Entró en el cementerio. No había apenas nadie. Los últimos visitantes corrían hacia sus coches, pero ella quería ver el lugar. Dejó atrás algunos panteones, tumbas, estatuas. Ninguno de sus ocupantes había sido tocado en suerte por san Isidro, el santo que daba nombre al lugar y cuya fuente milagrosa supuestamente sanaba a quien se abasteciera en ella. Por el contrario, su agua manaba a raudales cuesta abajo, con sus propiedades mágicas mezcladas para siempre con la lluvia ensuciada además por la contaminación de Madrid.

Pronto llegó a la tumba que buscaba. La lápida de Goya estaba a la vista en el monumento que compartía con Moratín, Donoso Cortés y Meléndez Valdés, como si siguiera albergando los restos del genio. Nada indicaba que no estuvieran allí pero ella sabía que en realidad estaban en la ermita de San Antonio. Sin cráneo. Se lo había dicho Luna.

Contempló la tumba vacía. El agua se colaba por todas las ranuras y barría con ella los pétalos de plástico de flores de otras lápidas. María extendió sus manos y las contempló, también su cuerpo. Estaba calada, helada, los huesos entumecidos y las heridas de la cara, el brazo y las piernas le dolían. Acaso se estaba volviendo loca. Ni siquiera se había puesto la vacuna antitetánica ni tomado los antibióticos que le habían recetado y hoy estaba añadiendo además un resfriado colosal sin motivo alguno. ¿Cuándo iba a acabar todo esto? ¿Cuánto tiempo iba a seguir persiguiendo a un fantasma enloquecido, capaz de escurrirse sin dejar pistas, un obseso inteligente y manipulador que había seducido a una becaria hasta utilizarla para sus fines letales y que había incluso intentado seducirla a ella? Y todo a costa de su propia carrera.

Tal vez debía irse a casa. Abandonarlo todo y rendirse, como antes había rendido placa y pistola o como quien entrega la bandera del último bastión colonial. Estaba fuera. Y lo que debía hacer en lugar de todo esto era llamar a su abogado y preparar la vista, que estaba al caer.

Pensó en el comisario Carlos, su padre policial, su maestro, su amigo, puro amor en cápsulas de mala leche, y sus lágrimas también se confundieron con el agua de la lluvia. Los huesos de Carlos ocupaban de verdad una tumba en Santander, incluido el cráneo. Nadie lo había descabezado para estudiar su cerebro, que ella supiera, pero los frenólogos o como quiera que se llamaran los estudiosos de los lóbulos exactos de la genialidad se lo habían perdido, porque él, Carlos Fuentes, les habría aportado una inmensa sobredosis de ella.

No sabía lo que él le habría aconsejado hoy mismo, pero lo podía imaginar: «Olvídate de todo —le habría dicho—. Cuídate tú. Nunca nadie te lo agradecerá».

Y después, además, si no seguía su consejo, la habría perdonado. Siempre. Sin que ningún frenólogo se planteara nunca analizar su grandeza.

En casa encontró varios correos de su abogado. La vista había sido adelantada al día siguiente y debían reunirse a primera hora para ultimar los detalles. Había hecho bien en no declarar, le decía. Pero esperaba que fuera porque no tenía nada que declarar y no porque ocultara algo. Y esperaba que las noticias de que Ruiz había ido correteando por los escenarios de los últimos crímenes de Madrid fueran solo rumores. Sin fundamento. Decía.

María se sonrió. Se había quitado la ropa mojada, se había puesto un albornoz y se había sentado frente al ordenador con una taza de leche caliente. No había en toda la cocina nada que mojar en ella, ay, aquellos sobaos que le enviaba Carlos, cuánto los echaba de menos. «Más que a ti», le habría dicho. Se sonrió amargamente de nuevo.

—¿Quedamos entonces mañana a las nueve? Tendremos dos horas para preparar la vista —preguntó su abogado cuando ella dio señales de vida.

—A las nueve. Seré puntual.

—Comisaria. Esto necesito tenerlo muy atado: ¿me aseguras que ahora mismo no estás investigando?

María dio un sorbo a la leche caliente. Se había prometido contar todo lo que sabía a Esteban para que actuara como quisiera y después perderse una temporada. Dejaría el móvil, dejaría la espera frustrante de una señal de Tomás que nunca llegaba y —acaso lo que más le costaba— intentaría dejar de preocuparse por Eloy, que se había esfumado de la Dragona y de su vida como antes seguramente se había esfumado de su casa. Qué era al fin y al cabo Eloy sino otra fuente de sentimientos que ella no había buscado y que una vez despertados se pegaban a ella como una garrapata invisible. Otra persona de la que preocuparse, por la que sufrir, por la que temer. Estaba enfadada con él. Si no estaba detenido, y no lo estaba, y si no estaba muerto, y esperaba que tampoco, por qué coño no había dado señales de vida. La rabia la dominaba cuando pensaba en Eloy y seguramente no lo merecía. Ni Eloy ni

ella. Ahora, además, estaba físicamente en forma y le rondaba una tentación que no iba a tener muchas ocasiones de realizar: pedalear el camino de Santiago de cabo a rabo, ella sola con su bici impecable, de Roncesvalles a la capital gallega subiendo y bajando riscos sin más compañía que sus fantasmas y los labriegos que encontrara. Creando simplemente movimiento, hacia delante, un bono seguro a una forma de avanzar en su vida paralizada, estática, llena de pérdidas. Lo que Carlos le aconsejaba de forma póstuma —«cuídate tú»— y Luna llamaba más comúnmente «espabilar, tienes que espabilar».

—¿Estás ahí? —insistió el abogado.

—Perdona, sí —respondió.

—¿Me lo puedes asegurar?

—¿El qué?

—¿Me aseguras que ahora mismo no estás investigando?

—Te lo aseguro.

—Te pido que tengas una cosa clara, comisaria: si nos atenemos solamente a lo ocurrido en Soria, puedes estar salvada. Si aparecen cosas nuevas no podré ayudarte.

Entendido.

Después desconectó el móvil y se echó a dormir. Soñó que ponía a punto la bici para el camino de Santiago, que inflaba las ruedas, que llenaba las alforjas.

Pero no era la suya. Era la bici cochambrosa de Eloy.

V. Casa de locos

Álbum Y

Número 5

La última vez yo no estaba allí, pero lo supe todo.

Leocadia reposaba el brazo desnudo en la cama y ya solo eso indicaba que la intimidad era común entre los dos. Ella vivía con él y él se aprovechaba de ella. Vestía de negro hasta los pies, pero los brazos descubiertos alumbraban una incitación a su cuerpo joven. El amplio escote, también. Una toquilla fina velaba su rostro sin ocultar del todo su mirada lozana. Las cejas eran amplias y abrían el paso a unos ojos francos. Todo era invitación en su rostro.

Ella mantenía la vista fija en él, le aguantaba el pulso sin miedo al retrato. Y él la observaba, la pintaba, hacía y deshacía concentrado en su única visión, sin sonido, ajeno al mundo, componiendo las formas de esa mujer entregada que no doblegaba su mirada.

Yo podía imaginarlo todo. El pintor aprovechándose de esa mujer a la que había refugiado en su casa cuando la repudió su marido, sorbiéndole la identidad, sometiéndola a la eternidad y además enfrentándola a los monstruos que poblaban esa habitación.

Ella, Leocadia, sin protestar, sin plantarse, sin rebelarse. El pintor ni siquiera había tenido que salir a buscarla a la calle, como acostumbraba. La tenía en casa. Y la pintaba en casa. En sus paredes atiborradas de demonios, de caníbales, de oscuridad y de muerte, mezclándola con las miserias de su mente. Era la única dosis de belleza en el infierno en que había convertido su casa, la tentación de la juventud perdida, la burla para todos los que habían perdido la vida y rumiaban su aislamiento y su vejez, como él.

Pero yo lo voy a hacer por ella. Le voy a destruir. Le voy a quitar el poder. Y a ella la voy a salvar. En su propio territorio. En su casa.

Al fin me decido.

Ya salgo a buscarla.

Hoy mismo voy a salvar a Leocadia Weiss.

La despertó un sonido tenue, pero penetrante, que en el sueño había tomado la forma de cascada sobre su bicicleta y que, abiertos los ojos, continuaba cerca de ella. La lluvia también continuaba cayendo en el exterior, en la realidad de esta madrugada fría de Madrid, lo podía ver desde la cama porque ni siquiera había corrido las cortinas. Pero un chorro también fluía dentro de su casa. Estornudó.

Se levantó despistada. Hacía frío. Buscó el lugar desde el que llegaba el ruido. No era el baño. Fue al salón y encendió la luz, pero saltaron los plomos. Avanzó con la luminosidad que entraba por el balcón. Una inmensa gotera había inundado el suelo. La alfombra estaba empapada, el sofá también, el portátil parecía el tropezón de una sopa. Corrió a la pizarra. Estaba húmeda y la tinta de los rotuladores que había empleado en su croquis formaba regueros de colores en su camino hacia el suelo.

Miró hacia arriba. El vecino tenía la terraza sobre su salón y le habían vuelto a fallar los canalones. Buscó unos baldes y los colocó bajo los chorros, después toallas, se puso una de ellas sobre los hombros.

Volvió a la habitación y regresó a la cama, estaba cansada y helada. Buscó su móvil, debía despertar al vecino, pero estaba apagado y lo iba a seguir estando. No debía investigar y si encendía el móvil no iba a poder evitarlo. La gotera iba a tener que esperar.

Luna no despertó porque no estaba dormido, hacía tiempo que de noche daba vueltas en la cama, adormilado en el mejor de los casos, pero una llamada insistente le sobresaltó, dónde coño estaba el teléfono. Se levantó maldiciendo y deambuló por la casa hasta que dio con él. Estaba en el bolsillo de una chaqueta colgada en el ropero de la entrada, no podía haberlo dejado más

lejos. A quien llamaba le dio tiempo a cortar y a volver a marcar. Antes de responder aún miró la hora. Las cuatro de la mañana.

—Perdona, Luna ¿te he despertado? —Era Nora.

—Ojalá.

—Busco a la comisaria. Está desconectada.

—¿Te has planteado la posibilidad, es un suponer, claro, de que esté durmiendo?

—María nunca está desconectada. Lo sé.

Luna se fue a instalar con parsimonia al salón. Llovía intensamente en el exterior. Buscó su tabaco, su mechero y se sentó en el sofá.

—Joder, Nora, son las cuatro. ¿Qué ha pasado?

—Hay una nueva entrada en el blog. Creo que debéis saberlo. María y tú.

—¿Estás escribiendo algo?

—¿Eso es lo que te interesa? ¿Si estoy escribiendo algo en mi web?

—La verdad es que sí. Mi jefe suele cabrearse cuando te adelantas.

—Vete a la mierda.

Luna se estaba riendo para sí. Por supuesto que le interesaba lo que ese loco estaba poniendo en su blog, pero más aún vacilar a Nora. Al menos antes de que ella le vacilara a él, no se chupaba el dedo.

—Venga, cuéntame.

—No. Te vas a la mierda.

Y colgó. Luna miró el teléfono súbitamente callado y la llamó. Ella cogió.

—Perdona —dijo el periodista.

—¿Ahora sí te interesa?

—Son las cuatro de la mañana, Nora. Por favor, cuéntame.

—Yago ha colgado otra entrada en la web, anuncia que va a actuar. Y ya sabes que tras la última entrada hubo otro muerto. Hay que ser rápidos.

—¿Qué más dice el blog?

—Dice que actuará hoy mismo. En casa de Leocadia Weiss. Que a ella la va a salvar. Y que a él lo va a destruir. Joder, hay que hacer algo. Y esta vez añade un vídeo.

—¿Un vídeo?

—Te juro que no lo quieres ver. Conociéndote, no lo quieres ver.

Luna dio una larga calada a su cigarrillo. Después se levantó para poner en marcha el ejemplar de jurásico que era su ordenador y lo encendió. O, mejor dicho, dio al botón llamado «ON». Que se encendiera verdaderamente ya era cosa de él.

—¿Qué tiene el vídeo?

—Es un vídeo de Saramú, de Sara Muñoz. Está abriendo los paquetes de los que saca las esposas, los grilletos y el collar y se los pone, después se recoge el pelo como la chica del grabado, como cuando murió. Se desnuda y se pone un vestido largo.

—¿Lo hace obligada?

—No lo sé. Lo hace triste. Despacio.

—¿Y dónde está?

—Tampoco lo sé. Es un interior.

—¿Crees que corresponde al momento de su muerte?

—Podría ser, pero no lo sé.

—¿Y por qué dices que no lo iba a querer ver?

Nora se quedó callada. Se la notaba nerviosa, acelerada. Al fin y al cabo Saramú era una estudiante de su entorno, de su generación, y Luna sabía que, más allá de su instinto y de su prurito profesional, era una periodista con causa. El abuso y la violencia contra las mujeres era la señal de *stop* para ella. Ahí todo frenaba.

—Porque te voy conociendo un poco. Y aunque te haces el duro y seas pelín machista, tampoco soportas la violencia contra las mujeres.

Aquello sí que era nuevo. ¿Pelín machista? Creía que lo era entero, pero Nora tenía razón. Le encantaban los escotes tan amplios como las cinturas tan estrechas, pagarles las copas y por supuesto les habría seguido dedicando muchos pipos rijosos si no fuera porque a su edad iba a hacer el ridículo o caer asesinado por feministas que imaginaba como hordas salvajes, pero la violencia le dejaba paralizado. Habría podido colmarlas de halagos y pasar por baboso, como le decía a veces Nora y con razón, pero cualquier gesto de maltrato lo anulaba. Hizo de tripas corazón y preguntó:

—¿El vídeo tiene violencia?

—La peor, amigo —dijo Nora, afectada—. No violencia física, sino la de la sumisión. La otra solo es el resultado final del infierno de la sumisión.

Después colgaron. El ordenador de Luna tuvo el detalle de encenderse y el periodista encontró el vídeo y la entrada del blog.

Como había dicho Nora, el vídeo mostraba a una chica aplicada en sus preparativos, entregada a la cámara y a quien la sostenía, cumpliendo paso a paso una especie de ceremonial que ahora sabían que la iba a llevar a la muerte. Lo hacía ella misma, pero a ratos miraba nerviosamente al cámara en busca de su aprobación y al encontrarla se tranquilizaba. También se vislumbraba una tristeza en sus ojos, una chispa de cansancio ante una especie de instrucciones que no se veían, pero que se intuían en su mirada siempre

atenta al hombre. No había ilusión en lo que parecía una sesión de fin de etapa.

Después leyó el blog.

Sin duda el loco quería exonerarse con ese vídeo en el que mostraba la supuesta participación de Sara en su ritual de muerte, pero no se lo tragaba. Y también estaba anunciando sus siguientes pasos. Otro crimen en ciernes. Salvar a Leocadia Weiss. La noche se había enfriado y llovía como si todos los demonios se hubieran puesto de acuerdo para acumular las nubes sobre el cielo de Madrid, pero el frío que sintió por dentro no se abrigaba con nada.

Sabía que no debía molestar a María, que afrontaba su vista y una posible expulsión de la policía.

Sabía que a quien debía molestar era a su jefe en *El Diario*, pero ni siquiera tenía ganas de escribir sobre ello. Aunque lo hiciera Nora.

Y a quien sí iba a molestar era a Esteban.

Encendió otro cigarrillo y lo llamó.

Martín dormía cuando su hermanastro llegó a casa en tromba, como acostumbraba. Oyó un portazo, unas risas de mujer, tal vez dos, y pasos amontonados corriendo hacia la habitación. Otro portazo. Se dio la vuelta para seguir durmiendo, pero sabía que no lo iba a conseguir.

La escena se repetía una y otra vez desde que vivía aquí. Él, rey de la noche cuando se lo proponía, llevaba semanas sin comerse un rosco mientras su hermanito aterrizaba cada noche con Mariló, con Mengana o con Zutana o con todas a la vez, hasta arriba de copas o lo que se terciara, sin reparo alguno a la hora de encender la luz, de dar portazos o de galopar en la cama sin respeto a la pared que compartían. Su hermano no se cortaba. El reino tenía otro rey.

Y, sin embargo, no era eso lo que le preocupaba. Perder el perro había sido una señal, un bocinazo de alarma ante una situación que se había complicado más allá de lo asumible. Las lealtades corrían desde hacía demasiados días en rumbo de colisión. Y la tensión con María era difícil de sobrellevar. Era su comisaria, su jefa, de ella lo había aprendido casi todo, seguía aprendiéndolo y a ella le debía todo lo que había logrado. Sin ella era un idiota más. Un agente para todo, un número más en la lista de activos a mayor gloria de algún superior, un fortachón de buena planta, quedaba bien en los despliegues vistosos, un recurso para un roto, un descosido, un crimen

o una ocasión cualquiera para figurar. Esteban no tenía el mismo punto y solo ella sabía sacar lo mejor de él. Con ella, crecía.

Y, sin embargo, debía mantener las distancias.

Dio más vueltas en la cama, eran las tantas. El ruido se había apagado en la habitación de su hermanastro, pero empezaba ya otro ruido. Otra respiración, otro despertar, otra forma de mover la cama. Sin golpes, ni trotes, ni sexo, pero sí con un jadeo de esfuerzo y el rechinar de un motor sordo que solo en el silencio de la madrugada podía llegar hasta sus oídos. Como el golpeteo constante al teclado que siempre escuchaba después.

Afuera llovía. Hoy se iba a celebrar la vista de María, también a él le habían llamado a declarar. Y solo podía mentir. Ayudarla y mentir. Si no, no habría forma de tenerla cerca, de recuperarla y de seguir juntos. De crecer más.

Entonces sonó el teléfono. Debía volar a comisaría, órdenes de Esteban. El loco iba a volver a actuar. En casa de Leocadia Weiss, cuyo retrato estaba en el Museo del Prado, sala de las Pinturas negras. Solo podía ser ahí. Y seguían huérfanos de la comisaria Ruiz.

Salas sintió la lluvia, pero salió. Era de noche y no iba a encontrar a nadie, ni al portero receloso ni el escrache que los estudiantes habían retomado al enterarse de que estaba en libertad condicional. Necesitaba caminar.

No había logrado pegar ojo y mientras rebuscaba por enésima vez en el móvil pistas sobre lo ocurrido con Saramú había dado con el blogdeyago.com. Y con el vídeo. Por eso salió.

Junto al portal quedaban tres velas bajo la pintada a la que ya se había acostumbrado. «Todos somos Saramú». La foto que había visto el día anterior había desaparecido, seguramente arrastrada por la lluvia. Se guardó las velas en el bolsillo y comenzó a andar. Los vídeos de Saramú que había visto Ruiz no le preocupaban demasiado, no eran más que recuerdos de la pasión por el arte que los había unido y de un amor frustrado en realidad mucho antes del asesinato. Pero el que acababa de ver en la red era otra cosa. Aquel no era suyo, era del siniestro médico que se la había robado. Le torturaba que hubiera más.

Le torturaba que hubiera más entregas, más desnudos, más insinuaciones y más secuencias no solo de intimidad, sino de escenas que creía que eran solo suyas, de Sara y de él, que habían aspirado juntos a reivindicar en equipo —ella y él, él y ella— el arte oculto de Goya. Aquella pasión les había dado

una fuerza imposible de lograr en una relación común, los había unido en una especie de alianza extrema, como pueden unirse dos alpinistas zarandeados por el mismo viento en la cima colgando de la misma cuerda o dos astronautas perdidos en el espacio. No en la salud y en la enfermedad, no. Sino en la obsesión y en la obsesión. En la obsesión por Goya y en la obsesión por reivindicarlo. En la obsesión por compartirlo y en la obsesión por comprenderlo. En la obsesión por abarcarlo y en la obsesión por llevar a la realidad su sueño de Ilustración, de libertad y de luz.

No pudo Goya contemplar el fin del absolutismo, que por el contrario regresó con saña y ralentizó hasta la necesaria evolución del arte. No pudo contemplar el triunfo del lado más transgresor de su obra, no vio publicada la serie de los *Disparates*, precursora de todas las corrientes modernas que llegaron un siglo después; ni pudo vender los *Caprichos*, que entregó a la Corona a cambio de una pensión; ni pudo seguir retratando al rey, que le sustituyó rápidamente como pintor de la corte por uno mucho más obsecuente y convencional. Ni siquiera pudo conocer la envergadura y alcance de sus propias Pinturas negras, que dejó adheridas en las paredes de la Quinta del Sordo cuando se refugió en Burdeos como quien abandona un iglú imposible de desmontar. Dejando el paso franco a los vándalos, los herederos o los desconsiderados incapaces de distinguir un *Aquelarre*, un *Saturno*, una *Leocadia* o un *Duelo a garrotazos*, obras capaces de cambiar la historia del arte, de unos muebles valiosos. El único hijo que sobrevivió a Goya y su nuera arrasaron con sus sillas, con sus platos, sus armarios, sus camas o sus cuadros prácticamente al peso, ignorantes del valor, que no era lo mismo que el precio. Al estar hechas en la pared, las Pinturas negras ni siquiera pudieron venderse, quién sabe si el propio Goya había adivinado que iba a ser la única forma de salvarlas de la avaricia y del mercado.

Sara y él habían estudiado todo eso, habían honrado juntos al barón francés que salvó las Pinturas negras deterioradas en las paredes muchas décadas después, habían llorado juntos la injusticia y se habían propuesto seguir aportando luz y relevancia a todo lo que España aún debía a Goya. Sara y él, él y Sara. No ese médico desacreditado que había entrado en su vida y que se la había robado sin piedad.

Salas había dado muchas vueltas a la conversación con Ruiz, a sus propias indagaciones en los cuadros de Goya y a todos los recuerdos que amasaba de Sara y que pudieran ayudar.

Había una cosa que le habría gustado comentar con Ruiz, pero que tal vez ella ya había averiguado. Desde 1796, cuando Goya residió durante largo

tiempo en Sanlúcar de Barrameda junto a la duquesa de Alba, el pintor había empezado a dibujar en sus cuadernos privados, los famosos álbumes de papel, donde plasmaba su mundo más allá de los encargos. Los álbumes estaban ordenados por letras y, los dibujos que componían cada uno, por números. Constituían una especie de diario visual del autor y la masa madre de trabajos que luego podía convertir en estampas, grabados. El primero, el *Álbum A*, comenzó durante esa estancia en el sur. El último, el *Álbum H*, lo dibujó en Burdeos antes de su muerte. No hubo más.

El *Álbum Y* que el tal Yago iba alimentando en la red era otra burda imitación del genio; había recurrido a la propia nomenclatura goyesca para hacer su narcisística aportación a la historia universal. Pero él no preparaba arte, como Goya. Solo dibujaba una obsesión que, lejos de reflexionar sobre la forma de plasmar la sinrazón del mundo, reflejaba su propia sinrazón particular.

María se vistió. Eran las ocho. Eligió su traje oscuro más formal, pero el pantalón le apretaba los músculos realzados por las horas que acumulaba de bici y buscó la falda negra que había llevado la noche que salió con Rodrigo. Escogió camisa blanca. La chaqueta sí servía. Se recogió el pelo en un moño y, a pesar de la lluvia, se puso unos tacones. Se miró al espejo. Se maquilló lo que le permitieron las heridas, que empezaban a cerrarse. Se sentía extraña.

Después abrió el cajón. Sabía que la pistola no estaba y esta vez no la buscaba, pero sí un móvil antiguo que guardaba de reserva. Sin datos, pura línea telefónica. Lo encendió. Estaba cargado.

No iba a investigar. No mientras durara el maldito procedimiento y nadie se lo pidiera. Y por ello no iba a encender su móvil.

Pero nada le impedía pasar por la Dragona y dejar a Eloy una nota con su número de teléfono libre de internet, de Twitter, de Lunas, de Esteban y de Martín. De Tomás y de Chatoy. De Rodrigo Tesón, o al menos por el momento.

Al fin y al cabo eso no era investigar, era ayudar a un amigo.

Llegó a la sala de vistas. Su abogado la recibió serio, nervioso y la condujo a un despacho donde ambos podían esperar. Hablaba rápido, empeñado en plantearle las preguntas y respuestas a la vez y en pedirle, en resumidas cuentas, que fuera lo más escueta posible. En caso de duda, dijo, debía negarse a declarar. Y jamás dar detalles que nadie le hubiera pedido.

Afrontaba un expediente policial por posible insubordinación a un superior y había que demostrar que, si ella actuó fuera de su territorio soriano, en Santander, fue solo mientras visitaba por casualidad a su amigo, el comisario Carlos, y le acompañaba en una investigación repentina. Sin más. Pura casualidad, pura solidaridad entre colegas.

Pero el hecho de que él hubiera muerto no ayudaba, su testimonio habría sido definitivo. Por desgracia, había testigos de que ella misma obtuvo pruebas del cadáver en cuestión, de que ordenó o dio indicaciones sobre los pasos que había que dar y de que tomó iniciativas que nadie le había pedido. Que desentrañara el caso de aquella chiquilla de nombre Claire Jones que apareció muerta en el maletero de un coche abandonado no importaba a nadie. Ni nadie la echó de menos en su momento ni nadie la echaba de menos hoy.

Repasaron la declaración. El abogado estaba definitivamente más nervioso que ella y aún tenía que hacer un trámite previo por lo que, tras hacerla jurar varias veces que ahora mismo no estaba investigando nada, salió. María se quedó sola.

Miró su móvil de reserva. Imposible actualizar nada en ese trasto de la era preinternet, y además así lo había decidido ella. No estaba investigando nada. Y sonar, no sonaba.

—¡María!

La voz de Nora resonó en los pasillos de la planta y volvió a escucharse varias veces.

—¡María! ¿María? ¿Comisaria?

Ella se levantó. Se asomó al pasillo. Nora la buscaba y no andaba desencaminada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Qué elegante estás. No te reconocía —respondió Nora.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Has desconectado el móvil, tenía que venir a verte, ha pasado algo que debes saber. —Nora hablaba aún más rápido que su abogado, atragantada, hoy todos habían decidido acelerarse.

María la miró con recelo. No estaba involucrada en nada. Lo acababa de jurar. Y si había desconectado el móvil es porque lo había desconectado, sí. Podía darle contundentemente la razón.

—Está a punto de celebrarse la vista, Nora, ¿no lo ves? Mi expediente policial, me lo juego todo hoy.

—Déjate de historias y escucha, Ruiz. El hijo de puta ha colgado otro texto. Va a actuar. Y un vídeo. Tenía que decírtelo. Luna lo sabe, Esteban también, y van a por él. Vamos a por él.

—No debo investigar, Nora. —María negaba con la cabeza y apretaba los labios—. Si sigo se me caerá el pelo.

—¿Y eso te importa?

—En fin. Si no tienes inconveniente...

—No me entiendas mal. Quiero decir que... ¿eso te importa más que el hijo de puta?, ¿que se te caiga el pelo?

El abogado volvió en ese momento y no le gustó encontrarse a una chica que no conocía, pero cuyos pantalones caídos, camiseta de tirantes, mechas rojas y aire de estudiante acampada desde hacía cuatro días en el Primavera Sound no hacía preludiar nada bueno en las dependencias de Asuntos Internos.

—¿Nos han presentado? —preguntó, cortésmente.

—Pues no —replicó, rápida, Nora.

—Y... ¿quién eres? Si no te importa, claro. Estoy aquí con mi representada, estamos a punto de ser llamados a la sala y no es momento de visitas. —El abogado se aflojó la corbata—. ¿Y además cómo has entrado?

Nora soltó una risita breve, pero nítida, ante la palabrería de Velázquez.

—Soy periodista —espetó—. Vengo a cubrir la causa contra la comisaria Ruiz.

Para qué había hablado. El abogado empezó a sudar, sobre todo al ver a Ruiz reprimir una sonrisa.

—No necesitamos periodistas —dijo, y volviéndose a María preguntó—: ¿Le has contado algo? ¿Has declarado algo? Lo peor que nos puede ocurrir ahora es salir en la prensa. Por favor, déjanos solos —espetó a Nora.

—Me temo que no depende de ti, estoy acreditada —dijo Nora, que abandonó el despacho para tomar sitio en la sala de vistas. Antes de salir aún dirigió a María un gesto de perplejidad e interrogación mientras se tocaba el pelo y dejaba reverberando sus anteriores palabras. «¿Acaso te importa más que se te caiga el pelo? ¿Más que el hijo de puta?». ».

María se esforzó por recomponer su gesto. Si Nora estaba allí también podía estar Luna, no había contado con ello. Si Yago había colgado otro texto y un vídeo en su blog todo podía avanzar, pero, sobre todo, también podía empeorar. Actuaba siempre después de sus exhibiciones en la red, aunque no tuvieran nada que ver, al menos en apariencia. Y Nora había mencionado que Esteban iba a por él. Su antiguo segundo tenía algo que ella no sabía y tal vez ahí estaba la clave.

Mejor así. Ojalá diera con él. Ojalá se colgara la medalla. Ahora debía concentrarse y afrontar el escrutinio de Asuntos Internos. Ella no estaba involucrada en nada. Y la hora de la vista había llegado.

Antes de entrar en la sala aún los hicieron esperar de pie junto a un mostrador donde un secretario repartía el correo aplicadamente entre varias bandejas. Los tacones ya se hacían notar en sus pies desacostumbrados y se apoyó en la barra, los habría lanzado lejos en un concurso de halterofilia si hubiera tenido ocasión. De pronto, escuchó una voz familiar. El secretario tenía un pequeño televisor encendido y la presentadora anunciaba unas imágenes que podían herir la sensibilidad del espectador. Palabras mágicas.

Se asomó. La imagen de Saramú ataviándose como la chica ejecutada de Goya corría en las pantallas de media España sin filtro alguno. Sin respeto al pudor.

«Posibles imágenes de Sara Muñoz antes de morir. Ella pudo haber participado voluntariamente» era el subtítulo que desfilaba entre comillas en la parte inferior de la pantalla atribuido a un «especialista en muertes rituales».

Especialista en muertes rituales. A María también le habría gustado dar un botón y disponer de uno a la medida, qué suerte tenían los programas de televisión, siempre encontraban especialistas *ad hoc*, capaces de atribuir la muerte de un niño a un acosador de su madre sin expresar la menor duda,

aunque luego la culpable fuera la madrastra, como en aquel caso del Pescaíto, en Granada. La televisión se había convertido en un gran plató tipo *Cuarto Milenio* donde los imitadores de Iker Jiménez se multiplicaban como ratas bajo la apariencia de serios informadores. Ellos decidían quién había matado a un niño desaparecido, por qué orificios habían violado a una chica y cuántas veces o qué sintió la pobrecilla momentos antes de morir, con la misma dosis de enigma y suspense con que Jiménez afrontaba el avistamiento de nuevas manchas en las paredes de Bélmez. Y con permiso de la publicidad. De mucha publicidad. Antes y después.

La suerte estaba echada, pues. Ahora resultaba que Sara Muñoz «pudo haber participado voluntariamente» en su propia muerte porque así lo había decidido el «especialista en muertes rituales». Especialista que, como todo el mundo sabe, debía figurar en las páginas amarillas de especialistas televisivos *ad hoc*.

María no conocía esas imágenes porque no pertenecían a la serie que ella había recibido. Ciertamente Yago había colgado material nuevo en su blog. Seguramente su propio material.

—Vamos. Nos toca —dijo el abogado.

Los dos pasaron. Sus tacones resonaron en el parqué. Comprobó su pelo recogido, se repasó con las manos la falda, la chaqueta y se dirigió a su sitio. Estaba nerviosa. El abogado, sin embargo, de pronto parecía estar calmado. Miró alrededor. Ninguna cara amiga. Nora había desaparecido, tal vez lo que dijo solo había sido un farol, no había prensa acreditada en Asuntos Internos, bravo por sus recursos.

El mando comenzó a leer los cargos y a describir los hechos. El expediente se iba a dirimir dentro del Cuerpo y pronto iba a percibir si las armas venían previamente cargadas o había alguna posibilidad. Si todo salía mal le quedaba la vía judicial. La justicia. Y tal vez la prensa, los especialistas *ad hoc*. Mejor no pensarlo. Si todo salía mal, salía mal.

El mando seguía leyendo y María intentó concentrarse en la descripción de los hechos: el hallazgo del cadáver que llevaba tres meses en un maletero, la identificación de la chica, su relación con cierta mafia local, su madre desaparecida. En aquellos días no solo resolvieron lo que concernía a Claire Jones, sino también a su madre, cuyo rastro se había evaporado muchos años atrás. La descripción era bastante aproximada a la realidad y se sonrió con un rictus de amargura. Había sido el último caso con el comisario Carlos y se podía pesar el aroma a fin de etapa en toda aquella secuencia de hechos. También podía pesar la necesidad de negar o matizar todo aquello.

—¿Es cierto que usted actuó por su cuenta, desobedeciendo sus obligaciones en Soria y viajando en varias ocasiones a Santander, donde investigó más allá de sus competencias?

—Fui a visitar a mi amigo, el comisario Carlos, y lo hice en mis días libres. Y luego fui cuando él enfermó. Llegué cuando ya había muerto. Y no desatendí nada en Soria.

—Pero ¿investigó usted sin competencias o no investigó?

—Le ayudé como amiga. Nada más. Siempre trabajamos juntos. — Después se corrigió—: Carlos y yo siempre trabajábamos juntos.

El abogado acompañaba las palabras con gestos de aprobación. Subrayar la relación personal y profesional entre los dos era el camino. Su papel en el caso Claire Jones podía comprenderse como una colaboración informal, como una cuestión entre amigos que, además, terminó con éxito.

—Y, sin embargo, tenemos indicios de que ha seguido haciéndolo después. Que ha seguido investigando por su cuenta. Después de ser expedientada.

María abrió los ojos y ni siquiera se atrevió a mirar a su abogado, que no es que hubiera abierto los suyos, sino que parecía haberlos sustituido por circunferencias blancas trazadas con compás.

—El seguimiento indica que ha comparecido usted en el escenario de los dos últimos crímenes cometidos en Madrid, que uno de los fallecidos tenía su tarjeta y que ha resultado herida incluso durante su propia actuación — prosiguió el inspector—. También ha estado en la Dragona, centro ilegalmente ocupado, y ha estado en relación con los antisistema.

¿El seguimiento? ¿La habían seguido, entonces? ¿La policía había dedicado sus recursos a seguir sus pasos mientras racaneaba en los crímenes? Y ella sabía bien cómo se las gastaban a la hora de racanear. Miró a su abogado y él a ella. También a él esto le había pillado desprevenido. El seguimiento y los resultados. Protestó.

—Aquí se dirime lo que sucedió el año pasado en Santander, inspector. Lo que haga mi defendida en su tiempo libre en la actualidad no es objeto de este expediente.

—Aquí se dirime lo que yo diga, abogado. Que es la insubordinación a la superioridad. Y si la comisaria está actuando por cuenta propia, sigue mostrando una insubordinación que se debe penalizar. Ley orgánica 4/2010, publicada en el BOE del 21 de mayo del citado año.

María cerró los ojos. El flequillo se le había empezado a desprender del moño y lo intentó colocar tras las orejas. Los puntos le tiraban. Se sentía

incómoda con la falda y los tacones y solo podía pensar en salir corriendo, en desprenderse de todo, en coger la bicicleta y pedalear hasta quedar exhausta. O, en su defecto, en averiguar qué más estaba tramando Yago.

—¿Nos quiere decir cómo se ha hecho esas heridas, comisaria? —preguntó el mando.

—Me desmayé sobre una palmera llena de pinchos. No hay más. Así de ridículo. En La Vaguada. Hubo testigos. Los jubilados y yo nos hacíamos compañía.

—¿Y qué hacía su tarjeta en el bolsillo de una víctima? ¿Eso nos lo puede explicar? ¿También hay testigos?

Era la pregunta más temida. Ruiz miró a los ojos al mando, el inspector le aguantó la mirada. El abogado se volvía alternativamente al uno y a la otra sin siquiera poder colar indicación alguna. Entendió que María estaba a punto de rodar por libre y cuesta abajo sin frenos.

—Escuche, inspector, mi representada puede asegurarle que ahora mismo, y subrayó de nuevo las palabras, *ahora mismo* no está involucrada en ninguna investigación.

—He preguntado qué hacía esa tarjeta en el bolsillo de una víctima. Nada más.

—Mire, inspector —dijo Ruiz, seria—. Si de verdad lo quiere saber, se lo voy a contar.

En ese momento, el timbrado estridente de un teléfono empezó a tronar de forma tan rabiosa que asustó a todos. Sonaba a otra época, como si todas las bocinas de alerta antiblitz se hubieran puesto en marcha en Londres setenta años después. Y venía directamente de su bolso.

Era el teléfono antiguo, el de aquella primera generación de móviles que reproducían los sonidos de los viejos modelos colgados en la pared que clamaban para que alguien los escuchara desde lejos, mucho antes de las vibraciones, las melodías suaves o incluso los silencios.

—Perdonen —dijo Ruiz.

—¿Conoce usted el modo avión? —increpó, enfadado, el inspector.

—¿Modo avión? Me conformaría con el modo patín —musitó.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada, nada. —Lo único interesante de un supuesto «modo avión», pensó, habría sido pulsar un imaginario botón de «eyección». Para desaparecer de ahí.

—¿Puede hacer el favor de apagar su teléfono?

—Estoy en ello.

Ruiz localizó al fin el móvil en su bolso y logró rechazar la llamada. Era un número desconocido. Podía ser una llamada comercial. O podía ser Eloy. Observó rápidamente la pantalla. En ese momento entraba un SMS:

—Estoy escondido, pero me han dado tu teléfono, menos mal. ¿Puedes hablar?

María apretó el móvil entre las manos cerradas. El abogado tenía los brazos cruzados en son de rendición mientras negaba con la cabeza y el inspector aguardaba sus palabras.

—¿Y ahora nos lo quiere contar? —insistió el mando—. ¿Qué hacía esa tarjeta en el bolsillo del finado?

—Lo siento. No tengo respuesta.

—¿Cómo que no tiene la respuesta? —El inspector estaba enrojecido. El abogado descruzó los brazos, se volvió a animar—. ¿Quiere decir que no lo sabe?

—Quiero decir que no tengo la respuesta. No diré más. Y que si me han hecho seguimientos sabrán que no he hecho nada ilegal.

Quería salir corriendo de allí, quitarse los tacones, soltarse el pelo y hacerles un corte de mangas a la vez, o en su defecto salir simplemente corriendo de allí y devolver la llamada a Eloy, y tuvo suerte, porque el inspector cerró la sesión por el momento y hasta la siguiente notificación.

—Bien jugado, Ruiz, muy bien jugado —dijo su abogado mientras salían—. ¿Y ahora qué tal si nos tomamos una caña?

Pero ella ya no escuchaba. Tacones en mano corría hacia la calle con el teléfono en la oreja tras rellamar al teléfono desde el que le llegó el mensaje. El pelo ya descolocado. El chico no tardó nada en responder.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Y sin bici, pero sí con el primer taxi disponible, voló hacia el lugar indicado de la zona del Manzanares donde, como no podía ser de otra manera, la aguardaba Eloy.

El taxi la dejó en Puente del Rey, donde debía seguir a pie para adentrarse en la Casa de Campo. Los accesos estaban cortados para coches, y un gran operativo de municipales vigilaba una carrera de triatlón. A un lado de la explanada, el ejército había desplegado tanques, ambulancias y tiendas de campaña en una exhibición de sus misiones de paz. Los cascos azules habían tomado el Manzanares en una especie de feria militar que atraía a jubilados y a niños deseosos de subirse a los tanques. La banda marcial competía con las instrucciones por megáfono del triatlón.

María caminó torpemente con los tacones y la falda hacia el interior del parque. Pronto llegó al palacio Vargas, el viejo caserón de campo donde el rey José Bonaparte solía refugiarse por miedo a un asalto al suyo.

María lo miró desde allí. El Palacio Real podía ser un mazacote visto desde la ciudad, jamás se integró en el centro con calidez, y menos aún tras verse asociado a las arengas de Franco en la plaza de Oriente, pero visto desde ahí, desde la Casa de Campo, adquiriría un sentido diferente. Contempló la distancia entre los dos palacios, la línea recta bien iluminada y clara en un único plano alzado. Pero ella había estado debajo, en los sinuosos pasajes oscuros donde lo largo, lo ancho y lo profundo se mezclaban en sus tres dimensiones en completa oscuridad, regado además por circuitos de agua escurridiza y fría. En superficie lo recorrían jardines milimétricamente delineados, árboles moldeados, carruajes bien mantenidos desde tiempos perdidos y las parejas y las familias que paseaban por allí ante su fachada resplandeciente. El triatlón, los militares, los ciclistas, los niños de Madrid. Apto para todos los públicos. Pero debajo estaban los túneles, la maraña subterránea de una ciudad ajena no solo a las oficinas de turismo, sino también a la ley y la luz.

La leyenda decía que los túneles habían conectado a los Borbones con los mejores conventos, donde las novicias de buena familia no podían negarles

una bienvenida a la altura de su excelsa educación. La historia confirmaba que a través de ellos salían a cazar y que el rey Bonaparte los usaba para refugiarse en el palacio Vargas. Y la autoridad sostenía que todo estaba cerrado y que las únicas cámaras accesibles eran las destinadas a evacuar el agua de las crecidas del río. Así lo había aprendido ella en los cursos sobre el subsuelo de la policía de Madrid.

Pero ella sabía que, ahí, bajo sus pies entaconados, había un inframundo más real que los malditos zapatos que hoy iban a pulverizarle los pies.

Y que si Eloy había elegido este lugar, el palacio Vargas, no era por casualidad, sino porque ahí desembocaba el túnel que habían recorrido juntos.

Primero rodeó el edificio. Tenía aspecto abandonado, con puertas tapiadas y paredes falsas de contrachapado pegadas sobre un lateral que se adivinaba elegante, arqueado, adusto, como la buena arquitectura sencilla de Madrid. El edificio, o al menos el espacio que lo rodeaba, estaba tomado por la empresa de viveros municipales, que había hecho suyo el parque y levantado barracones de jardinería como si fuera un koljós, una de esas granjas colectivas que el comunismo imponía en las mansiones confiscadas a la aristocracia rusa. En Londres alguien habría sacado brillo al sitio, habría puesto una taquilla y organizado recorridos y visitas infantiles en las que sumar estatuas a cambio de una estimulante puntuación final, pero en Madrid también podría haber sido peor. Los niños aquí se subían a los tanques en lugar de aprender historia imaginando los fantasmas de la monarquía junto a un guía creativo, qué se le iba a hacer.

Siguió caminando, no había ninguna entrada visible. A saber por dónde entraba y salía Eloy. Buscó el viejo móvil y lo llamó. El chico cortó la llamada, pero le escribió un SMS: «Estoy en el último barracón».

María siguió rodeando el edificio. Podía imaginar el choteo diario de los jardineros de Madrid: tenían la ciudad como los chorros del oro con relevos de petunias y ciclamen cada quince días, pero su base nodriza, el lugar donde cultivaban los viveros y del que salían cada día los brotes que plantaban en todas las plazas, estaba hecho un lodazal. Barracones, baches en el barro y un palacio tapiado. Una suerte para Eloy, escondido de su propio escondite en la Dragona.

Llegó al último barracón, era el más pequeño, la puerta estaba cerrada. Giró el picaporte y cedió. Eloy estaba en pie, en la oscuridad, y lo único que pudo percibir María mientras su vista se acostumbraba a la ausencia de luz fue el olor agrio a sudor adolescente de varios días seguidos. Semanas, tal vez.

Después vio sus ojos. Brillaban como los de un minero entre paredes de carbón, el rictus triste. Lo abrazó. Bajo su constante apariencia de seguridad percibió un temblor emocionado en su cuerpo.

—Dios mío, Eloy, pero ¿qué haces aquí?

—Pasa.

El chico cerró la puerta con premura, echó el pestillo y toda la caseta vibró por la sacudida. Estaba muy flaco. María miró alrededor. El estrecho espacio era básicamente un guardarropa. Los monos de jardinería de color verde saturaban los ganchos y añadían un aroma a hierba en descomposición. Hasta allí llegaba la música marcial.

—¿Has comido algo, Dios mío, Eloy? Estás muy delgado. ¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrado? —María recordó a la madre de Tomás. Su primer pensamiento también era hacia la comida de su hijo.

—Tengo provisiones. —Eloy señaló un macuto colgado de un gancho. María imaginó unas zanahorias, con suerte un plátano.

—¿Me dejas invitarte a algo? Por favor. Ahí afuera hay una terraza, tienen raciones de todo. Déjame, por favor. Nadie nos verá.

—Nadie necesita gastar —dijo Eloy—. Y además soy vegano.

María se descalzó, se arremangó la falda y se sentó en el suelo, junto a él. El calor era intenso en ese barracón de material sintético que multiplicaba la temperatura del sol.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado? ¿Por qué desapareciste? Todos en la Dragona están preocupados.

—La policía me busca. Yago también. Y yo simplemente me sé cuidar.

—Saramú seguramente también pensó que se sabía cuidar.

—Saramú estaba enamorada. Eso la hizo débil.

María intentó vislumbrar su gesto, su estado de ánimo. A pesar de la estrechez del espacio y de su precariedad, Eloy estaba tranquilo, mantenía su forma lacónica de administrar sus palabras a cuentagotas.

—Hoy se ha publicado el vídeo de sus preparativos, supongo que no lo has visto —explicó María—. Saramú se vistió como esa mujer de Goya. Va a ser difícil incriminar a Yago.

—Supongo que lo ha publicado él. Porque lo grabó él.

—¿Tú estabas allí?

Eloy no contestó.

—¿Me vas a contar qué se traían entre manos esos dos? ¿Qué os traíais entre manos?

El chico se recogió las piernas cruzadas entre las manos. A pesar de la oscuridad, a María le pareció que uno de sus pies descalzos estaba cubierto, estaba vendado. Siguió callado. Su quietud solo era comparable a su tozudez.

—Déjame hacer una cosa, Eloy. Tú me has ayudado mucho, no has hecho otra cosa desde que nos conocimos. Has confiado en mí. Déjame ayudarte también, confía en mí. Vas a venir conmigo a mi casa. Vivo sola. Te juro que nadie te verá y nadie lo sabrá. Te instalas allí. Te duchas. Te vistes. Comes lo que quieras. Será tu casa y nadie lo sabrá. Te pones fuerte. No puedes seguir aquí. Y no puedes seguir así.

Eloy pareció pensárselo por lo que tardó en contestar. Pero después simplemente volvió a ponerse en pie. Definitivamente tenía uno dañado, lo mantuvo arqueado sin posar completamente en el suelo.

—No te he llamado para que me ayudes. Te he llamado para enseñarte algo.

Al menos esta vez no había bicis cochambrosas para seguir su ritmo con rumbo desconocido, pero con Eloy nunca se sabía. María también se levantó, iba a calzarse los zapatos, pero le miró los pies y dejó los suyos a un lado. Era territorio Eloy y le acompañaría en sus condiciones.

Ambos salieron de la caseta, el sol los cegó. María agradeció el aire más fresco del exterior. La música marcial había cesado y los gritos de animación a la carrera de triatlón podían escucharse al otro lado de los barracones. Miró su pie, ciertamente estaba vendado con un trapo sucio. Preguntarle qué había pasado habría sido inútil, así que intentó concretar:

—¿A dónde vamos?

—Sígueme, por favor.

No tuvieron que desandar el camino hacia la fachada principal. Por el contrario, Eloy avanzó hacia el lado opuesto del palacio, el más escondido, hasta que llegó a una de las ventanas tapiadas de esta mansión fantasmagórica. Allí desencajó varios ladrillos sueltos y los apiló ordenadamente en un solo montón sobre el suelo. El cristal estaba roto. Se subió al alféizar y de un salto ágil se coló en el interior. María estaba en forma, pero no tanto, y necesitó subirse a los ladrillos para trepar al marco. La montaña se desparramó mientras saltaba.

La habitación estaba vacía. Había ropas tiradas, botellas rotas y cartones. Si seguían corriendo por entre esos cristales iban a herirse, pero Eloy ya se había adentrado en un pasillo oscuro y lo siguió. Los megáfonos del triatlón ya no llegaban hasta allí, el calor del exterior tampoco, las gruesas paredes los

protegían del exterior, pero también de cualquier rastro de ayuda si la necesitaban.

Al final del pasillo llegaron a un salón que parecía de baile. Tenía frescos descoloridos en el techo, una chimenea gigante y columnas barrocas o de imitación. Junto a la chimenea, en el suelo, había restos de una fogata, quienquiera que la hubiera encendido había preferido quemar leños sobre la alfombra antes de probar en su sitio. También había latas oxidadas y un cartón de vino de Alipende. Junto a un antiguo sofá destripado, con muelles asomados entre lo que fueron cojines, había un somier abandonado. María miró todo ello y después a Eloy. ¿A dónde quería llegar? En una esquina del salón, una vieja escalera de caracol en pésimo estado conducía a una planta superior. Faltaban escalones, estaba ladeada y nadie habría podido jurar que fuera a permanecer sujeta, pero Eloy ascendió por ella con rapidez y tendió la mano a María para que lo siguiera.

—Ya llegamos.

La escalera se zarandeo mientras subía y, con más fe que firmeza, María alcanzó el piso de arriba.

La luz entraba por varias ventanas y les costó acostumbrar la vista. Era un espacio iluminado, pero las paredes estaban tan atiborradas de láminas, dibujos, recortes de periódicos y otros papeles que entre todos habían oscurecido la estancia. Goya poblaba todas las paredes, desde su etapa inicial cargada de colores y esperanza hasta la oscuridad final, pasando por los retratos, las majas, los grabados y la guerra. Saramú debió ser feliz aquí. María recordó su croquis emborronado por la gotera. Al lado de esto, su pizarra parecía un cuaderno de vacaciones Santillana.

La operación requería una combinación de vigilancia, infinidad de turnos de agentes de paisano y sobre todo el control exhaustivo de las cámaras. El Museo del Prado contaba con una brigada de la Policía Nacional y con su propio ejército de vigilantes camuflados. Y por eso, o por todos los elementos disuasorios visibles o invisibles, tenía un historial impecable de seguridad. Madrid no había conocido ataques como los que dañaron la *Piedad* de Miguel Ángel en Roma o *La Gioconda* en París. Pero la persecución de un homicida obsesionado con el arte en medio de masas de turistas requería un dispositivo de una envergadura aún imposible de definir.

Todos habían leído el texto de Yago y habían podido deducir que iba a atacar en el Prado. Podía ser en cualquier otro lugar, pero la mención expresa al retrato de Leocadia Weiss solo podía llevarle a la sala donde se exhibían las Pinturas negras.

Esteban llegó con Martín y otros agentes destinados hoy a convertirse en turistas atraídos por el arte del siglo XVIII y XIX. Sobre los pinganillos se colgaron las audioguías, se mezclaron con la gente y empezaron a merodear por la zona simulando escuchar atentamente la explicación profesional. Pero antes o después todos debían entrar y salir de la sala de las Pinturas negras, vigilar especialmente el retrato de Leocadia y, mientras simulaban contemplar las obras, no quitar el ojo de los visitantes. Iban armados.

Esteban fue directo a la central de seguridad. Multitud de pantallas mostraban los accesos, las taquillas, los pasillos y las salas principales. Cuadros de especial valor como las majas o las meninas tenían su propia cámara fija, y todos portaban un chip para su seguimiento en caso de robo. Pero hoy aquí no se jugaban una sustracción, la pesadilla para los compañeros de la Brigada de Patrimonio Nacional de la policía, sino —en palabras de Esteban— su propio honor.

Nadie había visto la cara de Yago, pero sí su silueta larguirucha en la grabación previa a la muerte de Sara Muñoz, junto a la de otro varón más pequeño. Ni siquiera tenían la seguridad de que él fuera el alto y no el bajo. Esteban se había preguntado muchas veces si no estaban equivocándose otra vez, como se habían equivocado con el profesor.

Pero tenían las entradas del blog. Y tenían sus antecedentes.

La última entrada tampoco les había servido para desenredar el camino en internet hasta llegar a su IP, su ordenador o el terminal que usara para subirlo a la red, pero eso ya tenía escasa importancia. Yago podía escribir desde El Corte Inglés, desde la FNAC o desde cualquier teclado en centenares de sitios públicos. El rastro informático de los delincuentes más prevenidos se había convertido en un juego de distracción segura, para desesperación de la Tecnológica.

Otra cosa eran sus antecedentes. Aquello sí era definitivo, o al menos tenía toda la pinta de serlo. El hombre que hoy perseguían parecía ser el mismo que años atrás había atacado una exposición de Goya en París. Había rociado con ácido un autorretrato del pintor, había sido arrestado y luego se había esfumado sin saldar jamás la multa y la pena de tres meses que se le impuso. La historia del arte coleccionaba decenas de ataques de perturbados, como el que quiso despedazar la *Piedad* con un martillo en nombre de Jesucristo; el que meó en *El orinal* de Duchamp; el que acuchilló *La Venus del espejo* de Velázquez, o *La ronda de la noche* de Rembrandt; o quienes apedrearon o arrojaron ácido a *La Gioconda*. Entre los atacantes había pintores frustrados, profesores, activistas, locos fugados de psiquiátricos o simples vándalos deseosos de notoriedad. Tras salir en las televisiones nadie seguía después los juicios, los testimonios penosos —«me lo ordenó Dios, seguía una voz interior»— ni las escasas condenas. Estrellas de un día que ni siquiera brillaban con luz propia, sino que rebotaban la de astros geniales, de galaxias lejanas en el espacio y el tiempo. Siempre en la órbita de los demás.

Pero ninguno de ellos había matado, que ellos supieran. Ninguno había llevado su obsesión hasta la muerte de una chica joven y de un mendigo, como el loco Yago.

María contempló primero las láminas y postales pegadas en la pared principal. *Perro semihundido* era la primera, le seguían *Pavos muertos*, *Por liberal* y un detalle de los frescos de San Antonio junto al *Saturno* que devoraba a su hijo.

«Hijo de puta. Lo sabía, tienes un plan. Hijo de puta».

No necesitó explicar sus pensamientos en voz alta porque Eloy los había entendido probablemente antes que ella. En la misma pared, separadas de estas, había más obras. Algunos *Desastres de la guerra* mostraban decapitados, colgados, ejecutados, solo esperaba que no tuviera intención de representarlos; algunos *Caprichos* surrealistas exhibían personajes de cabezas exageradas y rasgos casi animales; había una *Escena de la Inquisición* cuyo original había visto en el Prado. Pero, sobre todo, en gran tamaño, había un cuadro que no conocía: *Casa de locos*.

Personajes enajenados, desnudos o semidesnudos, se amontonaban en un lugar siniestro, oscuro, iluminado solo por la luz que penetraba a través de unas rejas inaprensibles en la parte superior. Abandonados a su suerte, encerrados. Aquello era un manicomio, pero bien podría haber sido la cámara de desagüe del túnel en el que se amontonaban los mendigos a pocos metros de allí.

Uno de los locos llevaba la cabeza adornada con plumas y una especie de palo que asemejaba una lanza o un báculo, parecía creerse el rey y algún otro le besaba la mano. Algunos yacían en el suelo, otros aguardaban sentados el simple transcurrir del tiempo, o caminaban tensos hacia ninguna parte. Reían, o lloraban, o gritaban. Uno tenía los pantalones bajados y al fondo, en la esquina más oscura, uno practicaba a otro una felación. Si el monstruo que había organizado todo esto pretendía acometer de alguna forma aquella escena, solo cabía esperar que no hubiera imbéciles suficientes para prestarse a su juego.

Casa de locos ocupaba un lugar preeminente en la pared. A sus pies había una mesa cubierta de ropa. Estaba doblada y parecía en buen estado. Tenía un neceser, espuma y cuchillas de afeitar. El monstruo posiblemente usaba aquella habitación como zona de tránsito entre su vida en el túnel próximo y su vida pública, o lo que quería que fuera su vida pública, en la que ella misma había comprobado que iba pulcramente vestido, calzado, afeitado y aseado.



Casa de locos (1808-1812).

—Eloy, me tienes que contar qué más sabes —María se dirigió al chico—. ¿Por qué conoces este lugar? ¿Qué pintas tú en todo esto?

—Saramú me trajo aquí. Ella siempre me contaba sus cosas. —Eloy bajó la vista al suelo. No estaba acostumbrado a hablar durante largo rato y María se dio cuenta de que tras articular varias frases seguidas miraba hacia abajo, inclinando la cabeza y alzando la vista de cuando en cuando para asegurarse de que no había perdido la atención. Un pequeño gesto de inseguridad en una personalidad que aparentaba lo contrario. Eloy siguió—: Ella siempre me hablaba de arte, lo vivía como una experiencia especial y me lo contagiaba. Era bonito.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que había conocido a alguien parecido a ella, la misma pasión por el arte y las mismas ideas. Y me habló de un lugar en el que podíamos vivir sin problemas.

—¿Vivir aquí? ¿Y abandonar la Dragona?

—La Dragona está bajo amenaza. Además no es para vivir, es un centro social. Necesitábamos una okupa que nadie conociera, libre de persecución.

—Y apareció Yago.

—Yago la entusiasmó. Y le enseñó este espacio. Este palacio está en buen estado, tiene tomas de agua y de luz, no costaría nada tirar empalmes, está cerca del centro y a la vez está escondido. Aquí podían trabajar juntos, preparar sus movilizaciones. Y los amigos podíamos vivir. Era perfecto.

—¿Y la empresa municipal de viveros? ¿No iban a tener nada que decir?

—Los jardineros trabajan fuera, en los barracones, y ni siquiera tocan el palacio. Hasta que alguien se diera cuenta y empezaran las gestiones de desalojo era una gran opción. Lo sigue siendo. Pueden pasar muchos años hasta que te echen de una buena okupa.

Eloy dijo «muchos años» como si tuviera muchísimos. María sonrió. Era un veterano *squatter* con menos de dieciséis años.

—Supongo que pagar un alquiler no entra en vuestros planes.

—Sobran edificios vacíos en Madrid. Es una cuestión de principios.

—¿Y tus padres? Tienes una familia. He visto la foto.

Eloy calló. En su conversación, la más larga que habían mantenido los dos, no había espacio para eso. Sus labios se fruncieron, cerrados.

—Está bien. No pasa nada —corrigió María—. Volvamos a Saramú. Conoció a Yago. Ambos grababan escenas. Lo he visto. Como antes las grababa con su profesor.

—Interpretaban cuadros, hacían *performance*, Saramú era una activista visual. Se movilizaba para defender el arte libre y accesible para todos. Sin dueños, ni vigilancia, ni mercado. El arte por su valor, no por su precio. Y programaba lanzarlo todo en YouTube. Nada más. Ella no hacía daño a nadie.

—Pero Yago sí.

Eloy señaló *Casa de locos*, los enajenados amontonados en el manicomio. Sus gritos y discursos eran solo figurados, pero podían imaginar a Goya escuchándolos en su interior, en los pliegues más tortuosos de su sordera, como en la *Novena Sinfonía* de Beethoven se podía acariciar el sonido ya solo imaginado por su autor deteriorado, impedido, luchando contra el poder avasallador de la vejez y de la muerte. Esos locos pueden estar acabados, pero gritan, se arrastran, se rebelan, se someten e incluso eyaculan en las sombras, en los márgenes. Aún están vivos. Pudo pensar Goya cuando lo pintó.

—¿Ves a esos locos? —preguntó Eloy—. Goya era uno o varios de ellos, según Yago. Decía que era un autorretrato multiplicado del autor. Pero es

Yago quien está loco en realidad.

María volvió a mirarlo. Goya multiplicado en los rostros dementes. También volvió a recorrer la pared con la vista. Todas las pinturas traslucían una violencia que podía ser más o menos soterrada, pero siempre aceptada, una crueldad rutinaria y una sobredosis de muerte como forma de afrontar la vida. Sus pies descalzos tropezaron con una carpeta.

—¿Y esto qué es?

—Ábrelo. Yo ya lo he visto.

María se agachó y abrió la carpeta. De su interior escaparon algunos recortes de prensa, que desplegó en el suelo. Los dos se sentaron. Eran noticias sobre ataques a obras de arte. Decenas de atentados en museos y monumentos de todo el mundo. Destacaban la *Piedad*, *La Gioconda*, *La ronda nocturna*. Un cuadro clínico muy particular —leyeron— que indicaba una oscura patología donde se mezclaba el desequilibrio mesiánico y la obsesión por trascender. Los grandes genios eran espejos en los que mirarse y cuando la imagen que les devolvía ese espejo no correspondía con la que estos enfermos tenían, simplemente no la querían ver. Llegaba la destrucción, la suplantación y hasta la intervención en la obra ajena para generar la propia. La historia estaba llena de destructores de arte por las causas más dispares, desde los talibanes que volaron los budas gigantes en Afganistán, como los protestantes habían mancillado estatuas católicas durante la Reforma, hasta el ataque a la simbología nazi, comunista u occidental. Había muchas razones pero, entre todas ellas, destacaban las patologías individuales, sin causas políticas, donde la propia destrucción por la destrucción alimentaba un ansia de grandeza y notoriedad que no podía lograrse por la vía de la creación. Los iconoclastas perturbados que habían actuado contra obras mayores eran en general narcisistas heridos, desarraigados, megalómanos y poseían un ansia de reconocimiento que se tornaba en ira cuando se imponía la impotencia y el miedo al rechazo. El don de la creación no los había alcanzado y por ello practicaban la destrucción.

También había noticia de un ataque contra un autorretrato de Goya en una exposición en Francia. El recorte mostraba un detenido de espaldas, sin identificar, y el cuadro emborronado con ácido sulfúrico. Podía ser él.

—¿Él atacó esta obra?

—Parece que sí.

—Debió de ser lo que Esteban me ocultaba. Por eso han ido a por él.

—¿Qué quieres decir?

—Cosas mías. Mis compañeros de la policía no me han dicho todo.

—Eso es feo.

—¿Y tú? ¿Se lo dijiste a Saramú? —María señaló todo el material desplegado alrededor—. ¿Todo lo que averiguaste?

Eloy se levantó y se alejó. Se apoyó contra la repisa de una ventana. Los okupas no suelen acercarse a las ventanas porque la grabación policial siempre los amenaza, pero el chico pareció olvidarlo. Había apoyado los brazos cruzados sobre el alféizar y había dejado caer la cabeza sobre ellos. Estaba llorando.

—Eloy. —María corrió a abrazarle, él se dejó. Era tan fuerte, y a la vez tan solo un crío—. Tranquilo, tranquilo, Eloy.

—Me di cuenta de que estaba loco porque empecé a sospechar y lo empecé a seguir, tú le has visto como yo. —Eloy sollozaba—. Intenta volverse sordo como Goya. Ataca sus obras. Quiere recrearlas en la realidad. Se cree un genio y solo es un loco. Pero no fui capaz de decírselo a Saramú. No fui capaz.

—Tú no tienes la culpa, Eloy.

—Era la opción de Saramú. Yo solo respetaba su libertad. Pero no hice bien. Al final era más importante su vida que su libertad.

María le apretó el brazo mientras él se secaba los lagrimones con el otro. El chico había tenido la inteligencia de desconfiar y actuar, pero su respeto sagrado a Saramú había prevalecido sobre cualquier iniciativa. Y además eso ya no importaba. Solo importaba cazarlo. María señaló otros papeles amontonados. Había cientos.

—¿Y averiguaste algo más?

—¿Qué quieres decir?

—Mientras le seguías. Y en todos estos papeles. —Eloy calló—. Tenemos que actuar rápido, se lo debemos a Saramú. ¿Averiguaste algo más?

—Creo que sí. Algo importante. —Después se calló. El sacacorchos Ruiz debía seguir extrayendo.

—¿Me vas a decir que te siga otra vez por las calles o los túneles? ¿O me lo vas a contar?

Eloy sonrió entre su rictus de tristeza y esta vez se lo contó. Yago había estado varias veces interno en una unidad psiquiátrica. Uno de los mendigos lo reconoció y lo contó a voz en grito, a todos, en el túnel. Yago dijo que si le recordaba es porque allí él era el médico y que al mendigo le fallaba la memoria, que seguía estando loco.

—¿Por eso me dijiste que es médico?

—Es lo que nos dijo, sí. Que era médico forense, que había perdido el título y no podía ejercer por un error que iba a arreglar. Y en eso le creí, parecía saber de qué hablaba, pero es un embaucador. Es un farsante. Un impostor.

—¿Qué te ha hecho dudar ahora?

—El mendigo me ha contado muchos detalles imposibles de inventar. Los dos compartían tratamientos, salas, actividades, terapias de grupo, comedor. Los dos padecían esquizofrenia en distinto grado y Yago además psicopatía, según el mendigo. Pero los dos están ya *curados*, me ha dicho.

—¿Es uno de los mendigos del túnel?

—El que se acercó a ti. El hombre a quien diste la tarjeta.

—Dios mío, Eloy. —María se tapó la cara con las manos con tal ímpetu que se raspó las costuras. Eloy podía saberlo todo sobre Yago, sobre el palacio Vargas y sobre la vida okupa, pero llevaba encerrado dos días sin comunicación. Desconocía todo lo que había pasado fuera.

—¿Qué ocurre?

—Buf. Te lo explico si te vienes a mi casa, si me dejas al menos invitarte a comer. —Él negaba con la cabeza mientras ella iba reduciendo el tamaño del chantaje—. Si me dejas al menos mirarte ese pie.

—Eso no va a ocurrir.

—Joder. Ese mendigo ha aparecido muerto. Se lo ha cargado también. ¿No ves que estás en peligro?

Eloy apenas torció el gesto, pero la tensión fue palpable en su rostro seguro. Después simplemente dijo:

—Yo me sé cuidar.

—Tú sabes que vamos a tener que incautarnos de todo esto. —María señaló las láminas, la ropa, las carpetas—. Tu proyecto de okuparlo se ha ido a la mierda.

—Hay más palacios. Más barracones. Madrid está lleno. Me las arreglaré.

—Joder, Eloy. ¿Sabes que yo pude haber tenido un hijo y lo perdí? Hoy tendría tu edad. Sería como tú. —María intentaba mantener la voz firme, sin emociones, solo datos de su realidad—. No sé qué coño te ha podido pasar con tus padres ni qué se te ha perdido aquí ni qué pintas tú entre los mendigos locos de Madrid, pero...

—Pero ¿qué? No me vas a cambiar. —Eloy se puso firme y se apartó—. También mis padres lo intentaron y me fui. No lo vais a conseguir.

Eloy bajó la vista al suelo. No iba a contestar. Con él había lo que había y él daba lo que daba, nunca un milímetro más.

—Yo no te quiero cambiar. —María dudó, después tragó saliva—. Supongo que solo quería decirte que si hubiera tenido ese hijo, habría estado orgullosa de que fuera como tú. Estás lleno de luz.

Brilló una lágrima en los ojos de Eloy. Después ambos emprendieron el camino de salida. Los dos se ayudaron a escurrirse por la ventana rota.

El triatlón había acabado, los militares debían estar recogiendo sus tanques. María iba a volver a casa, ponerse al día, cambiarse de ropa. Había un cráneo que encontrar. Y un falso médico escapado de un psiquiátrico. Esperaba que Esteban lo hubiera atrapado, pero en realidad sabía que no lo había hecho. No iba a ser fácil. Recogió sus tacones del barracón, donde dejó a Eloy tras un abrazo a sus huesos desmadejados.

—No te pierdas, por favor.

Eloy no contestó. Se plegó en las sombras calientes del barracón y trancó la puerta.

Aún había un lugar donde buscar.

Lo pensó mientras arrojaba la ropa destrozada al suelo, su falda nueva rozada por todas las escaladas que había acometido con Eloy, la camisa blanca manchada por el sudor y la chaqueta que nunca más iba a estar impecable. Los zapatos iban a ir directos a la basura. Y el día del juicio iba a necesitar vestuario nuevo. Pero de momento le valían los vaqueros. Camisetas. Deportivas.

Al llegar a casa se había puesto al día. En su última entrada, Yago ciertamente anunciaba una actuación y el Museo del Prado era un posible objetivo, pero los territorios de Yago eran inconmensurables. Tenía su rincón en el túnel, su particular refugio en el palacio Vargas, un coche aseado para moverse y frecuentaba el Club de Tiro del Monte de El Pardo, posiblemente con el dinero de Saramú. Esos eran los datos disponibles, pero todo indicaba que podía haber otros lugares, otros escenarios de sus delirios más allá de la unidad psiquiátrica que había abandonado en fecha y lugar aún inciertos. Un espacio infinito para un hombre escurridizo que, sin tener hogar, se movía de túneles a casas abandonadas y de museos a clubs sin inhibición alguna. Y que, además, mataba.

Pero había otro lugar. O podía haberlo. Un sitio concreto en medio de su inmenso campo de actuación. Donde ella aún no había investigado.

Recuperó su móvil del cajón. Encenderlo le provocó una sacudida eléctrica, como si con él se encendiera una buena parte de sí misma. Ante el abogado se había comprometido a no investigar, pero los acusadores habían corrido más rápido y la habían pillado. Así que a estas alturas tenía ya poco que perder y debía terminar lo que podía terminar. Al ponerse en marcha, el móvil se iluminó con avisos de mensajes que empezaron a parpadear al descargarse como los neones que recobran vida tras un apagón en la ciudad.

Varios la habían buscado, pero de momento los ignoró. Buscó a Tomás en el WhatsApp. Estaba *en línea*, pero no era a ella a quien escribía.

Abrió el Twitter. Acudió a su perfil de Oleroy y escribió un mensaje a Chatoy.

«SLW. ¿Recuerdas la transferencia? Salvar a Leocadia Weiss. También hoy lo cuenta en su blog».

Si él no daba señales de vida, ella las iba a dar. Iba a echarle de comer. Nuevos indicios, nuevos caminos, nuevas vías para investigar. Eso los había unido siempre y los podía unir más allá de sus fracturas. Esperó un instante y, ante el silencio, escribió: «La clave está ahí. Y voy a por él».

Entonces escribió a Luna:

«¿Alguna novedad?».

«Esteban y todos están en el Prado, creen que Yago va a actuar ahí. ¿Cómo te ha ido a ti?».

«Como era de esperar: mal. Una cosa, Luna: ¿supiste algo de esa matrícula?».

«Es de un coche desguazado. Tal vez la tenía por tener. Nada que ver con el caso. Lo que no aparece es su título de Medicina. Y eso me preocupa más».

«Al final no es médico, solo un farsante».

«Entonces ¿has sabido algo más?».

María dudó, pero, a donde quería ir, iba a ir sola. Ni policía, ni prensa.

«Nada importante —tecleó—. Cuídate».

Después buscó el contacto de uno de sus amigos forenses.

—¿Alguna novedad sobre el clínex? ¿Había sangre?

—Lo sentimos, Ruiz. Una muestra insignificante. Buen intento. Pero no tenemos nada.

Se despidió. No había nada más que hacer que lo que había que hacer.

Guardó los móviles en sendos bolsillos. El nuevo y el viejo. Pensó en Eloy y acudió a la cocina. Si lograba verlo no podría rechazar su comida. Miró en su nevera, pero no había nada. Rebuscando encontró unas barritas energéticas y las cargó en su mochila. También cogió vendas y betadine. Sin pensarlo volvió a su cajón, pero la pistola no estaba, lo había vuelto a olvidar. Apretó el puño durante unos segundos hasta dejarse los nudillos blancos. Después lo cerró de un golpe, tan contundente que esta vez el cajón encajó tras su propio rebote a la perfección.

Llegó a Carabanchel antes de caer la tarde. No sabía exactamente dónde estaba el lugar que buscaba, pero pronto se encontró en el mismo sitio donde hacía pocos domingos había quedado con Martín, con Luna y Esteban, donde empezó todo. Dos africanos, posiblemente los mismos, descansaban en el parque junto a sus fardos de bolsos antes de volver a la Gran Vía. De lejos vio la terraza del parque Caramuel, el alemán de rastas debía seguir esperándola. Estaban cerca del puente de Segovia, el lugar donde murió Saramú, y donde murió el mendigo. Donde vivía Martín. Cómo no se le había ocurrido antes.

Buscó alguna indicación, pero no la encontró. Algunas webs señalaban que su objetivo estaba en el parque Caramuel, otras la llevaban a la calle Baena, esquina Doña Mencía. Pero en ninguna parte había nada.

La zona había sido el campo de Madrid cuando las ovejas aún pastaban cerca de la plaza Mayor y las gallinas picoteaban junto al río, una extensión que Goya había inmortalizado en decenas de cuadros primero pintorescos, luego tenebrosos. En su tiempo había huertas, praderas y campesinos, pero hoy eran callejas estrechas y pisos de medio pelo donde era imposible ubicar ya aquellos escenarios. Ningún rastro del genio del siglo XIX en la barriada del XXI. El presente era capaz de integrar todos los matices de la fusión multirracial, la diferencia, la convivencia de las zapatillas de señora con las plataformas del Orgullo Gay, pero no dejaba espacio alguno al pasado. Goya no estaba ya en su barrio, o no a la manera en que Rembrandt, Dickens o Mozart vivían aún en las calles de Ámsterdam, de Londres o Salzburgo junto a porros, estudiantes o inmigrantes. Aquí no.

Callejeó cotejando sus notas en el móvil hasta que, al fin, lo encontró. Una simple placa en forma de rombo, tan pequeña que le costó alcanzarla con la vista, clavada en una fachada común:

En este lugar estuvo la Quinta del Sordo, donde vivió Goya.
En ella realizó las Pinturas negras.

Era el único signo visible del paso del pintor. En la calle Saavedra Fajardo, número 32. Ni siquiera la calle se había ganado el nombre del genio en una ciudad que tampoco había sabido salvar su rastro. En cualquier otro país ahí habría un altar. En España había cacas de perro.

Pero a quién iba a importarle la casa de Goya, la Quinta del Sordo, si ni siquiera a nadie le habían importado sus últimas pinturas. Fue un extranjero al fin y al cabo, el barón d'Erlanger, quien las adquirió cincuenta años después para recuperarlas en lienzos que acabó regalando al Estado porque nadie las compró.

Una vecina salió del portal. Vestía bata y delantal y se ladeaba al andar. Tras alcanzar la calle soltó la puerta, que giró con todo su peso sobre sus goznes hasta que se cerró.

María miró alrededor y se subió al portal. No iba a dejar pasar la próxima oportunidad.

Esta llegó poco después. Un crío salió con un balón rumbo al parque y María entró.

Ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Ni lo que iba a hacer. El portal no guardaba ningún parecido con las imágenes que ella había visto de la Quinta del Sordo, que había sido derruida hacía más de un siglo.

El edificio era humilde, no tenía ascensor, sino una escalera que se adentraba vencida hacia la oscuridad. Ojeó los buzones. Nombres comunes, españoles y extranjeros, que no le decían nada. Después empezó a subir. Desde el otro lado de las puertas llegaban voces de televisiones. Belén Esteban gritaba en varias casas, en otra un hombre vociferaba gratis, en otra unos niños lloraban. Cada planta guardaba en los descansillos cachivaches, una taza de váter, algún andador. Al llegar a la última, la de los trasteros, aún vio una trampilla que se dirigía a la azotea, a la que salió. Estaba vacía. Varias coladas convivían ya secas en tendales desgastados.

De pronto, se sintió ridícula, tal vez se había equivocado. No había asomo de pruebas que indicaran que Yago podía esconderse aquí y, sin embargo, solo podía ser aquí. En la última casa de Goya, la única que poseyó, entre los muros que le sirvieron de lienzos para fijar en piedra, como los asirios habían elegido la roca además de la arcilla, un testamento imborrable de arte oscuro y turbulento, pero genial.

La obsesión de Yago se había convertido en su obsesión. Sabía que estaba cerca. Y, sin embargo, le faltaba algo.

Abrió el móvil. Buscó el Twitter. No había nada.

Caminó por la azotea hasta asomarse a la calle. Dudó, pero llamó a Luna.

—¿Tenéis algo nuevo?

—Todos siguen en el Prado. —Luna estaba nervioso—. Han reforzado la vigilancia en todos los museos de Madrid. Pero Esteban está seguro de que irá ahí.

—¿En busca de Leocadia Weiss?

—Exacto. ¿Cómo lo has sabido?

—Igual que vosotros, supongo. La última entrada en su blog.

—¿Y tú dónde estás?

—En su casa.

—¿De Yago?

—Tal vez sí, aún no lo sé. De momento, estoy en casa de Leocadia Weiss.

—¿Estás en la Quinta del Sordo?

—Siempre estás en forma, Luna, conoces la historia.

—Soy un viejo del lugar, comisaria. Sé que Leocadia vivió con él en sus últimos años en Madrid. Pero la Quinta no existe.

—Pero Yago sí. Y si está recreando todo aquello, tiene que ser aquí.

—Ten mucho cuidado.

—Otra cosa, Luna. ¿Sabes si Martín está en el despliegue? ¿Está con Esteban?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Otra intuición?

—Tal vez.

Entonces colgaron. María merodeó por la azotea sin saber bien qué hacer. La ropa colgada no era ya más que ropa reseca, pobre conclusión que no le servía de nada. En un recodo había dos sillas medio rotas, seguramente subidas de la calle, y un montón de colillas en el suelo. No significaba nada. Había tiestos con la tierra seca y esqueletos de geranios muertos de inanición, el cambio climático no necesitaba llegar a Madrid. Miró hacia la calle. El muro que cerraba la azotea era bajo y se prolongaba a su alrededor para delimitar las terrazas vecinas. Desde ahí alcanzaba a ver otras casas aún más bajas que observó durante largo rato. Había buhardillas de ventanas abiertas o cerradas, terrazas de plantas cuidadas o muertas, con muebles amontonados u ordenados, habitadas o deshabitadas. Y un calor volcánico. Y podía seguir haciendo análisis de precisión forense sobre el estado de las azoteas en Carabanchel o sobre la meteorología de Madrid tras una noche de lluvias, pero nada de eso le iba a servir.

De pronto, en una de las terrazas, le pareció ver una figura conocida. Un hombre de torso desnudo fumaba en la azotea, el pelo rapado y la espalda sembrada de tatuajes. Una chica en pantalón corto y sujetador salió también, le quitó el cigarro y le besó. Era el hermanastro de Martín. Su casa estaba en otra calle, sí, pero ahí arriba convivía en la maraña de azoteas que unía los pisos más altos como un campo agrícola distribuido en parcelas desiguales. Lo que había sido un territorio de huertos ahora lo era de azoteas acotadas, de tendales sucios, de antenas torcidas, de polvo. La Quinta del Sordo había comprendido mucho más de lo que albergaba este portal, posiblemente abarcaba buena parte de los edificios entretejidos por estas terrazas de muro

bajo que habría podido saltar una tras otra sin salir de la misma manzana. El reto era avasallador.

El hermanastro volvió a entrar en su piso con la chica y ambos desaparecieron de la vista. Entonces, otra cosa llamó su atención. Entre los muebles de aquella terraza abarrotada no solo había hamacas y mesas. Una silla de ruedas en aparente buen estado reposaba junto a la puerta. El piso había sido de la abuela de Martín, sí, pero dudaba de que una abuelita de Carabanchel circulara con ese modelo motorizado de seis ruedas con tracción central, a estas alturas ya sabía un poco de sillas eléctricas. El pulso se le empezó a acelerar e intentó tomar aire con calma, pero no habría superado un electrocardiograma en condiciones.

Sacó el móvil y buscó el contacto de Martín. Llamó, pero él no respondió. María apretó el teléfono entre las manos con rabia. Entonces le vio salir. En ropa de calle, su barba cuidada, como acostumbraba, y su móvil en la mano. El suyo sonó. De azotea en azotea.

—¿Me has llamado? —preguntó Martín. María podía verle deambular nervioso por su terraza mientras hablaba.

—Sí —respondió, lacónica.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo va... cómo... ha ido todo?

—Estamos en el Prado. Antes o después, Yago aparecerá.

—¿Estás ahí? ¿Estás en el Prado?

—Sí... —pareció titubear, pero había dicho «sí».

Si no le hubiera tenido a pocos metros de ella, merodeando de extremo a extremo de su terraza y sorteando sus muebles con cara de pocos amigos le habría creído, claro, por qué no iba a hacerlo. Pero le tenía ahí, ante su vista, ignorante de su cercanía y mintiendo sin más nervio que el que se vislumbraba en sus pasos inquietos. Decírselo podía poner fin de inmediato al engaño. Pero callarlo también le podía dar otras opciones.

—Escucha, Martín. Quiero preguntarte algo.

—Dime, jefa.

—Nunca me has dicho cómo Yago cogió a tu perro, por qué te escribieron esos mensajes con indicaciones, de qué te conocía.

—Ahora no es el momento, Ruiz. —Martín siguió dando vueltas por su terraza—. Estamos en pleno dispositivo.

—No soy idiota, Martín. —María seguía mirándole, pero no dijo más. Martín se paró de golpe en su terraza. Ella se agachó un tanto. Era imposible que la viera.

—¿A qué viene eso? —preguntó Martín.

—Me ocultas algo y lo sé. ¿De qué te conocía Yago? ¿Por qué te quitó el perro y además te escribió?

—Te tengo que dejar, María —dijo Martín. Ella se quedó en silencio. No iba a insistir. La pregunta que quería estaba hecha y las demás las iba a responder por su cuenta—. ¿María?

Pero ella había cortado. En la terraza acababa de hacer su aparición un hombre alto, elegante, de pelo lacio y largo. María se replegó aún más en el suelo, tras las sillas medio rotas. El hombre avanzó con paso decidido hasta el borde, se asomó a la calle, supervisó la fachada, la acera, recorrió todas las calles que podía cubrir con su vista desde arriba y volvió a dirigirse hacia el interior del edificio. Era Yago. Sin asomo de duda, era él. Largo, flaco, extraño. María se movió rápidamente, siguió sus pasos con sigilo, se asomó a la escalerilla y pudo verle entrar en la última buhardilla. Era un trastero. Mientras él entraba salió un gato, que se fue maullando hacia la terraza.

Ella bajó y llamó a la puerta. Podía habérselo pensado dos veces pero no lo pensó ni una y, cuando lo hizo, ya había llamado. Yago la abrió.

—¿Tú? —Sus ojos lo celebraron, aunque rápidamente traslucieron también la extrañeza—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado?

María había olvidado sus heridas, pero sendas costuras recorrían aún sus mejillas y era inevitable la pregunta. También había olvidado esperar a sus amigos, o avisarles al menos de que Yago había aparecido. Tragó saliva.

—Me volví a caer —dijo.

—¿La bici, otra vez?

—Sí —mintió.

—¿Y qué haces aquí?

Yago permanecía en la puerta sin invitarla a pasar. Otro gato se asomó y se enroscó entre sus piernas mientras él miraba a la extraña.

—Te he visto en la calle, te he reconocido y he subido, una casualidad. —Se encogió de hombros—. Fue un detalle atenderme el otro día. ¿Vives aquí?

Yago la miró, receloso. Como excusa era muy mala, pero ni había preparado otra mejor, ni tenía pistola, ni orden de detención. Además, calculaba Ruiz, Yago planificaba sus crímenes, por ello tal vez tenía una oportunidad.

—Es... es solo un trastero. —Yago dudó. También miraba, expectante, hacia la escalera.

—Tranquilo, me voy. No quería molestar. —María suspiró. En realidad, era un alivio. Podría regresar de otra manera.

—Espera, espera. —Yago ojeó de nuevo la escalera. Y la azotea—. Debo mirarte esos puntos. Ya sabes que soy médico.

—Claro.

María tenía la capacidad de detectar lo que no debía hacer, claro que sí, pero la facultad de desdeñar las precauciones la dominaba y entró. Yago estaba serio, pero tranquilo. El trastero recibía luz natural de una ventana sellada en el techo abuhardillado. No había apenas muebles. Solo un frigorífico llamaba la atención. Un frigorífico antiguo y renqueante que, en lugar de posar muerto, amontonado y en desuso, temblaba enchufado y hacía vibrar el suelo al recargar. Extraño trastero, vacío de trastos y donde el único visible estaba en acción. También había una bombona. Una silla y una mesa. Y, en las paredes, seis grandes láminas. Una de ellas de Leocadia Weiss.

Yago condujo a María bajo el haz de luz y observó sus heridas.

—Evolucionan bien —dijo—. Te podría quitar los puntos, tengo lo que necesito.

—No te molestes, ya se caerán —respondió María. Observó a su alrededor, era difícil imaginar dónde estaba su instrumental médico, si es que lo tenía, salvo que estuviera en el frigorífico. Luego señaló los espacios vacíos—. Pensé que vivías aquí pero ya veo que no.

—Es... es mi estudio. Un trastero que uso como estudio.

—¿Pintas?

—Escribo.

María siguió contemplando la estancia. En un rincón del suelo se amontonaban varios cuencos de agua para gatos. También una jaula. Dentro, un búho.

—Jamás había visto un búho en una jaula —dijo María.

Yago no dijo nada. El búho abrió y cerró los ojos. El frigorífico volvió a resonar e hizo vibrar de nuevo el suelo.

—¿Y puedo preguntarte qué escribes?

—¿Y yo puedo preguntarte quién eres? ¿Y qué haces aquí? —reaccionó Yago, lentamente, caminando a cierta distancia de ella.

—He leído tu blog. Es revelador. —María logró hablar con calma y Yago siguió callado, sin mover un músculo de la cara, procesando concentrado cada palabra de Ruiz. Ella siguió—: Has descrito los cuadros de la romería, la pradera, el milagro de Padua y Leocadia. —María señaló esa lámina, estaba junto a la entrada—. Siempre eliges escenas en las que uno de los personajes mira al público y te identificas con él. ¿Por qué lo haces?

—¿Y tú por qué lo quieres saber? —Yago seguía quieto, receloso, y al mismo tiempo no ocultaba cierto chispazo de vanidad—. Nadie se había fijado en eso.

—Por curiosidad. Y porque me interesa Goya.

Yago se apoyó de espaldas en la mesa del ordenador y cruzó los brazos. Si realmente se estaba creyendo que una mujer, la misma con la que se había cruzado en el Monte de El Pardo, podía aparecer casualmente por su trastero e interesarse por su blog, no se molestaba mucho en aparentarlo. Pero había que seguir. Ninguno de los dos tenía ya marcha atrás.

—Si te interesa Goya —dijo él—, sabrás que esa era su técnica de invitación al diálogo. Él retaba al público introduciendo esos personajes que nos miran fijamente, y así nos metía en el cuadro. Él quería dialogar. Y mi blog es simplemente mi forma de dialogar.

—Los personajes te miran y tú adoptas su identidad.

—Veo que lo has pillado. Y no era fácil.

—¿Y qué ocurre cuando quien nos mira es Goya? Lo hace en sus autorretratos. Sé que intentaste destruir uno de ellos.

El frigorífico frenó en seco el ruido penetrante y el búho se agitó levemente en su jaula, sacudiendo las plumas del cuello. Después siguió inmerso en su gesto aletargado.

—También era mi forma de dialogar —respondió Yago—. Él pintaba y yo actué, cada uno de los dos ejerció su libertad. Pero eso era en otro tiempo. Ahora lo hago de otro modo.

En otro tiempo atacaba cuadros. Ahora atacaba a personas. En medio había al menos una detención, ingresos psiquiátricos, y también un refinamiento que incluía su propia capacidad de seducir, manipular. Tenía planta, tenía cultura, tenía convicción, era atractivo. Y siempre había almas ingenuas dispuestas a creerse todo.

—He visto las transferencias que te hacía Saramú. Salvar a Leocadia Weiss.

—Ella es distinta.

—Querrás decir «era».

—Me refiero a Leocadia Weiss. —Yago señaló su retrato, una lámina de tamaño similar al original que colgaba en el Prado—. Sara y yo queríamos salvarla. Teníamos un proyecto y ella me ayudaba con algo de dinero. Yo aún quiero hacerlo.

—¿Salvarla de qué?

—Me extraña que no lo hayas adivinado, pareces muy lista. Queríamos salvarla de su creador. Salvarla de Goya.

Yago avanzó hacia el centro de la estancia y comenzó a explicarse de pie. Siguiendo el sentido de las agujas del reloj, señaló cada una de las pinturas que le rodeaban, las seis obras que Goya pintó en la planta baja de su Quinta: *La Leocadia* era la primera, en la entrada; después *Aquelarre*, *Saturno*, *Judith y Holofernes* y *La romería de San Isidro*; y el círculo se cerraba con *Dos viejos*. Lo hacía serio, metódico, despacio, como si hubiera esperado mucho tiempo a que alguien se interesara por lo que iba a hacer aquí.

—Las Pinturas negras fueron pintadas en los muros de la Quinta —dijo—, pero no exactamente sobre las paredes limpias. Antes de ellas había otras obras y Goya las corrigió cambiando buena parte de su intención inicial. Todo estaba en las radiografías que les habían hecho. El *Saturno* que acabó devorando a su hijo fue bailarín antes de convertirse en ogro. —Lo señaló—. Como *Leocadia* fue una mujer asustada y deforme antes de adquirir el aire valiente que busca y aguanta los ojos del público.

»Pero, sobre todo —dijo Yago, mientras señalaba de nuevo el cuadro de la entrada y el que le quedaba enfrente—: Goya pintó a *Leocadia* enfrente de *Saturno*. O a *Saturno* enfrente de *Leocadia*. Míralos. —Yago señalaba alternativamente a uno y a otro—. Era un demente. Podía haberla puesto en otro cuarto, en compañía de paisajes, de mujeres o simplemente sola, pero la metió en esa planta baja en la que todos, todos, la amenazaban a la vez. *Saturno*, las parcas, las brujas, los borrachos, los viejos desdentados y el demonio cabrón. Todos la iban a devorar.

Yago hablaba ahora con los ojos encendidos, señalando todos los cuadros uno a uno, agitando las manos, moviendo el cabello y elevando el tono al final de las frases como quien está buscando aplausos en su conclusión final. Disfrutando de su propia voz. María recordó su afán por experimentar la sordera. También eso lo estaba consiguiendo, a juzgar por su elevado tono de voz.

—¿Ves cómo *Leocadia* está mirando a *Saturno* y nos mira a nosotros a la vez? —siguió, casi gritando—. ¿Te das cuenta? Nos está interpelando, nos está pidiendo ayuda. ¿Comprendes que debemos salvarla?

—Debemos salvarla y podemos salvarla. Pero debes venir conmigo —dijo María—. Ahora mismo, Yago. Será lo mejor.

—¿Has venido a ayudarme? ¿Como Saramú?

—Puedes tomártelo así.

—¿Vamos a salvar a *Leocadia Weiss*?

—Creo que sí.

Yago dio unos pasos en círculo, los ojos desorbitados y un rictus socarrón en sus labios. Su larga figura parecía crecerse al sentirse observado. Se paró ante el frigorífico y se apoyó en él. María volvió a repasar mentalmente la estancia sin quitarle la vista de encima. Mesa, ordenador, bombona, frigorífico. Si había armas o bisturíes, solo podían estar en la nevera.

—¿Y crees que me voy a tragar esa historia? —preguntó Yago, la burla en sus labios—. ¿Que me voy a ir contigo tranquilamente creyendo que me vas «a ayudar»? —Lo último lo pronunció imitando mordazmente un tono de mujer.

—¿Y crees que me trago yo la tuya? ¿Que vas a salvar a Leocadia Weiss? —replicó Ruiz.

—Ponme a prueba.

María le sostuvo la mirada. Claro que ninguno de los dos se había tragado la versión del otro. Yago podía haber construido su propia realidad paralela, pero era demasiado inteligente como para ponerse en peligro mientras la defendía.

—¿Cómo planeas salvarla? —preguntó María.

—De momento, destruiré todo esto. —Señaló la bombona—. La última voluntad de Goya en Madrid, su última casa, su última obra. Y lo retransmitiré en directo.

María contempló las paredes. No había víctimas en esta interpretación extrema de sus obsesiones, sino láminas. Pero recordó los andadores que había visto en los descansillos al subir. Saavedra Fajardo, 32 podía estar levantado donde hubo una mansión, pero en su versión siglo XXI era una casa humilde de vecinos ancianos. Y algún nieto que ojalá siguiera jugando al balón. Solo le quedaba en este momento hablar, prolongar la conversación.

—¿Qué pretendes, en realidad?

—¿Y tú quién eres en realidad? —le devolvió Yago la pregunta.

—Una curiosa. —Podía haberle dicho que era comisaria de la policía, que los mismísimos geos estaban a punto de descolgarse por la ventana del techo a la mínima señal, pero no era Yago un hombre que pareciera dispuesto a tragarse un farol. Otro farol. Él aguantó su silencio unos segundos. Después continuó preguntando.

—¿Por qué me seguías en el Monte de El Pardo? ¿Por qué me has seguido hoy?

—Te lo he dicho. Me interesa Goya. Y Saramú era una gran experta en Goya. Creo que no debió morir.

—Me estás mintiendo. Yo sé quién eres, Oleroy. —Yago se rio, y se recostó tranquilo sobre la puerta del frigorífico. Este arrancó a temblar de nuevo.

María retrocedió un paso y se quedó callada, en tensión, aguardando su siguiente reacción. La puerta estaba a su espalda, podía alcanzarla si él daba un paso más hacia ella. Algunos locos se creen sus delirios. Otros no. Y otros lo hacen solo a ratos. La difícil línea entre trastornos mentales podía ser inmanejable, pero la quería manejar. Este hombre había cruzado la línea en su obsesión. Había construido una teoría espuria, había matado por ella, había manipulado por ella y ahora tenía el control. O creía tener el control. Ella le había desenmascarado. Pero él también la había desenmascarado a ella. Necesitaba encontrar la manera de quitarle ese control.

—Te he seguido en Twitter desde el principio. A ti y a ese tal Chatoy, vaya nombres tan ridículos. Empecé a sospechar que eras tú en el Monte de El Pardo, demasiada casualidad. Y hoy lo he tenido claro —siguió Yago—. ¿Crees que los perfiles curiosos nacen así, de un día para otro en Twitter, después de un crimen como el de Saramú, sin que el implicado esté también vigilándolos? ¿Te crees más lista que yo?

—Creo que has hecho algo más que seguirnos en Twitter. Nos mandaste una grabación.

—No me costó encontrar su dirección. «Chatoy» —repitió, con sorna—. El policía más brillante de la Tecnológica, apartado por un accidente gravísimo, husmeando en mi cuenta. Confinado en su domicilio en Ávila. Sois muy patosos.

María no iba a preguntarle cómo lo había logrado, Yago había deducido la identidad de Tomás porque su historia estaba en los periódicos, el monstruo tenía sus recursos. Ella sabía que un hombre de su perfil superaba en inteligencia a la media y ponía toda su pericia al servicio de su causa, pero también que era presa de su narcisismo extremo. Solo en el juego el jugador podía perder.

—Querías que pareciera un suicidio.

—De algún modo fue un suicidio. Sara interpretaba la ejecución de una mujer. Y la mujer murió. Por liberal. Debería haberlo calculado.

—¿Y el mendigo? ¿También él quería morir?

—Goya no pidió permiso a nadie para dibujarlo —dijo Yago—. Yo tampoco lo hago para actuar. Arte es arte.

Yago se enderezó y avanzó unos centímetros hacia ella. Despacio. María retrocedió hacia la puerta. Si él atacaba, aún tenía una oportunidad.

—Primero le utilizaste en el crimen de Saramú. Después el hombre simplemente te descubrió. Eres un enfermo mental, como él, y por eso le mataste. Quieres pensar que haces arte. Pero solo eres un loco. Y un manipulador.

Su teléfono en ese momento sonó. Era el cacharro viejo, solo podía ser Eloy. María y Yago se miraron, ella lo cogió del bolsillo lentamente y después, en un movimiento rápido, intentó salir, pero Yago ya se había movido con agilidad hacia la puerta y la bloqueó con su cuerpo.

—No vas a contestar —dijo—. Y no vas a salir de aquí.

Podía haber optado por obedecerle y dejar al chico fuera de la ecuación, y por desgracia no era el iPhone el que había sonado para abrirle posibilidades ante Luna, Martín o cualquier otro mayor de edad que hubiera podido ayudarle, sino el cacharro viejo, el que solo la podía conectar con ese chico herido y acurrucado en un barracón metálico recalentado por el sol. Pero era su única opción.

—Solo es mi sobrino —dijo—. Tengo que contestar.

Yago la miró con fiereza, le agarró el brazo libre y no necesitó hablar para mostrarle con los ojos y los dedos prietos que iba a medir sus palabras. Una por una.

—¿Hola? —dijo Ruiz, con un tono que intentaba ser natural.

—¿María?

—Sí, sí, soy yo. ¿Cómo estás? —Yago le hundió aún más los dedos en la carne blanquecina de su brazo.

—¿Podemos vernos...?

—¿Has comido? —María le cortó, buscando en sus registros el tono de voz más despreocupado que encontró—. Yo estoy liada. Estoy hasta arriba y no puedo ir a casa, pero te he dejado la comida lista, pásate a comer. Un pollo asado que te mueres. Está en el horno. Yo llegaré tarde.

Eloy se quedó en silencio unos segundos. Por fortuna, su laconismo esta vez iba a ayudar.

—Ya sabes que yo..., no...

—Te tengo que dejar. Pásate por casa. Y si estás sin llave, ya sabes, busca a mi vecino de azotea, busca a Martín, él te abrirá. Luego nos vemos.

Ella colgó. Yago le arrebató el teléfono y se lo guardó. Después bloqueó la puerta con la llave, que se guardó en el bolsillo, y dos cerrojos. La condujo al fondo de la estancia, donde la empujó al suelo hasta que se sentó.

—Ahora no te muevas de ahí. —Ella calló—. Así que la mosquita muerta cocina y cuida a su sobrino. Veo que aún queda gente normal.

Ella no dijo nada. Si la normalidad era asar hacendosamente un pollo y cuidar a la familia no la iban a encontrar en ese planeta, curiosa visión la de este ser. Pero tampoco en el de quienes conviven con un búho, un frigorífico zumbón de contenido incierto y una bombona.

—No me has dicho quién eres en realidad. Si fueras policía no habrías venido sola.

Ella tampoco contestó. Hacerlo habría sido regalarle otra buena dosis de sus debilidades y ya había descubierto demasiadas. Se recogió las piernas entre los brazos, hecha un ovillo en el suelo y lo miró. Debía calcular su situación. Aquel hombre quería volar ese trastero y tenía dos opciones: con ella muerta, o con ella viva. Si seguía la primera opción podía matarla sin complicaciones. Era más grande, más fuerte y, aunque no tuviera armas ni hubiera previsto la situación, le bastaba con estrangularla. Si seguía la segunda opción, tendría que amordazarla y atarla, pues de otra manera no iba a poder actuar libremente. Seguramente no tenía cuerdas para mantenerla atada, ni cinta americana para callarla. Tal vez ni siquiera tenía aún todo lo que necesitaba para su plan inicial. Pero en todo caso no iba a tener mucho tiempo.

Sabía que Eloy era de sobra capaz de entender que estaba en aprietos, pero iba a ser demasiado pedir que dedujera que ella estaba atrapada en un trastero en la maldita Saavedra Fajardo, 32 y que después corriera descalzo y herido desde la Casa de Campo hasta allí para detectar la azotea exacta en la que vivía el tal Martín. Y además convencerle de que su amiga estaba en apuros en otra buhardilla cercana. No era suficiente.

Le quedaba el móvil. El móvil actual. Si el condenado iPhone tenía el detalle de no sonar mientras Yago daba vueltas por la habitación, aún albergaba una posibilidad. El gato se le acercó y le rozó las piernas, pero ella no lo acarició, odiaba a los gatos.

Miró las cuatro paredes, miró hacia el techo abuhardillado. La ventana que iluminaba el trastero estaba ciega, era solo un lucero de cristal encerrado en su marco, pero la opción de Tom Cruise dejándose caer desde ahí arriba por sorpresa, como la de los geos en acción, estaba descartada.

Yago, mientras tanto, encendió el ordenador. Sin quitarle la vista de encima, se había sentado ante su mesa y estaba poniendo en marcha su portátil. En el cálculo mental que había hecho María de la situación, aquel movimiento era ahora mismo una incógnita.

Nora estaba escribiendo en su portátil cuando sonó el teléfono. La foto de «Edu Dragona» se iluminó en la pantalla. Intentaba terminar un artículo sobre la última entrada del blog de Yago, pero le faltaba el titular. El ángulo. Tampoco Luna había escrito. Si contaban que la policía le esperaba en el Museo del Prado, se iba a replegar. Y si tardaban mucho más, el título iba a ser que habían fracasado. Que Yago seguía jugando con todos. Respondió al teléfono.

—Hola, Nora.

—Dime, Edu. Estoy trabajando.

—¿Aún te interesa ese chico por el que me preguntaste, Eloy?

—Claro que sí. —Nora dejó el teclado y se apartó—. ¿Qué ocurre?

—Es algo extraño. El chico está buscando a la policía.

—Eloy está *huyendo* de la policía, no buscándola —subrayó Nora.

—Ahora la busca. Pero no a cualquiera. Busca a un tal Martín. Ha llamado a gente de aquí, de la Dragona, que tiene contactos con la policía y dice que es urgente. Que le tienen que ayudar. La gente no sabe qué hacer. Si avisan a la policía le van a coger. Y he pensado en ti, tú tienes una amiga en la policía.

—Calma, Edu. Yo conozco a Martín.

—¿Es amigo de tu amiga?

—Sí. Y es buena gente.

—Ningún policía lo es.

—Déjate de historias. ¿Tienes un teléfono de Eloy? Yo me encargo.

—Pero escucha, Nora. Si le pasa cualquier cosa al chico y se enteran de que yo te he dado el teléfono...

—¿Qué?

—Seré un soplón, un delator.

—Serás un capullo si no me lo das, Edu. El asesino está matando. Si Eloy busca a Martín, esto es lo más importante. Dame ya ese teléfono.

—Pero yo no te he dicho nada, ¿de acuerdo?

Nora colgó tras apuntarlo y se levantó. Se volvió a avisar a Luna, al fin y al cabo se había refugiado en la cocina de su piso a escribir mientras él sesteaba en el salón, pero el viejo periodista estaba ya frente a ella, no había perdido palabra. Móviles en mano, los dos se repartieron.

—Yo llamo a María —dijo Luna.

—No. Si el chico está buscando a Martín es que algo le pasa a María. Llamaré a Martín. Le daré el teléfono de Eloy.

—Y yo a Esteban —dijo Luna.

Los dos llamaron. Más tarde, cuando escribieran el artículo, cada uno iba a ser diferente. Pero la historia tenía que tener, a ser posible, un mismo final. Ambos tomaron aire y buscaron madera para tocar.

Esteban seguía en el Museo del Prado cuando recibió la llamada de Luna. Los agentes del operativo ya habían sido relevados y los nuevos deambulaban entre turistas sin percibir incidentes. Estaba cansado. El asesino los había toreado y el caso entero se les seguía escabullendo por completo. Primero, cuando desviaron el tiro hacia el profesor acosador. Y después, cuando fueron incapaces de averiguar nada sobre el mendigo muerto más allá de que llevaba una tarjeta de la comisaria Ruiz. El monstruo iba a seguir actuando y no tenían nada. Salvo la advertencia de que iba a salvar a Leocadia Weiss, cuyo retrato seguía incólume en la sala de las Pinturas negras del Prado. Tenía que venir aquí, sí o sí.

—Dime, Luna —dijo Esteban.

—Escúchame bien: creo que Yago tiene a María, hazme caso.

Esteban miró a la cámara que enfocaba el retrato de Leocadia Weiss. La rutina habitual seguía acompañándola desde por la mañana.

—¿Qué sabes? —reaccionó.

—Poco, pero suficiente: me dijo que iba a ir a la Quinta del Sordo.

—¿Qué es eso?

—Joder, Esteban, escúchame. Es la última casa de Goya en Madrid. La Quinta ya no existe y ella lo sabe, pero me dijo que iba a ir allí. Y además Eloy, ¿recuerdas ese chico fugado de su casa que por alguna razón está relacionado con Sara Muñoz?, está buscando urgentemente a Martín. Sabe algo más, María le ha enviado alguna forma de señal. Tenéis que movilizaros, Esteban.

—¿Dónde está esa Quinta? ¿No dices que no existe?

—Búscala, Esteban. Sé que es en la ribera del Manzanares, la zona de los asesinatos. Hay que localizar dónde estaba la puta Quinta de Goya. Yo voy yendo hacia la zona. Dime que nos vemos allí.

—Está bien. Mandaré a gente. Nos vemos.

A su lado, Nora ya había localizado la Quinta en el móvil, «puta generación de los cojones», pensó Luna: Saavedra Fajardo, 32. También había llamado a Martín. El agente ya debía estar hablando con Eloy. Salieron rumbo hacia un taxi.

—¿Cómo consigues localizar todo en el móvil? —preguntó Luna, ya en el coche.

—¿Todo? Aún nos falta encontrar a María. Su móvil. Pero eso se llama geolocalización. Y se va a encargar Martín.

—¿Desde cuándo Martín sabe geolocalizar teléfonos?

—Me ha dicho que él se encarga.

María no habría sabido reconocer si tenía hambre, con el estómago tan encogido como su propio cuerpo en el suelo de ese trastero, pero la sed le abrasaba la garganta. El calor apretaba en ese altillo. El tiempo pasaba lentamente, no habría sabido decir cuánto llevaba ahí encerrada, ni qué plan tenía Yago, pero estaba oscureciendo. El gato bebía de cuando en cuando en su cuenco y luego daba varias vueltas, maullaba ante la puerta y, ante la imposibilidad de salir, se lamía, aburrido, las patas. El búho estaba quieto.

—¿Por qué lo tienes? —preguntó María.

—¿Qué? —dijo Yago.

—El búho. ¿Por qué tienes un búho en una jaula? ¿Es para alguna otra obra?

Yago se sonrió.

—No. Puedes estar tranquila. Es una especie de mascota, me gusta. Es un gran personaje en una obra importante: *El sueño de la razón produce monstruos*. ¿La conoces? La única vez que Goya dijo la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—¿La conoces o no la conoces?

—Claro que sí. Pero qué quieres decir con que era la única vez que dijo la verdad.

—Goya estaba loco. Y esta es la única obra en la que se sinceró. La razón le había abandonado. Sin ella nos dominan los monstruos. A él, le dominaron.

Resultaba obvio. Tanto como que quienes dominaban aquí la situación — el propio Yago, el gato, el búho — representaban todo menos la razón.

—¿Sabes que hubo otras versiones? —A Yago se le iluminaron los ojos.

—No.

—Hay varios dibujos preparatorios. En alguna versión se pintó a sí mismo. Luego se borró.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Sin duda estaba hablando de sí mismo. Él había sufrido una gravísima enfermedad, hay quien sostiene que era bipolar, maníaco depresivo, pero

prefiero dejarlo simplemente en que se volvió loco. Por la forma en que pintó la belleza y la monstruosidad, el color y la oscuridad, los contrastes de su obra, todo indica que esos contrastes estaban también dentro de él. En realidad, están dentro de todos nosotros.

Ojalá hubiera contrastes en él, pensó María. Una esperanza de que su capacidad para hacer daño tuviera un reverso amable en el que la dejara escapar. El yin y el yang. Hablaba pletórico, agitando las cortinillas equidistantes de su cabello lacio y dejando vibrar su cuerpo con las emociones y a María le recordó el discurso enfervorecido del profesor Salas. Tal vez podía llegar a entender a Saramú, sin duda ella había encontrado en él la cara, el lado extraordinario de este hombre, sin saber que le aguardaba la cruz. Tanto Sara, como Salas, como Yago, eran devotos del arte, los tres eran presas de una pasión rara, envolvente, que en algunos podía llegar a eclipsar el equilibrio y derivar en locura, en síndrome de Stendhal, el delirio ante la sobredosis de genialidad. Con el profesor la empatía por la pasión compartida había llevado a Saramú hasta la cama. Con Yago, la había llevado a lo que creía una creación, una interpretación de su obra, una reivindicación y, en última instancia, a la muerte. En el caso de Yago, además, capaz de camuflar sus trastornos bajo una formidable inteligencia, Saramú había encontrado a un hombre atractivo, dueño de una seguridad e iniciativa a prueba de dudas. Cuántas veces uno puede hallar un alma gemela en su obsesión, en su extrañeza. María podía entender que era una experiencia sublime.

—Saramú llevaba el tatuaje de un búho —dijo.

—Lo hicimos juntos, sí. —A Yago pareció enturbiársele la mirada, a la vez hablaba con orgullo—. Elegimos juntos el tatuaje. Todos sus tatuajes, en realidad.

—¿La echas de menos?

Él no contestó.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó María.

Yago se levantó, dio unos pasos, solemne, por la estancia y se paró ante ella.

—¿Quieres saberlo ya?

—Sí.

—Ahora vas a quedarte aquí. Pero tengo que traer material. Mientras salgo, si te mueves, si gritas, si hablas, o si tramas algo que no me guste, te veré. —Señaló el ordenador, una pequeña cámara brillaba fija, sin parpadear, como un ojo inquietante en la oscuridad—. Y no te hagas ilusiones, porque volveré muy rápido. No tienes margen ninguno.

Ella no dijo nada. Aquello le daba un tiempo, aunque fuera escaso. «Material» no solo significaba la opresiva gama de posibilidades que había desde la cinta americana a las cuerdas, las esposas o la sierra mecánica. También significaba algo de tiempo. Por fortuna su iPhone seguía impecablemente en silencio, lo podía sentir clavado en su ingle y estaba dispuesta a que le taladrara la cadera entera con tal de disimularlo sin levantar sospechas. Miró el ordenador. Cualquier movimiento para desenchufarlo iba a ser detectado por él, que regresaría en escasos minutos. Solamente podía llamar. Y confiar en que ellos, sus amigos, llegaran más rápido que él.

El gato maulló junto a la puerta. Yago esta vez se apiadó de él y acudió a abrirle para que saliera. Sin quitar la mirada de María, le dijo:

—Ya lo has oído. Cualquier movimiento —y señaló de nuevo la cámara, y su propio móvil— estás muerta.

Después salieron. El gato lo hizo velozmente. Él, muy despacio. María aún le escuchó cerrar con parsimonia el pestillo, el pasador grande y la cerradura que sellaban esa puerta desde afuera con varias vueltas. Se quedó sola, quieta, sudando. A buen seguro él seguía ahí, pegado a la puerta, observando en el móvil sus movimientos. Esperó un rato. La cámara estaba enfocada hacia ella. Si se levantaba o sacaba el teléfono que llevaba en el bolsillo demasiado pronto, él volvería de inmediato. Su oportunidad estaba en los minutos exactos que él podía tardar en llegar a donde quería llegar —¿la ferretería, su coche?—, los mismos que podía tardar en regresar. ¿Cinco, diez, veinte minutos a lo sumo? Su tiempo era escaso, demasiado escaso para todo lo que debía conseguir mientras transcurría cada uno de ellos, pero iba a jugar esa carta.

«María, concéntrate».

Calculó un minuto. Después otro. Si consultaba el móvil para averiguar la hora estaba perdida. Otro minuto. Y otro.

En ese instante, un sonido incisivo y rápido la asustó, llegaba del techo. Había sido tan breve que podía haber ocurrido solo en su imaginación, pero el búho había abierto las alas y se sacudía las plumas, desperezado en su letargo. María quería mirar, y al mismo tiempo no desatar sospechas. El ruido llegó otra vez. Penetrante, fugaz, como si un cuchillo hubiera rallado velozmente una superficie. Con disimulo levantó la vista. Lo escuchó por tercera vez. Alguien estaba cortando el cristal. Una silueta humana se vislumbraba al otro lado.

María bajó la vista y respiró hondo. El aire concentrado en ese cuarto sin ventilación se había hecho espeso, caliente y hasta ese momento no se había dado cuenta de que le faltaba oxígeno. Una pequeña corriente llegó desde arriba y lo renovó. Quería volver a mirar y al mismo tiempo, tenía miedo. Pero levantó la vista. Dos manos pequeñas estaban penetrando entre las rendijas abiertas en la ventana y tiraban hacia fuera del cristal. Pudo ver la sangre brotando en sendas palmas, pero sobre todo cómo, de un tirón, tras el cuarto rallazo, el cristal quedó firme, de una pieza, en esas manos. Las manos de Eloy.

El aire fresco entró a raudales. Eloy apartó el cristal. Desde arriba, la miraba serio, calculando cómo iban a salvar el espacio entre María y la ventana, entre María y él. Ella le señaló la cámara con los ojos y le pareció que él entendía. A su vez intentó calcular. Si Eloy saltaba adentro para estar con ella solo se arriesgaba a compartir su suerte, no lo podía permitir.

¿Y si ella intentaba salir? ¿Acaso había alguna forma de alcanzar ese lucero? El techo estaba abuhardillado y era muy alto desde donde ella aguardaba sentada. Había una silla, una mesa y si tuviera la certeza de que desde ella podía alcanzar la ventana ya habría tirado el ordenador al suelo y la habría desplazado para intentarlo, pero no era suficiente. Quedaba el frigorífico. No exactamente debajo de la ventana, pero sí muy próximo. Y una de dos: o se quedaba calculando todas las variaciones y permutaciones de sus escasas posibilidades o se decidía a intentarlo. Sin aguardar más, se levantó, cerró de un manotazo el portátil, lo arrojó al suelo, movió la mesa hasta el frigorífico y se encaramó al electrodoméstico como mejor pudo. Se puso en pie sobre él. Eloy le tendió los brazos desde arriba, a duras penas se alcanzaban. El frigorífico se había puesto a zumbir y el búho, desconcertado, seguía aleteando nervioso.

—Eloy, no te alcanzo. —María podía sentir las lágrimas brotar de sus ojos, como la sangre en las manos de Eloy, que se resistía a soltar—. Estás herido.

—Eso no importa.

María miró la ventana limpiamente recortada. Eloy era un profesional. Los bordes del vidrio seguían raspando sus brazos, pero el corte era impecable. El tamaño también. Su cuerpo bien podía haberlo atravesado sin problemas, pero no podía alcanzarlo.

—Aguanta, María —dijo Eloy—. Te vamos a sacar.

—No tenemos tiempo. Yago me estaba vigilando con el portátil y ahora volverá rápido. Me va a matar. —María sacó el móvil del bolsillo, quería

llamar, pero escuchó ruido en la puerta, estaba perdida—. Toma este móvil, Eloy. Ahí tienes a Martín. A Luna. A Esteban. Avísales. Llámalos a todos.

—No te voy a dejar, María. —Eloy estaba blanco, la rabia se pintaba en su cara. El ruido en la puerta seguía.

María se arrodilló sobre el frigorífico, mareada. Levantarse y moverse después de pasar varias horas acucillada en una esquina de ese trastero sin agua, ni aire, ni comida la había debilitado. Se sentó. La puerta estaba a punto de abrirse y Yago iba a entrar. Cerró los ojos y se tapó la cara, oía los golpes. El estruendo la sumió en la conmoción.

—¡María! —un grito la reanimó.

—Comisaria.

Las voces eran amigas. Ruiz abrió los ojos. Dos agentes acababan de derribar la puerta con un largo ariete que aún sostenían. Con ellos había entrado Esteban. Y Martín. Este se había subido a la mesa y la ayudaba ya a bajar al suelo. María miró hacia arriba. Eloy ya no estaba.

—¿Dónde está Yago? —reaccionó.

—Estás a salvo, Ruiz. Ahora nos encargaremos de todo lo demás.

—¿Dónde está Yago? ¿Y Eloy?

María salió del trastero. Subió la escalerilla. El aire fresco la reconfortó, el sol había caído y era ya casi de noche. Llegó a la azotea. La ropa seca seguía ahí, como las colillas en el suelo y las sillas rotas. No tardó en escuchar una respiración. Se volvió. Yago estaba en pie, a su espalda, pegado a la pared, y tenía a Eloy. El cristal había caído al suelo de la terraza y allí mismo había agarrado un triángulo que clavaba en la garganta del chico. Este no se movía, impávido, blanco.

—Estás acabado, Yago, suéltale —María hablaba con voz queda.

—Si te acercas, lo mato. —Yago se empezó a alejar y, con él, Eloy. María no se movió.

—Dame al chico. Y te vas —dijo María, tranquila.

Yago dio otro paso para alejarse. Y otro. El chico estaba descalzo e iba pisando cristales. La garganta también le había empezado a sangrar. Juntos se acercaban al bordillo.

—Dame al chico —insistió María, firme—. Y escucha, Yago...

No pudo terminar la frase. Un único disparo fulminó al hombre, que cayó todo lo largo que era sobre los cristales rotos mientras María corrió a abrazar a Eloy. El chico sangraba levemente por la garganta y María le sintió temblar entre sus brazos, flaco y serio como siempre y, por una vez, asustado.

—Tranquilo, mi chico, tranquilo. Te pondrás bien.

María le acarició el flequillo mal cortado, lo había querido hacer desde que le conoció. El chico lloraba, apretado contra ella como un crío abandonado.

—Eres increíble, Eloy, cómo has venido a salvarme.

—Fallé a Saramú. No quería fallarte a ti.

—Y cómo se te ocurrió entrar por la ventana, cortar el cristal.

—Soy un profesional, María, sé okupar. No tiene mérito. Y además no he sido yo, al final han sido ellos. —Señaló a los policías.

Martín estaba de pie, emocionado, mirando a los dos y aguardando impaciente su turno para abrazar a su amiga, su jefa. Esteban mantenía la pistola en la mano, circunspecto, era la primera vez que mataba. Había disparado al asesino en situación de peligro para terceros y eso era lo importante, además de fácil de argumentar en un informe, pero toda la implicación de María en los episodios del caso iba a ser durante mucho tiempo un inmenso grano en el culo. Ella los había llevado a todos los escenarios y protagonistas con tenacidad hasta llegar a la fantasmagórica Quinta del Sordo, donde no había ni Quinta, ni Sordo, ni una Leocadia Weiss a quien salvar, sino solo a la propia comisaria Ruiz.

Pero se acercó a ella y la abrazó. María notó un golpe de emoción en su respiración, de él no iba a esperar mucho más. No una disculpa por no informarle de todo. Ni una proclamación de nostalgia. Acaso un brindis por la memoria de Carlos.

—Me habéis salvado todos —dijo Ruiz.

—No seas idiota. —Martín la abrazó otra vez—. El caso lo has salvado tú.

—¿Cómo supisteis que estaba aquí?

—El chico dio la voz de alarma de que estabas en peligro. Tú habías dicho que venías a la Quinta del Sordo. Y que venías a por él.

María le miró extrañada. Lo primero lo había entendido Eloy. Lo segundo se lo había dicho a Luna. Y lo tercero ni siquiera lo había dicho ella, sino Oleroy a Chatoy.

¿Y cómo... —titubeó— cómo supisteis que era exactamente en este trastero?

—Cosas de la geolocalización —Martín lo dijo y cerró la boca. Todos sabían que llevar el móvil con la ubicación activada era como portar un chip, pero también que geolocalizarlo requería equipo y tecnología, además de pericia y rapidez.

María se alejó hacia el final de la terraza y contempló el paisaje de azoteas al anochecer, desde ahí era solo un campo de tendales con la ropa tiesa, no

había viento en la primavera de Madrid. Al fondo se recortaba el Palacio Real, también Goya lo dibujó cuando aquel edificio importaba. Martín la siguió, su propia terraza quedaba a la vista y la silla de ruedas permanecía allí, como una extraña invitada entre otros muebles, más quieta aún que el aire. Ruiz apretó los labios.

—No te atreverás a decirme que la silla era de tu abuela.

—Es de Tomás. Sí.

—¿Por qué no me dijiste nada? —María se volvió a mirarle. El dolor se dibujaba en sus párpados caídos, entre las costuras de su rostro.

—Tomás quiere tiempo, María, necesita tiempo —Martín respondió inseguro, sus ojos también se nublaron.

Después se alejó unos pasos. Con el brazo se quitó las lágrimas. Regresó a ella y la intentó abrazar, pero María estaba más tiesa aún que la ropa seca.

—¿Por qué no me dijiste nada de Tomás?

—Apareció en mi casa el día en que habíamos quedado todos, María. Por eso no pude invitaros a subir. Necesitaba tiempo y me pidió quedarse aquí. No quiere compasión. Ni la de sus padres, ni la tuya. Sois las personas que más quiere y que más le queréis. No puede soportar verse lisiado y quiere alejarse. Supongo que debemos entenderle.

—Yo solo quiero estar con él. No puedo hacerle daño.

—A él le hace daño verte, Ruiz. Y tienes que respetarlo.

María lloraba. Lágrimas gruesas que resbalaron sobre sus puntos de sutura sin molestar, también ellos estaban secos. Martín la agarró por los hombros, la apretó en sus brazos. Después se separaron y se asomaron de nuevo al paisaje de azoteas.

—Él vio a un hombre llevarse a mi perro ahí mismo, en mi terraza, sin poder hacer nada. Lo único que pudo hacer era mandarme mensajes. Era él, era Tomás. Creyó que el hombre simplemente lo estaba robando, era un cachorro precioso. Lo atrapó aquí y escapó por las terrazas. Luego lo vio llevárselo por la calle y me fue indicando el recorrido. Pero yo no pude llegar a tiempo.

—Joder. Era Tomás.

—Después asesinaron a Sara Muñoz. Y tú empezaste a hablar de Goya. Yo jamás habría vinculado lo del perro a todo eso. Pero tenías razón y Tomás te creyó. Desde mi casa, escondido, te ayudó. Tomás nos ha ayudado todo el tiempo, Ruiz.

—¿Y por qué me engañaste incluso hoy? Me dijiste que estabas en el Prado. Y yo te veía desde aquí. ¿Por qué?

—Porque siempre querías venir a mi casa, Ruiz, creía que lo sospechabas y ya no sabía cómo alejarte de él. Perdóname.

Entonces oyeron un revuelo. Los dos se volvieron hacia la puerta. Varios agentes sacaban fotos del escenario, colocaban marcas y se aprestaban a cubrir el cadáver. Otro había sacado la jaula del búho a la terraza. Y Esteban les gritaba desde allí: «Venid, venid». Martín fue corriendo. «El cráneo está en el frigorífico y, salvo que le hubiera dado por coleccionar varios, es el del mendigo».

Pero María lo sabía ya de sobra y no iba a entrar. Se quedó mirando al búho. El guardián impasible y frío de la razón dormida, de la voluntad anulada por los monstruos, el testigo de la tergiversación y la maldad.

Le tentó soltarlo, pero no lo iba a hacer. Ella no.

Buscó a Eloy.

Pero él sí que había volado.

Al día siguiente, Ruiz acudió al palacio Vargas y se acercó al barracón. Estaba cerrado. La policía había sellado los accesos al palacio y estaba registrando todas las pertenencias de Yago, que obviamente a estas alturas ya sabían que no se llamaba así, sino Telmo Ortiz Ortiz. Un vulgar contable que había logrado hacerse pasar por médico alguna vez y cuyo único contacto con el tema había sido un curso de patología forense que nunca acabó. En la academia siempre intentaba dar lecciones a los demás. Había frecuentado algún psiquiátrico, donde trataba a los otros enfermos como si fuera el médico, hasta que decidía no regresar de algún paseo. Los manicomios tal y como existían en tiempos de Goya ya eran historia. Libertad es libertad.

María logró abrir el barracón. Los monos verdes seguían colgando de los ganchos, pero no había ni rastro de Eloy. El teléfono viejo que había usado para comunicarse con él estaba requisado por la policía y del nuevo, del iPhone que él había depositado sobre los cristales rotos antes de huir, simplemente el chico desconocía el número.

Se sentó un rato en el suelo sucio. Había una mancha de sangre, podía ser de Eloy. Se quitó la mochila y sacó una por una las barritas energéticas, que dejó amontonadas, junto al betadine y las vendas.

«Yo me sé cuidar».

El chico se lo había dicho muchas veces. Y seguramente era verdad, pero no podía entender por qué eso conllevaba desaparecer, fugarse, no dejarse querer.

«Sus padres le buscan. Si aparece sabe que le entregaréis. Y él no va a volver con ellos».

Nora había estado en la Dragona y se lo había explicado así. Eloy no iba a volver, se iba a ir del país. No al menos hasta que cumpliera los dieciocho años y sus padres no le pudieran perseguir.

María buscó un papel y escribió su teléfono y su dirección. «Ven cuando quieras, Eloy».

Después se fue. Puta costumbre suya la de encariñarse con humanos. Cuanto más mayor se hacía y más arrugas se asomaban a sus ojos, cada uno de los seres que adquirirían importancia le hacía más daño.

Nora dio la exclusiva. Había estado atenta y publicó antes que nadie —antes que Luna, en fin— la última entrada del blog. El monstruo lo había dejado programado. Rodrigo Tesón se lo contó a María. Había venido a Madrid, estaba llamado a declarar y se iban a encontrar en la vista. Quedaron una hora antes.

María buscó entre sus trapos, pero esta vez no lo dudó. Vaquero, camiseta y deportivas. Que les dieran a los inspectores, a los abogados y a todos los que participaban en aquella farsa, hoy no habría falda ni tacones para alegrarles la vista. La vista de los ojos ni la judicial. Se encontraron en la puerta y Rodrigo fue a abrazarla, efusivo. Él sí iba de traje.

—Estás guapísima, como siempre, mi comisaria. —La apretó.

—No soy tu comisaria. —María arrastró el tono, pero sonrió.

—¿Lo has leído? ¿Has leído su última entrada? ¿La sexta?

—Tengo sobredosis, Rodrigo. No quiero saber nada más de él.

—Te libraste de alguien brutal, mi niña. Ahora ya no era solo médico forense. En la última entrada se apuntaba a la frenología. ¿Recuerdas? La pseudociencia que buscaba en el cerebro las claves de la personalidad.

—Solo sé que a él no se la vamos a practicar. Espero francamente que lo incineren y que no quede ni rastro de él.

Caminaron por un parque cercano. Rodrigo había pensado en invitarla a comer, a cenar, a pasear, otro día a la ópera y a desayunar en general en su hotel, para qué andarse con tonterías. María sonrió, le dejaba hablar.

—¿Qué esperas de la vista?

—Todo se ha complicado, amigo. El caso Goya ha desbordado ya el caso Claire Jones. Va a ser muy difícil que me ayudes. Y va a ser imposible que me rehabiliten.

—Te queda la vía judicial. Habrá que esperar.

—No dudes de que esperaré.

—Yo te apoyaré siempre, comisaria. Siempre contarás conmigo.

—Lo sé.

Y lo sabía de verdad. Que la lealtad en ocasiones adquiere forma de retirada, aunque le costara el aliento. Y en otras adquiere la forma de militancia extrema, de bufet libre con comida, desayuno y cena hasta reventar. Recordó al comisario Carlos. Él siempre había tenido la medida exacta.

Pero él ya no estaba.

Pensó en los que estaban. Una comisaria sin pistola de apellido Ruiz. Un viejo periodista que tiraba la toalla. Un joven informático lisiado al que ya no podría abrazar. Y un subdelegado del Gobierno que ponía toda la intención, sí, pero que fundamentalmente estaba pensando en tirársela, para qué se iba a engañar. Ese era todo el equipo. Más el fantasma de Carlos. Y Nora y Martín.

Y aún iban a hacer milagros juntos, podía apostarse la vida.

Después, sin tacones repiqueteando en el parqué, entró en la vista.

Álbum Y

Número 6

La última vez que le vi, estaba muerto. En realidad había pasado mucho tiempo desde que murió, sesenta y un años para ser exactos, y el cadáver iba a ser al fin trasladado para su entierro con honores en Madrid. Cuando lo supe me presenté en el cementerio, quería ser testigo.

El cuerpo no estaba entero. Entre los huesos enviados desde Burdeos, donde murió, faltaba acaso el más importante: la calavera. Resultó extraño darle sepultura sin cabeza, pero así lo hicimos.

Gente más sabia le había separado el cráneo para analizar a fondo su cerebro. Si aquel hombre se había atrevido a retratar a la humanidad, a saquear íntimamente a sus contemporáneos, ricos o pobres, para exhibirlos y ridiculizarlos a su antojo; si aquel hombre había rapiñado las almas; si se había dedicado al pillaje de lo más recóndito del ser humano para despojar de secretos a la gente; si se había trastornado en manicomios, en palacios y en prostíbulos y además había sido capaz de engañar a todos, desde reyes y duquesas hasta locos abandonados, era hora de que devolviera algo de todo eso al resto del mundo. En forma de conocimiento. De ciencia. Qué curvas conformaban su cerebro, qué protuberancias podían arrojar luz sobre los rasgos de su personalidad, qué recovecos albergaban sus rasgos criminales, qué anomalías ocupaban cada lóbulo, dónde se escondía su trastorno, su depredación, lo que otros llamaban su genialidad. En realidad, era una gran idea.

Así que decidí emprender la búsqueda del cráneo. Al fin y al cabo soy médico, un buen forense, y por ello tengo mucho que decir. Ya había salvado a Leocadia Weiss. Ya había enseñado al mundo lo que tenía que enseñar.

Ahora iba a estudiar aquella calavera. Iba a escrutar al escrutador, iba a depredar al depredador. Y al fin iba a liberarme de los monstruos producidos

al dormirse su razón.

Después, podría descansar tranquilo.

Agradecimientos

El sueño de la razón debe mucho al Museo del Prado y la Academia de Bellas Artes de San Fernando, verdaderos refugios de esa razón cuando despierta.

También le debe mucho a personas que me ayudaron a inspirarlo, documentarlo y ponerlo en valor, como Manuela Mena, Mónica Alberola, Palmira Márquez, Gerardo Marín, José Manuel Matilla, Guillermo Rosewarne, Fernando Porras, Esteban Navarro, Anna Soldevila, Carlos Zanón, Juan Carlos Galindo o Alba Fité.

Y le debe mucho a muchos buenos libros, especialmente a *Goya*, de Robert Hugues, un brindis tan emocionado como sólido al artista que mejor define nuestra contemporaneidad. Y una prueba de que los buenos libros son el mejor antídoto frente al sueño de la razón.

Los errores, claro, son solo míos.